

Mediohombre
Albert Vazquez

Annotation

Al almirante Blas de Lezo, con sólo tres mil hombres y seis navíos a su cargo, se le ha encomendado la defensa de Cartagena de Indias. Frente a él se prepara el desembarco más audaz de todos los tiempos: Inglaterra ha enviado doscientas naves y casi treinta mil hombres para arrasar la ciudad. Cualquiera en su sano juicio se habría rendido de inmediato. Cualquiera excepto Lezo.

Blas de Lezo es Mediohombre, el estratega más genial de todos los tiempos. Esta es su historia y la historia de una defensa heroica y singular: el Sitio de Cartagena de Indias.

Una gran novela de aventuras, en la que una brillante reconstrucción del hecho histórico y un ritmo trepidante mantienen al lector enganchado de la primera a la última página, acercándonos a un episodio olvidado de la Historia en el que se impusieron el ingenio y el valor.

CAPÍTULO 1. 24 de agosto de 1704

El impacto de una bala de cañón de a veinticuatro libras es como introducir una mano en el vientre abierto de un lobo moribundo: mientras experimentas el calor de las vísceras aún húmedas, caes en la cuenta de que cuando el animal se revuelva por última vez, de la dentellada no te libra nadie.

Blas de Lezo bajó la cabeza y vio que parte de su pierna izquierda había sido arrancada de cuajo. Sintió el calor y sintió la dentellada. Y deseó que el infierno cayera sobre el malnacido inglés cuya mano había encendido la mecha del cañón que lanzó la bala.

Allí, sobre la cubierta del Foudroyant, con sólo quince años de edad y vistiendo el uniforme de guardiamarina de la armada francesa, supo que si el pánico no le dominaba ahora, para siempre con él estaría la ira. El espanto, la locura y el arrojo inabarcable.

Y eso hizo. Apretó los labios, dejó caer en cubierta el sable que empuñaba en la mano derecha y ahogó un grito que ahogaba todos los gritos futuros. Él era Lezo y Lezo no aullaría jamás. No como un perro inglés. No como aquellos a los que habían estado cañoneando durante toda la jornada.

—¡Lezo! ¡Tu pierna! —gritó uno de los guardiamarinas franceses que se hallaba cerca de Lezo.

La mañana se había levantado descubriendo un horizonte de repleto de velas inglesas y holandesas. Parte de flota del almirante George Rooke que unos días antes había conquistado Gibraltar, costeó hacia levante tras saber de la presencia de navíos franceses en las inmediaciones. Cuando los encontró, se hallaba frente a Málaga. Y no dudó en hacerles frente. Porque allí y entre aquellas gentes, nadie parecía dudar nada.

—¡Seguid disparando! —ordenó Lezo, como toda respuesta, a los artilleros del cañón que estaba bajo su mando—. ¡Vamos, hatajo de gandules borrachos!

—Lezo... Tu pierna...

Y lo cierto era que la pierna de Lezo, lo que quedaba de ella, presentaba un aspecto lamentable. El pie había desaparecido por completo y la tibia y el peroné estaban fracturados más o menos por la mitad. El dolor que sentía Lezo debía ser insoportable. Pero Lezo no se amilanó. Había decidido no aullar como una puta inglesa y no lo haría. Él no. Él no ahora.

—¡Un cabo! —gritó al guardiamarina francés. Parecía más una orden que una petición—: Vamos, no te quedes mirando y alcánzame un cabo. Necesito hacerme un torniquete.

El guardiamarina francés, uno o dos años más joven que el propio Lezo, fue en busca de lo que se le pedía. Cuando regresó, halló a Lezo dando órdenes con absoluta serenidad:

—Quitad esos cuerpos de ahí. ¿Tengo que decirlo yo, tarados malolientes? Los muertos no luchan. Sólo entorpecen.

—El cabo... —dijo, pálido ante la visión de los huesos de Lezo, el guardiamarina francés.

Lezo lo tomó y, con él en la mano, se dejó caer en cubierta fuera del área de trabajo de los artilleros. Allí, luchando denodadamente por no chillar, por no abrir la boca ni morderse la lengua, rodeó su pierna con la cuerda y completó el torniquete. No era la primera vez que hacía uno. Ciertamente no a sí mismo, pero, en esencia, no existía ninguna diferencia. Un torniquete es un torniquete. Lo que haces cuando no quieres morir desangrado y no hay tiempo para una intervención médica en toda regla.

Entonces, entre el intenso dolor y la tentación de comenzar a experimentar lástima de sí mismo y de su mala fortuna, Lezo vio, frente a sí, a la muerte. Vestía como una fulana pordiosera, flaca y desdentada, y a buen seguro venía de pasarse por la entrepierna a los veintidós mil hombres de Rooke, Rooke incluido.

—Hoy es tu día —le dijo a Lezo en inglés.

Lezo la miró y miró el charco de sangre que había dejado en torno a sí.

—Este torniquete aguantará —le respondió.

La muerte inspeccionó el trabajo que Lezo había hecho en su propia pierna y, con desdén, farfulló:

—No te salvaré, querido. Esta noche te recogeré en mis brazos.

En ese momento, Lezo experimentó un mareo y se tambaleó hacia atrás. Un oficial de guerra acudió en su ayuda:

—Dios santo, acabo de enterarme —exclamó elevando la voz sobre el estruendo provocado por el impacto de dos balas de cañón golpeando casi al unísono sobre la cubierta—. Debemos ponerle a resguardo y tratar de que el cirujano cure esa herida cuanto antes.

Lezo apenas lograba distinguir el rostro del oficial. El dolor se volvía más y más intenso y la pérdida de sangre debilitaba, por momentos, su cuerpo. No obstante, halló fuerzas para replicar:

—Acuda a su puesto, señor, y no se preocupe de mí. Estoy bien.

—Debe verle de inmediato el cirujano —insistió el oficial.

—El torniquete está correctamente aplicado. ¿Lo ve?

Lezo mostró la abertura en su pierna. La sangre, poco a poco, había dejado de manar.

De nuevo, una bala de cañón impactó sobre la cubierta del Foudroyant y, antes de que hiciera añicos un bote salvavidas, arrancó limpiamente la cabeza un artillero y le partió el hombro a otro. El oficial observó aquello con preocupación.

—Le ruego que regrese a su puesto, señor —añadió Lezo—. Estoy bien y a usted le necesitan.

El oficial dudó por última vez antes de abandonar la compañía de Lezo.

—De acuerdo, pero le enviaré a un hombre para que se ocupe de usted —dijo.

Y quizás lo hiciera, pero para entonces Lezo ya había tomado la decisión de ponerse en pie y reincorporarse a la batalla. El torniquete había detenido la sangre y aquello era suficiente por el momento. Tiempo habría para cirugías.

Algo más consciente de sí mismo, aunque todavía mareado, utilizó su sable como si de un bastón se tratara. Clavó la punta en la madera de la cubierta y, apoyándose en él, se puso en pie.

Miró en torno a él. Contó al menos doce cuerpos inertes y más de media docena heridos muy graves. Los dos cirujanos y el capellán trabajaban a destajo moviéndose con soltura en mitad de la maraña de artilleros que, una y otra vez, cargaban y disparaban los cañones del Foudroyant.

—Enviaremos a toda esa horda de bastados al fondo del mar —dijo Lezo dirigiéndose, de nuevo, a la muerte—. Antes de que caiga el día.

La muerte le miró fijamente.

—Para entonces, tú ya estarás conmigo —sentenció.

Lezo no se arredró. Apoyándose en su pierna sana, blandió el sable frente a sí:

—¡Lárgate, maldita piojosa! ¡Lárgate de aquí porque hoy no es el día! ¡Hoy no es el día!

Sus voces eran gritos, pero cualquier sonido que no es batalla en la batalla, se silencia de inmediato. Podría Lezo haberse desgañado en sus gritos contra la muerte y ni uno solo de los artilleros que manejaban los cañones junto a él, ni una sola de las almas a bordo del Foudroyant, le habría escuchado. Quizás, si alguien se hubiera dado la vuelta y hubiera fijado la vista en él, habría visto a un joven guardiamarina de quince años que, sin prestar atención a su pierna destrozada, lanzaba mandobles al aire.

—Hoy no es el día y mañana tampoco lo será. Ve junto a los ingleses porque allí vamos a darte trabajo.

Acto seguido, un Lezo con el uniforme empapado en sudor, dio la espalda a la muerte. Se quedó quieto, con los ojos cerrados, y aguardó unos segundos. Si realmente iba a llevárselo, que lo hiciera cuanto antes. Porque si le dejaba ir, le dejaba ir con todas sus consecuencias. Ya arreglarían cuentas más adelante. Mucho más adelante.

Y como nada advirtió, resolvió abrir, de nuevo, los ojos, y observar la cubierta del navío. Las balas de los ingleses les estaban haciendo daño, pero sus balas tampoco perdonaban demasiado. El Foudroyant estaba en la línea de batalla y todavía disponía de suficiente munición para seguir cañoneando durante varias horas. Y el trabajo que a él se le había encomendado era supervisar y dirigir los trabajos en tres de los ciento cuatro cañones de los que el Foudroyant disponía. Bien, pues eso era lo que se disponía a realizar. Su trabajo. El trabajo de un guardiamarina de la armada francesa.

—Vamos, vamos, quitad ese cuerpo de ahí —dijo Lezo dirigiéndose a los hombres del cañón más cercano.

Su voz brotó serena pero débil y Lezo se dio cuenta de ello. Por ese motivo, repitió la orden:

—¿Es que no me habéis oído, hatajo de gandules? ¡Vamos, quiero más brío! ¿A qué hemos venido? A enviar perros ingleses al fondo del mar. ¡Y eso es lo que vamos a hacer! ¡Por Dios que lo vamos a hacer!

Se había situado de tal forma que no entorpeciera la labor de los hombres que manejaban el aparejo del cañón. Estaban disparando palanquetas, las cuales, aunque con mucho menor alcance que las balas, causaban enormes destrozos en la arboladura del navío enemigo.

Lezo se dirigió directamente al cabo de cañón:

—¡Cargad la pólvora!

El cabo de cañón, un francés barbudo de poco más de cuarenta años, transmitió la orden:

—¡Ya habéis oído! ¡El cartucho de pólvora!

Uno de sus hombres lo introdujo en la boca del cañón y, de inmediato, se retiró para que otro lo enviara al fondo del ánima, hasta la recámara, utilizando con soltura un largo atacador. Cuando hubo concluido, se echó atrás y aguardó a que dos hombres dejaran caer dentro del cañón la palanqueta. Un tercero puso un taco de estopa sobre la munición y el que manejaba el atacador volvió a introducirlo en la boca del cañón para empujarlo todo hasta la recámara.

—¡En batería! ¡Poned el cañón en batería y apuntad alto! ¡Al palo mayor! —gritó Lezo.

—¡En batería! —repitió la orden el cabo.

Todos los hombres que servían en el cañón esperaron a que el que manejaba el atacador, lo extrajera y se hiciera a un lado. Cuando así sucedió, todos, al unísono, maniobraron el cañón y lo situaron en el lugar adecuado para disparar.

—¡Un poco más arriba! ¡Más arriba! —ordenaba el cabo—. Queremos desarbolar a esos hijos de puta.

Los hombres levantaron el cañón y lo sujetaron mediante palanquines y cabos para que no se moviera.

Lezo, que observaba con celo la maniobra, advirtió:

—El braguero. ¡Ajustad bien ese braguero si no queréis morir aplastados en el retroceso!

El cabo de cañón no dudó en convertir en orden la advertencia del guardiamarina:

—¿Estáis sordos o qué diablos os pasa? Hasta un inglés borracho se mueve con más agilidad que vosotros. ¡Rápido!

Los hombres ajustaron los aparejos y dieron un paso atrás. Entonces, el cabo, con un estrecho punzón, despejó el oído del cañón, llegó hasta la recámara y agujereó el cartucho de pólvora. Después, sacó el punzón y, con sumo cuidado, puso en el conducto una pólvora muy fina que guardaba en un cuerno que únicamente él estaba autorizado a manejar.

Cuando le alargaron el botafuego con la mecha encendida en un extremo, el cabo, con voz ronca, gritó: —¡Atrás!

Y acercando la mecha al oído del cañón, añadió: —¡Fuego!

Apenas hubo acabado de decirlo cuando el cañón golpeó con tal fuerza que casi rompe los aparejos. Por suerte, todos los hombres que servían en él sabían de sobra cuál era la distancia a la que debían situarse para no caer víctimas del brutal retroceso.

Lezo observó la trayectoria de la palanqueta. Había ordenado apuntar al palo mayor del navío de línea que disparaba frente a ellos, pero la palanqueta impactó sobre el bauprés. Vio cómo saltaban astillas y que parte del foque se rasgaba. No había sido un mal disparo, pero se lamentó de no haber disparado con bala. Si así lo hubiera hecho, a buen seguro que ahora el bauprés del navío inglés habría corrido la misma suerte que su pierna izquierda.

Primero el calor y luego la dentellada.

Lezo se giró y observó el lugar donde antes la muerte se le había aparecido. Ya no estaba allí y Lezo pensó que, si no fuera porque sabía que al final Dios nos reclama siempre, podría jurar que se había marchado para no regresar jamás.

CAPÍTULO 2. 16 de marzo de 1741

Lezo sabe que algo va mal. Tiene cincuenta y dos años y está cojo, manco y tuerto. Apenas es poco más que la mitad de un hombre. Por eso la chusma bajo su mando, cuando él no escucha, le llama Mediohombre. Porque le falta casi todo y quizás más. Años de dar la espalda a la muerte en la cubierta de un navío. Años de no arrodarse y mantenerse erguido cuando los demás bajan la cabeza. La lluvia de balas te la

puede arrancar de cuajo, pero algo así carece de importancia cuando te llamas Lezo. Cojo, manco, tuerto y, si es necesario, descabezado, pero siempre en pie sobre la madera hasta que alguien te obligue a doblar el espinazo.

Porque todo esto no llega de cualquier manera, Lezo sabía que algo no marchaba bien. Habían avistado las primeras naves inglesas tres días atrás. Los primeros exploradores llegaron a La Boquilla y fondearon a suficiente distancia como para mantenerse a salvo de las baterías cartageneras. Después, arribó algo de lo que jamás ojo humano había tenido noticia: una flota tan fabulosa y descomunal que, vista en la distancia, parecía un monstruo marino de cien bocas y cien tentáculos. Un monstruo dispuesto a devorar la ciudad en cuestión de horas y, con ella, a todos los que la habitaban.

Lezo fue convenientemente informado: el monstruo estaba formado por ciento ochenta y seis buques. Eso hacía, cuanto menos, cien tentáculos y una docena de bocas malolientes. Unos treinta mil hombres y dos mil cañones. Todos, con el ímpetu puesto en ellos. En Lezo y en lo que Lezo defendía: la Cartagena de Indias que se interponía entre los ingleses y su tan ansiado dominio de América.

Por su parte, Lezo tenía tres mil hombres, unos cuantos cientos de indios a los que habían adiestrado en el disparo con arco y seis naves. Sólo seis naves para hacer frente al monstruo de cien tentáculos.

Estaban todos muertos. De ello no le cabía la menor duda a nadie en Cartagena. Estaban todos muertos y sólo era cuestión de tiempo que alguien viniera y se lo dijera. De hecho, el momento había llegado: los ingleses habían echado varios botes al agua y se disponían a desembarcar en las playas de La Boquilla, a poco más de un par de leguas de la plaza.

Y rezaron, y rezaron, y se encomendaron a quien fuera necesario con tal de no acabar todos en el maldito infierno. Pero Lezo no hizo nada de eso. El almirante Lezo no rezaba jamás. No si la muerte no se le acercaba tanto como para poder sostenerle la mirada final. Algo que, a la vista de los acontecimientos, aún no había sucedido. Y no sucedería, no. No, de momento.

Con la intención de contener el desembarco en La Boquilla, Sebastián de Eslava, el virrey de Nueva Granada y, por lo tanto, primera autoridad en Cartagena, había enviado a tres compañías de granaderos bajo el mando del capitán de infantería Pedro Casellas. Conociendo bien dónde pisar, los hombres habían llegado en menos de dos horas a su destino. Se ocultaron en la maleza, fuera de la playa, y observaron en silencio. Cuando llegó Lezo, Casellas no tuvo mucho de qué informar:

—Reman despacio y con desgana —dijo.

Y Lezo supo que algo iba mal. Porque cuando tienes todo el poder del mundo reunido en la palma de tu mano, no remas como quien aguarda que el destino final le

sea señalado. No, allí el destino estaba claro: la playa, la ciénaga, la plaza, el virreinato, América. Nadie reunía la flota más grande de todos los tiempos para, luego, desembarcar sin empeño. Lezo, en lugar del almirante inglés, habría lanzado, de una sola vez, miles de hombres sobre la playa. Morirían unos cuantos bajo el fuego de las baterías y los mosquetes, pero la fuerza bruta de mil soldados haciendo pie en la arena no podría ser detenida. Eso es lo que Lezo haría. Pero el almirante inglés había enviado media docena de botes con unos cuantos soldados a bordo.

—Demasiado lento —añadió, hablando entre dientes, Casellas.

De pronto, los hombres de los botes que venían en vanguardia dejaron de remar. Durante unos minutos, permitieron que el impulso les llevara y, después, se pusieron en pie. Se hallaban tan cerca que el propio Lezo escuchó que el oficial de guerra daba la orden de cargar los mosquetes y abrir fuego contra la playa.

—¡Disparan! —exclamó Casellas—. ¡A cubierto!

Lezo se hallaba en pie, miraba fijamente hacia el mar y no se movió cuando el resto de hombres echaron el cuerpo a tierra.

—Capitán, ordene que todo el mundo se mantenga en sus posiciones —dijo.

—Pero, señor, han disparado... —replicó Casellas.

—Disparan sin un objetivo claro. No pueden vernos. Y, además, están demasiado lejos.

Casellas, al escuchar a Lezo, experimentó cierta vergüenza y se irguió.

—¡Vamos, levantaos! —exclamó—. Temed antes a los mosquitos que a las balas inglesas.

Algunos hombres rieron nerviosamente, pero nadie dijo nada. Les bastaba con mantener la mirada fija en la playa. Eran hombres duros, buenos tiradores y entrenados en el combate cuerpo a cuerpo. Si alguien en toda Cartagena podía contener el desembarco inglés, sin duda habría que contarlo entre aquellos granaderos.

Los ingleses volvieron a disparar desde el bote. El resto de embarcaciones también se había detenido y ya todos los hombres se hallaban puestos en pie y preparándose para hacer fuego sobre la playa.

—No tiene sentido —dijo Lezo a Casellas—. Su movimiento es absurdo. Desde aquí, ocultos y fuera de su alcance, podríamos abatirlos con facilidad.

—Es lo que haremos en cuanto avancen un poco más, señor —repuso Casellas.

—No avanzarán más —sentenció, secamente, Lezo, mientras se pasaba su única mano por la barbilla—. A no ser...

—¿Qué, señor?

—A no ser que no tengan la menor intención de desembarcar.

El capitán no daba crédito a las palabras de su almirante.

—¿Y por qué iban a hacer eso, señor? Observe la flota que les respalda. Pueden desembarcar aquí y ahora y sin sumar excesivas pérdidas...

Lezo, por primera vez, volvió la cabeza hacia Casellas.

—¿Usted en qué bando lucha? —preguntó secamente.

Casellas titubeó antes de responder:

—Del nuestro, señor, del nuestro... Por supuesto... Pero, señor, mire cuántas naves...

—En la tarde de ayer contaron ciento ochenta y seis.

—Y nosotros sólo tenemos seis, señor...

Lezo volvió a mirar hacia la playa. En los botes, los ingleses habían vuelto a los remos y retomaban el avance hacia la playa. En poco tiempo, la alcanzarían y comenzarían el combate.

—De momento —dijo Lezo—, ahí no hay más que un puñado de hombres. Están a descubierto y la ventaja es nuestra. Así que hagamos lo que hemos venido a hacer y dejemos las elucubraciones para más tarde.

Casellas agradeció el aplomo del almirante:

—Sí, señor. Esperamos su orden.

—Que carguen las armas. Pero en silencio, sin descubrir nuestra posición.

Casellas, ágil, se movió entre los granaderos y les ordenó que cargaran los mosquetes y que aguardaran sin hacer ruido.

—Estamos listos —avisó el capitán cuando hubo comprobado que todos sus hombres tenían las armas listas.

Lezo ya había tomado su decisión. Aquella era su playa y no iba a permitir que nadie la pisara sin su permiso. Los treinta mil hombres en el estómago del monstruo que, manso como una tortuga, permitía que la leve brisa de poniente le acunase, podrían venir y ajustarle las cuentas. Podrían situar frente a él, de una vez por todas, una muerte digna de llevar tal nombre: le miraría a los ojos, le sostendría la mirada y le llevaría con él para siempre.

Pero no ahora. Ahora sólo había unos cuantos casacas rojas tratando de tomar su playa. Al descubierto y sin el arrojo necesario en los que están llamados a ganar la batalla. Así que aguardó pacientemente a que la distancia fuera la adecuada para que sus tiradores hicieran blanco seguro y dio la orden sin dejar de observar los movimientos del enemigo:

—Primera compañía: fuego sobre sus cabezas.

Casellas obedeció de inmediato y ordenó a sus hombres ponerse en pie, dar dos pasos al frente, abandonar la protección de la maleza y, tras apoyar los mosquetes en el hombro, abrir fuego.

—¡Atrás! ¡A resguardo! —gritó Casellas después de que la compañía disparara.

Los ingleses comenzaron a remar con mayor ímpetu, siempre en dirección a la playa. Parecía como si el ruido de las balas silbando unos palmos sobre sus cabezas les hubiera infundido el valor que a todos se les suponía pero del que, hasta el momento, no habían dado muestras.

—¡Avanzan, señor! —exclamó Casellas.

—Segunda compañía: fuego sobre sus cabezas —respondió Lezo sin inmutarse.

—Pero, señor... —protestó el capitán—, ¡avanzan! Tomarán la playa si no se lo impedimos.

—¿Debo repetir la orden? —preguntó Lezo volviéndose hacia su oficial.

—¡No, señor!

—¡Pues disparen de una maldita vez!

Casellas no veía lógica alguna en la decisión del almirante. Disponían de una ventaja más que importante sobre el enemigo y, si disparaban con presteza y acierto, podían causar muchas bajas entre los hombres de los botes. Después, una vez en la playa, el resto sería pasado a bayoneta sin dificultad. En una carga ordenada sobre la playa, a los ingleses únicamente les restaba morir.

Pero Casellas obedeció:

—¡Segunda compañía! ¡Dos pasos al frente y fuego sobre sus cabezas!

La segunda compañía puso los pies en la arena de la playa y disparó sobre las cabezas de los casacas rojas. Uno de los granaderos no apuntó bien y su tiro resultó tan bajo que arrancó casi por completo la oreja derecha de un soldado inglés.

Casellas trató de disculparse ante Lezo:

—No ha podido apoyar en firme, señor. La arena...

Sin embargo, a Lezo se le había iluminado el rostro. Observaba atentamente los botes y esperaba una reacción por parte de los que los mandaban. En ningún momento había creído en firme que aquel desembarco fuera en serio y ahora disponía, de improviso, de una oportunidad para comprobarlo.

Los gritos del hombre herido regocijaron tanto como preocuparon a los granaderos españoles. No convenía enlajar al monstruo, pues su reacción no podría ser otra distinta a abrir su fenomenal boca y engullirlos a todos de un solo bocado, pero... ¡qué diablos! Un perro inglés aullando de dolor como una mujer mientras la sangre manaba a borbotones de su oreja no era un espectáculo en modo alguno desdeñable.

Lezo no perdió el tiempo y mandó formar a la tercera compañía:

—Apuntando al pecho. Que cubran al resto.

¡Por fin! Iban a tomar posiciones de defensa en la playa. Casellas estaba satisfecho. Notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza y procedió a disponerlo todo como Lezo había ordenado. La tercera compañía de granaderos dio dos pasos al frente, se echó los mosquetes al hombro y encañonó a los ingleses.

Mientras tanto, las otras dos compañías corrieron hacia la orilla. Echaron una rodilla a tierra y cargaron sus armas. Los botes estaban tan cerca de ellos que podían oler el sudor de los hombres a los que, más pronto que tarde, iban a enviar al otro mundo. Desencadenarían una batalla sin precedentes, pero al infierno con todo: si morir allí era el destino que Dios les había reservado, morir llevándose por delante a unos cuantos perros ingleses volvía la posibilidad un poco más dulce. Como si la muerte, de algún modo, mereciera la pena.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! —ordenó Lezo.

E hizo algo que hasta a Casellas sorprendió: con la torpeza del que, a cada paso, hunde su pierna de madera en la arena, caminó por la playa hasta situarse junto a sus hombres en la orilla. Tenían a los ingleses a tiro y sus navíos estaban demasiado lejos como para que el fuego de cañón les alcanzara.

—¿Acabamos con ellos, señor? —preguntó, impaciente, Casellas.

—No —respondió Lezo tras una breve pausa—. Dejémosles ir.

No había terminado de decirlo cuando los botes ingleses comenzaron a virar en redondo.

—¡Dan la vuelta! ¡Abandonan!

Casellas no cabía en sí mismo de excitación. Lezo cortó por lo sano:

—Pero volverán.

* * *

No es que fueran a volver. Es que no tenían la menor intención de marcharse pues nadie se marcha de aquel lugar que considera legítimamente suyo. Y el almirante Edward Vernon tenía la íntima convicción de que Cartagena de Indias ya era tan inglesa como la mismísima Liverpool. En lo que a él le atañía, sólo restaba el pequeño trámite de la conquista para que aquella plaza fuera suya. Algo completamente nimio, a la vista de la desmesurada diferencia de fuerzas entre uno y otro bando.

De manera que la intuición de Lezo no fue tal. Por mucho que sus hombres lo celebraran, aquella retirada de los botes ingleses no suponía sino el pequeño juego entre el gato y ratón: antes de que el gato pierda la paciencia y engulla, en un instante y como si nada verdaderamente importante estuviera sucediendo, al minúsculo, insignificante y, en modo alguno, indigesto ratón.

Vernon consideraba conquistada Cartagena. Estaba al mando del monstruo de los cien tentáculos y nada, nada ni nadie, puede enfrentarse al monstruo de los cien tentáculos y salir vivo para contarlo. De manera que, ¿por qué no ir adelantando trabajo? Sí, claro, a la mayor gloria de Inglaterra y del rey Jorge II, Vernon dispuso que Cartagena era inglesa y que todos y cada uno de los cartageneros, como correspondía ante la presencia de alguien como él, se rindieran sin solicitar más explicaciones. Por eso envió a unos cuantos hombres a tantear si las playas de La Boquilla eran un buen lugar para desembarcar. Desembarcar, matar a los cuatro pobres diablos que estuvieran lo suficientemente locos como para hacerles frente, y tomar la plaza con tiempo suficiente para cenar caliente y brindar por el éxito junto a sus oficiales a bordo del Princess Carolina, su buque insignia.

La orden dada a los hombres lanzados en expedición hacia la playa había sido una y muy simple: explorad el terreno e informad de la viabilidad de un gran desembarco en aquel lugar. La respuesta de los oficiales que iban en los botes fue tan clara como la orden que les guiaba: ni aquel paraje, dada la lejanía de plaza y lo impracticable del terreno cenagoso, suponía un punto adecuado para el desembarco de miles y miles

de hombres, ni, por desgracia, los españoles parecían excesivamente dispuestos, como habría sido de esperar, a rendirse incondicionalmente.

—¡Atacados! —exclamó Vernon al ser informado del modo en el que sus hombres habían sido recibidos.

No podía creérselo. ¡Atacados! Pero si ya había encargado que en Inglaterra se acuñaran monedas conmemorativas de la rendición española... Creía que podían haber llevado aquel asunto adelante sin causar demasiados perjuicios en la población local. Una rendición a tiempo era la mejor opción para los españoles. Porque, ¿qué tenían para hacerles frente? Seis naves. Seis naves contra ciento ochenta y seis. Los enviarían al fondo del mar antes de que tuvieran tiempo de cargar la segunda andanada.

El oficial al frente de la avanzadilla daba cuenta ante el consejo militar reunido a bordo del Princess Carolina.

Además de Vernon, se hallaban presentes el vicealmirante Chaloner Ogle, el comodoro Richard Lestock, el general Thomas Wentworth, el gobernador de Virginia, William Gooch, el joven oficial y protegido de Vernon, el capitán Lawrence Washington y varios generales más.

—¿Quién los mandaba? —preguntó, alterado, Vernon.

—Un oficial con una pierna de madera, señor.

El hombre de la pata de palo. El lunático capaz de creer que, haciéndole frente, disponía de una posibilidad de triunfar. O, cuanto menos, de hacerle suficiente daño como para que la empresa no mereciera la pena.

¡Lezo! El hombre que estaba al mando de la defensa de Cartagena. Sabía de su imprudencia dirigiendo a sus soldados, de su temeridad y de su suerte. Sabía de todo ello y de algo más: que iba dejando partes de sí mismo en cada batalla. Que ya le faltaba una pierna, un ojo y un brazo y que, sin duda, el poco juicio con el que Dios le había bendecido a la hora de nacer había saltado, también, por la borda en cualquiera de las absurdas y temerarias batallas en las que se veía inmerso.

¿Quería perder la vida en la defensa de Cartagena? ¿Era eso lo que pretendía? Él, el almirante Vernon, había enviado a unos cuantos hombres en misión de buena voluntad y, ¿qué recibía a cambio? ¡Un intolerable insulto a manos de un loco capaz de dirigir personalmente una compañía de granaderos a pie de playa!

—Deberíamos enviar más hombres y realizar un desembarco rápido y decidido, señor —se aventuró a especular el general Wentworth—. Sabemos que no podrán hacernos frente durante mucho tiempo. Sería cuestión de horas que tomáramos la playa...

Wentworth era un hombre espigado con dos ojos incapaces de estarse quietos bajo unas cejas extremadamente pobladas. Su misión era dirigir las tropas una vez en tierra, de manera que cualquier cosa que no fuera desembarcar de una maldita vez y avanzar hasta tomar la plaza, le parecía una absoluta pérdida de tiempo.

—Según nuestros informes, ni siquiera completan las tripulaciones de sus naves —continuó—. Disponen de pocos soldados y los que hay están cansados y mal entrenados. Sucumbirán a un desembarco de tres mil o cuatro mil de nuestros hombres. Apenas sufriremos bajas.

—La plaza se encuentra lejos de las playas de La Boquilla, general —objetó el joven Washington—. Y el terreno es fangoso y está plagado de mosquitos. Quizás sea una buena idea replantear nuestro plan de acción.

Washington, a pesar de no tener rango suficiente para ello, opinaba en los consejos militares como ni siquiera los generales se atrevían a hacerlo. La mano de Vernon le protegía de todo mal. Y de la ira de los oficiales.

Wentworth no dijo nada. Miró a Vernon y, después, al resto de los miembros del consejo. Sólo Ogle se atrevió a hablar:

—Si bien es cierto que nuestra fuerza es suficiente para aplastarlos sin dilación, recomiendo prudencia. No tenemos por qué arriesgar más de lo necesario. No cuando la victoria es segura y caerá de nuestra parte.

—¿Qué recomienda, vicealmirante? —le preguntó Vernon directamente.

—Abandonar la idea de desembarcar en las playas, ahorrándonos así una sangría innecesaria, y tomar, por mar, primero la bahía y, luego, la plaza. Incluso, puede que hasta una operación de este tipo nos lleve menos tiempo que desembarcar fuerzas de infantería y avanzar palmo a palmo sobre el terreno.

—Pero Lezo habrá protegido la bahía —intervino, algo contrariado, Wentworth.

—Podemos acabar con sus baterías sin dificultad. Propongo bombardear sin descanso sus posiciones durante tres o cuatro jornadas. Sin tregua —Ogle no titubeaba al hablar y cada una de sus palabras se modelaba formidablemente entre sus labios—. Hasta que se rindan o acabemos con todos ellos. Lo que primero suceda.

Vernon escuchó en silencio mientras, muy lentamente, asentía con la cabeza. Hasta que se rindieran o fueran todos ellos enviados al infierno. No le parecía un mal plan. De hecho, le parecía el mejor de los planes posibles. Humillar a Lezo y obligarle a, arrodillado frente a él, entregarle las llaves de la ciudad. Por eso, concluyó:

—Creo que el vicealmirante tiene razón. No tenemos por qué perder hombres inútilmente avanzando por tierra. No, disponiendo de munición y naves suficientes para reducir Cartagena entera a polvo y escombros.

A Wentworth no le satisfizo la decisión del almirante, pero prefirió no replicar. Sabía que Vernon optaría siempre por la estrategia que, a ojos de Inglaterra, más gloriosa resultase. Y la posibilidad de arrasarlo por completo la orgullosa Cartagena era algo demasiado tentador como para dejarlo pasar por alto.

—En ese caso, y si nadie muestra objeción alguna al respecto —anunció Vernon—, modificamos el plan de ataque. Mañana, con la primera luz del alba, pondremos rumbo a Bocachica. Considero que es necesario desplazar toda la flota hacia allí. Sin excepciones. La posibilidad de tomar la ciudad por tierra está agotada.

Vernon apoyaba las manos abiertas en los flancos de su prominente barriga. Su voz surgía aguda de la garganta y parecía vibrar durante un instante entre sus inmensos carrillos antes de brotar al exterior.

Bocachica suponía el único acceso marítimo a Cartagena. Tiempo atrás, la entrada de Bocagrande habría sido una opción a tener en cuenta, pero los españoles habían hundido barcos en mitad de ella para, después de cubrirlos con ingentes cantidades de arena, crear un dique artificial que impedía el paso a cualquier navío de cierto calado.

¿Qué se encontrarían haciéndoles frente en Bocachica? No demasiado, ciertamente. Además de un número indeterminado de baterías en la isla de Tierra Bomba y del minúsculo fuerte de San José levantado sobre un islote en medio del canal, sólo la fortificación de San Luis disponía de cierta capacidad para oponerles resistencia. Según las informaciones de las que Vernon disponía, el San Luis estaba bien aprovisionado y defendido. En cualquier caso, nada que un par de días de castigo intensivo desde sus navíos de línea no pudiera reducir con facilidad.

Además, con un poco de suerte, el propio Lezo, tan audaz como estúpido en cada una de sus decisiones, podría asumir él mismo, en persona, la defensa del fuerte de San Luis. ¿No había bajado a la playa para hacer frente a unas cuantas decenas de soldados? ¿No se había arriesgado, de la forma más insensata que podría concebirse, a recibir un balazo en mitad de la frente cuando, esa misma mañana, se situó en primera línea de fuego durante un desembarco?

Sí, conocía bien a Lezo. Conocía su carácter obstinado, sus tendencias temerarias, su porte de loco incapaz de comprender que cualquier estrategia militar que sea digna de llamarse así, ha de trazarse con tiempo, astucia, mapas y conocimiento de causa. De esta forma actuaba siempre Vernon: sin cometer errores innecesarios y atacando tras haber realizado suficiente acopio de fuerzas. ¿Acaso existía otra forma de dar gloria a Inglaterra?

Bien, si Lezo había decidido no rendir Cartagena, no le quedaba otro remedio que tomarla por la fuerza. Destruyéndola por completo, si era necesario. Porque Cartagena, en sí misma, no importaba más allá de a lo que daba acceso: las rutas hacia las inimaginables riquezas provenientes de las tierras del sur. De las tierras que ahora pertenecían a España pero que mañana, sin duda alguna, serían propiedad de la corona inglesa.

Para eso habían reunido la flota más grande de todos los tiempos. Para eso le habían situado a él, Edward Vernon, al frente del monstruo de los dos mil cañones. Dos mil cañones capaces de disparar con tal brutalidad que cualquier navío, edificación o muro podrían ser derruidos sin apenas esfuerzo.

El vicealmirante Ogle se hallaba en lo cierto. Los españoles que defendían Cartagena no suponían enemigo suficiente para ellos. Sin embargo, la presencia y el recuerdo de Lezo le impedían el total sosiego. Pensaba en él durante todo el rato y no podía quitárselo del pensamiento. ¿Por qué, si, hiciera lo que hiciera, jamás podría detenerles? Lo supo de inmediato: porque Lezo estaba completa e irremisiblemente loco.

Loco, Lezo era un idiota y un loco y Vernon sabía cómo hacer frente a un idiota, pero no a un loco. Idiotas había varios sentados ahora mismo junto a él en el consejo militar. Pero resultaban inofensivos si se sabía tratarlos. Y Vernon lo sabía. Había pasado demasiados años al mando de navíos de guerra como para habérselas tenido que ver, día a día, con decenas de los de su calaña. Si se les dejaba tranquilos, los idiotas no ocasionaban demasiados problemas.

Pero, ¿cómo se hace frente a un loco? A alguien al que la diferencia de fuerzas le parece una cuestión nimia y carente de toda importancia, a alguien que desprecia la vida y la muerte, que no duda en enviar a sus hombres a la destrucción, a alguien que cuando en una situación así se encuentra, empuña un mosquete y dispara hasta que una bala le revienta los sesos.

Vernon, titubeante, se rascó la nuca. Todos los presentes en el consejo militar se dieron cuenta de que algo intranquilizaba al almirante. De hecho, cuando Vernon, acto seguido, tomó aire en sus pulmones, lo exhaló en dirección a la boca y lo retuvo allí durante un buen rato, pensaron que iba a añadir algo. Sin embargo, Vernon se limitó a hinchar los carrillos como una rana a punto de croar. Y ahogó una mueca de resignación.

CAPÍTULO 3. 17 de marzo de 1741

Eslava caminaba nervioso y excitado por la estancia. De porte minúsculo y poco marcial, acostumbraba a vestir con impecable distinción incluso cuando las balas arreciaban en torno a él. No existía motivo para lucirse vulgar tampoco en medio de la batalla.

—¡Volverán, maldición, volverán antes de que nos demos cuenta! —exclamaba.

Lezo lo observaba sin apenas inmutarse.

—Desde luego que volverán. ¿Acaso cree que esa flota que está ahí fuera va a conformarse con echarnos un vistazo, comprobar nuestra debilidad manifiesta y volverse, sin más, de regreso a Jamaica? No sólo volverán. ¡Es que ni se han ido ni se irán!

Eslava daba vueltas en círculo. El sudor empapaba toda su frente y se deslizaba por las sienes. No soportaba que Lezo se dirigiera a él en ese tono, pero no lo quedaba otro remedio que tolerarlo. A fin de cuentas, Lezo podía ser tan insolente que en no pocas ocasiones bordeaba la insurrección, pero se trataba del hombre que había preparado concienzudamente la defensa de Cartagena. Tan concienzudamente que él, Lezo en persona, supervisaba cada trinchera excavada, cada cañón transportado, cada depósito de pólvora e, incluso, el entrenamiento de sus hombres en la lucha cuerpo a cuerpo. De hecho, era el único militar capaz de ensayar, sin el menor atisbo de vergüenza, el modo en el que sus hombres debían retirarse de una posición matando el mayor número posible de enemigos antes de caer muertos ellos mismos.

Además, Eslava tenía a Lezo bajo su mando y a toda la guarnición bajo el mando de Lezo. Y con casi doscientos navíos acosando su ciudad, ese hecho se tornaba en irreversible. Lezo era lo que había y con él debía contar.

—Hay que reforzar las defensas de La Boquilla —gritaba el virrey—. ¡Hay que reforzarlas de inmediato! Necesitamos más baterías en la zona y más hombres. ¿Cuántos podríamos trasladar hoy mismo, Lezo?

Lezo no se tomaba demasiado en serio los cuestionamientos militares del virrey.

—Unos quinientos o seiscientos. Dejando desguarnecido el San Felipe, quizás hasta mil.

—¿Y cuántos recomienda enviar?

—Ninguno, señor.

Eslava se echó las manos a la cabeza, se tiró de las orejas y buscó nerviosamente entre sus ropajes un pañuelo con el que secarse el sudor.

—¡Cómo que ninguno! —exclamó—. Dios santo, Lezo, volverán, usted mismo dice que volverán y que tomarán la ciudad en cuanto lo deseen.

—Exacto. Eso mismo es lo que pienso.

—¿Y no propone enviar un solo hombre para defender la playa?

—Ni uno solo.

Si no fuera porque Eslava conocía demasiado bien a Lezo, habría creído que le estaba tomando el pelo. Pero en el rostro de Lezo no se abría ningún atisbo de sonrisa. Al contrario: estaba crispado e inmóvil, como si de pronto el intenso calor lo hubiera convertido en mineral.

—En ese caso —continuó Eslava—, ¿cuál es su propuesta? Creo que si tiene algo que decir, es el momento de hacerlo. No nos sobra..., tiempo...

Eslava balbuceaba cuando se hallaba a punto de perder los nervios. Y en ese instante, lo cierto es que lo estaba. Y no era para menos: se encontraban a punto de invadir su ciudad, de conquistar el virreinato al frente del que el rey le había situado y, de esta forma, España perdería todo el dominio sobre el continente.

Por si esto no fuera preocupación suficiente, tenía a Lezo. A ese maldito trastornado que, si bien sabía guardar en todo momento las formas adecuadas, no reconocía autoridad alguna ni sentía ningún tipo de respeto por Eslava.

Y eso Eslava lo sabía. Estaba convencido de ello. Bien, a pesar de todo, en una situación como la presente, convenía ser prácticos. Lezo era lo que tenía y con Lezo debía sumar esfuerzos. No se fiaba de él pero su carrera había sido impecable: si Lezo perdía Cartagena, sería su primera derrota en décadas de servicio a la corona.

—Maldita sea, Lezo —recompuso su discurso Eslava—. Tenemos que hacerles frente y nuestro flanco más débil está en La Boquilla. Apenas disponemos de baterías en aquella zona. Si yo fuera inglés, Dios me libre, invadiría la ciudad por allí.

—No tenemos baterías suficientes, pero tenemos espesura, mosquitos, distancia y calor. Suficiente para que los ingleses reconsideren sus planes de ataque.

El virrey titubeó mientras trataba de dar una réplica adecuada a Lezo. —Sin embargo...

—Entrarán por mar —cortó su discurso Lezo—. Golpearán con saña nuestras defensas y penetrarán en la bahía. Irán asentando posiciones y avanzando despacio, sin correr riesgos excesivos. Tienen naves de sobra para hacer algo así. Pueden cañonearnos durante días o semanas, y luego desembarcar para contar los cadáveres.

—¿Y perder un buen número de buques en el ataque? No lo sé, Lezo, no lo sé...

—¿Y perder miles de hombres en un desembarco errado? En tierra podemos hacerles frente. Nuestros hombres conocen el terreno, están perfectamente aclimatados y son menos vulnerables a los mosquitos. Quizás los ingleses acabarían imponiéndose, pero, para entonces, sus filas habrían resultado seriamente diezmadas.

Eslava apretaba con fuerza los dedos en el interior de las palmas de sus manos mientras escuchaba a Lezo.

—Una flota intacta sin hombres que la tripulen no sirve de nada —concluyó Lezo—. Por eso estoy seguro de que preferirán sacrificar unos cuantos navíos a perder miles de hombres.

Eslava no las tenía todas consigo. La idea de desproteger La Boquilla para centrar todos sus esfuerzos defensivos en Bocachica le parecía poco menos que una locura. No obstante, Lezo casi nunca se equivocaba en sus pronósticos:

—¿Está seguro de lo que dice, almirante? Lezo no titubeó ni un instante.

—Absolutamente seguro, señor.

Eslava se había ido encorvando a lo largo de la discusión y, entonces, bajo el aplomo de Lezo, pareció darse cuenta de la escasa dignidad de su actitud. De un golpe de espalda, se irguió y tensó los hombros y el cuello.

—¿Qué tenemos en Bocachica?

—Cuatro naves bloqueando el paso, señor: el Galicia, el San Carlos, el Neptuno y el África. He dispuesto que unan con cadenas proas y popas. De esta forma, si de-
sean penetrar en la bahía, tendrán que enviarnos antes a pique.

—¿Y perder cuatro de nuestros barcos...?

Lezo, por primera vez, crispó el ceño. Sin embargo, bajó levemente la voz para responder:

—Si lo prefiere, puedo enviarlos fuera de la bahía y luchar en mar abierto. Si somos rápidos, dispondremos de tiempo suficiente para disparar dos andanadas antes de que den buena cuenta de nosotros.

Eslava prefirió no darse por aludido e ignoró la insolencia de Lezo.

—¿Soportarán las cadenas los embates de los navíos ingleses? —preguntó.

—Por supuesto que no, señor —replicó Lezo sin inmutarse—. Pero nos ayudará a ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo? ¿Para qué diablos queremos ganar tiempo?

Lezo golpeó tres veces en el suelo con su pierna de madera antes de responder:

—Para vencer, señor. Por supuesto que para vencer.

La expresión de Lezo había sonado a insolencia en sus labios; Al menos, es lo que le pareció a Eslava. ¡Vencer, vencer...! ¿Pero alguien en su sano juicio era capaz de afirmar que, sin lugar a duda, disponían de una sola posibilidad de salir con éxito de aquella? ¿Podrían rechazar a los ingleses? ¿Darles lo suyo, lograr que dieran media vuelta y regresaran, humillados, a Jamaica? ¿Acabar de una maldita vez por todas con sus sueños de grandeza en las Indias?

—Lezo, no tengo el ánimo para bromas de mal gusto — dijo, finalmente, Eslava. Había vuelto a encorvar la espalda y parecía que el desánimo más absoluto se había adueñado de él—. Es imposible repeler a la flota que está ahí fuera. ¡Imposible!

Lezo no dijo nada. Ni siquiera se movió ni hizo sonar su pata de palo sobre el piso de madera.

—¿O acaso no piensa así, almirante?

—Desde luego que no, señor.

Lezo no perdía más tiempo del estrictamente necesario en explicaciones. Fuera uno de sus subordinados el que tuviera delante o el mismísimo virrey de Nueva Granada.

—¿No? —titubeó, una vez más, Eslava.

Lo ya respondido, respondido estaba. Lezo no abrió la boca.

—En ese caso —continuó Eslava sin mirar a Lezo—, tengo que poner en marcha el plan de defensa de la plaza. Sí, eso es lo que tengo que hacer...

Lezo observó que el virrey comenzaba a mordisquear las uñas de su mano izquierda. Si de él dependiera, habría mandado azotar allí mismo al cretino que tenía frente a sí. Al tipo nervioso y llorón al que se le había encomendado el gobierno de una ciudad que, ahora, conduciría a la destrucción.

—Si me lo permite, señor —interrumpió Lezo las divagaciones en voz alta de Eslava—, he de ir a supervisar nuestra defensa de Bocachica.

Eslava lo miró como si no comprendiera qué le estaban diciendo.

—Bocachica... ¿Y no sería mejor enviar más hombres a La Boquilla? Si dejamos desguarnecidas las playas...

—Creo que eso ya lo hemos discutido antes, señor —interrumpió Lezo. Sí, lo habría mandado azotar allí mismo por incompetente, por imbécil y por cobarde.

—¡No quedará nada de nosotros, Lezo! —gritó Eslava perdido, definitivamente, cualquier atisbo de decoro—. ¡Nos reducirán a cenizas con sus cañones!

Lezo, harto, dio dos enérgicos pasos hacia el virrey. Cuando lo tuvo a menos de un palmo de su rostro, le habló sin miramientos:

—Si actuamos con rapidez, tenemos una posibilidad de vencer. No es una gran posibilidad, pero es una posibilidad clara. Son muchos más que nosotros y están infinitamente mejor dotados. Pero cuento con un puñado de buenos hombres dispuestos a dar la vida por defender esta plaza. Dispuestos a morir con gloria y honor.

Dicho esto, el almirante retrocedió hacia una posición más respetuosa.

—¿Da su permiso para que organice la defensa de Bocachica?

Eslava lo miró con ojos asustadizos. El sudor empapaba sus ropajes y había perdido, por completo, el control del movimiento de sus manos. Con el rostro hundido en el pecho, respondió:

—Adelante...

Lezo, de inmediato, abandonó la estancia. No se molestó en despedirse, no cerró la puerta tras de sí ni volvió la vista atrás. Si lo hubiera hecho, habría observado que Eslava alzaba lentamente la barbilla y dirigía en su dirección una mirada difícil de interpretar. Odiaba con todo su corazón a ese en quien depositaba toda su confianza y suponía su única esperanza.

Y odiar en quien has de confiar resulta, se mire como se mire, la peor de las opciones. Porque el odio nubla la objetividad en las decisiones y la confianza se rompe. Odias más, confías menos y el ánimo se quiebra por momentos. Algo similar es lo que le sucede a Eslava: que no puede luchar con Lezo ni contra Lezo; que ha de admitir que el almirante sea quien lleve la iniciativa en la defensa de Cartagena; que lo hace y de buen grado ordenaría lo contrario; que si no lo hace, la perdición es segura.

¿No ha dicho que disponen de una posibilidad de salvarse? ¿Ha sido una más entre las bravuconadas que Lezo acostumbra a lanzar o realmente la razón está de su parte? Veamos: ¿cuántas veces ha errado Lezo en su juicio a lo largo de su carrera? Ninguna, eso es seguro. ¿Cuántas veces ha actuado imprudentemente y poniendo en peligro y sin necesidad su vida y la de sus hombres? Siempre, sobre esto tampoco cabe duda. Entonces, ¿qué hacer? ¿Se le sigue la corriente a un loco porque está loco o porque sólo desde su locura puede alcanzarse la genialidad?

De acuerdo, le dejaría hacer. El habría preferido defender La Boquilla en lugar de Bocachica, pero haría caso a Lezo. Aceptaría su criterio. No tendría por qué, dado que Eslava y sólo Eslava podía determinar la estrategia final para el gobierno de la pla-

za, pero, por esta vez, daría su brazo a torcer. En cualquier caso, sabía que las posibilidades de salir airosos de este trance eran pocas fuera cual fuese el plan de defensa de la ciudad.

¿Resulta más adecuado perder la plaza y entregar las llaves de la ciudad al enemigo tras haber obligado a todos a obedecer cada una de tus órdenes hasta el desastre final o, por el contrario, es mejor que otro cargue con la culpa de la rendición? Sobre todo cuando el otro no importa en absoluto. Sobre todo cuando el otro es Lezo.

CAPÍTULO 4. 20 de marzo de 1741

Nada en el mundo causa más placer que tener razón. Aunque tener razón suponga que, al amanecer, una magnífica escuadra de navíos de línea se halle en perfecta disposición para cañonearte durante horas, días o semanas. Convirtiendo en escombros tus defensas. Matando a todos y cada uno de tus hombres. Enviando al infierno cada una de tus expectativas de éxito.

Por eso, sólo por eso, a Lezo se le iluminó su único ojo. Fue una luz desdibujada, sorda, casi un esbozo de lo que si aquel fuera otro hombre y aquella otra circunstancia, podía haber sido. Pero, a fin de cuentas, su mirada brilló. Él tenía razón y el cretino de Eslava no. Los ingleses habían abandonado todo intento de tomar la ciudad por La Boquilla y se disponían a desgastar sus defensas desde el mar para, así, abrir una brecha en ellas, penetrar en la bahía y hacerla suya.

A una escuadra de doce buques bajo el mando del vicealmirante Ogle le había sido encomendado el trabajo sucio: cañonear a discreción contra baterías intactas y hombres frescos. Y exactamente era lo que se disponía a hacer. Había situado los navíos de línea en posición de combate, popa junto proa, antes del amanecer y ahora sólo restaba dar la orden final y comenzar a disparar contra Tierra Bomba.

Las órdenes de Lezo no ofrecían duda: tenían que aguantar en las baterías de Tierra Bomba cuanto tiempo pudieran. Soportando el cañoneo enemigo y, al tiempo, disparando contra los navíos desde los que provenían las balas. Sin cuartel. Sin descanso. Hasta que sintieran que todo estaba perdido. Entonces, debían lanzar una andanada completa más. Dos, si el valor no les había abandonado por completo. Después, si aún conservaban piernas y aliento suficientes para caminar, estaban autorizados a emprender la retirada hasta el fuerte de San Luis.

Poco más de una hora después del amanecer, Lezo cabalgó hasta la batería más cercana a la fortificación. Allí, el capitán de fragata Lorenzo Alderete, le recibió sorprendido:

—Señor, este no es lugar para usted...

—Váyase al infierno, capitán —atajó Lezo—. Mi lugar está donde se encuentre uno de mis hombres dejándose el pellejo. ¡Informe!

Alderete y los pocos oficiales que se encontraban en la batería se miraron entre sí sin saber qué decir. Para todos, no había existido una ocasión anterior en la que el almirante se les dirigiera personalmente.

—Capitán —insistió Lezo—, ¿va a ser tan amable de informarme o aguarda a que esos hijos de puta de ahí abajo nos metan una bala por el culo?

Lezo no se andaba por las ramas cuando no había tiempo de andarse por las ramas. En realidad, haciendo honor a la verdad, Lezo no se andaba nunca por las ramas. Desde luego, no con todos aquellos con rango inferior al suyo.

—Por supuesto, almirante —repuso Alderete tratando de que su voz se escuchara con claridad—. Suman doce naves en total y están situados en posición de ataque desde el alba. De hecho, no sé a qué aguardan para comenzar a disparar, señor...

—Aguardan a que Dios parta el cielo en dos, se deje caer por la grieta y les asegure que todo va a ir bien. Esos malditos perros están hechos de puro miedo, capitán. No disparan porque ni siquiera están seguros del lugar exacto desde donde nosotros podemos darles réplica.

Lezo caminaba a paso ágil sobre el estrecho espacio que los hombres dejaban en la batería. El golpeteo de su pierna de madera en el suelo de piedra impresionaba tanto a los cañoneros, que en ese mismo momento podría aparecérselos una legión de ángeles blancos a sus espaldas y ellos no volverían la mirada.

—¿Cuántos hombres sirven en esta batería, capitán?

—Cien, señor. Contando los oficiales.

—¿Y cuántos de estos cien hombres tienen miedo?

Alderete titubeó:

—¿Cómo... cómo dice, señor?

—Que cuántos aquí tienen miedo. Dicho de otro modo: ¿a cuántos de sus hombres les preocupa la más que cierta posibilidad de que de aquí no salgan con vida?

Lezo hablaba casi a voz en grito. Lo hacía para que sus preguntas resultaran retóricas. Se dirigía al capitán porque un almirante, ni siquiera el almirante Lezo, no acostumbra, en condiciones normales, a hablar directamente con la chusma. Pero, en realidad, sus palabras estaban destinadas a los artilleros. Y los artilleros, consciente o inconscientemente, lo sabían.

—¿Cuántos de mis hombres echarán a correr en el momento en el que esos bastardos ingleses comiencen a cañonear esta posición? ¿Cuántos de mis hombres?

Alderete procuró que su voz estuviera a la altura de la de Lezo:

—Ninguno, señor...

—¿Puede jurarlo, capitán? Con la mano sobre las sagradas escrituras, maldita sea. ¿Puede jurar que ni uno solo de mis hombres echará a correr colina abajo?

¿Qué podía responder Alderete?

—Desde luego, señor. Lo juro ante lo más sagrado.

—Bien, eso es lo que deseaba escuchar. Mis hombres tiemblan porque son hombres, pero no huyen porque no son bastardos ingleses. Aquí vamos a morir todos, ¿entendido? Vamos a morir o a salir victoriosos, pero no existen más opciones. Ni una sola.

No había terminado de decir esto último, cuando el navío de línea inglés que se hallaba en vanguardia lanzó una andanada completa. Primero el ruido y luego las balas. Primero la advertencia y luego el desastre.

—¡A cubierto! —exclamó Alderete al escuchar el sonido de los cañonazos—. Han comenzado a disparar. ¡A cubierto!

—¡Que nadie se mueva! ¡Todo el mundo quieto en su posición! —contraordenó Lezo—. ¡Aguantad!

Un instante después, escucharon cómo las balas se perdían en la maleza lo suficientemente lejos de su posición como para estar tranquilos. Sólo una de ellas impactó más o menos cerca e hizo que unas cuantas ramas y astillas cayeran sobre el firme de la batería.

—Las primeras andanadas son para que mostremos nuestra posición exacta —explicó Lezo—. Sólo nos están tanteando.

—En ese caso —repuso Alderete—, ¿no vamos a responder todavía, señor?

Lezo se giró, como impulsado por un mecanismo oculto, sobre su pata de palo:

—¡Por supuesto que vamos a responder! ¡Y no sólo vamos a responder! Vamos a soportar todo el hierro que quieran dispararnos y vamos a responder con fuego continuo desde nuestra parte.

Un segundo navío de línea inglés efectuó una nueva descarga. Esta vez las balas golpearon más cerca. Dos de ellas impactaron directamente en la batería e hicieron saltar por los aires varios trozos de piedra que hirieron a un hombre.

Los cien artilleros mandados por el capitán Alderete aguardaban a que Lezo continuara su discurso. Parecía como si hasta allí hubieran ido sólo con la intención de escuchar lo que el almirante tenía que decirles. Parecía como si la lluvia de balas que pronto arreciaría no era sino una circunstancia un tanto molesta pero, en ningún caso, decisiva en torno a los acontecimientos futuros.

—Me da igual si estáis casados o permanecéis solteros. Me da exactamente lo mismo si os aguarda esposa, madre, hijas o hermanas. Que comiencen a llorar ya y adelanten trabajo para más adelante. Y tampoco me importa demasiado si sois leales a España o no lo sois. Lo único que me importa en este momento, lo único que en verdad valoraré de ahora en adelante, es si me sois leales a mí. Es lo único que quiero saber: si estáis conmigo o no lo estáis.

Lezo hablaba ya directamente a los hombres porque la batalla había dado comienzo y cuando la batalla da comienzo, la chusma deja de ser chusma y se convierte en tropa. Tropa de la que, ahora y de una vez por todas, Lezo extraería una promesa.

—¿Estáis conmigo? —repitió a voz en grito.

Dos andanadas casi seguidas llegaron desde los navíos de línea que, abajo, corregían lentamente sus posiciones para ser más efectivos.

Las balas ya impactaban directamente en la batería. Uno de los hombres cayó al suelo y varios se acercaron a él con la intención de auxiliarle.

—Aguardo una respuesta, capitán.

—Dios santo, almirante, ¡por supuesto que estamos de su lado!

—¿Hasta el último de los hombres que hoy va a morir aquí?

—¡Desde luego que sí, señor!

—En ese caso, ¡a vuestros puestos, maldita sea! ¡No quiero gandules en mis filas! Os prefiero muertos antes que ociosos, y vive Dios que así estaréis antes que finalice el día. Pero ninguno de vosotros irá al infierno desasistido: Juro por mi nombre que el honor de los muertos bajo mi mando, bajo el mando de Blas de Lezo, no se agota en esta vida. Va más allá y os acompaña para siempre.

El cada vez más intenso y más certero golpeteo de las balas comenzó a inquietar a Alderete.

—Me he visto en tormentas más peligrosas que esta fina lluvia, capitán —dijo Lezo. Parecía sonreír en medio del polvo levantado por las balas—. Vamos, vamos, esto no es nada comparado con lo que nos espera.

—Estoy de acuerdo con lo que dice, señor —replicó Alderete midiendo cada una de sus palabras para no parecer irrespetuoso—, pero habría que responder ya.

—¡De acuerdo! —exclamó Lezo haciéndose oír sobre el estruendo de los cañones ingleses—. Tan sólo una petición para todos: os ruego con tanta energía como humildad que antes de que vuestro cometido en este mundo haya tocado a su fin, enviéis a pique a todos esos perros sarnosos de ahí abajo. ¡Enviadlos a pique ahora!

—¡A los cañones! —ordenó Alderete gritando para que hasta el último de los hombres le oyera—. Vamos a enseñar a esos malnacidos que en esta batería la muerte no asusta a nadie. ¡Aquí luchan los hombres del almirante Lezo!

Los hombres comenzaron a trajinar en torno a los cañones. Cada cual en el que le había sido asignado, como lo habían ensayado una y mil veces por orden expresa del oficial de la pata de palo al que ahora deberían rendir cuentas si alguien lo hacía mal.

El servicio de cien hombres en una batería estrecha y pensada, en origen, para albergar la mitad de cañones de los que, en realidad, ahora han sido dispuestos, no constituye una tarea sencilla. Cargar, apartarse, aguardar la orden del oficial al mando del cañón y disparar. Todo eso a la mayor velocidad posible, sin entorpecerse unos artilleros a otros, sabiendo cada uno en cada momento cuál es su tarea y dónde debe situarse. Como bailar encaramado a un madero suspendido sobre una ciénaga en la que los caimanes abren sus fauces hacia el vacío. No mires hacia abajo o el pánico se apoderará de ti.

Alderete había realizado un buen trabajo. Los soldados sabían de memoria cada uno de los compases de la danza para la que habían sido entrenados y ello, a Lezo, le agradó.

Permanecía quieto en la retaguardia, observando, satisfecho, las maniobras de sus hombres. Uno tras otro, los cañones eran cargados, primero con los cartuchos de pólvora y después con balas de calibre ligero, y, luego, todos se apartaban mientras el oficial al mando daba la orden. Seca y directa:

—¡Fuego!

Tras varios intentos fallidos, un disparo impactó de lleno sobre la cubierta de uno de los navíos de línea ingleses que les estaban atacando. Los artilleros pudieron ver, aun en la distancia, que grandes pedazos de astillas saltaban por los aires. Algunos no pudieron reprimir su alegría.

Había sido el primer blanco y el primer blanco siempre sabe distinto. Como si la muerte fuera sólo a ocuparse del otro bando.

—¡Silencio, caterva de gañanes! —exclamó Alderete—. ¿Creéis, acaso, que la labor está terminada? ¡Todos a trabajar! ¡Vamos, sin descanso! ¡O no saldremos con vida de aquí!

Lezo se dio cuenta de que era hora de dar media vuelta y regresar al fuerte de San Luis. Allí, en la batería, no tenía nada más que hacer. En adelante, la defensa quedaba en manos de Alderete y los suyos. Sabía que no podrían aguantar durante demasiado tiempo, pero quedaban bien pertrechados. Podrían disparar sin descanso al menos hasta que la mitad de los hombres hubieran caído. Después, abandonarían la batería y se reunirían con los demás en el San Luis.

El castigo de los navíos de línea enemigos comenzaba a arreciar.

* * *

Vernon había reunido a su consejo militar a bordo del Princess Carolina. Excepto Ogle, que se hallaba dirigiendo el cañoneo contra Tierra Bomba, estaban todos los oficiales de confianza del almirante: Lestock, Wentworth, Gooch y Washington.

El Princess Carolina se encontraba fondeado en retaguardia, protegido por varias hileras de navíos y muy lejos del alcance de las baterías cartageneras.

—Señores —comenzó Vernon—, como a ninguno de los presentes se le ocultará, hemos dado comienzo al ataque sobre la ciudad. Siguiendo el plan previsto, estamos desgastando las baterías defensivas de primera línea para, así, despejar el paraje de Tierra Bomba.

Wentworth, que no deseaba sino dirigir cuanto antes las compañías de infantería, intervino:

—¿Para cuándo se prevé la destrucción de las baterías de Tierra Bomba?

—Pronto, amigo mío, pronto... —respondió Vernon sin ocultar en su rostro una mueca de plena satisfacción—. Según mis informes, las baterías no aguantarán ni lo que resta del día. Pero hemos de ser concienzudos en nuestra labor. Disponemos, en este momento, de más de diez navíos de línea castigando sin descanso la costa. Caerán, Wentworth, caerán... Pero no debemos precipitarnos, sobre todo ahora que los españoles han tenido tiempo de organizarse.

—Desde luego, almirante —intervino el joven Washington—. Es conveniente limpiar el camino de malas hierbas para que nuestras tropas puedan avanzar sin dificultad.

Los miembros del consejo rieron la ocurrencia del protegido de Vernon. Washington no era demasiado brillante y carecía por completo de cualquier experiencia militar, pero tenía a Vernon de su parte y ello obligaba a fingir no sólo ya la risa, sino el aprecio, el respeto y la estima.

—El vicealmirante Ogle —continuó Vernon satisfecho—, con valor inigualable, lleva más de dos horas disparando sin descanso sobre las posiciones de Tierra Bomba. Las tripulaciones del Norfolk, del Russell y del Shrewsbury se están empleando a fondo, puedo asegurárselo. Según mis informes, las baterías españolas se encuentran exhaustas. Han perdido a numerosos artilleros y la mitad de sus cañones se encuentran inoperativos.

En ese momento, un soldado abrió la puerta de la amplia cámara donde estaba teniendo lugar el consejo.

—¡Adelante! —ordenó Vernon.

—Señor, con su permiso —dijo mientras entraba en la cámara.

Se dirigió directamente hacia el lugar en el que se encontraba el almirante y le alargó un documento.

Vernon leyó en silencio mientras el resto de miembros del consejo aguardaba impaciente.

—El Norfolk ha sido desarbolado casi por completo —anunció con gesto circunspecto— y el Shrewsbury ha sido dañado de importancia. Sin embargo —añadió levantando la vista—, tengo el placer de anunciar que las baterías de Tierra Bomba, como habíamos previsto, han sido acalladas.

Los miembros del consejo prorrumpieron en exclamaciones de alegría.

—¡Propongo que desembarquemos de inmediato una compañía de exploradores! —propuso Wentworth. Echaba su cuerpo hacia delante para otorgar mayor énfasis a sus palabras.

—¿No sería oportuno dar a los españoles una oportunidad para rendirse? —intervino Gooch.

—¿Rendirse? —respondió Wentworth—. No van a rendirse, maldita sea. No pensaban hacerlo antes de lanzar nuestro ataque y no lo harán ahora que han logrado dañar dos de nuestros navíos. ¡Enviemos hombres a tierra sin más dilación!

Vernon se sintió verdaderamente tentado por la posibilidad de realizar un rápido desembarco y tomar posiciones en tierra firme. Todavía quedaban unas cuantas horas de luz y la suerte siempre está del lado de los audaces.

—¿Qué opina, Lestock? —preguntó, por fin—. ¿Cree que podría acercarse con un navío y alcanzar la costa con unas cuantas lanchas y un centenar de hombres?

Lestock respondió de inmediato:

—No le quepa duda, almirante. Ahora que las baterías de Tierra Bomba han sido silenciadas, no será difícil acercarnos por el norte y tomar tierra.

Wentworth sonreía satisfecho. Si los hombres de Lestock tomaban la posición y la aseguraban, el desembarco masivo podría llevarse a cabo en uno o dos días y la empresa en tierra que él había de dirigir daría comienzo.

—Bien, adelante —ordenó Vernon—. Confío en que las baterías sean nuestras antes del atardecer.

* * *

El capitán Alderete y cuarenta y dos de sus hombres se presentó a las puertas del fuerte de San Luis. Habían luchado en las baterías hasta que sólo uno de los cañones pudo disparar. Traía seis heridos graves y aseguraba haber dejado atrás a cinco más que no podían caminar.

Cuando el coronel de ingenieros Carlos Desnaux, que mandaba el fuerte por orden directa de Lezo, acudió a su encuentro, no pudo evitar horrorizarse. La piel y las ropas de los hombres aparecía negra.

—Demasiado polvo y demasiada sangre —dijo Alderete sin ser capaz de recuperar el aliento—. Ha resultado una carnicería, pero creo que hemos cumplido con nuestra misión.

—Desde aquí carecemos de visibilidad suficiente —repuso Desnaux—. Informe, capitán: ¿cuáles son las bajas producidas en el enemigo?

—No sabría decirle con certeza, señor, pero sabemos que al menos dos de sus navíos de línea han resultado seriamente dañados. Uno de ellos lleva la arboladura prácticamente destruida y el otro..., el otro...

Alderete tuvo que realizar una pausa para tomar aliento. Tosió varias veces y solicitó un poco de agua. La pidió también para el resto de sus hombres.

—Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano, coronel. Todo.

—No me cabe duda de ello, Alderete, pero necesito un informe detallado. ¡Sobrepongase, por Dios!

Alderete se frotó su negro rostro con un no menos sucio antebrazo y continuó:

—Poco más hay que añadir, señor. Estábamos tan concentrados en nuestro propio trabajo, que apenas hemos dispuesto de tiempo para evaluar las pérdidas del enemigo. Lo que sí puedo asegurarle es que han sufrido daños. Estoy seguro de que muchos más de los que ellos pensaban.

No había terminado Alderete de informar a Desnaux, cuando un paso cojitranco se escuchó retumbar en la galería que daba acceso a la estancia donde los hombres provenientes de las baterías habían sido acomodados.

—¡Me siento feliz, maldita sea! —atronó Lezo antes mientras realizaba acto de presencia—. ¡Me siento feliz cuando mis hombres se comportan como tales y un poco más!

Alderete se sintió reconfortado. No las tenía todas consigo y temía que el almirante les recriminara que hubieran dado por perdidas las baterías antes de que realmente lo estuvieran.

—No pudimos hacer más, señor —dijo.

—Estoy completamente seguro de ello, Alderete. Completamente seguro.

Lezo observó el lamentable estado en el que se encontraban los recién llegados.

—¡Vamos, un médico! ¡Aquí hay heridos! ¡Algunos de mis hombres están heridos! ¿No tenemos un maldito médico en esta fortificación, Desnaux? ¿Sí? ¿Pues a qué diablos espera para presentarse aquí y cuidar de mi gente? Necesito que todo el mundo esté en condiciones de luchar mañana por la mañana en cuanto el sol se levante. Esos malnacidos no nos van a dar ni un minuto de tregua. No, por Dios que no.

Desnaux dio las órdenes precisas y mandó que los dos médicos disponibles en el fuerte de San Luis se personaran para hacerse cargo de los heridos.

—Y dígame, Alderete —continuó Lezo—. ¿Cuáles son nuestras bajas?

—Bastantes, señor, me temo. Ha muerto una cincuentena de hombres y me he visto obligado a dejar atrás a cinco heridos que no se valían por sí mismos para retroceder hasta el fuerte. Tratamos de ayudarlos, pero estaban demasiado mal. Lo lamento mucho, señor, me habría gustado que...

—¡No hay nada que lamentar! —atajó Lezo—. Cuando la lucha se desarrolla con honor, cada muerto en la batalla es una victoria para nosotros. Aprenderemos de ellos y de la lección que nos han dado. Ruego a Dios para que acoja a cada uno de los

hombres que he perdido en la lucha. ¡A todos y cada uno de ellos, maldita sea mi pata coja!

—Ahora deberíamos enviar una patrulla a rescatar a los heridos —intervino Desnaux.

—Sin duda, Desnaux —respondió Lezo—. Encárguese de ello inmediatamente. Y dese prisa porque la noche no tardará en caer. No descarto que esos bastardos se amparen en la oscuridad para reptar hacia lo que ya creen conquistado.

* * *

No hubo que aguardar a la noche. Los bastardos ya reptaban entre la maleza de Tierra Bomba mientras Lezo consideraba la simple posibilidad de que lo hicieran: eran ingleses, no estúpidos de remate.

Lestock había seguido diligentemente el plan previsto y había logrado, con un navío, alcanzar la costa de Tierra Bomba sin dificultades. Cinco lanchas desembarcaron un centenar de hombres armados con mosquetes y la compañía se puso, de inmediato, rumbo a las baterías que ni dos horas antes lograron acallar descargando sobre ellas más de dos mil balas.

Los casacas rojas tuvieron que desbrozar bastante terreno antes de alcanzar la primera de las baterías. El camino no era fácil, pero, tras observar que nadie repelía el desembarco, fueron adquiriendo confianza y avanzaron cada vez más deprisa.

Tenían orden expresa de no entrar en combate si no resultaba estrictamente necesario. Quedaba muy poco para que anocheciera y, entonces, su posición se tornaría demasiado vulnerable.

—Reconozca el terreno, alcance las baterías y establezca una posición en ellas sólo si no existe peligro alguno — había indicado Lestock al oficial al mando de la compañía de reconocimiento—. Si alguno de sus cañones se encuentra en buen estado, ordene su inmediata inutilización. Y si no hay riesgo visible, sitúe un campamento en la más resguardada de las baterías. Trate de buscar un punto en el que no exista posibilidad de fuego directo desde el fuerte de San Luis. Guardias de veinte hombres turnándose cada dos horas. No quiero sorpresas.

El talante de Lestock era bastante más conservador que el de Vernon. Y, por supuesto, mucho más que el del temerario Wentworth. Una cosa es hablar desde la seguridad de una cámara en un navío protegido en retaguardia y otra bien distinta situarse en primera línea de fuego. Además, los que desembarcaban eran sus hombres. Tipos que llevaban años sirviendo bajo su mando. No quería perderlos por precipitar un desembarco sin la suficiente cobertura desde el mar.

Las baterías habían sido reducidas a añicos. Los cuerpos de los soldados muertos se apilaban en los extremos de los recintos. Parecía claro que, a medida que cayeron, sus compañeros los trasladaron hasta esa zona para que no entorpecieran el manejo de los cañones.

Sólo hallaron a cinco hombres que todavía respiraban. El oficial al mando no dudó y los tomó como prisioneros. Era el procedimiento a seguir: a cada hombre que cayera en sus manos y no presentara resistencia, debía serle respetada la vida y otorgada la condición de prisionero. Lo cual no era, en sí, gran cosa, pero garantizaba una serie de cuidados y atenciones esenciales que, dada la precariedad de su estado actual, quizás podría salvarles la vida. O quizás no. Pero ese, desde luego, ya no suponía un problema para nadie. Excepto, claro está, para el que partía hacia el otro mundo.

Estaban disponiéndolo todo para, primero, asegurar la posición y, después, enviar a un pequeño grupo de hombres de regreso a las lanchas con los prisioneros a cuestas, cuando oyeron ruidos en la maleza.

El oficial mandó callar. Silencio absoluto. Que nadie respirara. Sí, estaba claro que alguien se acercaba a las baterías. ¿Quiénes? ¡Españoles, sin duda!

¿Qué hacer en tal situación? Lestock lo había dejado claro: no exponerse en vano y regresar de inmediato al menor indicio de peligro. Dicho y hecho.

Cuando la patrulla enviada por Lezo al rescate de los heridos llegó al lugar donde se suponía que debían hallarse, no encontraron más que cadáveres. Cadáveres, escombros, sangre y polvo. Todos muertos. Muertos sin la menor duda, pues se tomaron el tiempo necesario para comprobarlo uno por uno.

—Aquí no queda nadie con vida —anunció un soldado.

—Les quedaría un suspiro y no han conseguido aguantar —dijo otro.

Para entonces, los ingleses, con los cinco prisioneros españoles a cuestas, habían alcanzado sus lanchas y remaban como alma que lleva el diablo en dirección al navío de Lestock, casi invisible en la primera oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 5. 21 de marzo de 1741

Los hombres de Lezo durmieron poco aquella noche. Parecía claro que, con las primeras luces del alba, los ingleses lanzarían un ataque definitivo contra todo lo que en Bocachica se resistiese a la toma completa de la bahía interior. De manera que, dadas las circunstancias, echarse a dormir era lo último en lo que Lezo estaba pensando.

Ya había caído por completo la noche cuando, desde el fuerte de San Luis, se trasladó hasta el Galicia, su buque insignia. Allí, sobre la cubierta, observó al resto de

navíos que, junto al Galicia, cerraban la bocana de la bahía: el San Carlos, el Neptuno y el África.

Su idea de cerrar el paso con una cadena a cualquiera que pretendiera entrar sin permiso le había parecido una extravagancia al virrey Eslava. ¿Una cadena? ¿Se puede impedir el paso de la flota más grande jamás reunida con una simple cadena?

Sí, si se sabe situar adecuadamente. No, no por tiempo indefinido. Lezo podía resultar imprevisible en sus decisiones, pero no idiota. No, al menos, hasta el extremo de ocupar el tiempo de sus hombres en procedimientos completamente inútiles. Había dicho que la cadena protegería la bahía e impediría el paso de los navíos ingleses. Lo haría hasta que el enemigo lograra cortarla o enviarla por completo al fondo del mar. Mientras tanto, mientras un simple trozo de cadena uniera dos de sus navíos, resultaría efectiva y los ingleses no podrían pasar.

De manera que ordenó a sus hombres que la cadena fuera extendida y en ello ocuparon gran parte de la noche. A pesar de Eslava, a pesar de Desnaux y a pesar de todo aquel que fuera tan estúpido de juzgar errónea su estrategia mucho antes de haber podido comprobar su auténtica eficacia.

Los herreros trabajaron duro durante más de seis horas y fueron necesarios más de cincuenta hombres en las labores de despliegue y sujeción de la cadena, pero, cuando ya amanecía, los fuertes de San Luis y de San José, cada uno a un lado del acceso al fondeadero, se hallaban sólidamente unidos. Y, tras la imponente cadena, los cuatro navíos de Lezo situados en posición para hacer frente a los invasores y con todos los cañones disponibles montados en una sola banda.

Vernon subió a cubierta del Princess Carolina antes siquiera de tomar el primer bocado del día y pidió que le trajeran su catalejo. El navío se hallaba anclado lejos de la costa para, de esta forma, mantenerlo fuera del alcance de los cañones españoles. Aun así, mantenía visibilidad suficiente sobre Bocachica.

—Pero qué demonios... —comenzó a decir mientras observaba por el catalejo.

Cuando Vernon se movía, al menos media docena de oficiales lo hacía con él. Y a su lado, como si de su sombra se tratase, Washington engrasaba la suave maquinaria de la perpetua adulación.

—Han cerrado el acceso a la bahía con una cadena, señor —explicó el capitán.

—¡Ya veo que han cerrado el acceso a la bahía! —exclamó, entre sorprendido y encolerizado, el almirante—. ¡Con una cadena, ni más ni menos! ¿Se han vuelto locos los españoles? ¡Una cadena...!

—Con la intención de que impedir nuestro paso, sin duda, señor —añadió Washington.

— ¡Por supuesto que lo han hecho con la intención de impedirnos el paso! ¿Por qué otro motivo iban a hacerlo?

Washington se sorprendió ante la reprimenda que Vernon acababa de lanzarle. Por lo general, el almirante era cordial y amable con él y en contadas ocasiones le había visto perder los estribos. Desde luego, jamás con él de interlocutor.

— Pero señor... — quiso aplacar la cada vez más creciente ira de Vernon —, sólo es una cadena. Nada más que una cadena.

— ¡Una cadena que nos intercepta el paso!

Vernon jamás había contemplado algo semejante en ningún mar conocido, pero disponía de la suficiente experiencia como caer en la cuenta de que aquello no constituía sino una mala noticia para ellos.

— Haremos que la corten y... — continuaba, sin saber demasiado bien adonde quería llegar, Washington.

— ¡No se puede cortar! Es una cadena. ¡Una cadena! ¿Y ve lo que hay detrás de la cadena?

— ¿Detrás..., detrás de la cadena, señor?

— ¡Sí! ¿Está ciego, Washington?

— No, señor, pero no entiendo a qué puede referirse cuando dice...

— Los malditos cuatro navíos de línea españoles apuntando hacia todo lo que quiera acercarse a ellos.

— Oh, sí, señor, los navíos de línea españoles...

— Están apuntando hacia nosotros, con todas sus baterías dispuestas y sin intención alguna de salir a mar abierto. Observe que se hallan fondeados detrás de la cadena, no delante.

— Los enviaremos a pique sin dificultad, señor.

— ¿Y las baterías de los fuertes? ¿Qué cree que harán las baterías del San Luis y del San José en cuanto nos situemos a la distancia adecuada?

— ¿Dispararnos, señor?

— Demonios, Washington, es usted un tipo inteligente. Sin duda alguna, lo es.

Vernon parecía haber aplacado su ánimo. Al menos, eso fue lo que le pareció a Washington. No así al resto de oficiales que les acompañaban: aquello no suponía más que un pequeño remanso de paz antes de la tempestad definitiva.

—¡Griffith! ¡Quiero ver de inmediato a Griffith! ¡Que se presente ante mí!

Thomas Griffith era el capitán del Princess Carolina. No formaba parte del círculo cercano a Vernon y se limitaba a cumplir con su trabajo capitaneando el navío. Cuando supo que Vernon requería su inmediata presencia, casi le da un vuelco el corazón.

—A sus órdenes, señor —saludó al presentarse al almirante.

—Capitán —dijo Vernon—, sea tan amable de tomar un catalejo y observar en dirección a Bocachica.

Griffith hizo lo que Vernon le ordenaba y se demoró un buen rato tratando de comprender la envergadura de lo que estaba contemplando.

—¿Y bien, capitán? —preguntó por fin, un cada vez más impaciente Vernon.

—¿Señor? —repuso Griffith sin haber desentrañado el sentido de la pregunta del almirante. Había bajado el catalejo y lo sostenía un tanto dubitativamente sujetándolo con ambas manos.

—Le pregunto qué le parece lo que acaba de ver.

—Algo inaudito, no cabe duda, señor.

—¿Ha visto alguna vez algo como lo que esos tarados españoles han preparado mientras todos dormíamos?

—Le doy a usted mi palabra de honor de que no, señor.

—Entonces, estamos de acuerdo. Ahora quiero formularle una pregunta y quiero que sea completamente sincero.

—Desde luego, señor.

—Bien, así me gusta. Veamos... Si el viento nos es favorable, ¿podría uno de nuestros navíos atravesar esa barrera?

Griffith respondió de inmediato pues, a pesar de lo sorprendente de la estrategia defensiva puesta en práctica por los españoles, conocía de sobra la respuesta:

—Sin la menor duda, no, señor. Ningun navío, ni siquiera uno de tres puentes, sería capaz de atravesar esa barrera. Si hiciéramos algo así, no contribuiríamos sino a obstruir más el paso hacia la bahía interior. Nuestro navío quedaría enganchado en la cadena o en los navíos españoles y no habría salida posible.

—En ese caso, es usted de la opinión de que si no logramos despejar la boca-na, jamás entraremos en la bahía.

—Me temo que sí, señor.

A Vernon se le habían quitado ya las ganas de desayunar. Miró a Washington y al resto de oficiales presentes y, de nuevo, se dirigió a Griffith:

—Una cosa más, capitán. No quisiera hacerle perder más tiempo, pues estoy seguro de que son muchas y cruciales en nuestra empresa las tareas que le ocupan, pero me gustaría que me trasladara un parecer más.

—Lo que usted diga, almirante.

—No dudo en absoluto de su buen juicio. No en vano le mantengo al mando del buque que porta mi insignia. Quiero decir con esto que no pretendo ofenderle con mi próxima pregunta.

—Por favor, señor, no...

—Bien, bien —interrumpió Vernon—. Mi pregunta es: si en este momento no me estuviera dirigiendo al capitán del Princess Carolina sino a cualquier otro capitán de esta escuadra, ¿cree que su respuesta sería idéntica a la que usted me acaba de proporcionar? Townshead, Hemmington, Hervey, Norris..., cualquiera de ellos: ¿está seguro de que respaldarían su punto de vista?

Griffith sintió la tentación de sonreír, pero se contuvo pues la sonrisa habría sido tomada como una insolencia. Por ello, se limitó a contestar con el semblante sereno:

—Estoy seguro de que todos y cada uno de los capitanes de esta escuadra son de mi opinión, señor. Esa defensa es infranqueable. Si queremos pasar, se hace preciso, en primer lugar, despejarla.

Vernon convocó su consejo militar a mediodía. Acudieron, como era norma, el vicealmirante Ogle, Gooch, Wentworth, Lestock y Washington. El ataque definitivo contra Cartagena iba a ser lanzado esa misma tarde. Vernon lo había decidido y el resto del consejo supo leer en su actitud que tal decisión se hallaba tomada y era irreversible.

Sin embargo, restaba por determinar la estrategia. La intensidad del ataque. La cadencia del fuego. La situación de las naves. El despliegue de las tropas en tierra.

Y, para eso, Vernon necesitaba a su consejo.

Sus ojos encendidos, sus movimientos nerviosos y la incapacidad del almirante para concentrarse por completo en las discusiones, hizo sospechar a los miembros del consejo cuál era la posición de Vernon al respecto: atacar con toda la furia posible; descargar sobre Cartagena el más imaginable de los infiernos; romper sus defensas sin misericordia pues sólo de esta forma cualquiera que estuviera realmente orgulloso de llamarse inglés podría hacerlo. En definitiva, desencadenar el Apocalipsis para Lezo y la horda de patanes analfabetos que servía bajo su mando.

Aquella cadena cerrándoles el paso y aquellos cuatro navíos de línea situados en posición de combate habían supuesto para Vernon una humillación y un insulto. No esperaba que los españoles fueran a rendirse tan pronto pero, ¿quién, a la vista de la infinitamente dispar capacidad de las fuerzas en contienda, no recomendaría, cuanto menos, cierta mesura para no convertir en desastre absoluto lo que podría quedar en una rendición más o menos honrosa? ¿Se había vuelto loco el virrey Eslava? ¿O alguien le había convencido de que estaba en su mano vencer a Inglaterra?

Desde luego que sí. Lezo. Lezo era el hombre que se hallaba detrás de aquella afrenta. El hombre incapaz de rendir la plaza tras comprobar que carecía de cualquier oportunidad ante la fenomenal maquinaria de guerra fondeada frente a su costa. ¿Iba a poner en peligro a toda la tropa española? ¿A todos y cada uno de los civiles que vivían tras las murallas?

La respuesta no podía ser otra: sí. Lezo estaba dispuesto a todo eso y a más. Estaba dispuesto, y así lo demostraba su actitud provocativa, a ganar la batalla. Con sólo media docena de navíos, pocos hombres y escasos pertrechos.

—Ha llegado el momento decisivo, señores —comenzó Vernon dirigiéndose a los miembros del consejo militar—. Estoy seguro de que, una vez fondeada nuestra flota en este lugar y trazado el plan para conquistar la plaza, no debemos aguardar más. ¡Ataquemos ahora y con toda nuestra fuerza!

El primero en sumarse a la propuesta de Vernon fue, cómo no, el infatigable Washington:

—Nuestro almirante tiene razón. Debemos impedir que los españoles nos humillen de nuevo como hoy lo han hecho: no sólo no dan muestras de rendición, sino que nos desafían con el mayor descaro conocido.

El entusiasmo juvenil no se contagiaba a hombres de largo bagaje como Gooch:

—Hacen lo que cualquiera de nosotros haría en su lugar: defenderse de un ataque inminente.

Vernon sintió que algo crecía dentro de él. Algo punzante, doloroso y capaz de destrozarle vivo si no lo sacaba fuera.

—¿Defenderse? —gritó enfilando con la mirada a Gooch—. Lo que deberían hacer es rendirse de inmediato. Ellos se ahorrarían una sangría segura y a nosotros no nos harían perder el tiempo.

—Pero no lo van a hacer —contestó, sin inmutarse, Gooch—. Nos guste o no nos guste, eso es lo que va a suceder. Así que tendremos que actuar en consecuencia.

—¡Sin duda! —exclamó Vernon—. Por ese motivo he convocado el consejo: quiero lanzar un ataque capaz de romper el bloqueo a Bocachica y, desde mi punto de vista, algo así sólo podremos lograrlo castigando sus defensas con toda crudeza. Les propongo lanzar un ataque sin descanso ni interrupción hasta que los fuertes hayan sido rendidos, los navíos enviados a pique y esa maldita cadena rota en mil pedazos.

—Entraremos en la bahía y desembarcaremos nuestras tropas de infantería —intervino Wentworth.

Vernon no concebía ningún plan que no supusiera un ataque total. Un ataque tan contundente y demoledor que incluso las habitualmente osadas propuestas de Wentworth parecían, a su lado, pequeñeces propias de pusilánimes.

—No, Wentworth —repuso el almirante inglés—. No aguardaremos a que Bocachica esté despejada. Quiero hombres desembarcando en Tierra Bomba mañana mismo. Los prisioneros que ayer capturamos aseguran que no queda un solo soldado español en todo el paraje. Los que salieron con vida de nuestro ataque, retrocedieron hasta la fortificación de San Luis. Puede que envíen patrullas de reconocimiento, pero el grueso de la tropa ha de estar en el San Luis. No les sobran hombres y los necesitan todos en las fortificaciones.

Wentworth no pudo ocultar la sorpresa que las palabras de Vernon le habían causado. Acostumbrado a que el almirante rebajara, una y otra vez, sus expectativas, ahora era él quien se había quedado corto. Nada de enviar unas cuantas lanchas con cien o doscientos hombres. Vernon quería tomar Tierra Bomba como primera parte de un plan mucho más ambicioso: desplegar las tropas de infantería e ir conquistando terreno hasta lograr envolver y asfixiar la plaza. ¡Fantástico!

—Mañana, con el alba, tendremos tropas desembarcando en Tierra Bomba, almirante —dijo Wentworth—. Y esta vez será para quedarnos.

Vernon, como acostumbraba cada vez que se disponía a tomar una resolución importante, miró uno a uno a todos los miembros de su consejo militar. Esperaba leer en sus miradas la completa aprobación hacia las propuestas que había expuesto. No iba a aceptar que nadie cuestionase su plan de ataque. No ahora: toda afrenta infligida sobre un oficial inglés debe ser respondida con justicia y valor. Él, Vernon, iba, pues, a

ser justo y valeroso. Entraría en la ciudad tras haber destrozado todo intento de defenderla. Y perdonaría la vida de aquellos que, en último término, abjuraran de Lezo y suplicaran clemencia.

—Mañana nuestra infantería buscará el modo de atacar el fuerte de San Luis desde tierra —concluyó Vernon—. Mientras ese momento llega, ayudemos a nuestras tropas castigando con dureza sus baterías y su moral. Señores, enfilen sus navíos hacia Bocachica y destrúyanlo todo.

* * *

Lezo se trasladó varias veces desde el Galicia al fuerte de San Luis y desde el fuerte de San Luis al Galicia. Parecía lomado por una fiebre hiperactiva que no acababa de contagiar a los demás. El propio Desnaux pidió, tras una breve pausa en la que tomó un bocado, un respiro para sus hombres.

El almirante se negó en redondo. No era tiempo para descansos. Era tiempo de lucha y, sobre todo, de organizar la muerte. Porque sólo quienes organizan la muerte en medio de la batalla, disponen de una posibilidad de victoria. Sólo quien sabe qué hacer con cada muerto y con cada herido, puede acariciar el éxito. El resto, es desorden. Y si algo no pasaba, ni por un momento, por la mente de Lezo, era desorganizar su defensa.

De hecho, carecía de cualquier otra preocupación que no fuera su ansia por preverlo todo: hombres dispuestos en las baterías principales del San Luis, hombres en los cañones de los navíos atravesados en el canal, hombres en el San José dispuestos a dar cobertura suficiente desde el Manco opuesto.

Y más: hombres aprovisionando hombres, hombres aprovisionando cañones, hombres ocupándose de que no faltara pólvora, ni agua, ni alimento. Aquella lucha iba a ser a vida o muerte, de manera que, mientras vivieran, sus hombres deberían disponer de todo lo necesario. Incluso de un recambio de hombre cuando el hombre en primera línea de fuego haya dejado de ser hombre.

si tenía que cebar él personalmente cada cañón, lo haría. Por Dios que lo haría. Con una única pierna, un único brazo y mirando a través del oído del cañón con su único ojo. Pero de allí saldrían victoriosos o muertos.

—¡Desnaux! —gritó Lezo mientras golpeaba con su pata de palo un cañón de la batería del San Luis—. ¡Desnaux! ¿Dónde está Desnaux?

El coronel Desnaux, que se hallaba cuidándose del aprovisionamiento de pólvora, abandonó su tarea y corrió al encuentro del almirante.

—¿Señor?

—Este cañón —repuso Lezo en tono bronco—. ¡No está limpio, maldición! Debería estarlo, pero no lo está.

Lezo había introducido, hasta el codo, su brazo en el ánima del cañón y mostraba a Desnaux una mano con restos de pólvora quemada.

—No comprendo qué ha podido suceder, señor —repuso Desnaux—. Ordeno que se limpie a fondo cada cañón después de las maniobras, además de una vez cada dos semanas.

—Usted ordena, pero, según veo, su autoridad sirve de poco en este fuerte, pues este cañón está sucio. ¡Sucio! ¿Lo ve?

Lezo alargaba una y otra vez su mano manchada en dirección hacia el coronel.

—Lo veo, señor. Y lo lamento mucho. Le aseguro que me ocuparé personalmente de que algo así no vuelva a suceder.

—¡Desde luego que no va a suceder! ¿Y quiere que le diga por qué?

—Señor...

—Porque esos hijos de la gran puta que están ahí fuera comenzarán a disparar sin cuartel dentro de media hora. Y nosotros no podremos dar réplica adecuadamente porque este cañón está sucio. No podremos apuntar con tino y nuestras balas les pasarán por encima cayendo al agua.

Lezo había ido incrementando el volumen de su voz y, ahora, prácticamente hablaba a gritos. Como si su interlocutor no fuera sólo Desnaux, sino todos y cada uno de los hombres presentes en el San Luis.

—Los ingleses son todos un hatajo de bastardos, pero son el hatajo de bastardos más limpio que he conocido en mi vida. ¿Cuántos cañones calcula que hay ahí fuera?

Lezo señalaba con la mano sucia al exterior de la bahía.

—No sabría decirle con exactitud —comenzó a decir Desnaux—, pero yo calculo que...

—¡No calcule más, coronel! Porque yo voy a decírselo. ¡Dos mil! ¡Dos mil cañones que en este momento están apuntando al centro exacto de su frente!

—Es una excelente cálculo, señor.

—Bien, pues continuemos con estos pequeños ejercicios de cálculo doméstico que tanto nos ayudan a ser mejores hombres. ¿Sabe, Desnaux, cuántos de esos dos mil cañones se encuentran, en este preciso momento, sucios como el coño de una puta cartagenera?

—Me temo que ninguno, señor.

—¡Correcto! —Lezo lanzaba sus exclamaciones gesticulando ostensiblemente. Tanto que el resto de hombres había dejado de realizar sus tareas para contemplarle—. ¡Los ingleses no tienen los cañones sucios! ¡Nosotros sí tenemos cañones sucios! Si a esto le añadimos el nada desdeñable hecho de que ellos tienen muchísimos más cañones que nosotros, ¿quién estará muerto antes del anochecer? ¡Vamos, conteste a eso!

Pero Lezo no quería respuestas. Al contrario, sin esperar réplica alguna por parte de Desnaux, comenzó a caminar a grandes zancadas por la batería. Los golpes de su pierna de madera resonaban, secos, en el piso empedrado.

—¡Tú! —exclamó mientras desenvainaba su sable y apuntaba con él al primer artillero que había encontrado a su paso—. Tú morirás hoy.

Lezo clavaba con tal intensidad su mirada de un solo ojo en los hombres bajo su mando que nadie osaba mantenerse.

—¡Y tú, y tú, y tú, maldito gandul borracho! —gritaba mientras iba apuntando a los hombres con la punta reluciente del sable—. ¡Moriréis todos! ¡Moriremos todos por que alguien aquí tenía demasiada prisa por irse a fornicar con una fulana y no terminó su trabajo! ¡No limpió el maldito cañón!

Cuando Lezo calló, el silencio era tal que si un inglés en su navío fondeado fuera de la bahía se hubiera puesto a orinar por la borda, el murmullo del chorro cayendo al mar habría llegado, claro y nítido, hasta las orejas de cada uno de los hombres sobre la batería del San Luis.

—Ordenaré que lo limpien de inmediato —dijo, por fin, Desnaux.

—Hágalo —repuso Lezo envainando su sable.

De pronto, el almirante parecía tranquilo y calmado. La ira y el enfado de un instante antes habían desaparecido por completo de su rostro y ahora su semblante carecía de toda expresión. Simplemente. Ya no parecía enfadado, pero tampoco satisfecho. Ni inquieto, ni preocupado, ni llevado por mil demonios. Casi, podría hasta decirse, parecía un señor ya algo mayor que ha salido a dar un paseo después de llenar bien la barriga. Un caballero sin excesivas preocupaciones que sólo pretende disfrutar del agradable sol del mediodía.

* * *

Se hallaba Lezo considerando la posibilidad de regresar, una vez más, al Galicia con la intención de supervisar personalmente las tareas que se estaban llevando a cabo cuando, de pronto, la orden de Vernon se cumplió. Enfilen sus navíos hacia Boca-chica y destrúyanlo todo. Eso había dicho y eso estaban haciendo los capitanes ingleses. Poner proa hacia el canal de acceso a la bahía, situarse en posición de combate y aprestarse a abrir fuego. Sin misericordia. Sin descanso.

Un navío de tres puentes disparó cinco cañonazos y dio la señal de que todo daba comienzo. La batalla por la conquista de Cartagena de Indias. Aplastarían a los españoles bajo un fuego tan intenso que les impediría tomar aliento siquiera para rendirse. Podían hacerlo, querían hacerlo e iban a hacerlo. Y, desde luego, lo hicieron.

Aquella tarde comenzó algo que hasta entonces jamás había sucedido. Nunca tantos navíos, tantos hombres y tanta fuerza artillera se disponían a enviar al infierno a un enemigo tan débil como el que a los ingleses se les aparecía frente a ellos. Ni tan arrogante, todo había que decirlo. Ni tan estúpido.

Lezo corrió hacia un parapeto del fuerte de San Luis y observó lo que doblaba en dirección a su posición: cuatro navíos de tres puentes, catorce o quince de al menos cincuenta cañones y varias fragatas de cuarenta. Una potencia artillera descomunal que, además, contaba con relevos situados en la retaguardia. Cada navío que consiguieran inutilizar desde los fuertes de San Luis y de San José, sería, de inmediato, sustituido por otro. Con nueva tripulación, nuevos cañones y tanta pólvora y balas como fueran necesarias para continuar el ataque durante el tiempo que fuera necesario.

—¡Desnaux! —llamó Lezo.

Su tono de voz era completamente distinto al de un rato antes y Desnaux se dio cuenta de ello. Ya no habría más reprimendas. Era el momento de actuar. De defender, hasta la muerte, la plaza.

—¡Almirante!

—¡Regreso al Galicia! Permaneceré allí hasta nueva orden. El fuerte queda bajo su mando. Recuerde: que las baterías disparen mientras haya navíos enemigos a su alcance, ¿me entiende?

—Le entiendo, señor. Cumpliremos sus órdenes.

—Confío en su buen juicio, Desnaux. ¡A trabajar!

Lezo no pronunció una sola palabra más. Dio media vuelta y se marchó del fuerte. En un pequeño bote, cuatro hombres le condujeron hasta el Galicia. Sobre su cubierta, dio instrucciones a los oficiales y dispuso que todos los artilleros estuvieran

preparados. En cuanto los ingleses abrieran fuego continuo, debía dársele réplica de inmediato y siempre disparando hacia los cascos. No merecía la pena perder el tiempo tratando de desarbolarlos: debían enviarlos a pique y, aprovechando la poca profundidad de las aguas en la zona, contribuir, así, a cortar el acceso a la bahía. Tiempo habría, si lograban salir de esta, para volver a despejar el paso.

Los buques ingleses abrieron fuego sobre el fuerte de

San Luis. Sin duda, consideraban prioritario romper las baterías del fuerte y hacia él dirigieron toda su potencia artillera. Sólo tres fragatas se acercaron hasta los navíos de línea españoles y abrieron fuego contra ellos. Con escaso acierto para los ingleses: si bien en estos primeros instantes de la contienda una bala llegó a impactar directamente sobre la cubierta del Galicia y otra sobre la del África, el fuego contra los navíos no hizo demasiado daño. No había heridos ni daños excesivos, y sí unas enormes ganas de enviar perros ingleses al fondo del mar.

—¡Fuego! —ordenó un oficial a bordo del Galicia.

Los cañones del buque insignia dispararon de uno en uno y desde proa a popa. Cada cañón estaba servido por ocho hombres que sabían perfectamente cuál era su cometido. Los primeros disparos son siempre los mejores: aún nadie ha muerto y cada acción se ejecuta por los brazos a los que ha sido encomendada. La carga se hace rápido, la colocación de la pieza en la batería es casi inmediata y los disparos son ciertos. Todos hacen lo que deben y hasta el muchacho que se encarga de traer cartuchos de pólvora de la Santa Bárbara cree que la mole de madera y hierro ha sido domesticada.

Sin embargo, a un cañón de a treinta y seis libras no lo domestica nadie. Es un animal salvaje que tiene vida e intenciones propias y que, en cuanto los que lo manejan se descuidan, lanza un zarpazo mortal y engulle la pierna de un artillero, un brazo, la vida entera si se le ha hecho enfadar demasiado.

Pero en el Galicia, en el San Carlos, en el Neptuno y en el África todavía las tripulaciones se hallaban intactas y la moral, alta.

Tras tres o cuatro andanadas, una de las fragatas inglesas comenzó a mostrar problemas. Las balas provenientes del San Carlos y del África habían dañado seriamente su casco y había perdido gran parte de la arboladura. La fragata viró y desde el África escucharon cómo los oficiales de guerra ingleses se desgañitaban sobre la cubierta para que los artilleros continuaran disparando.

Desde el San Carlos le enviaron una nueva andanada y al menos tres balas impactaron en el casco y una en el palo de mesana. Aquello era más de lo que la fragata podía soportar y su capitán comenzó a retirarse muy despacio.

Mientras tanto, en el fuerte de San Luis no estaban teniendo tanta suerte. El castigo de los cañones ingleses estaba siendo muy duro y se hallaban bajo una continua lluvia de balas y metralla que causaba bastantes heridos.

Desnaux rezaba para que la noche se les echara encima y los ingleses les dieran un respiro. Ciertamente era que en ningún momento habían dejado de disparar, pero la mayor parte de las veces sus balas no hacían blanco y caían al mar. Por algún motivo, la fortuna no les estaba sonriendo.

—¡Un herido! ¡Médico! —se oía gritar entre el polvo.

—¡Otro herido aquí! —gritaban por otro lado.

A última hora de la tarde el caos reinaba en las baterías del San Luis. Demasiados heridos y demasiado polvo. Un olor intenso a pólvora quemada y la mayor parte de los cañones servidos por dotaciones incompletas. Desnaux ordenó que dejaran de disparar. En aquellas condiciones, lo único que lograban era gastar munición inútilmente. Aguantarían como pudieran confiando que el fuego lanzado desde los navíos de línea contuviera el ataque enemigo.

Cuando por fin oscureció, Desnaux comprobó que los ingleses no tenían intención de retirarse. Aun en completa oscuridad, iban a seguir disparando durante toda la noche.

* * *

Lezo aprovechó un momento de cierta calma para tomar un bote y desembarcar en el fuerte de San Luis. Se había dado cuenta de que, desde hacía un buen rato, sus baterías habían enmudecido y quería conocer de primera mano el motivo por el que algo así había sucedido.

Que dispararan sin cuartel. Esa había sido su única orden. No pidió otra cosa. Disparar y disparar, y demostrar a los ingleses que si querían conquistar la plaza, no les resultaría fácil. Había que trabajar duro y de continuo para que no quedara duda de su talante en esta batalla. ¡Muertos o vencidos, pero nunca rendidos!

Y ahora en el San Luis ya no disparaban. De lo cual Desnaux debía responder ante Lezo. Hecho que, por cierto, el coronel sabía que sucedería desde el preciso instante en el que detuvo las baterías.

—Sé de sobra cuál era su orden —trató Desnaux de convencer a Lezo cuando se entrevistaron en una estancia situada al norte, lejos de los disparos enemigos— pero, dada nuestra incapacidad para hacer blanco en el enemigo, consideré que lo más oportuno era ahorrar munición. Además, señor, ni siquiera disponía de los hombres necesarios para disparar los cañones. Tenemos muchos heridos y es necesario recomponer la disposición de los artilleros en las baterías.

Lezo escuchaba con su solo ojo puesto en Desnaux. No parpadeaba, no respiraba, no se movía uno solo de los músculos de su rostro.

—Creí que detener los disparos constituía la mejor opción dadas las circunstancias, señor —concluyó Desnaux—. Y es lo que hice.

El coronel no mostraba signos de amilanarse ante la presencia fantasmal de un Lezo iluminado a la luz de las velas. Había luchado muy duro durante muchas horas junto a sus hombres. Hombres valientes a los que no había arredrado lo imposible de la misión encomendada. No, al contrario. Todos y cada uno de ellos lo habían ofrecido todo en la batería. Todo y sin descanso. Hasta que una bala o un trozo de metralla los había dejado malheridos. Incluso, Dios no lo quisiera, a esta hora, muertos.

No iba a disculparse por tomar una decisión sensata y acorde a lo vivido cuando fue tomada. Ni se arrepentía ni pensaba pedir perdón. Su grado era de coronel y, en ausencia de Lezo o del mismísimo virrey, él era la autoridad en el fuerte de San Luis. Podía tomar decisiones siguiendo su propio criterio, incluso cuando esas decisiones contravinieran las órdenes dadas. Siempre y cuando, por supuesto, existiera razón suficiente para ello.

Algo que Desnaux creía que había sucedido pero que Lezo, desde luego, no.

—¡Yo no he ordenado que se deje de disparar! —rugió el almirante—. De hecho, mi orden suponía todo lo contrario. Fuego sin descanso contra el enemigo.

—Tomé esa decisión porque nuestra situación en el momento de tomarla así lo recomendaba. Era lo mejor que podíamos hacer. Parar y recomponer nuestra defensa.

—Parar no es una opción. Debemos disparar siempre.

Siempre que haya un navío inglés a tiro. Me da igual si las balas les pasan por encima. Quiero que sepan que estamos dispuestos a hacer fuego siempre. Siempre significa siempre.

Desnaux no iba a ceder. No, al menos, tan pronto.

—No nos sobra munición, señor —argumentó.

—Todavía no hay un solo casaca roja en tierra, de manera que podemos ser aprovisionados desde la plaza.

El coronel hizo un gesto de desaprobación.

—Eslava no nos dará todo lo que le pidamos.

Lezo golpeó con fuerza el suelo con su pata de palo.

—¡Eslava hará lo que yo le diga! ¡Por mis muertos que sí! La defensa de la plaza la dirijo yo. Nadie más que yo. La estrategia la trazo yo y la conveniencia de los aprovisionamientos la decido yo. Mientras nadie me releve de mi puesto, así es y así será. Y usted está bajo mi mando, de manera que obedecerá mis órdenes, incluso si no le parecen adecuadas.

—Con el debido respeto, señor, el San Luis se halla mandado por mí. Yo tomo las decisiones en esta fortificación. Y así lo haré guiado por Dios y mi conciencia.

—Deje a Dios fuera de todo esto, Desnaux. El no bajará a disparar los cañones. Este es un trabajo que debemos realizar nosotros.

La blasfemia de Lezo no impresionó a un hombre tan duro y tan experimentado como el propio almirante. Ambos se sostuvieron la mirada con dureza. Todavía se escuchaba el ruido de las bajas enemigas, aunque, por suerte, tanto la frecuencia de disparo como el acierto en sus objetivos habían menguado considerablemente.

—Dios no es inglés —dijo Desnaux.

—No lo sé, coronel, no lo sé —repuso, más calmado, Lezo—. De lo que sí estoy seguro, completamente seguro, es de que Dios no acudirá en nuestra ayuda. Quizás tampoco en la de ellos. Desconozco de qué parte está, pero lo que sí sé es que no nos dará nada que no logremos por nuestros propios medios. Me basta con que no se inmiscuya y me deje hacer mi trabajo.

Nuevamente, el tono desafiante de Lezo dejó indiferente a Desnaux. Todos estaban demasiado cansados. Incluso el propio Lezo daba muestras de agotamiento.

Un oficial abrió la puerta de la estancia, solicitó permiso para entrar y se acercó a los dos hombres.

—Los navíos ingleses se están retirando. Parece que finalizan la campaña por hoy.

Lezo respiró con cierto alivio. Si los ingleses volvían hacia mar abierta, podía dar por zanjada la discusión con Desnaux sin capitular él ni obligar al coronel a hacerlo. Mejor así. Sabía de sobra que Desnaux era un hombre fiel y que su criterio, por lo general, resultaba acertado. No le faltaba experiencia y se había batido con honor en decenas de ocasiones. Pero no era un estratega. Si lo situaba al frente de un par de regimientos de infantería sería capaz de abrirse paso hasta el mismísimo infierno. Pasando a bayoneta a cada demonio que hallara en su camino. Sin descanso, hasta la muerte o la victoria final. Sí, sus hombres le seguirían fielmente porque Desnaux no era un imbécil. Y algo así no pasa desapercibido para la tropa. Se sabe cuándo quien te

guía lo hace con conocimiento de causa y cuándo te envía a una carnicería absurda. Habitualmente, a la mayor gloria del cabrón que empuña el sable y ostenta el mando.

Sin embargo, Desnaux carecía de visión global en la batalla. Eso era, al menos, lo que Lezo opinaba. Su visión no era de pájaro, sino de jabalí. Si te enfilaba con sus tropas, podías darte por muerto. Pero no sabía contemplar la magnificencia de una batalla desde todos los puntos de vista.

—Parece que, por fin, dispondremos de algo de calma —dijo Lezo.

—Los hombres necesitan descansar. Llevan más de dos días trabajando sin respiro.

—De acuerdo —convino Lezo—, que duerman unas horas. Quiero las mentes despejadas a primera hora de la mañana. Los ingleses se han retirado para recomponer sus filas, eso es todo. No pueden remplazar sus navíos dañados en la oscuridad de la noche.

Desnaux aprovechó el comentario de Lezo para relajarse:

—No me negará que esos malditos bastardos han recibido su parte... Llevan al menos dos navíos seriamente dañados. Tan dañados que dudo mucho que puedan volver a entrar en batalla. Y, según me han informado, hemos causado numerosas bajas entre sus tripulaciones.

Lezo casi sonríe:

—Un hombre debe decir siempre la verdad. Y aunque un militar no esté, necesariamente, obligado a ello, le seré sincero: estoy orgulloso del comportamiento de mis hombres. Nadie ha flaqueado en el San Luis ni en nuestros navíos. Y algo así servirá para que esos perros orgullosos conozcan la medida justa de aquellos a los que se enfrentan.

—Seguro que creían que nos rendiríamos en cuanto los viéramos —rió Desnaux.

—Desconozco por completo qué pasa por la cabeza de un inglés. Y le aseguro que llevo toda mi vida preguntándomelo.

Un sirviente entró en la estancia. Traía una bandeja con comida y bebida para los dos hombres.

—¿Cuáles son las órdenes para mañana, señor? —preguntó Desnaux mientras observaba cómo le llenaba la copa.

—Seguir descargando sin cuartel contra todo lo que entre en nuestra línea de tiro —respondió, tajante, Lezo—. Y una cosa muy importante.

—¿Qué cosa, señor?

—No descuidar nuestra retaguardia. En cualquier momento, los ingleses pueden desembarcar y asentar tropas en Tierra Bomba. Ahora que sus baterías han sido destruidas, no les será difícil conseguirlo.

—¿Está seguro de que ese será su plan, señor?

—Es lo que yo haría. Y es lo que Vernon hará. Continuará atacando el fuerte por mar y tratará de emprender una estrategia envolvente atacando con la infantería desde el norte.

Desnaux había comenzado a comer con apetito. Lezo miró la comida, pero no la tocó.

—Envíe patrullas hacia el norte. Pocos hombres. Que se muevan rápido y con sigilo. Debemos saber en todo momento qué se mueve a nuestras espaldas. Si hay casacas rojas pisando nuestro suelo, quiero saberlo. No me gustan las sorpresas. No me gustan.

A nadie le gustaban.

CAPÍTULO 6. 22 de marzo de 1741

La idea de que sus hombres abandonaran el fuerte no satisfacía a Desnaux. Por ello, se acostó rumiando la posibilidad de pedir a Lezo que reconsiderara su decisión. ¿No quería el almirante que el San Luis escupiera fuego en todo momento? Pues eso sólo se conseguía con hombres. Con todos los hombres disponibles. Que no eran demasiados, por cierto.

Al despertar, cuatro horas después de haber conciliado el sueño, Desnaux seguía siendo de la misma opinión. ¡Enviar sus hombres a explorar Tierra Bomba! Ahí fuera sólo había manglar, espesura, mosquitos y enfermedad. ¿Por qué tenía que enviar a sus hombres a un lugar así cuando, precisamente, eran más que necesarios en el interior del Inerte?

Sin embargo, una orden es una orden. Y una orden dada por Lezo, algo más: un mandato que debe seguirse al pie de la letra pues, de lo contrario, el propio Lezo vendría, le enfilaría con su único ojo y te obligaría a darle toda clase de explicaciones acerca de los motivos que te habían llevado a incumplir dicha orden. La noche anterior había tenido buena muestra de ello.

Por eso, Desnaux desechó la idea de solicitar a Lezo que reconsiderara su decisión y se dispuso a cumplir el mandato dado. Ordenó llamar al capitán Juan de Agresot y cuando lo tuvo frente a él, le encargó que eligiera veinte hombres y saliera de patrulla por Tierra Bomba.

—Con mucho cuidado. Sin heroicidades —dijo.

—¿Nos envía de paseo con toda la faena pendiente en las baterías? —preguntó, extrañado, Agresot.

—Exactamente. Y no discuta las órdenes, capitán. Tome veinte hombres y patrulle hasta la caída del sol. Si ve algo extraño, regresa y me informa. ¿Entiende?

—Perfectamente, señor.

—Entonces, retírese. Y suerte.

Que Desnaux tuviera que soportar los cuestionamientos de Lezo era algo implícito en el rango: Lezo era teniente general y él coronel, de manera que no le quedaba más remedio que obedecer y callar más de lo que sería su gusto. Pero Agresot sólo era un capitán y no tenía por qué darle ningún tipo de explicación. Por eso lo despachó de malos modos. Por eso y porque, todo había que decirlo, se había levantado de un humor de perros.

No era para menos. El aviso de que los navíos ingleses volvían a enfilarse la boca de la bahía llegó antes de que pudiera tomar un bocado. Ya estaban de vuelta. Con las mismas intenciones que el día anterior. O peores.

—¿Y el almirante? —preguntó a su asistente.

—Abandonó el fuerte antes de que amaneciera.

—¿Rumbo?

—A la nave capitana, señor.

Bien, Lezo estaba en el Galicia, disponiéndolo todo para el largo día que se les venía encima. Un día que mejor no hubiera amanecido nunca.

Con paso firme, Desnaux se dirigió hacia las baterías del fuerte. La noche anterior había dispuesto que un retén de hombres se encargara de poner, en la medida de lo posible, orden en el caos que habían dejado atrás tras horas y horas de dura batalla. Por suerte, alguien en la fortificación obedecía sus órdenes sin cuestionar cada extremo de ellas y ahora las baterías se aparecían ante él en perfecto estado de revisión: los cañones apuntaban hacia el lugar en el que el día anterior se habían detenido los

navíos ingleses, la munición era abundante y los hombres estaban lisios para entrar en combate en cuanto se diera la orden para ello.

Alguien en el Galicia no quiso esperar a que el enemigo hiciera el primer disparo y lanzó una rápida andanada cuando los navíos invasores todavía se encontraban fuera del alcance de las balas. Lezo sí se había levantado de buen humor aquel día.

* * *

Agresot y sus hombres salieron del fuerte por una puerta trasera y comenzaron a caminar hacia el norte. Tierra Bomba era un terreno difícil de practicar en el que el avance se volvía lento y, en ocasiones, peligroso. Lo bueno de esto era que para los ingleses lo sería aún más. Lo cual, a Agresot y sus hombres les parecía de maravilla.

Caminaron despacio y evitando hacer demasiado ruido. Sin embargo, en ocasiones la espesura era tal que la tenían que emprender a machetazos para abrirse paso. Paso estrecho a través del que, con dificultad, los hombres debían ir cruzando de uno en uno. Paso que, una vez atravesado por el último de los soldados, se cerraba misteriosamente. Como la boca de una serpiente tras engullir un caballo.

Después de un buen rato patrullando un área bastante extensa, Agresot decidió que ya bastaba de perder el tiempo y que si el coronel les había enviado a aquella misión, al menos era su deber no regresar con las manos vacías. Podían escuchar el intenso cañoneo entre el San Luis y los navíos de línea españoles, y la escuadra enemiga. Un sonido que, de alguna forma, les traía cierto amargor: mientras sus compañeros se estaban dejando la vida en la defensa de la ciudad, ellos se limitaban a dar un paseo por los alrededores.

De manera que cambiarían la estrategia sobre la marcha. Desnaux había ordenado prudencia, pero una orden así era lo suficientemente vaga como para que el capitán encargado de cumplirla tuviera margen a la hora de interpretarla. ¿Acaso si echaban un vistazo cuidadoso a las playas estarían actuando temerosamente? No en Tierra Bomba. No en un lugar en el que si uno de los hombres se paraba a orinar y el resto no le esperaban, podía darse por extraviado.

Las playas de Tierra Bomba estaban bañadas por aguas tranquilas y cristalinas. De pronto, la espesura se terminaba y aparecía una larga y estrecha extensión de arena fina en la que algunos pescadores locales solían faenar. No ahora, claro: la orden del virrey al respecto había sido tajante y toda la población de Cartagena debía permanecer hasta nuevo aviso dentro del recinto amurallado de la plaza. Sin excepción y sin, por supuesto, posibilidad de poner tierra de por medio. Si iban a morir, morirían todos. Qué diablos.

Agresot abría la comitiva, que se movía en fila de a uno. De repente, escuchó un sonido extraño que de inmediato identificó como ajeno al manglar. Aquello no provenía de un animal. No, al menos, si a los casacas rojas no los tenemos por tales.

—¡Al suelo! —susurró Agresot a sus hombres—. Que nadie se mueva ni haga ruido.

Todos los soldados echaron cuerpo a tierra. Agresot comenzó a reptar con cuidado de que su pólvora no se perdiera. Tres de sus hombres le siguieron mientras el resto aguardaba expectante.

Poco más lejos, hallaron una zona desde la que se tenía una perspectiva razonablemente buena de la playa. Y lo que vieron, fue lo que Lezo tanto había temido: los ingleses habían comenzado a desembarcar por cientos en la playa.

Agresot habló en voz muy baja con sus hombres:

—¿Cuántos calculáis que pueden ser?

—Unos cuatrocientos —respondió uno de sus hombres tras escudriñar la playa.

—Quinientos, quizás —corrigió otro—. Demasiados, en cualquier caso.

—Esto no es una misión de reconocimiento. Están desembarcando cañones, ¿lo veis? —Creo que son morteros.

—Da igual. Artillería. Y si desembarcan artillería es porque están pensando en establecer un campamento permanente en tierra.

No hacía falta ser un gran estratega militar para atar los cuatro cabos pendientes: los ingleses pretendían tomar Tierra Bomba para, desde un punto elevado, cañonear el fuerte de San Luis. De esta manera, abrirían un nuevo frente que, sumado al marítimo, resultaría letal para las defensas cartageneras.

—Debemos impedirlo —dijo uno de los soldados.

—Son demasiados para nosotros —calculó Agresot—. Lo mejor será seguir las instrucciones del coronel y regresar para informar con detalle.

—¿Vamos a presentarnos en el fuerte y, mientras los nuestros se encuentran encajando cientos de balas, decirles que hemos salido corriendo en cuanto hemos visto unos casacas rojas?

Agresot reflexionó durante unos minutos acerca de lo que decía su hombre. Sí, lo cierto es que razón no le faltaba. ¿Con qué cara te presentas con el uniforme impecable en el fragor de una batalla y comunicas a tus compañeros de armas que hay más enemigos al norte? Que son muchos y que parece que traen malas intenciones. Y no, no hiciste nada por rechazarlos cuando aún tenías una oportunidad. Quizás mañana

mismo nos cañoneen desde nuestra retaguardia. Pero no será culpa de nadie porque el coronel había recomendado extremar las precauciones.

—No, maldición, no. Nadie va a regresar al San Luis con las manos vacías — concluyó Agresot—. Vamos, volvamos con el resto y tracemos un plan.

Una vez reunida la determinación y asegurado el valor, venía la parte más difícil: establecer una estrategia de ataque. ¿Y cómo se ataca a quinientos casacas rojas perfectamente pertrechados y deseosos de entrar en combate cuando tú sumas veintíun hombres? Con mucha dificultad, desde luego.

Por suerte para Agresot, la solución a su dilema surgió junto a una patrulla de reconocimiento inglesa. No era necesario elucubrar más. Les habían descubierto, quizás por casualidad, y ya no regresarían con los uniformes intactos al San Luis.

—¡Cargad los mosquetes! —ordenó Agresot—. ¡A cubierto! ¡Poneos a cubierto!

* * *

Vernon y Washington observaban, desde la cubierta del Princess Carolina, el desembarco de las tropas en la playa. Llevaban varias horas inmersos en la operación y los españoles no habían dado señales de vida. Al parecer, estaban demasiado ocupados en Bocachica. Es lo que sucede cuando no se quiere entrar en razón por las buenas: que debe venir otro y explicarte que la fuerza bruta es la que gana las batallas.

¿No? ¿Quería Lezo enrocarse en una posición absurda? De acuerdo, estaba en su derecho. Pero también Vernon en el de enviarles miles de hombres por tierra y por mar y reducirlo todo a cenizas y polvo. Y eso, precisamente, es lo que se disponía a hacer. Nadie reta el rey de Inglaterra. Nadie humilla al almirante Vernon al frente de una flota bendecida directamente por Dios.

A Vernon le gustaba contar con Washington a su lado. Se trataba de un muchacho muy agradable y dispuesto, y siempre tenía en los labios la respuesta precisa que calmaba las inquietudes del almirante. De alguna forma, Vernon considera al joven como a un hijo propio. Y esa sensación le agradaba sobremanera. El muchacho y él, sobre la cubierta del Princess Carolina tomando decisiones que cambiarían el rumbo de la historia. Abriendo la puerta de un continente entero al dominio de la corona inglesa. Para siempre.

El resto de miembros del consejo de Vernon no veía con buenos ojos esta relación. Desde un punto de vista militar, carecía de todo fundamento: Vernon era almirante y Washington sólo un capitán de la infantería de marina. Pero es que, además, la insensatez iba mucho más allá: Washington carecía de experiencia militar y jamás había entrado en combate. Conocía de la guerra lo que había leído en los libros. Y, sospechaban, probablemente, ni tan siquiera eso.

Lo cual no le impedía dar consejos militares y estratégicos a Vernon. Consejos que, después, Vernon seguía sin el menor pudor. Y lo que era más grave: conduciéndole a la toma de decisiones que podrían resultar erróneas.

—En menos de una hora habremos terminado de desembarcar la artillería —dijo Washington señalando con el dedo la parte de la playa en la que una treintena de hombres sudaba arrastrando un mortero por la arena.

—La campaña no podría ir mejor, muchacho —repuso un exultante Vernon—. ¡No podría ir mejor!

—La estrategia que ha desplegado está arrojando grandes resultados, señor. En cuanto situemos la artillería a tiro del fuerte, comenzaremos con el fuego de mortero y debilitaremos, así, su retaguardia. Entonces, deberán redoblar sus esfuerzos para atender dos frentes y quedarán muy debilitados.

—No quiero que se reduzca la intensidad del cañoneo en ningún momento —dijo el almirante levantando el dedo índice de la mano derecha e inclinando levemente su cuerpo hacia Washington—. Estamos completamente de acuerdo en este extremo, ¿no, muchacho?

—Desde luego que sí, señor. Su orden no podría resultar más adecuada. Es vital que les hagamos ver que su única opción de salir con vida pasa por la rendición absoluta e incondicional. Y, para lograr ese objetivo, tenemos que mostrarles de lo que somos capaces. Ellos se lo han buscado.

Vernon sonrió plácidamente. Como sonríen todos los que, de la forma más natural del mundo, tienen la razón de su parte. La razón y la potencia de dos mil cañones escupiendo hierro.

* * *

Agresot y sus hombres habían echado cuerpo a tierra y, agazapados en la maleza, trataban de cargar los mosquetes. Nadie tenía duda de que los ingleses les habían descubierto, de manera que tendrían que abrir fuego.

—¡Vamos, rápido! —repetía Agresot en un susurro—. ¡Quiero a todo el mundo listo para hacer fuego! ¡En dos filas de a diez!

Cargar con presteza un mosquete no está al alcance de cualquiera. Es preciso ser hábil y disponer de suficientes horas de práctica. Cargar un mosquete mientras se está tumbado de espaldas en el suelo y un número indeterminado de casacas rojas acecha a cortísima distancia es como comer estopa y cagar plomo: posible, pero improbable.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó uno de los patrulleros en voz alta.

—Bajar la voz, de momento —contestó, disgustado, Agresot—. Una cosa es que sepan que estamos aquí y otra bien distinta que les ofrezcamos nuestra posición exacta.

No había terminado de decirlo, cuando una ráfaga de balas impactó sobre las ramas de los árboles que se encontraban sobre ellos.

—Fantástico —dijo Agresot—. Ahora ya no tienen dudas acerca de dónde estamos.

Miraba a sus hombres y, con un gesto, indicó que estuvieran preparados. Señaló el lugar hacia el que debían disparar y contó hacia atrás escondiendo los dedos de su mano derecha.

—¡Arriba!

Diez hombres se pusieron en pie y abrieron fuego, sin apuntar, en la dirección señalada por el capitán. Después, se agacharon mientras los otros diez hombres tomaban su puesto y, al igual que habían hecho ellos, abrían fuego contra la espesura.

Se escucharon algunos gritos y exclamaciones provenientes del lugar en el que se hallaban los ingleses.

—¡Cargad, cargad de nuevo! —ordenaba Agresot mientras se incorporaba un poco tratando de vislumbrar al enemigo.

—¿Hemos hecho blanco, capitán? —preguntó un hombre.

—Cállate y carga tu arma, soldado —repuso Agresot que, sin embargo, añadió—: Sí, creo que uno de esos hijos de puta está herido. No está mal teniendo en cuenta que disparamos casi a ciegas...

—¿Cuántos calcula que son, capitán? —se interesó otro.

—No lo sé... No lo sé... Por el ruido que sacan, yo diría que un regimiento. Pero no creo que sean más de treinta o cuarenta hombres.

—Entonces, tenemos una posibilidad.

Agresot gruñó como un mulo al ser golpeado con un palo:

—Claro que tenemos una posibilidad, tarado. Tenemos muchas posibilidades. Esos cabrones acaban de desembarcar y no conocen el terreno. En su vida habían estado aquí y todo les resulta desconocido. Vamos a hacer que se arrepientan de haber puesto pie en tierra. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Los ingleses volvieron a disparar y esta vez las balas impactaron más cerca. Uno de los hombres fue herido por una rama desprendida de un árbol cercano.

—¡Agachad la cabeza! ¡Protegeos! —gritó Agresot conocedor de que los casacas rojas también saben relevarse en el disparo.

Una nueva ráfaga. Más ramas y astillas saltando por los aires. Y todos los mosquetes españoles descargados.

—¡Cargad! ¡Cargad o estos bastardos acaban con nosotros!

Agresot se incorporó. Creía que todos los ingleses habían disparado sus mosquetes y, por lo tanto, que disponía de unos segundos mientras los cargaban de nuevo. Sin embargo, los que vio ante sí fue a un soldado inglés apuntándole directamente. Se habría retrasado y, por ello, mantenía su arma cargada mientras el resto de sus compañeros ya había disparado.

—¡Virgen santísima! —gritó Agresot agachándose instintivamente.

La bala silbó muy cerca de su oreja y fue a incrustarse en el tronco de un árbol. Tras el disparo, Agresot recobró la verticalidad y, cosas que pasan, vio que el soldado que le había disparado seguía allí, en pie, como si esperara rematar con la mirada lo que no había logrado con una bala. Agresot no se lo pensó dos veces. Apoyó su mosquete en el hombro, apuntó, se dio cuenta de que en realidad su atacante no era más que un muchacho de dieciséis o diecisiete años y apretó el disparador. La bala de plomo le agujereó la frente e hizo que los sesos del soldado se desparramaran sobre los uniformes impolutos de sus compañeros de patrulla.

—Jódete —masculló Agresot para sí. Y, dirigiéndose a sus hombres, añadió—: He adelantado trabajo. A ver de lo que sois capaces vosotros.

En el bando inglés alguien daba órdenes de forma apresurada. Demasiado apresurada. Un oficial debe conservar la calma siempre. Y cuando se está invadiendo territorio extraño, más aún. De lo contrario, se corre el riesgo de que el enemigo se dé cuenta de que te tiemblan las piernas. Y, entonces, ya puede ser éste español, francés o moro: tienes un problema y vas a darte cuenta de ello antes de lo que crees.

—¡Listos, capitán! —indicó un hombre de Agresot.

—¡Pues, adelante!

A pesar de que habían disparado antes que los ingleses, les habían tomado ventaja y habían logrado cargar primero. Quizás el blanco del capitán había ayudado o

quizás, simplemente, los ingleses eran lentos. Qué más daba. Lo realmente importante venía ahora: en dos filas de diez soldados cada una de ellas, los españoles se dispusieron a disparar.

—¡Fuego! —gritó Agresot en pie tras sus hombres. Diez balas salieron en dirección a los ingleses. Todavía no habían impactado en su objetivo, cuando la segunda fila de soldados dio un paso al frente y superó a la que acababa de disparar. Los hombres apuntaron e hicieron fuego.

De nuevo, todos buscaron el refugio de la espesura mientras cargaban las armas a toda prisa. Agresot tenía un ojo puesto en las evoluciones de sus hombres y el otro en el enemigo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Los ingleses gritaban y se movían de un lado a otro como si ya nada tuviera remedio para ellos. Sin embargo, a su oficial al mando le bastaría con reagrupar la patrulla, poner un poco de orden en tanto desconcierto y comenzar a disparar como Dios manda. Sin duda, les harían pasar un mal rato a Agresot y los suyos.

¿Por qué no sucedía nada de eso? ¿Por qué los ingleses parecían a punto de echar a correr como conejos asustados? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Precisamente, hasta que los ingleses echaron a correr como conejos asustados.

Agresot no comprendía demasiado bien qué había sucedido. Se puso en pie y, cautelosamente, comenzó a caminar hacia el lugar desde el que los ingleses les habían repelido. Sus hombres le siguieron, varios de ellos con tanto ímpetu que Agresot tuvo que obligarles a ir más despacio.

—¡Con cuidado! —dijo—. Puede ser una trampa.

—Ya no queda un solo casaca roja, capitán.

—No importa. Asegurémonos de que es así.

Cuando llegaron al sitio donde los ingleses se habían parapetado, hallaron tres cuerpos sin vida: el del muchacho al que Agresot había volado la tapa de los sesos, un soldado de unos cuarenta años y otro que no pasaba de la treintena. Cuando Agresot vio los galones que portaba, lo comprendió todo: disparando al bulto, uno de sus hombres había tenido la inmensa suerte de atravesar con su bala de plomo el corazón de un auténtico capitán inglés. No estaba nada mal.

—Regresamos al San Luis —anunció Agresot.

—¡No! —protestaron los hombres—. ¡Tenemos que ir tras esos bastardos!

—No conviene tentar a la suerte. Hemos salido muy bien parados de esta, pero nada nos asegura que no haya más ingleses rondando por ahí. Prefiero dar media

vuelta e informar. El coronel Desnaux querrá saber que hay tropas enemigas en tierra. Además, ya no volvemos con las manos vacías, ¿no?

Agresot se agachó sobre el cuerpo del capitán muerto y le arrancó los galones del uniforme. No, no volvían con las manos vacías.

* * *

Lezo había pasado toda la mañana dirigiendo la defensa desde la cubierta del Galicia. No podía permanecer quieto en ningún lugar, de manera que iba y venía, continuamente mientras daba instrucciones a todo oficial que se encontrara a su paso. De cuando en cuando, recibía información sobre la flota invasora y sus evoluciones, lo cual le intranquilizaba sobremanera. Saber que aquella bestia se hallaba anclada a sus puertas y que apenas disponía de capacidad para hacerle frente le sacaba de quicio. ¿Por cuánto tiempo podrían aguantar el barrido continuo y persistente de la artillería inglesa?

No por tiempo infinito. En cualquier caso, daba igual. Su deber era defender Cartagena y a eso pensaba dedicarse en cuerpo y alma. Por ello, había convertido la cubierta del Galicia en el cerebro del mecanismo que convierte ingleses en comida para los peces.

Y, por alguna extraña razón, los ingleses le estaban permitiendo que lo hiciera. En lo que había transcurrido de jornada, apenas habían disparado contra los navíos de línea españoles y su estrategia se centraba en golpear con toda la saña posible el fuerte de San Luis. Parecía que, incluso, evitaban disparar alto para que las balas golpearan en las baterías cuyo fuego trataban de repeler. Al contrario, sus disparos estaban siendo bajos, contra las murallas del fuerte: como si no les importara demasiado seguir recibiendo hierro desde los cañones españoles y les bastara con saber que en un par de días habrían reducido la edificación a escombros. Tenían el tiempo de su parte.

En estas reflexiones se hallaba sumergido Lezo cuando un emisario proveniente del San Luis llamó su atención. Una patrulla acababa de llegar de Tierra Bomba y se requería su presencia por un asunto de absoluta importancia.

—¿Y no puede Desnaux venir hasta aquí? ¿No sabe remar o qué diablos sucede? —gritó, colérico.

Lezo, como todos los marinos, sentía un larvado desprecio por todos los militares de tierra. Los consideraba poco menos que inútiles cuando el combate arreciaba. Por eso, se enfadó cuando fue mandado llamar.

—El coronel Desnaux le ruega que tenga a bien recibirle en el fuerte, señor —dijo el emisario—. Dado que el fuego enemigo se dirige, sobre todo, contra tierra, ha considerado inoportuno abandonar la fortificación.

Lezo no parecía dispuesto a transigir. ¿Y se puede saber qué es tan importante para que yo tenga que abandonar mi barco? ¿O es que acaso mi barco carece de importancia?

—No, señor. Desde luego que no. El coronel Desnaux no duda de la importancia de su barco en la defensa de la ciudad. Pero el capitán de la patrulla que acaba de llegar de explorar el manglar tiene algo que decirle. Algo muy importante.

—¡Vamos, suéltalo, gandul, y no me hagas perder más tiempo!

—Señor, no sé si debo...

—¡Habla o vuélvete al fuerte en tu bote!

—Bien, almirante, si insiste, le diré que la patrulla que ha explorado la zona comunica que hay ingleses en tierra firme.

—¿Cómo dices, soldado?

—Que hay ingleses en tierra firme, señor. Y que están desembarcando artillería.

Lezo no lo dudó más y se abrió paso dando un manotazo al emisario. Ordenó que de inmediato se dispusiera su bote y partió hacia el San Luis. Aquella noticia, desde luego, lo cambiaba todo. Por supuesto que iría al fuerte. De inmediato y con las ideas bien claras. Si los ingleses habían iniciado el desembarco, este sería ya incontenible. Carecían de capacidad para hacerles frente en tierra. Si lo intentaban, la infantería inglesa les destrozaría en menos de una jornada.

Al final, él tenía la razón. Tenía, una vez más, la maldita razón. Los ingleses, en cuanto las baterías de Tierra Bomba habían sido acalladas, desembarcaban. ¡Si suponía la estrategia lógica! El habría hecho lo mismo. Desembarcar tropas y artillería y avanzar despacio hacia el fuerte envolviéndolo desde el norte. Por eso los navíos de línea estaban desarrollando un ataque de lento desgaste... Porque aguardaban a que las tropas avanzaran por tierra y, desde allí, en una posición alta y con buena visibilidad sobre la fortificación, la arrasaran con fuego continuo.

Los iban a reducir a polvo y cenizas. Y lo doloroso era que no podía hacer demasiado por evitarlo. No con tan pocos hombres... Si al menos contara con tres mil o cuatro mil soldados más, se aventuraría a hacerles frente en un rumbate cuerpo a cuerpo. Convertiría su avance en un camino tan tortuoso y lento que les hiciera replantearse la idoneidad de atacarles por tierra. Pero con los efectivos disponibles, sólo se podía aguantar. ¿Cuántos hombres? Según Desnaux, quinientos soldados en el fuerte de San Luis. A eso podía añadir las tripulaciones incompletas de sus cuatro navíos. Muy poco para intentar nada.

* * *

Lezo penetró en el fuerte por una puerta trasera, más o menos a salvo de las balas enemigas: más o menos, como todo allí. Aún restaban varias de horas de luz antes de que anocheciera y los ingleses no daban señales de cansancio. Si lo que había emprendido Vernon era una campaña de acoso y desgaste sistemáticos, lo cierto es que podía darse por satisfecho, pues lo estaba consiguiendo. Lo que Lezo halló dentro de la fortificación fue un grupo de hombres cansados, sucios y cada vez más desordenados que, lo supo sin el menor atisbo de duda, jamás lograría conservar el fuerte y, menos todavía, mantener intacto el paso de Bocachica.

Los iban a matar a todos como a ratas en una cloaca. Y más pronto que tarde. Así que tenía que rescatar lo posible y reencauzar la estrategia.

Desnaux agradeció a Lezo la deferencia de presentarse en el fuerte, lo hizo pasar a una de las estancias seguras y se excusó por no haber sido él quien se tomara la molestia de trasladarse. Lezo ahuyentó las disculpas con la mano. Sólo había tiempo para ir al grano.

—Me han dicho que hay ingleses en Tierra Bomba. ¿Es eso cierto? —preguntó a bocajarro.

Desnaux, molesto con su emisario por haber hablado más de la cuenta, confirmó lo dicho por Lezo:

—Así es, almirante. Esa es la información con la que contamos.

—¿Quién los ha visto?

—El capitán Agresot. Ha pasado el día patrullando el manglar y ha regresado hace media hora. En cuanto supimos de sus noticias, mandamos llamarle de inmediato.

—Que se presente —ordenó, tajante, Lezo.

—Le he dado descanso a él y sus hombres... —trató de explicar Desnaux.

—Aquí nadie descansa hasta que yo lo diga. ¡Que se presente!

Desnaux habló con un asistente, que salió de la estancia sin apenas hacer ruido. En presencia de Lezo, lo mejor era flotar en el aire y pasar desapercibido.

Nadie parecía dispuesto a hablar mientras esperaban. Lezo escuchaba el ruido de las balas golpeando tan cerca de donde se encontraban, que se percibía la vibración de los impactos. Entonces, dijo:

—Están atacando las murallas, ¿no es así?

—Sí, almirante. Por suerte, eso hace que apenas sumemos heridos.

—Golpean nuestra línea de flotación —murmuró Lezo.

—¿Señor? —preguntó Desnaux, que era militar de tierra y al que cualquier expresión marinera le resultaba extraña.

—Que quieren hundirnos. Y es precisamente lo que va a lograr.

—Señor, esto es una fortificación con medio millar de hombres dentro.

—Igual que mi barco. Una fortificación con hombres dentro dispuestos a defenderla con uñas y dientes. Sólo que el San Luis no puede llevar anclas y desplegar todo el velamen.

Desnaux no era demasiado hábil con el lenguaje y había perdido el hilo de la argumentación de Lezo. Sabía que debían seguir cañoneando hasta acabar con el último perro inglés. Era lo que se esperaba de él y lo que sabía hacer sin la menor duda. Y el San Luis no era un navío sino un fuerte. Asunto resuelto.

Por fin, Agresot hizo acto de presencia en la estancia.

Se había aseado un poco, aunque en su rostro se percibía el cansancio de una larga jornada en el manglar.

Lezo se volvió hacia él con presteza. No lo conocía personalmente; pero tenía rango de capitán, así que se dirigiría a él sin intermediarios.

—Me dicen que ha visto ingleses en Tierra Bomba, ¿es cierto?

Agresot carraspeó y trató de que su voz fluyera firme y convincente. Estaba frente a Lezo:

—No sólo los he visto, señor. Nos hemos enfrentado a ellos.

—¿Enfrentado? ¿Cómo que enfrentado? ¡Informe!

—Descubrimos el lugar por el que estaban desembarcando y...

—¿A qué distancia? —interrumpió Lezo.

—A una legua de aquí. Como mucho. Quizás algo menos. Es difícil calcular en la espesura...

—¿Cuántos hombres?

—Los vimos durante muy poco tiempo, pero al menos había quinientos o seiscientos. Y más navíos se acercaban, de manera que probablemente, a estas horas, sean más de mil.

—¿Artillería?

—Vimos claramente que arrastraban morteros por la playa.

—¡Continúe! —ordenó Lezo, impaciente—. ¿Qué sucedió exactamente?

—Nos hallábamos observando el desembarco del enemigo cuando fuimos descubiertos. Al parecer, habían enviado patrullas de reconocimiento a la zona.

—¿Y qué sucedió?

—Hicimos lo que debíamos, señor —declaró Agresot sin poder esconder cierto orgullo—. Abrimos fuego contra ellos con nuestros mosquetes.

—¿Abrieron fuego? ¿Hubo lucha directa?

—Me temo que no nos quedó más remedio, señor.

—Nada que objetar. Sólo espero que ninguno de sus hombres resultara herido. Necesitamos a cada soldado. A cada uno de ellos.

—Salimos intactos. Con rasguños. Nada grave. Pero ellos no pueden decir lo mismo. Les causamos tres bajas y no descartamos que, antes de huir despavoridos, alguno de ellos resultara herido.

Agresot sonreía abiertamente. Más de lo que podría esperarse de un capitán que rinde cuentas ante un teniente general. De improviso, extendió su mano en dirección a Lezo, la abrió y mostró los galones que había arrancado del uniforme del capitán inglés muerto.

—Granaderos, señor —explicó.

Y parecía dispuesto a extenderse en sus explicaciones cuando el impacto de una bala se sintió tan cerca que todo en la estancia tembló.

—¿Qué sucede? —preguntó Desnaux, que hasta entonces había escuchado en silencio las explicaciones de Agresot—. Esa bala ha caído muy cerca. Demasiado cerca. Es imposible que desde los navíos alcancen esta zona del fuerte. ¡Imposible!

* * *

Wentworth puso pie en tierra pasada la media tarde. Ya habían desembarcado varias compañías de infantería y, aunque le habían informado de que una patrulla de reconocimiento se había topado con tropas españolas y que, por desgracia, habían sufrido varias bajas, él se encontraba exultante. Pletórico. Por fin comenzaba el desembarco. Una semana más embarcado y habría terminado por arrojar al mar, nadar hasta la playa e invadir Cartagena por su cuenta y riesgo.

¿Bajas? Bueno, sí, era lo normal entre los granaderos. Para ello se les enviaba en vanguardia: para que abrieran paso al resto y, si era preciso, limpiaran el terreno de enemigos. Y algo así siempre arrojaba bajas. No podía ser de otra forma.

Ahora lo importante era trasladar toda la artillería desembarcada a un punto alto en tierra y, desde allí, comenzar a disparar contra la fortificación española que impedía el paso de los navíos ingleses a la bahía interna. Ese era el trabajo que se le había encomendado, era el trabajo que sabía hacer y, vive Dios, era el trabajo que, salvo que una bala española le enviara al otro mundo, haría sin dudar. O se dejaría la piel en el intento.

Wentworth era partidario de una acción rápida por tierra. Tenía las tropas y tenía la artillería de apoyo. ¿Qué más debían aguardar? Dios santo, si los españoles eran pocos, se hallaban mal organizados y los dirigía un loco sin conocimientos sobre el combate en tierra firme. Sólo necesitaba unas cuantas compañías de infantería y tomaría la plaza antes de que los navíos de Vernon forzaran el canal de acceso a la bahía interior.

Maldita sea, cuánto tiempo perdido... ¿Por qué diablos una campaña así se le encomienda a un marino? ¿Por qué, si el auténtico trabajo lo han de desarrollar las tropas de tierra? Sus tropas. Las tropas de general Wentworth. Ellos eran los que hacían lo que había que hacer, los que se echaban cuerpo a tierra y avanzaban paso a paso, ganando el terreno para el rey, eliminando enemigos y, al tiempo, honrando su memoria para siempre al morir por Inglaterra.

Wentworth salió de la playa y se internó en la espesura. Comprobó que el terreno era complicado y que cualquier avance allí sería dificultoso. Pero disponía de un millar de hombres frescos que, de tan aburridos que se hallaban a bordo, celebraron como una victoria la simple noticia del desembarco. Había llegado el momento de demostrar a los marinos de qué era capaz la infantería inglesa.

—Hemos identificado un punto en lo alto de la colina —informó un capitán a Wentworth.

—Bien —replicó, satisfecho, el general—. ¿Hay buena visibilidad sobre la fortificación?

—Magnífica, señor. Y lo mejor es que, debido a las irregularidades del terreno, nosotros nos mantendremos fuera de su ángulo de visión.

—¿Están los morteros dispuestos?

—Lo estarán dentro de poco. Avanzamos despacio para evitar las emboscadas enemigas.

—De acuerdo. Pero no nos demoremos en exceso. Quiero comenzar a bombardear antes de que caiga la noche.

Era lo que Vernon le había ordenado. Desgastar el San Luis desde el norte. Por sorpresa y con intensidad. Antes de que tuvieran tiempo de replantear su defensa. Con un poco de suerte, el fuego de mortero causaría muchísimas bajas en las filas de Lezo.

Y luego, por la mañana, avanzar con las tropas de infantería y tomar los restos del fuerte a golpe de mosquete. Acabando con los que quedaran vivos y no se rindieran de inmediato. Reduciéndolo todo a escombros y acallando su pólvora para siempre.

Wentworth hervía por dentro. El desembarco le hacía sentirse vivo, tan vivo que, guiado por la precipitación, temía cometer alguna estupidez. Y eso era algo que no podía permitirse. No iba a presentarse ante Vernon y su consejo con una derrota como toda respuesta a la orden dada. No, se le había ordenado emprender una estrategia envolvente sobre el fuerte para, así, cortar todas sus vías de acceso y multiplicar los frentes de combate. Que era, exactamente, lo que se disponía a hacer.

Con paso firme, usando en ocasiones su sable para abrirse paso entre la maleza, Wentworth llegó, más de una hora después de haber desembarcado, al punto en el que sus hombres ya terminaban de fijar los morteros en sus bases de madera.

—Estaremos preparados para abrir fuego en breve, general —fue informado por el capitán al mando de los artilleros.

—Quiero que las compañías desbrocen el terreno y se preparen para acampar.

—¿En este mismo lugar, señor?

—Sí, de aquí no nos movemos. Vamos a castigar el fuerte con fuego de mortero durante toda la noche. Que esos malnacidos estén ocupados. No les vamos a dejar ni respirar. Y veremos con qué ánimo amanecen mañana.

—Sí, señor. Lo dispondremos todo para que así sea.

—Mientras tanto, quiero el campamento protegido en todos sus flancos. No me extrañaría que Lezo, a la desesperada, enviara una compañía para hacernos frente. Si algo así sucede, necesitamos estar preparados.

Sin sorpresas y con todo a favor. Ese era el modo en el que a Wentworth le gustaba entrar en combate. Desgastar durante horas al enemigo para, después, arrasarlo con la mejor infantería del mundo. Sin darles ni una sola oportunidad. Llevándolos hasta la extenuación, hasta el umbral de la muerte: que rogaran por su vida si fuera necesario.

Tres horas antes del atardecer, diez morteros estaban listos sobre la colina de Tierra Bomba. Harían falta varios disparos para afinar la puntería, pero disponían de tanta munición como quisieran. De hecho, era algo en lo que Vernon insistía una y otra vez: el acoso al fuerte tenía que ser continuo y sin importar de cuánta munición se hiciera uso.

Los morteros comenzaron a disparar hacia arriba. Los proyectiles, así, describían una larga curva y adquirían gran impulso durante el descenso hacia el objetivo. Los primeros disparos fueron demasiado largos e impactaron lejos del fuerte pero, poco a poco, los artilleros consiguieron afinar la puntería y, por fin, dos balas golpearon, de lleno, en el piso de piedra labrada del San Luis.

Wentworth se valió de su catalejo para observar la fortificación. Los daños no habían sido considerables, pero sí el revuelo que se había causado entre los españoles. Decenas de hombres iban y venían tratando de averiguar desde dónde les estaban atacando. Lo cual, además, carecía de total importancia. La capacidad artillera del San Luis era mucho menor de la que Vernon imaginaba y disparaban hacia los navíos de línea con todo el armamento disponible. No tenían más y, si querían devolverles los disparos, deberían desatender el fuego contra el mar.

En el catalejo de Wentworth apareció la figura de un hombre que se movía frenéticamente de un lado hacia otro. Parecía alguien con autoridad, pues todos los que se hallaban a su lado le seguían allá adonde fuera. Trataban, claro está, de averiguar quién les estaba disparando y desde qué punto. De pronto, el hombre se giró y miró en su dirección. No podía verle desde esa distancia, pero ello no evitó que Wentworth sintiera un sudor frío recorriéndole la espalda. Después, el hombre alzó el brazo y le señaló con el dedo. Un hombre no demasiado corpulento y con una pierna tallada en madera.

CAPÍTULO 7. 24 de marzo de 1741

Los ingleses hicieron fuego de mortero desde su posición en Tierra Bomba como si hubieran descubierto por primera vez la alegría de disparar. Tanto y tan constantemente dispararon, que un hombre de la defensa del fuerte de San Luis se plantó en mitad de la muralla norte y se puso gritar insultos a los ingleses. Un trozo de metralla le reventó el pecho y murió allí mismo, desangrado. Hasta más de una hora después, nadie pudo ocuparse de retirar el cadáver.

La orden de Vernon era que nadie dejara de disparar en ningún momento y que, incluso de noche, se mantuviera el sistemático batido de las defensas de la fortifica-

ción. Y eso hacían sus tropas. Además, con tanta intensidad que en los muros del San Luis los impactos se contaban ya por cientos. Pronto, si nada cambiaba, una parte de la edificación, incapaz de soportar su propio peso, se vendría abajo.

Desnaux no sabía nada de Lezo desde que, dos días atrás, el capitán Agresot les informara de que Tierra Bomba estaba infestada de ingleses. Anunció que regresaba al Galicia y que allí se quedaría hasta nuevo aviso. Que si no había novedades, no se le molestará. Que en el San Luis se limitaran a disparar tanto como pudieran. Y, en lo posible, que hicieran blanco en el enemigo. Nada más.

Orden que en el San Luis siguieron al pie de la letra. Ciertamente era que Desnaux comenzaba a estar un poco harto de Lezo, de su talante variable y de unos criterios no siempre concordantes consigo mismos, pero el almirante estaba al mando y obedecería. Porque, por otro lado, tampoco le quedaban demasiadas opciones más. Devolver el intenso fuego a los ingleses e infligirles el mayor daño posible. Siempre, claro, antes de que ellos echaran abajo el San Luis con sus quinientos hombres dentro. Cuatrocientos cincuenta, a estas alturas.

Esa misma mañana llegó la primera alegría de toda la campaña para Desnaux. Hasta ahora, había causado daños en los navíos de línea ingleses, pero nunca suficientes como para que no los pudieran remolcar mar adentro. Sin embargo, por la mañana, unas dos horas después del amanecer, habían logrado encadenar cuatro o cinco estupendas andanadas que hicieron polvo el casco de dos, ni más ni menos que dos, navíos ingleses. Uno de ellos de ochenta cañones.

Por si esto fuera poco, los navíos habían virado fuera de control y se habían situado a sotavento. Y cuando tienes a un montón de perros ingleses encerrados en un cascarón al que el viento no le hincha las velas, sólo te resta una cosa por hacer: descargar sobre ellos la furia acumulada hora tras hora, día tras día, bala encajada tras bala encajada. Puedes, si el humo te lo permite, ver cómo los perros saltan por la borda y nadan, los que saben cómo hacerlo, hacia los botes, las lanchas o cualquier cosa que flote y se les acerque con la intención de echarles una mano. Entonces es cuando llamas a tu mejor artillero y le pides que apunte bien. Un solo disparo contra los que se acercan a auxiliar y si hace blanco, cuatro horas seguidas de descanso y doble ración de aguardiente.

Por desgracia, los dos cascarones abandonados quedaron a la deriva en la línea de disparo del África y de propio Galicia, que durante el resto del día apenas lograron hacer fuego. Por idéntica desgracia, el virrey Eslava hizo acto de presencia en el buque insignia cuando todos los artilleros, sin nada mejor de lo que ocuparse, estaban sacando brillo a los cañones. Todo eso mientras el fuego inglés arreciaba contra el fuerte de San Luis. Ya, pero, ¿qué otra cosa podrían hacer?

—¿Qué clase de holgazanes son los que me sirven? —gritó, colérico, un Eslava que no pareció, por ello, más irascible de lo común.

Había pisado la cubierta del Galicia y llegaba con la intención de reunirse con Lezo. Su intención inicial era haberse dirigido hacia la fortificación, pero le sugirieron, con buen criterio, que en ese momento el Galicia era mucho más seguro porque estaba guarecido por los cascarones a la deriva.

—¡Lezo! ¿Dónde está Lezo? —gruñía con una voz demasiado aguda para alguien que ostenta el mando.

El almirante oyó los gritos desde su camarote y se preguntó por qué diablos el virrey no había tropezado al subir a bordo y se había roto la crisma contra el palo mayor. No sólo no podía disparar contra el enemigo, sino que ahora tendría que escuchar la perorata engreída y vacua de Eslava. Definitivamente, aquel no estaba siendo un buen día.

Lezo se presentó en cubierta y, para cuando lo hizo, al virrey ya le estaban llevando los mil demonios.

—¿Por qué no disparamos, Lezo? —preguntó a viva voz—. ¿Por qué aquí nadie hace nada mientras en el San Luis se están dejando la piel para salvar Cartagena?

¿Por qué nadie ahogó a aquel cretino unos minutos después de nacer? La pérdida para su madre habría resultado mínima e inmensa la ganancia del resto.

Tomó aire y se contuvo antes de responder:

—Es un placer tenerle a bordo, señor. Si mira por la horda, puede darse cuenta de que hay dos navíos ingleses que nos impiden disparar.

—¿Y por qué no los hunden?

—Lo hemos intentado, pero desde esta distancia es prácticamente imposible. No nos resta sino esperar a que la corriente los desplace lo suficiente como para volver a tener ángulo de tiro.

—¿Y cuándo sucederá eso?

—No lo sé, señor. Estamos en el mar y en el mar algo así es difícil de calcular. Quizás en dos horas. Quizás en seis.

Lezo soportaba, estoico, el interrogatorio de Eslava. Tan sólo un pequeño repiqueteo de su pata de palo sobre la cubierta del navío denotaba cierta incomodidad. Por decirlo de alguna manera.

—En cualquier caso, no es eso lo que me trae hasta aquí —dijo Eslava cambiando de tema pero no de tono—. Ha llegado a mis oídos la noticia de que las tropas inglesas han logrado desembarcar.

Lezo, por toda respuesta, señaló el punto de Tierra Bomba desde el que los ingleses llevaban dos jornadas abrasando con fuego de mortero el fuerte de San Luis.

—Las noticias que ha recibido no pueden ser más ciertas —concluyó Lezo—. Han desembarcado y me temo que va no van a irse fácilmente.

—¿Cuántos? ¡Por Dios! ¿Cuántos hombres han desembarcado esos grandísimos hijos de puta?

—Quién puede saberlo... —respondió Lezo sin demasiado interés en mantener las formulas de cortesía que le debía al virrey—. A estas alturas, no habrá menos de un millar de hombres en tierra. Eso, como mínimo.

Lo decía con la mirada fija en el lugar desde el que los artilleros bajo el mando de Wentworth escupían fuego de mortero de sol a sol.

—¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!

Vive Dios que Lezo observó al virrey dando grititos como una mujer y sintió que el mundo, definitivamente, estaba del revés. Lo estaba, pues si algo fuera normal y tuviera sentido bajo el cielo, el hombre que tenía ante sí estaría liderando la defensa de la ciudad y el territorio que le habían sido encomendados. ¿Qué hacía en lugar de ello? Lamentarse como si verdaderamente no restara nada sino la resignación ante la inminente derrota. Y de aquella podían salir con éxito. No sería fácil, pero él, Lezo, estaba seguro de que nada se hallaba irremisiblemente perdido. No, todavía.

—¡Que venga Desnaux! ¡Que venga Desnaux! —gritaba Eslava ante la indiferencia de Lezo—. Quiero verlo aquí mismo de forma inmediata.

De forma inmediata. Como si el coronel no tuviera nada mejor que hacer que abandonar a sus hombres bajo la lluvia de hierro enemigo y correr al Galicia para satisfacer cualquier estúpida ocurrencia del virrey.

Y eso que Lezo no sentía demasiadas simpatías por Desnaux. Opinaba que su estrategia estaba siendo equivocada y que perseverar en ella les conduciría hacia la derrota. No, no lo consideraba un militar brillante. Pero sí eficaz y con arrestos suficientes para, llegado el caso, morir junto a todos sus hombres defendiendo la plaza. Por ello, sólo por ello, Lezo lo respetaba.

Como así había supuesto el almirante, cuando Desnaux fue avisado de que el virrey requería su presencia, se hallaba inmerso, junto a sus capitanes y los artilleros de servicio, en la organización de las baterías del San Luis. Tuvo que dejarlo todo, asearse en una cuba de agua destinada a enfriar los cañones y tomar un bote en dirección al buque insignia.

—A sus órdenes, señor —dijo cuando subió al Galicia.

—¡Desnaux! ¡Oh, Desnaux! —exclamó Eslava—. ¡Esto es horrible! Lo vamos a perder todo a manos de esos desgraciados.

Desnaux trató de calmar su excitación:

—Todavía no está todo perdido.

Cuando se lleva varios días viviendo, comiendo y durmiendo en mitad de una batalla, se evitan las frases que no son necesarias y se va al grano. Tenga delante al último de tus cabos o al mismísimo virrey de Nueva Granada.

—Si me envía más hombres y más munición —continuó Desnaux—, todavía podemos vencer.

—¿Realmente cree que lograremos que esas bestias den marcha atrás y se marchen de aquí? —preguntó, un tanto ingenuamente, Eslava.

—Sin duda, señor —contestó Desnaux. Pero su voz brotó débil, quebradiza. Como si no creyera del todo en lo que estaba diciendo.

—Pero los ingleses han desembarcado ya...

—Los mantendremos a raya. El fuego de sus morteros nos está haciendo daño y he perdido ya a sesenta hombres, pero mire —Desnaux señaló los dos navíos ingleses a la deriva—: Nosotros también les estamos causando bajas. Fíjese: hay muchos cuerpos flotando en el mar. Y no son nuestros.

Era cierto. El cañoneo de las baterías cartageneras también estaba desgastando las filas invasoras pero no en la medida que habría sido deseable para forzar una retirada. Y Desnaux, aunque lo sabía, prefería omitir tal juicio.

—¡No! —bramó Lezo, harto de lo que él consideraba un cúmulo absurdo de insensateces—. No vamos a detenerles. No aquí, al menos. Terminarán por romper nuestras defensas y entrarán en la bahía interior. Sucederá. Nada les detendrá.

—Vamos, Lezo —dijo Eslava—, no sea tan negativo. El coronel cree que si aguantamos, lograremos detener el avance enemigo.

—No lo lograremos :—repuso, tajante, Lezo—. Bocachica está perdida. Lo está desde el momento en el que desembarcaron las tropas de infantería. Nos tienen rodeados y para ellos es una cuestión de tiempo. Nos matarán a todos.

—Nosotros también estamos causando bajas en sus filas.

Eslava se refería a los cuerpos de los ingleses que flotaban cerca de allí.

—¿Cuántos son? ¿Diez? ¿Veinte a lo sumo? ¿Cree que eso supone un problema real para Vernon? Ni siquiera habrá sido informado de una nimiedad como esta.

El tono de Lezo era seco y cortante. Su tono.

—Almirante —intervino Desnaux dirigiéndose por primera vez a Lezo—. Mis hombres pueden detenerlos. Sé que pueden hacerlo. Déjeme intentarlo, por Dios. Déjeme lograrlo.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Sólo necesito unos cuantos hombres más. Cien o doscientos. Los que sea posible enviarme. Y munición. Con eso, garantizo que los ingleses no romperán este paso.

—¿Lo garantiza?

—Sí, señor. En el San Luis no vamos a rendirnos. Lucharemos hasta que esos malditos decidan retroceder, llevar anclas y regresar de nuevo a Jamaica.

—No van a rendirse. Estoy seguro de ello, porque conozco a sus hombres y le conozco a usted, coronel. —Lezo no vacilaba al exponer lo que había rumiado detenidamente durante los últimos dos días—. Pero los ingleses no darán media vuelta. Al contrario, seguirán desembarcando tropas e intensificando su fuego desde Tierra Bomba. Dentro de tres o cuatro días dispararán con tanta intensidad sobre nosotros que lo que hasta ahora han hecho nos parecerá un juego de niños.

—¿Y qué pretende?

Desnaux se hallaba más sorprendido que intrigado.

—Abandonar el fuerte de San Luis. Abandonar el fuerte de San José y todas las baterías que todavía puedan disparar. Volar por los aires mis cuatro navíos e incendiarlos para que no caigan en manos enemigas. Y con todos los hombres disponibles, replegarnos al castillo de San Felipe.

—¿Y dejar que miles de ingleses campen a sus anchas por Cartagena? —preguntó, escandalizado, Eslava.

Lezo observó que desde Tierra Bomba la artillería inglesa descargaba una andanada de metralla sobre el San Luis. Y contestó:

—Exactamente.

* * *

Hacía dos días que el general Wentworth había desembarcado con sus tropas y las noticias que llegaban desde tierra no satisfacían a Vernon. Parecía como si el tiempo, de pronto y sin previo aviso, se hubiera ralentizado. Todo transcurría despacio. Muy despacio.

Al parecer, Wentworth había asentado una posición, pero sobre terreno resbaladizo. Esta había sido la palabra con la que el general se expresaba en la última de sus notas: resbaladizo. Un lugar en el que nada se sostenía por mucho tiempo, en el que los hombres se movían con cautela y los morteros debían ser resituados tras cada disparo.

Y el tiempo avanzaba y las cosas se estancaban en Tierra Bomba. Vernon consultó con varios ingenieros y todos respondieron más o menos lo mismo: que dadas las características del terreno, no era seguro moverse con mayor rapidez. Al manglar se le trataba con respeto o podía volverse contra ti. Por eso, lo conveniente pasaba por desbrozar adecuadamente la maleza, por asegurar cada paso dado, por cuidar que la pólvora no se mojara, por, en suma, disponer que los acontecimientos transcurrieran al ritmo que el manglar imponía.

—¡Somos ingleses! —exclamó Vernon cuando, reunido su consejo militar a bordo del Princess Carolina, Ogle puso en duda que el ataque final pudiera ser lanzado antes de una semana—. ¡Somos ingleses! ¿Es que nadie sino yo comprende qué significa servir al rey de Inglaterra?

Ogle mantenía su rostro severo e impasible, como una rana que observa el vuelo de una mosca sobre el estanque.

—¡Me importa bien poco que el terreno sea resbaladizo! Que lo solucione Wentworth. ¿No tenía tanta prisa por desembarcar? Bien, pues ya ha desembarcado. Ahora quiero resultados. ¡Resultados!

—Estamos obteniendo resultados —intervino Lestock, que, un día antes, había luchado en primera línea de fuego con sus naves—. Sus defensas están siendo batidas sistemáticamente y les estamos procurando mucho daño. Bastante más del que ellos nos causan a nosotros.

Gooch salió en ayuda de Lestock. Su función en la campaña comenzaba y terminaba en aquel consejo, y carecía de tropas con las que entrar en batalla.

—Si me permite decirlo, almirante —dijo—, creo que está siendo un tanto injusto. Sus hombres hacen lo que pueden y, sobre todo, lo que usted les ha ordenado. No observo que, en ningún momento, se estén contradiciendo las ordenes. Solicitó que el cañoneo fuera intenso y sin cuartel. Y eso, exactamente, es lo que está sucediendo.

—Pero no podemos demorarnos por mucho más tiempo. No podemos...

Vernon, en sólo dos jornadas, había cambiado su abierto optimismo por un vago sentimiento de desazón. Y es que algo había sucedido que le borró la sonrisa de la cara: los primeros casos de fiebre amarilla se desataban ya entre las tripulaciones.

Existen dos cosas que quitan el sueño a un almirante al mando de una escuadra: los huracanes y la fiebre amarilla.

Cualquier otro asunto es solventable, pero ni los huracanes ni el temido vómito negro tienen solución. Y ambos terminan sembrando de muerte las cubiertas de los navíos. Muertes absurdas, imprevistas, innecesarias. Muertes de soldados y marinos que aún no han entrado en combate y, por lo tanto, no han hecho valer la razón que hasta aquí les ha traído.

De manera que el creciente mal humor de Vernon tenía un motivo. Aunque, de momento, el resto de los miembros del consejo lo desconociera.

Ogle intervino tratando de aplacar al almirante. Sin, por ello, dejar de ser realista:

—Una semana, señor. Dé una semana más a nuestras tropas y tripulaciones y verá cómo se producen resultados. Vamos a romper el paso de Bocachica y, antes de que lo crea, nuestros buques estarán atravesando el canal y entrando en la bahía. A partir de ahí, con la plaza completamente rodeada, los acontecimientos se precipitarán. Verá cómo sucede así. Otórguele un margen de confianza a Wentworth. El general sabe lo que se hace.

Vernon no estaba tan seguro. En cuanto los hombres desembarcados comenzaran a enfermar de fiebre amarilla, Wentworth retornaría al Princess Carolina en la creencia de que allí se encontraría a salvo. Pero un artillero del buque insignia había caído enfermo aquella misma mañana y, aunque rápidamente fue trasladado a otra nave, la enfermedad ya había mostrado sus intenciones.

La estrategia logra que el éxito llegue o no llegue. Depende de que sepas mostrar pericia y de que tu inteligencia no te abandone. De que encuentres la inspiración en medio del desorden y de que comprendas un poco más allá que los demás. Sin embargo, la fiebre amarilla no depende de nadie. Si llega, llega, y si no llega, no llega. Te das por satisfecho o maldices tu suerte. Lo que sí está claro es que como ponga su mirada sobre ti y tu gente, date por maldito. Dispones de una semana, dos como máximo, para culminar con éxito tu empresa antes de que todo se malogre de forma definitiva.

Una semana. Precisamente lo que Ogle solicitaba para que Wentworth lograra la victoria sobre los españoles. El tiempo del que no disponía o, por decirlo de otra forma, el tiempo del que disponía el vómito negro para diezmar por completo sus filas.

Había, por todos los medios, que ir más deprisa. Más deprisa, Wentworth, por el amor de Dios. Vamos, Cartagena estaba defendida por un puñado de hombres cansados. ¿Acaso no se podía acabar con ellos de una maldita vez? Porque, si no lo hacían, las cosas se les iban a poner muy difíciles.

—Démosle una oportunidad a Wentworth —dijo Vernon—. Es verdad que apenas han transcurrido dos jornadas desde que puso pie en tierra. Necesitará más tiempo. Envíenle todos los hombres que requiera. Y que varios ingenieros desembarquen para ayudarle a desplegarse en el pantano.

Los miembros del consejo militar se sintieron aliviados por la respuesta de Vernon. Temían que su talante orgulloso le condujera a obviar la necesidad de actuar con la cautela exigida.

—Así se hará —replicó Lestock—. Le aseguro que así se hará.

* * *

Retirarse. Menuda estupidez. Eslava no daba crédito a lo que acababa de escuchar en boca de Lezo. Al parecer, el almirante se había vuelto definitivamente loco. Demasiadas balas arrasándolo todo en torno a él. Sí, finalmente, Lezo ya no regía bien.

No se iban a retirar de Bocachica. No iban a permitir que los ingleses camparan a sus anchas por la bahía interior de Cartagena. Y no iban a permitir que los acorralaran como a conejos en el castillo de San Felipe. No, al menos, mientras él, Eslava, fuera el virrey de Nueva Granada.

Desnaux aseguraba que podían resistir cuanto tiempo fuera necesario en el fuerte de San Luis. Si Eslava le enviaba efectivos y, sobre todo, municiones desde el San Felipe, aseguraba que podrían controlar la situación durante tanto tiempo como fuera necesario. A fin de cuentas, quienes jugaban con desventaja eran los ingleses: ellos carecían de más aprovisionamientos que los que llevaban en sus buques y su capacidad de aguantar, por lo tanto, no podía ser indefinida. Tarde o temprano, deberían reconsiderar su estrategia y, evitando pérdidas mayores, retornar a puerto amigo.

Desnaux tenía razón. Aguantarían. Claro que aguantarían. El propio Eslava inspeccionó el San Luis y comprobó que, si bien los daños eran muchos y las bajas considerables, el orden reinaba en el interior de la fortificación y todo se hallaba bajo control del coronel y sus oficiales. No había que temer más de lo necesario.

—Lezo —dijo un solemne Eslava de regreso al Galicia—. No vamos a abandonar el fuerte de San Luis pues todavía se halla en buen estado y la tropa con moral suficiente. No es momento de replegarnos. No cuando todavía la batalla puede ser ganada.

Lezo se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Sus propuestas no habían convencido al virrey y este se había inclinado por hacer caso al torpe de Desnaux. Los iban a masacrar, iban a descargar sobre ellos tanto hierro que terminarían por izar una bandera blanca para rendirse como miserables. Pero lo dicho, dicho estaba y ya no se hallaba en su mano convencer a Eslava para que cambiara de opinión.

Porque Eslava podía ser un inconsciente, un estúpido y un engreído incapaz de ver más allá de lo que le señalaba la legión de aduladores que constantemente le rodeaba, pero no se comportaba de forma voluble ni cambiaba de opinión con facilidad. Menos aún, si era alguien como Lezo quien que se lo pedía.

De manera que, sopesando todas las posibilidades, Lezo trató de ser pragmático:

—En ese caso, sugiero que enviemos tropas a Tierra Bomba para hacer frente a los ingleses.

¿Enviar tropas con la intención de repeler a los ingleses? ¿Acaso ese hombre era un pozo sin fondo de ideas estrambóticas? ¡No! Desnaux se lo había dejado bien claro: podían resistir cuanto tiempo fuera preciso en el fuerte de San Luis. No romperían el acceso de Bocachica y los invasores se verían obligados a dar media vuelta y, con el rabo entre las piernas, regresar a casa.

—¿Tropas? —farfulló Eslava—. ¿Tropas a Tierra Bomba?

—Sí. Infantería. Hagámosles frente en un terreno propicio para nosotros. Están sobre un manglar que nosotros dominamos y conocemos. Enfrentémonos a ellos en estas condiciones y seremos capaces de hacerles retroceder.

—¡Pero, Lezo, menuda estupidez...!

—¿Qué me dice del capitán Agresot? Mantuvo un enfrentamiento con los ingleses y salió victorioso. He pensado mucho en ello, y estoy seguro de que los casacas rojas no se mueven con ligereza en el manglar. No son tierras a las que estén acostumbrados y ni siquiera los granaderos resultan eficientes en tales condiciones. Agresot dijo que les costaba cargar después de cada disparo. Que supieron tomarles la delantera y que, por eso, les vencieron.

Una nueva propuesta siempre supone un nuevo problema. Un nuevo reto. Un punto de vista que es necesario abordar, analizar y comprender.

Eslava no era tan tonto para no saber algo así. Él también era militar y también había sido entrenado para reconocer una idea razonable en medio de mil ideas abocadas al fracaso. Por ello, aunque le fastidiara reconocerlo, las palabras de Lezo podían albergar algo de razón. Una cosa era no retirarse del San Luis y facilitar, así, la entrada

de los ingleses en Cartagena y otra, bien distinta, limitarse a encajar el cañoneo enemigo sin hacer nada por evitarlo.

Además, ¿quién le garantizaba que, una vez asentados los ingleses en Tierra Bomba, no decidieran iniciar un avance hacia la plaza fortificada? A fin de cuentas, con mil, dos mil o tres mil hombres desembarcados, iniciar el camino hacia el norte era una simple cuestión de decisiones. Podrían hacerlo, incluso, sin desatender el acoso por tierra contra el San Luis.

Desde luego, si algo quería evitar Eslava era la llegada del enemigo a las puertas de la plaza. Quería evitarlo por todos los medios. Precisamente, esa y no otra era la razón por la que se había situado del lado de Desnaux cuando este propuso resistir y no entregar Bocachica a los ingleses.

De manera que, siendo coherentes con esa decisión, tenía que hacer caso a Lezo y disponerlo todo para combatir en tierra con la infantería.

—De acuerdo —concluyó Eslava tras un rato en silencio—. Creo que algo de razón no le falta, Lezo. No podemos permitir que los ingleses campen a sus anchas por nuestras tierras. Si lo hacemos, dejaremos que se hagan fuertes y que asienten posiciones antes del ataque final a la plaza. Y eso es algo que no podemos permitir.

Lezo no sonrió. Pero arqueó las cejas de tal forma, que el rostro se le iluminó.

Seguía siendo partidario de retirarse al San Felipe con todos los hombres y toda la munición disponible, pero, ya que algo así no era posible, prefería la acción a la quietud. Hostigar a los ingleses antes que dejarlos en paz. Causarles bajas, ponerles nerviosos, impedir que pensaran con claridad. En aquella situación, hacer algo suponía mucho más que no hacer nada. Al menos, si tenían que morir, que fuera con la dignidad de los que se han defendido, con uñas y dientes, hasta el final.

* * *

Eslava no dudó en atribuirse la idea de emprender acciones de acoso a las tropas inglesas desembarcadas. Junto a Lezo, regresó al fuerte de San Luis y se reunió con Desnaux y tres de sus capitanes. Les explicó con detenimiento lo que tenían que hacer e hinchó el pecho como un pavo real. Miraba con ojillos estúpidos a los militares sucios y cansados que llevaban dos días completos sin dormir cuatro horas seguidas.

—Hay que enviar patrullas y hostigar a esos cabrones. Para que sepan de verdad a quién se enfrentan —añadió en vista de que allí nadie le daba réplica.

Desnaux estaba prácticamente agotado. Tenía varias heridas no demasiado graves en los brazos y una quemadura en el costado. A pesar de que se había limpiado el rostro cuando supo que Eslava regresaba al fuerte, su aspecto era bastante lamen-

table. Sin embargo, sacó fuerzas de donde no había nada y expuso su punto de vista al respecto:

—No creo que debamos enviar tropas a ningún lugar, señor. Lo que necesitamos es reforzar la defensa del San Luis. Necesito más hombres y más munición. Envíemelas y sabremos arreglárnoslas aquí.

—Bien, bien —esquivó la petición Eslava—. Los suministros están en camino, no se preocupe. Pero es importante que adoptemos una estrategia más audaz que evite que los ingleses nos acorralen.

—¡No nos van a acorralar, señor! —repuso, malhumorado, Desnaux—. Todas nuestras baterías se hallan operativas y disparando sin descanso. Sabremos cómo mantenerlos a raya.

—No lo dudo, coronel, no lo dudo —dijo Eslava, conciliador. Confiaba en Desnaux y no deseaba que su ánimo decayera. Pero, mal que le pesara, los planes propuestos por Lezo tenían bastante sentido—. Y quiero que en todo momento en el San Luis se luche sin cuartel. Como hasta ahora se ha hecho. Estoy muy satisfecho por ello. Muy satisfecho. Pero los ingleses han desembarcado tropas y eso es algo que me preocupa sobremanera. Si logran avanzar por tierra, estaremos perdidos. Son muchos más que nosotros y la inmensa mayoría de sus tropas aún no han entrado en combate. Vernon puede estar refrescando sus filas durante un mes, si fuera necesario. Nosotros, coronel, no.

—¿Debo, por ello, enviar a mis hombres a una muerte segura?

—¡Desde luego que no! No quiero que esto se convierta en una aventura sin sentido. Ni que parezca que actúo por desesperación. Pero Lezo me ha hecho ver que debemos pararle los pies antes de que sea demasiado tarde.

La mirada que, en ese momento, Desnaux dirigió a Lezo casi funde los herrajes de las lámparas con las que se iluminaba la estancia.

Lezo ni siquiera se dio por aludido. Su único ojo estaba fijado en un punto indeterminado entre los hombres que hablaban y el techo de la habitación. No parecía feliz, pero tampoco afectado. En realidad, simplemente daba la impresión de que no estaba allí.

—Así que vamos a organizar varias patrullas y las enviaremos al manglar. Que investiguen las evoluciones de los ingleses y que los ataquen si hallan la posibilidad de hacerlo. Golpear y huir. ¡Por Dios, esta es nuestra casa! Nuestros hombres conocen cada palmo de un terreno que para los ingleses resulta desconocido.

—Golpear y huir —repitió con voz cansada Desnaux.

—¡Exacto! Veo que lo ha comprendido perfectamente. Ahora, organicemos las patrullas.

* * *

El virrey salió a cielo abierto y se puso a formar patrullas él mismo. Vio los galones de capitán en el uniforme de Agresot, que pasaba por allí y que ni siquiera estaba combatiendo en las baterías, y lo eligió para mandar una de ellas. Ni siquiera le preguntó si estaba dispuesto a hacerlo. Si quería o Desnaux lo tenía ocupado en otras tareas. Lo eligió, le dijo que buscara treinta hombres, que los armara y que emprendiera rumbo a Tierra Bomba. A matar tantos ingleses como pudiera.

—Pero, señor —objetó muy ligeramente Agresot—, la noche está a punto de echársenos encima.

—¡Mejor! —arguyó el virrey—. Así los tomaréis por sorpresa.

Una patrulla le pareció poca cosa a Eslava. Cuando él organizaba algo, lo hacía como es debido. Treinta hombres y un capitán resultan insuficientes cuando se puede enviar a sesenta hombres y dos capitanes. O a noventa hombres y tres capitanes. La necesidad no pocas veces provoca euforia.

Eslava se movía demasiado y, a cielo abierto y con metralla cayendo cada media hora desde los morteros ingleses, eso no era una buena idea. En cualquier momento, un trozo de hierro podría arrancarle la cabeza y descoronar la autoridad de la plaza y del virreinato. Varios oficiales miraron, preocupados, a Desnaux que, ya más harto que cansado, procedió a tomar el relevo a Eslava con la intención de aligerar el procedimiento.

—Si me lo permite, señor —dijo—, el capitán Pedrol es el oficial adecuado para dirigir la otra patrulla.

¿La otra patrulla? Él pensaba, más bien, en dos patrullas más. Tres, en total. Un centenar de hombres sobre el terreno. Menos, habría resultado propio de cobardes.

—Con dos patrullas de momento, creo que podría ser suficiente —probó suerte Desnaux—. Agresot y Pedrol son buenos capitanes y sabrán elegir los hombres adecuados. Con ellos en el manglar, los ingleses van a verse en problemas, no lo dude.

Desnaux quería recortar sus planes. Había intentado que la orden quedara sin efecto pero, al ver que no podría conseguirlo, trataba de perder el menor número posible de hombres.

Lo cual, bien pensado, no podía reprochárselo. A fin de cuentas, Desnaux estaba al mando de la fortificación, su objetivo era defenderla contra viento y marea y para

defenderla necesitaba hombres. Todos los hombres disponibles y los que pudieran ser enviados desde la plaza.

Era un buen militar Desnaux. Hacía lo que debía y lo hacía con absoluta entrega. Pertenecía al tipo de oficiales que a él le agradaban: duros, primarios, obstinados, firmes. De acuerdo, le daría una salida honrosa. Dos patrullas bastaban. Capitanes Agresot y Pedrol, cada uno por un lado. Que rodearan a los ingleses, les atacaran por sorpresa y mataran tantos como pudieran.

* * *

Comenzaba a anochecer cuando el capitán Miguel Pedrol se acercó al campamento de los ingleses en Tierra Bomba. A uno de ellos, porque ya habían comprobado que la estrategia seguida por los ingleses no pasaba por desbrozar una gran área de espesura y asentar en ella todos los efectivos, sino por abrir pequeños claros e ir situando en ellos reducidos grupos de hombres, víveres y armamento.

Lo cual facilitaba enormemente su tarea, pues en ningún momento tendrían que enfrentarse a más de cien o ciento cincuenta casacas rojas. Se acercarían con sigilo, descargarían sus mosquetes al bulto y desaparecerían en la espesura. Una estrategia no demasiado elaborada, pero eficaz cuando todo lo que te rodea es vegetación cerrada.

La luz menguaba a toda prisa y Pedrol decidió atacar. Albergaba la esperanza de no toparse con demasiados problemas para, así, regresar al fuerte con la dotación intacta. De manera que tenía que golpear a los ingleses siempre con toda la ventaja a su favor.

Eligió un campamento que consideró algo alejado de los demás. No estaba cerca del lugar en el que se disponían los morteros que disparaban contra la fortificación y, a buen seguro, se trataba sólo de tropas de refresco que aguardaban órdenes. Soldados muy jóvenes la mayoría de ellos y, en consecuencia, con una más que probable falta de experiencia en el combate real.

Ocultos en la maleza, Pedrol y dos de sus hombres se adelantaron al resto de la patrulla para observar de cerca el objetivo. El sol se ocultaba a sus espaldas y arrojaba sobre los ingleses una luz plana y espectral. Contaron cincuenta hombres. Vieron dos cañones desmontados con las cureñas de madera apiladas una sobre la otra. Sólo tres o cuatro soldados tenían a mano su mosquete, mientras que el resto se hallaba completamente desarmado. Sin duda, ni siquiera consideraban la posibilidad de ser atacados por sorpresa.

Los casacas rojas se reunían en varios corros y hablaban entre sí en tono desenfadado. Un poco más allá, varios bultos se alineaban en el linde del claro abierto a machetazos. Hombres dormidos, sin duda.

Pedrol hizo una señal y el resto de la patrulla camino, agachándose cada hombre para no ser descubierto, hacia el lugar en el que se hallaba el capitán. Llevaban los mosquetes cargados y sólo pensaban disparar una vez. Esa había sido la orden de Pedrol: tres filas de a diez hombres y tres turnos de disparo. Sencillo y eficaz.

Cualquiera que disparara con un mosquete sabía de la poca precisión de esta arma. Si a plena luz del día y en campo abierto ya era difícil apuntar, con el sol ocultándose tras el horizonte y rodeados de maleza por todas partes las posibilidades de hacer blanco se reducían drásticamente. Por eso, Pedrol no fue demasiado exigente a la hora de dar la orden:

—Apuntad a los grupos de tres o más hombres. Alguno
caerá.

Eso hicieron. Pedrol dio la señal y la primera fila se puso en pie. Apuntaron y abrieron fuego. Después, se echaron hacia atrás mientras su lugar lo ocupaba una segunda fila de tiradores. Apuntaron y abrieron fuego. Y, por fin, la tercera hilera de hombres.

Cuando los ingleses quisieron darse cuenta de lo que les estaba sucediendo, tenían a seis de los suyos muertos y a más de diez heridos. Ni siquiera trataron de alcanzar sus armas: se limitaron a correr para ponerse a salvo en la espesura. Un rato después, regresaron, todavía temerosos de que un nuevo ataque les causara más bajas, pero no había enemigo a la vista.

* * *

Era ya noche cerrada cuando la patrulla de Pedrol se topó con la de Agresot y casi se pasan a bayoneta los unos a los otros al confundirse con casacas rojas. Por suerte, Agresot oyó que uno de los hombres frente a él en la oscuridad se dirigía a otro en español y mandó bajar los mosquetes.

—Maldita sea mi vida, Pedrol. Por poco nos matáis de un susto y les hacéis el trabajo a los ingleses —dijo.

La luna estaba casi llena y dejaba caer sobre Tierra Bomba una luz lechosa que permitía distinguir cuerpos y hasta rostros. Pedrol ordenó a tres soldados que se separaran un poco del grupo y montaran guardia.

—¿Alguna novedad? —preguntó Agresot.

—Hace más o menos una hora, dimos con un campamento de casacas rojas —respondió Pedrol—. Lo cierto es que no resultó nada complicado. Abrimos fuego y nos largamos de allí. Creo que cayeron varios.

—Nosotros también hemos abierto fuego. Contamos al menos cinco bajas.

—No puedo creer que esté siendo tan sencillo. Tan fácil. Llegamos, abrimos fuego y huimos. ¿Por qué no se defienden?

—No nos esperaban, Pedrol, eso es todo. Te aseguro que mañana las cosas no serán tan sencillas.

Pedrol y Agresot conversaban en la oscuridad, muy cerca el uno del otro para no tener que levantar demasiado la voz.

—¿Visteis algo raro? —preguntó Pedrol—. Cuando atacabais a los ingleses, quiero decir...

—¿Raro? —se extrañó Agresot.

—Sí, raro. Inusual, fuera de lugar.

—No sabría decirte... Fue todo tan rápido...

—Cuando nosotros atacamos el campamento de los casacas rojas, vi a varios hombres tendidos en el suelo. En ese momento no le di importancia, pero ahora he tenido tiempo para pensar en ello.

—¿Y?

—No lo sé, pero no encajaban en el grupo. Piénsalo: un montón de hombres jóvenes y bien pertrechados toman tierra tras semanas y semanas embarcados. ¿Te echarías a dormir a la primera oportunidad?

—Supongo que no.

—Es más, si fueras el oficial al mando, ¿permitirías que tus hombres durmieran siendo aún de día? —No, claro que no. Pero no entiendo... —Creo que aquellos hombres no estaban dormidos. —¿Muertos?

—No, eso tampoco. Vi cómo se movían. Incluso creo recordar que alguien le ofrecía un poco de agua a uno de ellos.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir?

—Que aquellos hombres estaban enfermos.

Agresot se quedó pensativo durante un instante. Miró hacia el suelo, se rascó la nuca con su mano derecha y volvió a mirar a Pedrol.

—No estoy demasiado seguro y no pondría la mano en el fuego por ello, pero, ahora que lo mencionas, en el campamento que atacamos también había hombres tumbados sobre lechos de maleza.

Los dos capitanes permanecieron en silencio mientras el manglar les devolvía mil sonidos distintos. Hacía calor, pero el calor de Cartagena era algo a lo que ya estaban acostumbrados.

Un mosquito pasó cerca del rostro de Pedrol. Al escuchar su zumbido, lanzó instintivamente un manotazo al aire y lo ahuyentó.

—Mosquitos —dijo Agresot.

—Sí. Mosquitos.

CAPÍTULO 8. 27 de marzo de 1741

Habían transcurrido cinco días desde el desembarco y en Tierra Bomba luchaban dos mil ingleses contra sesenta españoles y un millón de mosquitos de la fiebre amarilla. Un millón de mosquitos dispuestos a liquidar, de forma limpia y eficaz, no ya a los dos mil ingleses desembarcados, sino a la flota invasora al completo.

Ese y no otro era el principal obstáculo al que se enfrentaba Vernon. Y Vernon lo sabía. Los españoles, a fin de cuentas, constituían un problema menor: tarde o temprano, la infinita superioridad inglesa terminaría por aplastarlos sin piedad; era una cuestión de tiempo, más que de estrategia militar. Pero contra los mosquitos no podía luchar nadie. Nadie, ni siquiera él, el almirante Vernon al frente de la mayor flota jamás soñada.

Y la temporada de lluvias se aproximaba. Vernon sabía qué significaba algo así: que los doscientos enfermos y los treinta y cinco muertos por vómito negro que ya llevaban contabilizados hasta ahora, no suponían nada al lado de lo que llegaría cuando comenzara la lluvia. Un desastre tan desproporcionado que pondría, de verdad, toda la campaña en peligro.

Existían dos formas de hacer frente a los mosquitos: dar media vuelta y regresar a Jamaica o tomar, de una vez por todas, la plaza y acantonar allí a tropas y tripulaciones. Cualquier otra opción les condenaba al batallón de los mosquitos. A morir lentamente bajo la fiebre y la desesperación que produce la impotencia. Y Vernon no estaba dispuesto a permitir que algo así sucediera. De modo que tenía que lograr que sus hombres abandonaran cuanto antes el insalubre manglar de Tierra Bomba y que todos los navíos pudieran desembarcar en zona segura a sus tripulaciones. Así de simple y, dada la marcha de los acontecimientos, así de complicado.

¿Por qué las tropas de Wentworth no asestaban un golpe definitivo a los hombres de Lezo?

Se lo preguntaba y así se lo hizo saber a los miembros de consejo militar reunidos, una vez más, a bordo del Princess Carolina:

—¿Dónde están los granaderos de Wentworth! —exclamó de una forma poco habitual en él—. ¡Maldición! ¿Por qué seguimos cañoneando día y noche y el fuerte de San Luis no cae?

Nadie se atrevió a responder. Ogle, Lestock, Gooch, Washington y el resto de los oficiales presentes prefirió callar. En realidad, nadie podía ofrecer una respuesta clara. Al menos, no una que contribuyera a aplacar la cólera de Vernon.

Porque el avance terrestre estaba siendo más complejo de lo esperado y porque los españoles, encerrados sobre sí mismos, se estaban defendiendo como el que ya no tiene nada que perder. Si todavía no se habían rendido, no cabía esperar la posibilidad de que lo hicieran en el futuro. Así que había que ganar Cartagena palmo a palmo. Y emprender un tarea de este tipo, llevaba tiempo. Incluso a Vernon.

—Wentworth está haciendo su trabajo, almirante —intervino, por fin, un siempre conciliador Gooch—. Lo que sucede es que su trabajo no es fácil. Lo hemos enviado a un lugar donde nuestros hombres jamás pisan en firme, donde la pólvora se humedece en cuanto no se protege adecuadamente, donde la noche es aprovechada por los españoles para atacarnos por sorpresa, causar bajas y hundir la moral de la tropa.

Vernon sabía de sobra que Gooch tenía razón. Bien, ¿y qué? Todo lo que le estaba contando le parecía cierto, pero no menos cierto era que, si no avanzaban, caerían todos muertos bajo el vómito negro.

—Tenemos que sacar a nuestros hombres del manglar. Es vital que así sea —expuso Vernon—. Si no lo hacemos, caerán todos enfermos y morirán antes de que hayan tenido la oportunidad de entrar en combate.

—¿Sacarlos? —terció Washington—. ¿Cómo vamos a sacarlos de ahí?

—Desconozco el modo, muchacho —le respondió Vernon—, pero sí sé que no aguantarán en ese paraje durante mucho tiempo. Y, lo que es peor, extenderán la fiebre a todas las tropas, incluidas las embarcadas.

—No es necesario —replicó, taciturno, Ogle—. La fiebre hace días que llegó a bordo. Es un milagro que no haya más hombres enfermos. Un verdadero milagro.

—Entonces, ¿cuáles son nuestros planes? —preguntó Lestock.

—¿Cuál es su opinión al respecto, comodoro? —le devolvió la pregunta Vernon—. Usted ha luchado en el canal y se ha situado con su navío muy cerca de las posiciones españolas. Con sinceridad, ¿cuál es su parecer?

Lestock se echó hacia atrás en su silla y respiró hondo. Una pregunta de ese tipo proveniente directamente del almirante suponía, ciertamente, un reto. Y una gran responsabilidad. Según lo que contestase, el almirante podía tomar la decisión de respaldar sus palabras y convertir en orden una opinión. La posibilidad de que algo así sucediera bastaba para que Lestock no se tomase a la ligera su respuesta.

—Hemos disparado miles de balas contra las murallas del San Luis. Contra el fuerte de San José y los cuatro navíos españoles anclados en el canal. Incluso, algunos de nuestros navíos han logrado situarse tan cerca de ellos como para castigarles con fuego de mosquetes desde cubierta.

Lestock hizo una pausa para tomar aire y pensar bien lo que iba a decir. El resto del consejo, Vernon incluido, le miraba fijamente.

—Pero hay un hecho indiscutible —continuó el comodoro—: resisten. No sé cómo diablos lo consiguen, pero lo hacen. Mientras nosotros batimos sistemáticamente sus defensas, ellos se protegen y aguardan. Después, nos dan réplica. Han logrado hallar el modo relevarse y contar siempre con hombres de refresco en las baterías.

—¿Podrán aguantar mucho tiempo en una situación tal? —preguntó Gooch.

No lo sabía. ¿Cómo iba a saber Lestock una cosa así? Ni siquiera Lezo podría darle una respuesta concreta.

—Lo desconozco. Sé que no pueden aguantar indefinidamente y sé que nosotros tampoco. Sé, también, que su rapacidad de aguante es bastante inferior a la nuestra y...

—¡No! —intervino Vernon—. Ese es el problema. Que nuestra capacidad de aguantar mengua cada día y lo hace a gran velocidad. ¡Nuestros hombres están enfermando! Si no logramos situar a las tropas fuera del manglar y del alcance de los mosquitos, estamos perdidos. ¡Perdidos! De manera que no me hable de nuestra capacidad de aguante. No, si no va a ajustar su análisis a una realidad que cambia a cada momento. Que cambia a peor, por supuesto.

Lestock no dijo nada. Observó al resto de miembros del consejo, agachó la cabeza y tuvo la sensación de que todos hacían lo mismo. Vernon comenzó a dar vueltas en el estrecho camarote. ¿Cuál era la solución a sus problemas? ¿Qué podían hacer?

—Continuemos disparando —dijo Washington—. Acabaremos con ellos tarde o temprano.

Vernon asintió con la cabeza. Continuarían con el cañoneo intensivo hasta que los españoles fueran derrotados, el último de ellos cayera enfermo o Dios dijera basta.

* * *

Agresot y Pedrol, dada la facilidad con la que habían causado bajas en las filas inglesas, tomaron la decisión de atacar de noche y dormir de día. De esta forma, cuando caía la tarde, salían al manglar, caminaban durante un rato y, en cuanto se topaban con el primer campamento de casacas rojas, les disparaban a bocajarro. De hecho, poco a poco fueron abandonando toda táctica propia de un ejército regular y se comportaban a la manera propia de los indígenas: golpear por sorpresa y salir huyendo antes de que el enemigo tuviera tiempo de reaccionar. Un sistema poco honorable, pero que en Tierra Bomba resultaba tremendamente eficaz.

Por si esto no fuera suficiente, atacar de noche les mantenía alejados de los mosquitos. De esos mosquitos que durante el día acribillaban sin descanso a las tropas inglesas y que las estaban diezmado por momentos.

Ambas patrullas abandonaban el fuerte al mismo tiempo, pero una vez atravesado el foso, cada una seguía un camino distinto. Habían convenido que lo mejor era actuar por separado, en áreas acotadas sobre un mapa y evitando que cada capitán invadiera el terreno del otro: lo último que deseaban era caer víctimas de fuego amigo.

Así, tras despedirse, cada patrulla deambulaba más o menos sin rumbo fijo por el área asignada y atacaba a los ingleses tantas veces como pudiera. Siempre, por supuesto, evitando correr riesgos innecesarios.

Verdaderamente, los ingleses, increíblemente superiores en número a los sesenta hombres de Agresot y Pedrol, no parecían demasiado capaces de establecer una organización mínima que garantizara su seguridad en Tierra Bomba. Al contrario, cada día se volvían más perezosos y, por lo tanto, mucho más vulnerables.

El propio Lezo se había extrañado de la situación cuando los dos capitanes le rendían cuentas:

—¿No se mueven? ¿No repelen los ataques? —preguntó.

—No. Casi nunca —respondió Agresot.

—¿Y qué hacen? —se interesó Lezo.

—Se quedan quietos. Tumbados en el suelo la mayor parte de las veces. Les disparamos a bocajarro y mueren en silencio. Eso es todo.

—No puede ser que no estén organizados —dijo, incrédulo, Lezo—. Es normal cierto desconcierto al principio de un desembarco, pero, a estas alturas, sus oficiales deberían haberlo dispuesto todo para que los campamentos no fueran tan vulnerables. Sobre todo cuando ha transcurrido tanto tiempo desde el primer ataque.

—Pues seguimos atacando por sorpresa. Salimos de la espesura, apuntamos, disparamos y nos marchamos corriendo. Nada más. No salen en nuestra búsqueda. En algunas ocasiones, ni siquiera escuchamos disparos tras de nosotros. Nada. Sólo silencio y algún lamento.

—Algo muy extraño...

—Si me lo permite, señor —intervino Pedrol—, creo que están enfermos. La mayoría de ellos, al menos. El manglar está plagado de mosquitos en esta época y los casacas rojas no están acostumbrados a ellos. A buen seguro, a estas horas la mayor parte de la tropa habrá sido picada. Y ya sabe qué pasa cuando algo así sucede.

Claro que lo sabía. Que los mosquitos de Tierra Bomba estaban logrando enviar al otro mundo muchos más ingleses que toda su fuerza artillera. De una forma rápida y silenciosa. Si a esto le añadía la eficacia con la que sólo sesenta soldados echaban una mano a los mosquitos, las noticias no podían ser mejores.

¿Serían capaces de rechazar a Vernon en Bocachica? No, no era posible. Los ingleses, incluso en la peor de las tesituras, completaban una fuerza de combate inmensa, descomunal. Vernon mandaría enterrar los cadáveres y enviaría hombres de refresco. Así de sencillo. Más y más soldados contra alguien que no puede hacer lo propio. Porque si cien hombres mueren en el manglar, doscientos llegan y los sustituyen. Si mueren estos doscientos, se envía a cuatrocientos a sustituirlos. Y si los cuatrocientos caen, tres mil desembarcan y arrasan todo a su paso porque, frente a ellos, la dotación cansada y harapienta del San Luis sólo causa risa.

De manera que no. Se alegraba de que las patrullas estuvieran provocando daños a los casacas rojas. Claro que se alegraba. De eso y de que, a consecuencia de los ataques y de la enfermedad, la moral de la tropa inglesa estuviera, a buen seguro, por los suelos. Pero algo así sólo retrasaría la toma de Bocachica. Vernon sabía cómo romper el canal y a Lezo no le cabía la menor duda de que, tarde o temprano, lo lograría. Sólo tenía que hacer lo correcto. Y el almirante inglés lo estaba haciendo. Aunque Desnaux no quisiera creérselo. Aunque el cretino de Eslava se pusiera de parte del coronel e ignorara las recomendaciones de Lezo.

Los ingleses habían disparado, en lo que llevaban de campaña, miles de proyectiles contra los fuertes de San Luis y San José y los cuatro navíos de línea que taponaban la bocana. Miles. Podrían haber fundido veinte campanas con ellos y aún habría sobrado hierro para una docena de anclas. Pero lo peor no era eso: lo peor era que apenas habían dado comienzo a su ataque; que podían seguir disparando día y noche, sin tregua, durante tanto tiempo como quisieran. Lezo lo sabía y Desnaux no. Lezo tenía encomendada la defensa de Cartagena por Eslava y Desnaux tenía a Eslava. Imposible competir contra eso.

CAPÍTULO 9. 28 de marzo de 1741

Al general Wentworth, varios disparos lo despertaron en mitad de la noche. Desde el día en que desembarcara junto a sus tropas de tierra, no había podido dormir más de tres horas seguidas y, cuando lo lograba, su sueño era siempre superficial e intranquilo. Todo iba mal. No tan mal como en el Princess Carolina deseaban creer, pero sí lo suficiente como para que él, antes que nadie, se sintiera insatisfecho por la marcha de los acontecimientos.

Estaban estancados. Había logrado desembarcar con éxito gran parte de la infantería que actuaba bajo su mando, un número considerable de artilleros y tantas piezas como había solicitado. Pero no lograba que todo encajara. No en aquel maldito manglar que amenazaba, si las cosas no cambiaban rápido, con torcer para siempre el rumbo de la campaña.

Por si sus propios problemas para organizar adecuadamente un ataque no fueran suficientes, los españoles no cesaban de hostigarles desde días atrás. Ciertamente era que no causaban excesivos trastornos y que podía asumir unas cuantas bajas cada noche, pero no habían ido hasta allí a morir como perros enjaulados. No, todo lo contrario: constituía su deber cosechar orgullo y gloria para Inglaterra y por Dios que lo iba a conseguir. Él, Wentworth, no se arredraba fácilmente.

Y menos frente a un hatajo de cobardes españoles que atacaban a traición amparándose en la oscuridad de la noche. Así, cuando el fuego de mosquete le despertó, se puso en pie de inmediato y salió de su tienda para organizar, personalmente si se hacía preciso, la réplica a los atacantes. Sin fruto alguno, porque cuando quiso llegar hasta el oficial a cargo del campamento y organizar la defensa, ya no había, en las inmediaciones, un solo enemigo al que combatir.

Wentworth no pudo contener su enfado y comenzó a dar gritos en mitad de la noche. Cuatro muertos más. Y nueve heridos, dos de ellos muy graves. De eso tendría que informar por la mañana. De eso tomarían buena cuenta en el Princess Carolina. Como si lo estuviera viendo. Gooch, Ogle y todos los demás criticarían sin piedad la incapacidad de las tropas comandadas por él para empujar hacia buen puerto la campaña militar.

Al final, tarde o temprano, Vernon perdería la paciencia. Y algo así podría suponer la suspensión del ataque terrestre. No estaban progresando y morían hombres. A cambio, el fuerte de San Luis no mostraba señales de debilidad y todo seguía como al principio. De manera que, ¿qué impediría a Vernon cambiar de estrategia? Nada. Lo decidiría en el seno de su consejo y los demás aplaudirían servilmente la decisión. Wentworth regresaría a bordo, le serían agradecidos los esfuerzos emprendidos y Lesstock asumiría todo el protagonismo de la campaña. Atacar por mar ya que por tierra no se ha conseguido nada.

¡Y no! ¡No, por Dios! Wentworth no podía consentir que algo así sucediera. Tenía que organizar el ataque terrestre. ¡De inmediato!

—Que se presente Johnson —ordenó el general.

—¿Ahora, señor? —repuso el capitán al que se había dirigido—. Aún faltan más de tres horas para que amanezca.

—Me da exactamente igual. Que venga Johnson. Ahora.

William Johnson era un ingeniero recién llegado a Tierra Bomba y que Vernon había enviado con la orden de presentarse de inmediato a Wentworth. Así lo había hecho, pero el general opinó que la necesidad de sus servicios no era tan apremiante y lo relegó a un segundo plano. Si era necesario, se le mandaría llamar. Que esperara órdenes. Que observara por si era preciso consultarle más adelante.

Wentworth se había tomado la presencia de Johnson en el manglar como una advertencia por parte de Vernon. Si por sus propios medios no podía llevar a cabo las órdenes dadas, necesitaba ayuda. Podía aceptarla o podía rechazarla. Pero Johnson estaba en Tierra Bomba para recordarle que algo marchaba mal.

De acuerdo, a Wentworth no le importaba tragarse su orgullo y reconocer que Vernon tenía razón. Cualquier cosa antes que asumir su fracaso ante el consejo. No iba a darles una satisfacción semejante.

Johnson llegó acompañado de cuatro hombres que le habían escoltado desde el campamento en el que dormía hasta el de Wentworth. Era un hombre de unos cincuenta años, aspecto jovial y escasa corpulencia. Se iluminaba, al igual que el resto de hombres de la escolta, con una tea encendida que portaba en la mano derecha.

—Señor, me ha mandado llamar... —dijo con voz sorda.

—Johnson, necesito su ayuda —dijo, sin titubeos, Wentworth.

Los dos hombres entraron en una tienda que servía de cuartel general en tierra y desde donde Wentworth y sus oficiales discutían la marcha de las operaciones. En el centro de la tienda había una mesa y, sobre la mesa, un mapa no demasiado exhaustivo de Cartagena y sus territorios adyacentes.

—Iré, pues, al grano —comenzó a explicar Wentworth—. No somos eficaces y estamos muy lejos de conseguir nuestro objetivo. Las órdenes del almirante no se cumplen y, por si esto fuera poco, perdemos hombres cada noche a manos de los españoles. Necesito que me diga qué podemos hacer para ganar esta batalla.

Johnson no sintió ningún tipo de satisfacción ante la petición del general. Estaba muy acostumbrado a que militares superiores a él en rango y con una reputación mucho mayor que la suya, le hablaran en términos semejantes. Por ello, cuando escuchó la petición de Wentworth, se limitó a agacharse sobre el mapa y a examinarlo en silencio.

—Bien —dijo por fin mientras arrastraba su dedo por él—. Aquí está el fuerte de San Luis y aquí el canal de Bocachica. Estos son, a grandes rasgos, los objetivos a los que, en este momento de la campaña, tenemos que hacer frente. ¿No es así?

—Exacto —contestó Wentworth—. Sobre todo, en lo que a nosotros respecta, el fuerte de San Luis. Tenemos que conquistarlo a la mayor brevedad posible. Es urgente, porque si no logramos que caiga esta fortificación, el resto de la campaña puede quedar seriamente comprometida. Y yo con ella, ¿comprende?

Claro que comprendía. Johnson era cualquier cosa menos tonto. Sin embargo, las intrigas de unos y de otros le traían sin cuidado. Él estaba allí para hacer su trabajo. Y su trabajo pasaba por organizar las fuerzas artilleras y el modo en el que la infantería debía avanzar hacia el enemigo. Como siempre había hecho allá adonde le habían enviado.

—Lo primero que tenemos que hacer es crear un campamento en condiciones. Uno solo, en lugar de diez o doce desperdigados por el manglar. Somos vulnerables porque nos creen vulnerables. Seamos fuertes y nos tomarán por fuertes. Creo que lo adecuado es acondicionar una extensión importante de terreno y reunir nuestras tropas. Al mismo tiempo, tenemos que elegir un mejor lugar para situar nuestras piezas de artillería. Estamos disparando desde un lugar que no asegura la efectividad. Y, sobre todo, es preciso afianzar los cañones y los morteros en tierra firme. Si es necesario, subiremos arena de la playa. Después, talaremos árboles y con los troncos construiremos bases sólidas en las que situar la artillería. Es completamente necesario que cada uno de nuestros disparos acierte en el objetivo. De lo contrario, perderemos el tiempo y, con él, las posibilidades de victoria.

Wentworth no podía negar que se hallaba impresionado. Lo cierto era que no esperaba que aquel hombre de aspecto poco importante tuviera tanta seguridad en sí mismo como la que acababa de demostrar. Sin embargo, parecía que sabía lo que decía. De hecho, él también había sido partidario de reunir a toda la tropa, pero lo impracticable del terreno le había hecho desistir de la idea.

—Da igual cuánto tiempo nos lleve desbrozar un área lo suficientemente extensa de manglar —continuó Johnson—. El tiempo que ahora perdamos lo recuperaremos con creces cuando cada uno de nuestros disparos alcance su objetivo.

Alcanzar su objetivo. Echar abajo, de una vez por todas, las murallas del San Luis. A Wentworth comenzaba a gustarle lo que escuchaba. Tanto que ordenó que todos en el campamento se pusieran en pie y a las órdenes de Johnson. Era hora de trabajar. De hacer las cosas de otra manera.

* * *

Antes de que amaneciera, los españoles atacaron tres veces más los campamentos ingleses: once muertos y más de una veintena de heridos. Un balance nefasto, sin duda, pero del que Wentworth no se lamentó. Lo anotó en un escueto informe junto al aviso de que Johnson se había puesto a trabajar al frente de una dotación de zapadores y envió la misiva a Vernon. Si el almirante quería darse por satisfecho, podía hacerlo. En caso contrario, sólo esperaba que tuviera paciencia suficiente para que a Johnson le diera tiempo a realizar su trabajo.

Lo cual no iba a ser especialmente complicado, porque Johnson trabajaba muy deprisa. Tanto, que el propio Wentworth se sintió asombrado. Ahora se daba cuenta de que había sido un estúpido al no contar antes con él. Pero no era hora de lamentos. Wentworth, como buen experto en combates terrestres, disponía de un espíritu esencialmente práctico. Si Johnson se había revelado como la mejor opción después de que él mismo prescindiera de sus servicios, bien estaba que tan a tiempo hubiera descubierto su error.

Con las primeras luces del alba, el ingeniero caminó por el manglar en dirección al fuerte de San Luis. Junto a él, Wentworth y varios oficiales más exploraron la zona en búsqueda de una nueva ubicación para el campamento.

—Aquí —dijo, al fin, Johnson cuando halló un terreno que creyó propicio.

—¿Aquí? —preguntó Wentworth extrañado por lo cercano que se hallaba el paraje del fuerte enemigo.

—Sí, aquí —respondió Johnson—. Este es el sitio. Desde aquí disponemos de un ángulo de tiro excelente y podremos cañonear sin apenas error tiros. Además, el terreno es prácticamente llano, lo que facilitará nuestra actividad.

—Pero, ¿no estamos demasiado cerca del San Luis? —dudó Wentworth.

—¿Cerca ellos de nosotros o nosotros de ellos? —devolvió la pregunta el ingeniero—. Si conseguimos organizar una buena defensa, creo que podremos repeler sin dificultad los ataques nocturnos.

—No es eso lo que más me preocupa...

—¿Sus cañones? No, sus cañones no tienen que suponer para nosotros un problema mayor que el que nuestros cañones supongan para ellos. Tenemos una potencia artillera muy superior a la suya. Tenemos más hombres, más munición y una capacidad de movimientos de la que ellos carecen. ¡Están atrapados y a nuestra merced! ¡Demostrémoselo!

Las exposiciones de Johnson parecían un tanto temerarias a Wentworth, pero lo obvio era que allí se hacía preciso tomar decisiones arriesgadas o no avanzarían ja-

más. Sólo da pasos quien pone un pie delante del otro. Y sólo cañonea con verdadera capacidad de causar daño quien se expone a ser, igualmente, cañoneado.

—Ponemos a más hombres en peligro pero, a cambio, nos convertimos en letales para ellos —concluyó Johnson.

Dos mil hombres trabajando duro pueden hacer grandes cosas en media jornada. Transportar ingentes cantidades de arena desde la playa y establecer, así, los cimientos de su nuevo campamento. Talar tantos árboles como sea preciso y construir plataformas con ellos. Desbrozar la espesura, abrir canales y caminos, transportar munición y artillería. Disponerlo todo, en suma, para que aquella misma tarde se pudiera comenzar a disparar sobre el enemigo. Disparar, pero no como hasta ahora. Disparar con la intensidad de quien tiene la convicción íntima de que va a vencer. De que Dios pelea de su parte.

Wentworth se hallaba satisfecho. Tras el almuerzo, escribió un informe y se lo envió a Vernon. La estrategia había cambiado por completo en Tierra Bomba y se disponían a multiplicar por cinco o seis la cadencia de sus disparos. Y por diez, la efectividad de los mismos.

Todo estaba saliendo a la perfección. Los españoles, incluso, les dejaron hacer durante gran parte del día y no parecieron darse por aludidos cuando dos millares de soldados se apostaban a sus puertas. Ellos, y una veintena de piezas de artillería apuntando en dirección al San Luis. Supuso que estarían demasiado exhaustos para responder.

Lo cual, por otro lado, era una suposición más que correcta.

* * *

Lezo ya daba por perdido el canal de Bocachica y no tenía la menor duda de que el asalto definitivo a sus posiciones era, simplemente, una cuestión de tiempo. Así se lo recordaba a Eslava cada vez que tenía ocasión, pero siempre obtenía la misma respuesta: Desnaux no opinaba igual y Desnaux estaba al mando del San Luis, de manera que resistirían.

—Además, no hay informe proveniente de Pedrol y Agresot en el que no se aluda al cada vez peor estado de salud de los ingleses —remataba, ufano, el virrey.

Sí. Como si la fiebre amarilla fuera a acabar con ellos antes de que ellos acabaran con Cartagena y todos y cada uno de sus defensores... La enfermedad únicamente lastraría el avance de los casacas rojas, pero no lo detendría. Jamás. Algo así, por mucho que lamentara decirlo, no sucedería nunca. Y como no iba a suceder nunca, mejor era prepararse cuanto antes para lo inevitable.

—Deberíamos abandonar cuanto antes la fortaleza, iniciar una retirada ordenada, llevarnos de aquí todas las piezas de artillería en buen uso y hundir nuestros navíos para impedir el paso de los ingleses.

Esta era la orden que Lezo ansiaba tanto dar a sus capitanes. Una retirada ordenada, sin perder más soldados de los estrictamente necesarios y con todo el armamento y la munición disponibles. Y dificultando el avance inglés barrenando los navíos españoles en el canal de Bocachica.

Todo, con tal de disponer de tiempo para organizar la defensa final en el castillo de San Felipe, junto a las murallas de la ciudad. Allí, en una fortaleza mucho mejor dotada que el San Luis, reunidas todas las tropas y convenientemente articulado un plan defensivo, podrían resistir. Allí, aunque con dificultad, dispondrían de una oportunidad. Pequeña, si se quiere. Minúscula, incluso.

Pero una oportunidad, a fin de cuentas. El almirante no solicitaba más.

Sin embargo, a Eslava le llevaban los demonios cuando escuchaba hablar así a Lezo. ¡No, no y no! Desde luego que el San Luis no sería abandonado mientras existiera posibilidad de defenderlo y de defender, al tiempo, toda la bahía interior. ¿O creía Lezo que podrían repeler al enemigo una vez éste campara a sus anchas por Cartagena? No, por Dios no. Ingleses en la bahía interior... En su bahía. Sólo pensándolo, Eslava ya sentía escalofríos.

—¡Están enfermos! ¡Están enfermos! —gritó el virrey como si ello, en sí mismo, supusiera casi la derrota inglesa.

Junto a Desnaux y Lezo, se habían reunido sobre la cubierta del Galicia y observaban, con la ayuda de catalejos, las evoluciones de los casacas rojas en Tierra Bomba.

—Para estar enfermos, se mueven demasiado —afirmó Lezo como si, en realidad, hablara consigo mismo.

—¿Demasiado? —preguntó Eslava—. No sé si están moviéndose mucho o poco, pero lo que sí sé es que ese hatajo de idiotas se está situando tan cerca del San Luis que podrán ser barridos en dos o tres andanadas disparadas desde nuestros cañones.

Lezo, a diferencia del virrey, nunca subestimaba las intenciones del enemigo. Y menos cuando el enemigo era inglés. Porque los ingleses podían ser unos perros hijos de puta y Lezo lo sabía. Pero sabía también que eran los perros hijos de puta más listos que jamás había conocido. Esto, cuanto menos, tenía que concedérselo. Y tomarlo muy en cuenta.

—Tan cerca ellos de nosotros como nosotros de ellos —dijo.

No podría decirse que el tono de Lezo fuera desafiante y, menos aún, insolente. Pero había algo en su parsimonia que sacaba de quicio a Eslava.

—¡Ja! —rió bruscamente el virrey. Y señalado el lugar donde los ingleses se habían acantonado, añadió—: ¿Acaso cree que han podido trasladar piezas de artillería hasta esa posición?

—No me cabe la menor duda. Llevamos varios días recibiendo su fuego de mortero, ¿no?

—Desde lejos y con escasa fortuna —intervino Desnaux—. Probablemente el fuego de cañón con el que les respondemos cause en ellos mucho más daño que sus morteros en el San Luis.

—Ya no disponen sólo de morteros.

Eslava no pudo evitar un aspaviento muy poco propio de un militar de su rango y categoría:

—Oh, almirante, usted siempre suponiendo cosas. ¿Por qué diablos deberían los ingleses haber situado cañones tan cerca del fuerte? ¿Acaso no sabe las dificultades que entraña acarrear piezas de gran peso por el manglar?

—Sé que lo han hecho —repuso Lezo sin dejar de mirar por el catalejo en dirección hacia Tierra Bomba—. No puedo verlos desde aquí, pero estoy seguro de que los tienen.

—¿Por qué?!

—¡Porque es lo que yo haría! Reunificaría las tropas, instalaría un campamento lo más cerca posible del fuerte y llevaría hasta él toda la artillería disponible. De cualquier forma y sin detenerme ante nada. Cualquier otra opción los condena al fracaso, así que están haciendo lo único que pueden hacer. Es sencillo de comprender.

Lezo bajó la mano que sostenía el catalejo y observó a Desnaux y a Eslava, que seguían escudriñando con los suyos la zona alta del manglar. Era sencillo de comprender.

—Y sugiero que volvamos a disparar contra Tierra Bomba. De hecho, ni siquiera sé por qué hemos dejado de hacerlo —añadió.

Desnaux se sintió humillado. Lezo era el almirante y estaba en su pleno derecho a la hora de cuestionar las acciones emprendidas desde el San Luis. Pero hacerlo con el virrey presente... Algo así humilla a cualquiera. Y más a alguien que durante días y sin descanso ha trabajado duro para asegurar la posición.

—Los ingleses no han disparado en todo el día —se explicó apretando la rabiá entre los labios—. De manera que he preferido concentrar a los artilleros en las baterías que hacen fuego contra los navíos de línea ingleses. Durante toda la jornada, apenas nos han dado tregua.

Y no pensaban hacerlo. Vernon, convenientemente informado del cambio de estrategia en el manglar, decidió que no estaría de más cubrir la actividad de sus tropas de tierra redoblando la intensidad del ataque por mar. Envío cinco navíos adicionales a la línea de combate y los puso a disparar con toda la artillería montada en una banda. Si Wentworth fracasaba en su intento de conquistar el fuerte de San Luis; que nadie pudiera decir que había sido por falta de apoyo desde el mar.

Además, tampoco le quedaban demasiadas alternativas más. Atacar y atacar y volver a hacerlo una vez más. Era lo que su consejo militar solicitaba de él y lo que él estaba condenado a intentar una y otra vez. Pero las malditas murallas del fuerte de San Luis no acababan de venirse abajo y los españoles continuaban disparando, día y noche, desde ellas.

En la cubierta del Princess Carolina, el almirante inglés observaba la batalla. Un día más. Miles de disparos más. Cañoneo intensivo e, incluso, algún temerario acercamiento para efectuar una desmoralizante carga de mosquetería que no parecía desmoralizar demasiado al enemigo. O los planes de Wentworth empezaban a dar fruto, o los miembros de consejo comenzarían a presionarle para que iniciara la retirada.

Y eso era algo que Vernon no tenía previsto emprender. Ni por lo más remoto. Dios santo, si ya había enviado una nave a Inglaterra adelantando su victoria en la campaña... No, algo así simplemente no podía contemplarse. Wentworth tendría éxito y el San Luis caería cualquier día de estos. No podía ser de otra manera. A pesar de que varios navíos ingleses había sido inutilizados para el combate por las baterías cartageneras. A pesar de que cada día sumaba más y más muertos y los buques habilitados como hospitales en retaguardia se hallaban repletos de heridos. A pesar de que el maldito vómito negro se estaba cebando en sus tripulaciones. A pesar de todo. Ganarían.

En la cubierta del Galicia, por su parte, eran de la misma opinión. Al menos, el virrey y Desnaux. Claro, ganarían. De hecho, la batalla estaba prácticamente ganada. Los ingleses no avanzaban y sus progresos eran casi nulos desde que muchos días atrás hicieran el primer disparo de aviso sobre las defensas españolas. Así que no convenía preocuparse demasiado. Se trataba, únicamente, de aguantar a que el enemigo se cansara de atacar y atacar, y no conseguir nada con ello.

Porque, a pesar de que Lezo insistiera continuamente en lo contrario, esto era lo único que los ingleses sabían hacer: atacar sin demasiadas consecuencias. ¿Habían hecho otra cosa desde que arribaran a Cartagena y fondearan frente a sus costas? No. Entonces, ¿por qué habría que esperar algo distinto, sobre todo ahora que estaban siendo comidos por los mosquitos del manglar? Aquellos pobres diablos perdidos en

Tierra Bomba tenían los días contados. Si no salían rápido de allí, morirían todos sin que desde el fuerte de San Luis tuvieran que gastar una sola bala disparándoles. Estaban muertos, sí. Y si no fueran completamente estúpidos, lo sabrían.

Estaban muertos. Eso mismo, exactamente, pensaba Vernon. O, al menos, tenían que estarlo. Confiaba en Wentworth para lograrlo. Leyó la nota que acababa de llegarle desde el campamento en tierra firme. Cuando cayera la tarde, todo se hallaría preparado para lanzar un ataque definitivo. Veinte piezas instaladas a corta distancia del fuerte de San Luis. La mitad, cañones de a dieciocho libras servidos cada uno de ellos por diez artilleros junto a diez más en misión de refresco. Munición suficiente para mantener el fuego ininterrumpido durante dos jornadas completas. Y toda la infantería preparada para atacar en cuanto los artilleros ablandaran las defensas enemigas.

Sólo solicitaba de Vernon una cosa: que en ningún momento cesara el ataque por mar. Que, en suma, unos y otros sometieran al San Luis a un acoso tan insoportable que no les quedara más remedio que abandonarlo desordenadamente. Esta era la aportación de Wentworth a los planes de Johnson: no bastaba con atacar, sino que había que hacer prisioneros a todos los soldados españoles que se pudiera. Un soldado preso suponía un soldado menos en la defensa de la plaza. Un soldado español en manos inglesas suponía una oportunidad menos para Lezo. Y una baza importante a la hora de negociar la rendición.

Se atendería la petición de Wentworth. Por supuesto que sí. Si hacía falta, Vernon enviaría más navíos al canal. Todos los de tres puentes, llegado el caso. Cualquier cosa con tal de apoyar a las fuerzas de tierra. Lo que fuera preciso para cubrir el avance de la infantería.

¡El avance de la infantería! Vernon no daba crédito a lo que leía en la nota escrita del puño y letra del general Wentworth. En una o dos jornadas, el fuerte sería vulnerable y ya no sería necesario batirlo más con la artillería. Llegaba el momento de tomarlo al asalto.

Sólo de pensarlo, Vernon se sintió excitado. La entrada en combate de la infantería señalaba un punto del que sería imposible retornar. A partir de él, sólo quedaba ganar o perder, pero nunca abandonar. ¡Por fin! ¡Por fin los españoles sabrían a quién se enfrentaban!

Y lo sabían. O, más exactamente, creían saberlo.

—Tengo la impresión de que el movimiento ha menguado en el destacamento inglés —dijo Desnaux mirando atentamente por su catalejo.

—Sí, creo que sí... —añadía Eslava, haciendo lo propio.

—La enfermedad los tiene tomados...

—Se mueren por momentos...

—¿No le parece que ha disminuido un poco la intensidad de los disparos provenientes de los navíos?

—Es cierto... Los ingleses disparan más despacio...

Lezo se pasó la mano por el mentón. No miraba a los dos hombres absortos en la contemplación de lo que veían a través de sus catalejos. Prefería observar la contienda. El fuego inglés batiendo las murallas del San Luis. Los disparos lanzados desde el África y el San Carlos contra la línea enemiga. Los vanos intentos de romperla y la inmunidad de esta a su castigo.

Los ingleses habían titubeado mucho, pero ningún inglés titubea siempre. Lezo llevaba demasiados años embarcado como para ignorar algo tan simple. Vernon estaba buscando el modo de lanzar el ataque definitivo contra las defensas españolas. Carecía de tiempo, pero no de músculo y en el músculo depositaría todas sus esperanzas. Sólo necesitaba poner un poco de orden en sus filas. Tenía las tropas en tierra, tenía los cañones, los artilleros y tantos navíos de apoyo como quisiera. ¿Acaso sólo él se daba cuenta de que estaban perdidos?

Sí.

CAPÍTULO 10. 5 de abril de 1741

El capitán Alderete gritó como si fuera preciso que su grito se oyera en todo el manglar: —¡Fuego!

Se hallaba sobre la cubierta del Galicia junto a doce soldados. Había anochecido hacía una hora y ya el último de los supervivientes de la derrota del fuerte de San Luis se hallaba rumbo al castillo de San Felipe. Sólo él y un puñado de hombres habían quedado atrás para cumplir la última orden dada por Lezo:

—Reducirlo todo a cenizas y hundid los restos. Que esos bastardos no se apoderen de nada.

Alderete se sintió orgulloso de haber sido elegido por el almirante para cubrir la retirada hacia el castillo. Cumpliría las instrucciones aunque ello le costara la vida.

—¡Fuego, maldita sea! —rugió el capitán en medio de la noche.

Los ingleses se aproximaban muy rápido en lanchas y en botes, pero a Alderete eso le traía sin cuidado. Ni siquiera disparaban contra ellos, sino contra el San Carlos, el África y el Neptuno. Los incendiarían y los hundirían antes de entregárselos al enemigo. Desde luego que sí.

El Galicia hizo cinco disparos al unísono contra el África y abrieron varias vías de agua en él. Después, volvieron a disparar una vez más, esta vez con el San Carlos como objetivo. Algunos hombres tomaron un bote y subieron al Neptuno con la intención de quemar toda la pólvora abandonada, prender fuego al velamen y barrenar lo que quedara. Todo ello bajo el fuego de mosquete de los cada vez más próximos ingleses.

El San Luis había caído hacía un par de horas y el canal de Bocachica estaba perdido por completo. En la oscuridad, Alderete podía ver que los navíos ingleses se aproximaban hacia ellos, echaban al agua todas sus lanchas y las llenaban hasta arriba de casacas rojas armados. No serían capaces de cumplir la orden de Lezo y huir a tiempo. No, todo estaba perdido para ellos. Alderete lo sabía.

Siete días atrás había dado comienzo el ataque definitivo de Vernon contra el San Luis. Como Lezo predijo, los ingleses lograron reorganizar sus tropas en tierra y comenzaron, desde allí, un bombardeo tan constante e intenso que nada ni nadie pudo contrarrestar. En dos días, en el San Luis sólo se limitaban a encajar las balas de cañón y a resguardarse de ellas como quien esperara a que la tormenta escampe. Pero aquello jamás sucedió. Los ingleses insistieron e insistieron, a la manera en la que un inglés insiste cuando está obsesionado con algo, y desmontaron todas y cada una de las baterías presentes en el fuerte. Todas, sin dejar una. Los hombres corrieron a refugiarse en el sótano de la edificación y, desde allí, escucharon cómo las balas impactaban sobre sus cabezas y resquebrajaban las ya maltrechas murallas del fuerte.

Como a ratas, había dicho Lezo. Así los habían acorralado y así los iban a matar a todos. Como a ratas y por no escucharle ni seguir sus órdenes cuando aún estaban a tiempo.

En la estancia de los oficiales se apiñaban más de veinte hombres y alrededor de cuarenta artilleros que no lograron alcanzar una posición mejor. Caía un infierno de hierro sobre ellos. A bocajarro.

—Las paredes no aguantarán durante mucho tiempo — dijo Lezo, que, a diferencia del resto, no se había sentado en el suelo y permanecía en pie—. Caerán sobre nuestras cabezas, Desnaux, y esta será nuestra tumba.

Desnaux, muy cerca de él, no respondía nada. Se limitaba a hundir el rostro en el pecho y a soportar estoicamente los comentarios del almirante.

—Vamos a morir, sí... —continuaba Lezo—. De esta no salimos. No estaría de más que alguien comenzara a rezar. Quizás Dios se apiade de este montón de idiotas y acuda en nuestra ayuda. Aunque, sinceramente, dudo mucho que pierda el tiempo con un hatajo de imbéciles como nosotros.

Si no fuera porque la situación era verdaderamente dramática, Alderete hubiera dicho que Lezo disfrutaba con aquello. Le conocía desde hacía bastante tiempo y esta-

ba familiarizado con sus cambios de humor. Más que eso, con su humor a pie cambiado: contento cuando debía estar triste y apesadumbrado cuando no existía motivo para ello.

Así que, sí, de alguna forma diría que Lezo experimentaba cierto gozo en medio de toda aquella lamentable situación. ¿Por qué? Quizás porque, como se rumoreaba entre los oficiales, con el inminente hundimiento del San Luis, el almirante perdía un bastión importante en la defensa de la ciudad, perdía más de doscientos hombres muertos en la batalla y perdía casi toda posibilidad de enfrentarse con éxito a los ingleses; perdía todo eso, pero demostraba que él tenía razón desde el principio. Que si hubieran seguido al pie de la letra sus indicaciones, todavía se podría hacer algo por Cartagena. No habrían muerto tantos hombres ni tanta pólvora se habría gastado en vano.

Sin embargo, el virrey y el ahora cabizbajo Desnaux se empeñaron en lo contrario. En contradecir a Lezo y en creer firmemente que las evoluciones de los casacas rojas en Tierra Bomba no irían a ninguna parte. Pocos, mal dotados y hundiendo sus pies en la humedad del manglar. Y enfermos, sí, muy enfermos, como las patrullas españolas enviadas a la zona se habían encargado de recordar una y otra vez.

Un error de cálculo. Eso era todo. Un error de cálculo y una mala interpretación de los datos disponibles. Datos, por otra parte, incompletos. Porque los capitanes Agresot y Pedrol habían visto enfermos e incluso muertos entre las filas inglesas desembarcadas, pero ni muchos ni pocos: un número indeterminado de víctimas. Así lo habían escrito en sus informes y así podría leerlo en ellos Lezo, y cualquiera, si tuviera interés. ¿Que se estimó que el daño que la liebre amarilla podría causar en las filas invasoras sería mucho mayor del que, a la hora de la verdad, había sido? Pues sí, pero como toda estimación: se realiza un cálculo y una previsión, y tras ese cálculo y esa previsión, puede suceder una cosa o la otra.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —comenzó a rezar el propio Lezo.

Lezo nunca reía y apenas sonreía, pero Alderete habría apostado el dedo de disparar el mosquete a que el almirante se lo estaba pasando en grande. Tanto, que nadie le secundó en la oración y, hasta el amén final, sólo su voz resonó sobre las cabezas de los que no estaban demasiado seguros de salir con vida de aquella.

Deberían haberlo hecho, pues no les habría venido mal a la vista de las noticias que el alba les iba a traer: un soldado consiguió llegar desde el otro lado del canal en un pequeño bote e informó de que el fuerte de San José había sido reducido a escombros y que todos los hombres que servían en él estaban muertos. Los oficiales al mando, también.

Lezo se giró bruscamente y buscó con la mirada a Desnaux. Si hubiera dispuesto de dos ojos, no habría podido acusar con mayor ímpetu. Todos los hombres muertos, ¿entendido? Esto significaba que más de sesenta almas habían partido hacia el otro mundo por culpa de la ineptitud de Desnaux y la aquiescencia de Eslava.

El coronel le sostuvo la mirada sin demasiado interés. No podía más y aceptaría todos los reproches que Lezo quisiera hacerle. Porque, ¿podían ir los acontecimientos a peor? En lo que a él respectaba, como autoridad al mando del San Luis, no. Estaban a punto de perderlo, Lezo tenía razón y la vida de cada uno de sus hombres pendía de un hilo. Inglés, además.

—El cañoneo ha cesado —dijo, sin fuerza, Desnaux—. Propongo que salgamos de aquí y busquemos algo de comida.

Lezo replicó de inmediato las palabras de su subordinado:

—Usted no propone nada, coronel. El fuerte está bajo su mando y, en consecuencia, debe dar órdenes precisas a todos los soldados que aquí sirven.

El almirante dejó que sus últimas palabras quedaran en suspenso para que nadie las olvidara. Soldados bajo el mando de Desnaux. Eso eran todos allí. Incluso él, si hacía falta. Porque una cosa podía ser criticar con fiereza las acciones emprendidas y otra, muy distinta, olvidar quiénes eran y por qué estaban allí.

—De acuerdo... —titubeó Desnaux. Y añadió en tono más firme—: ¡Vamos, todo el mundo fuera! Comprobemos los daños, recompongamos nuestra defensa y tratemos de comer algo. ¡Todavía hay mucho trabajo que hacer!

Los soldados, uno a uno, abandonaron la estancia y salieron al exterior. Los hombres ocultos en otros lugares del San Luis, al percatarse de que tanto Desnaux como Lezo caminaban a cielo abierto, hicieron lo propio y se reunieron con el resto de la tropa en la plaza de armas.

—Sugiero que organice la defensa, coronel —dijo Lezo mientras observaba sus navíos fondeados en mitad del canal.

—Pero, señor, no resta nada por hacer —protestó Desnaux—. Los ingleses están ya muy próximos al fuerte y disparan con una capacidad que no supimos imaginar.

Lezo sintió la tentación de rogarle que hablara sólo por él, pero prefirió callar. Desnaux todavía tenía una tarea ardua por delante de sí: lograr que el abandono del fuerte fuera lo más ordenado posible. Si algo no necesitaban en aquel momento, era sufrir más bajas. Requeriría a cada hombre más adelante.

* * *

El almirante prefería pasar su tiempo en el Galicia y Alderete, que era marino al igual que él, se convirtió en su mano derecha. Algunos oficiales en el fuerte corrieron la voz de que se embarcaba por mantenerse a salvo de las balas inglesas. Y era cierto que los navíos recibían mucho menos fuego de artillería que la fortificación. Pero ello

sucedía porque había demasiado buque a la deriva entre la flota inglesa y los cuatro navíos españoles amarrados tras la cadena que cerraba en paso en Bocachica. De alguna forma, el Galicia, el San Carlos, el África y el Neptuno ya no importaban demasiado en la estrategia de Vernon: ni podía causárseles excesivo daño, ni estaban en disposición de causárselo a ellos. Así que golpeaban con furia las murallas del San Luis para, más tarde y con la fortificación destruida, acabar en menos de una hora con aquello que difícilmente podría haber sido llamado flota de contención.

Alderete estaba al mando de una pequeña dotación que se ocupaba del Galicia. Pocos hombres, muy pocos, pues Lezo había preferido enviar a todos los soldados disponibles a defender el San Luis. Porque una cosa era que considerara agotada la defensa de Bocachica y que prefiriera salvar todas las vidas posibles ordenando una inmediata retirada y otra, bien distinta, no ayudar a sus hombres si nada distinto estaba en su mano hacer.

—Observe ese cascarón de ahí —dijo Lezo a Alderete señalando los restos de un navío inglés abandonado por sus ocupantes días atrás—. En cuanto la corriente lo aparte un poco más, nos dejará espacio para abrir fuego. Cañonee cuanto pueda, capitán.

Y Alderete ordenaba a los hombres del Galicia que lo hicieran. Más por mantenerlos ocupados que porque con sus acciones fueran a contribuir en algo al desarrollo de la batalla.

—Cañonee duro, capitán —repitió Lezo.

Todo lo duro que desde su posición podían hacerlo. Poco. Nada, más bien. Pero algo tenían que hacer. Si al menos Eslava entrara en razón y le permitiera iniciar la retirada hacia el castillo de San Felipe... Pero no, el virrey, del que, por cierto, no tenían noticias hacía días, ordenaba resistir hasta el final. Sin saber, el muy estúpido, que ordenándolo condenaba su propia supervivencia. Y, aún más importante: la de toda la plaza.

Desnaux había trazado una estrategia perfecta para la derrota. Perderían Cartagena, y si esto no había sucedido ya, era porque los ingleses se habían tropezado con más dificultades de las esperadas.

—¿Podemos enviar más hombres para contribuir a la defensa del San Luis? —preguntaba, una y otra vez, Lezo.

—Me temo que no, señor —contestaba Alderete—. Ya cuento con bastantes menos de los que en realidad necesitamos.

Le enervaba ver cómo todos se disponían a morir sin poder hacer nada por evitarlo. Aquellos pobres diablos guiados por idiotas de remate eran sus hombres. Y los idiotas de remate, su propia gente.

* * *

Tras cuatro jornadas a bordo del Galicia, Lezo se hartó de esperar a que algo sucediera y decidió visitar el fuerte de San Luis. Llamó a Alderete, pidió que tres hombres se les sumaran y mandó echar un bote al agua. Al menos, en el San Luis sucedían cosas. No demasiadas, la verdad, pero sí, desde luego, muchas más que en el Galicia.

Durante esos cuatro días los ingleses dispararon más de seis mil balas contra el fuerte. Esto, según los cálculos aproximados de Lezo y contando por lo bajo. Muy probablemente fueran más. Además de la metralla, las bombas incendiarias y varios ataques con fuego de mosquetes efectuado desde las cubiertas de navíos que ya se aproximaban tanto a las murallas del San Luis que no habría resultado extraño que lo aboradaran con garfios y hachas. Como a un buque pirata en mar abierta.

De eso hacía dos días. Protegido por la última penumbra antes del amanecer, el bote de Lezo arribó al fuerte por un lateral y los cinco hombres solicitaron que se les dejara entrar.

—¿Quién va? —se escuchó a alguien gritar desde arriba.

—Estos cretinos van a descubrirnos... —murmuró, enfadado, Alderete. Y con voz firme pero tranquila, añadió— : Bajad el puente, patanes, y dejadnos entrar.

Lo único que les faltaba era que el enemigo se hallara en las inmediaciones y descubriera que el almirante aguardaba sin apenas escolta a que se le abriese la puerta de la fortificación. Desde luego, algo así habría supuesto el golpe de suerte que con tanto ahínco buscaban los ingleses desde que echaran el ancla frente a la costa cartagenera.

—Almirante... —dijo Desnaux al toparse con Lezo.

El coronel tenía el aspecto de quien, tras haber sido enterrado por error, regresa al mundo de los vivos, pero marcado para siempre por la experiencia de haber estado tan cerca del infierno. Su rostro se mostraba demacrado, sucio, casi enfermizo. A buen seguro, hacía días que no probaba bocado.

—Desnaux... —replicó Lezo conmovido.

Se suponía que un almirante no debía mostrar sentimiento alguno ante sus subordinados, y vive Dios que Lezo conocía el modo de llevar adelante esta regla como nadie, pero el aspecto de Desnaux le dolió en lo más profundo. Aquel individuo era tan idiota como responsable de la situación en la que todos se encontraban, pero, qué diablos, era uno de los suyos. Y nadie que merezca ser llamado hombre abandona a los suyos cuando más le necesitan.

—Lo estamos perdiendo todo, señor —continuó en voz muy baja un Desnaux que, por momentos, parecía a punto de echarse a llorar—. He tratado de contener a los ingleses por todos los medios, pero son demasiados.

—¿Dónde están? —preguntó Lezo tratando de recabar toda la información disponible.

—¿Dónde? En todas partes... Disparando con su artillería desde corta distancia...

—¿Alguien ha advertido su presencia en los alrededores del fuerte?

—Ayer el soldado de guardia en la garita del noroeste dijo haber visto hombres moviéndose en el manglar. Pero no haría demasiado caso de sus afirmaciones, señor...

—¿Por qué, coronel?

—Almirante, mírenos. Estamos agotados. Llevamos días y días disparando sin cesar y hemos perdido a la mitad de los efectivos. Casi no quedan alimentos ni agua potable. Eslava envió, hace un par de jornadas, mil raciones de comida, pero resultan insuficientes. Los hombres tienen hambre, están literalmente agotados y puede que vean visiones. Yo, si me lo permite, creo tenerlas. Esto es más duro de lo que cualquiera puede creerse. Muy duro...

—De acuerdo, Desnaux, de acuerdo —cortó por lo sano Lezo. Sentía lástima por el coronel, pero no había tiempo para lamentos—. Me temo que debo pedirle un esfuerzo final.

—Desde luego, señor.

La voz de Desnaux se debilitaba a cada palabra que brotaba de su garganta.

—Tenemos que evacuar la fortificación —dijo Lezo—. Ahora, Desnaux. ¡Ahora!

—No puedo, almirante —repuso Desnaux—. Prometí a Eslava que aguantaría hasta el final.

—Este es el final, coronel.

—No, no es el final.

Desnaux había dejado de mirar a Lezo. Sus ojos buscaban un lugar por encima de la cabeza del almirante y, al no hallarlo, se perdían bajo los párpados casi cerrados. A pesar de que tanto Lezo como Desnaux tenían un rango superior al suyo, Alderete intervino sin que antes se dirigiera nadie a él:

—Coronel, debería descansar unos minutos...

Desnaux pareció regresar de su ensimismamiento:

—¿Descansar? Oh, no, tengo mucho trabajo que hacer... Hay que trasladar munición a las baterías para que continúen disparando.

—Ya no tenemos ninguna batería operativa —repuso Alderete—. Lo siento, señor.

—Hay que abandonar el fuerte —intervino, insistente, Lezo—. Dé la orden, Desnaux.

El almirante sabía que, al contar Desnaux con el incondicional respaldo del virrey, sólo él podría ordenar la retirada de la tropa hacia una posición segura.

—He dado mi palabra de que resistiríamos hasta el final —contestó Desnaux—. Y todavía no ha llegado el final.

No había terminado de decirlo cuando, de pronto, se escucharon disparos de mosquete en el foso norte.

—¡Casacas rojas! ¡Casacas rojas! —gritó el vigía apostado en la garita—. ¡Se acercan!

Desnaux abrió los ojos de par en par. El final no habría llegado, pero se aproximaba a buen paso. El vigía que un día antes dijo haber visto hombres en el manglar estaba en lo cierto. El coronel tensionó cada uno de sus músculos y buscó a sus oficiales para dar las órdenes pertinentes:

—¡Todos los hombres disponibles a los baluartes del norte! ¡Fuego de mosquete!

Desnaux, Lezo, Alderete y dos capitanes más subieron al baluarte norte, el que se hallaba más cercano a la puerta principal del fuerte. Apostados tras las murallas para evitar el posible fuego enemigo, observaron con cautela. Si había ingleses en las inmediaciones, estos habían corrido a ocultarse, cosa poco complicada debido a la cercanía del manglar.

—¡No sé cómo no los hemos visto venir! —exclamó uno de los soldados que hacían guardia en la muralla.

Desnaux no dijo nada porque cualquier réplica habría estado de más: los hombres, como él mismo, estaban agotados, hambrientos y al borde del derrumbamiento. Lo raro, en tales condiciones, era que, finalmente, alguien hubiera visto algo.

—Van a organizar el ataque definitivo —explicó Desnaux. Y, dirigiéndose a Lezo, añadió—: Como ve, almirante, ya no es tiempo para evacuar el fuerte. No nos queda otro remedio que resistir.

En las palabras del coronel no había rencor ni desgarró. Simplemente, se limitaba a exponer de forma lo más clara posible cuál era su análisis de la situación. Lezo se dio cuenta de que estaba atrapado dentro de la fortificación y que, en modo alguno, podría regresar al Galicia. No, al menos, hasta que cayera la noche y las sombras le protegieran.

El San Luis estaba perdido. Lezo lo sabía. Todos, hasta el último de los hombres, lo sabían. Disponían de mosquetes y de munición suficientes, pero apenas les quedaba agua y comida. Fuera, nadie había para ayudarles. Quizás desde los navíos podrían realizar algunos disparos de aviso, pero se corría el peligro de que las balas impactaran en el San Luis. Alderete descartó la posibilidad de que los cinco oficiales que quedaban en ellos emprendieran una acción semejante.

Lezo apenas había pronunciado una palabra desde que el vigía alertara de la presencia de la infantería inglesa. Sabía de sobra que aquello no podía significar nada distinto a una rendición incondicional por parte de Desnaux y la posterior e inevitable toma de prisioneros. Si era cierto que las inmediaciones del fuerte estaban infestadas de casacas rojas, el San Luis era una ratonera.

Y vaya si lo estaban. Los ingleses se habían demorado demasiado en el manglar, pero, por fin, se hallaban frente al fuerte. Un fuerte agotado y sin un solo cañón en disposición de hacer frente al ataque. Sólo les quedaba apostarse en los baluartes, confiar en Dios y disparar contra todo lo que se moviera allá fuera.

Vernon, sin embargo, no era tan estúpido como para permitir que algo así sucediera. Continuaba al frente de la flota más poderosa de todos los mares, y en el San Luis únicamente podían arrojarles balas tomándolas entre dos hombres y lanzándolas hacia delante con toda la fuerza de sus brazos.

—Los navíos ingleses se están situando en línea —dijo Lezo, que miraba al mar cuando nadie miraba al mar—. Van a batirnos sin descanso para cubrir a la infantería.

Exacto. Si en el San Luis la artillería no disparaba, sólo podía ser porque en el San Luis no había más artillería con la que disparar. Hasta un cabo de cañón sabía eso. De manera que los navíos podían formar la línea todo lo cerca que quisieran de la costa y disparar con total comodidad. Ni siquiera sería preciso apuntar demasiado: dispararían hacia el frente sabiendo que todo hacia el frente es el San Luis.

—No podemos hacer nada por evitarlo, señor —repuso Alderete.

—No.

Lezo no tuvo que decir más. No se podían defender de los navíos que atacaban por el sur y el oeste, y tampoco de la infantería que se hallaba al norte y, pronto, al este. No se podían defender de nada ni de nadie y estaban abocados al fracaso.

El almirante pensó en una solución. Quizás, cuando la noche cayera y si los ingleses se retiraban a posiciones más seguras, podría abandonar el fuerte la mayor parte de la dotación. Al menos, un grupo importante. Pero, tras pensarlo, desechó la idea. Desnaux no permitiría ningún tipo de retirada. No, pues parecía que su honor de soldado de hallaba empeñado en ello.

Cuando estás completamente rodeado, es mejor olvidarse del honor y salvar la vida. Y si habla quien comanda la defensa de una ciudad, más aún. Había que salvar vidas por caridad humana, pero también por estrategia militar. Lezo sabía que iba a necesitar cada mano capaz de empuñar un sable o disparar un arma de fuego.

Una ráfaga de balas de mosquete barrió la cara norte del San Luis. Los efectivos desplegados en ella se echaron al suelo con la intención de protegerse tras el parapeto. Por suerte, y aunque los disparos habían sido por sorpresa, ningún hombre resultó herido.

—¡Han abandonado la vegetación! —gritó el soldado en tareas de vigilancia desde la garita. Él, a diferencia del resto, podía observar sin peligro desde su tronera—. Se acercan. ¡Se acercan!

—¿Cuántos? —preguntó Desnaux que, como el resto, permanecía tumbado en el suelo.

—¡Muchos! ¡Muchos!

—¡Concrete más, soldado! ¿Cuántos?

—Cincuenta..., setenta... Quizás cien. ¡No paran de surgir casacas rojas del manglar, señor!

Desnaux ordenó lo único que podía ordenar:

—Repartan mosquetes. Todo el que pueda disparar, que dispare. A discreción desde ahora mismo. ¡Fuego!

No había terminado de decirlo cuando volvió el rostro hacia Lezo. Una mueca de horror se había congelado en él. De horror, de cansancio, de, incluso, locura. Aquello debía terminar cuanto antes y él era el encargado de enviar a sus hombres a una muerte cierta.

—¡Doscientos! ¡Doscientos tiradores! —gritó el vigía desde la garita.

Los españoles habían comenzado a disparar tal y como Desnaux había ordenado: a discreción y sin aguardar instrucciones. Contra cualquier cosa que se moviera allá abajo. Que lo hicieran, que dispararan sin descanso. Todavía podían dar una lección a aquellos malditos ingleses que avanzaban hacia el San Luis. Lo importante era abatir primero a los oficiales que daban las órdenes de tiro. O a cualquiera, qué más daba. Un bastardo inglés muerto siempre es un bastardo inglés muerto.

—¡Trescientos cincuenta! —exclamó el vigía desgastándose para hacerse oír entre el ruido de los disparos de uno y otro lado.

Los ingleses brotaban del manglar como del vientre de una puta. Desnaux, paralizado por el pánico, prefería no mirar. Alderete, arrastrándose, se acercó a él y le dio un poco de agua. El coronel bebió sin mirarle a los ojos. Luego, quiso ponerse en pie para cuidar de los suyos, pero Alderete se lo impidió. Lo mejor era permanecer tumbado. Al menos, hasta que los ingleses, que ya estaban sufriendo bastantes bajas, retrocedieran hacia el manglar.

—¡Quinientos! ¡Quinientos casacas rojas en filas de a ocho hombres! —gritó, una vez más, el vigía desde la garita.

Pero ya nadie podía oírle. Los navíos de línea ingleses habían comenzado a disparar desde muy corta distancia y estaban batiendo con furia el lado opuesto de la fortificación. El sonido de las balas demoliendo cada piedra de las murallas del San Luis era atronador.

* * *

Nunca Lezo se habría alegrado tanto de ver al virrey Eslava apareciendo a bordo de una falúa si no fuera porque llegaba con la intención de dar por perdido lo que ya estaba perdido desde días atrás. Por lo menos, así lograrían salvar unos cuantos hombres. Menos de la mitad de los que originalmente habían defendido el fuerte.

—Descanse, Desnaux —dijo Eslava impresionado por el desolador aspecto del coronel al mando del San Luis—. Estoy orgulloso del trabajo que usted y sus hombres han realizado aquí.

Lezo le miraba sin inmutarse. Se hallaban reunidos a cielo abierto, en la plaza de armas, pues ya ninguna estancia de la fortificación, a excepción de la capilla y las mazmorras en el sótano, se consideraba segura. Los ingleses continuaba cañoneando intensamente por mar y su infantería disparaba casi desde el propio foso del fuerte.

—Ahora tenemos que retirarnos al castillo de San Felipe —continuó Eslava—. No queda otra opción. Es lo único que podemos hacer.

¿Hacía cuántos días que Lezo había advertido de que precisamente esa constituía la única estrategia razonable? Muchos. ¿Qué diferenciaba una orden dada a tiem-

po de la ahora pronunciada por Eslava? Unos doscientos hombres muertos. Los mejores soldados, los que son capaces de luchar en vanguardia y tanto disparan un cañón como abren fuego de mosquete o cargan a bayoneta. Todos muertos y sus cuerpos pudriéndose en el sótano de un San Luis cuyos muros se venían abajo por momentos.

Por no hablar, claro, de la munición que se había desperdiciado. Miles y miles de balas lanzadas contra un objetivo al que apenas habían causado daño. Miles de balas con las que ya no contaban para cañonear desde el castillo di San Felipe.

—Al menos, hemos ganado tiempo —afirmó Eslava tratando de justificar sus decisiones pasadas—. Las tropas inglesas están diezmadas por la enfermedad y eso ha sido gracias a la heroica resistencia del San Luis.

Lezo estaba de acuerdo en que la defensa del San Luis había sido heroica. Agradecía la concesión de Eslava, y más por la parte que le tocaba. Pero los ingleses estaban muy lejos de hallarse diezmados por la enfermedad. Y, si lo estaban, lo disimulaban bastante bien. Desde luego, ese millar de casacas rojas que se turnaba para disparar a dos pasos de distancia del foso y que, en cualquier momento, lanzaría escalas contra las almenas del fuerte, no parecía demasiado enfermo.

Es lo que sucede cuanto cuentas con tantos hombres como desees para hacer frente a la batalla: siempre existe repuesto inmediato para los que mueren. Y eso sucedía con la tropa inglesa: que eran muchos, que estaban muy bien armados y que su entrenamiento era perfecto para luchar tanto por tierra como por mar. Al final, la fuerza bruta se impone y la potencia gana al corazón. Siempre sucede igual. Lezo lo sabía y, al parecer, Eslava acababa de enterarse por la vía más dolorosa.

Al menos, habían ganado tiempo. De acuerdo, si el virrey precisaba de una salida honrosa a la que aferrarse, que diera por buenos los doscientos cadáveres aguardando la pudrición en los sótanos del San Luis. Ya nadie podía devolverles la vida, así que bien valía su muerte si eso, al menos, servía para que el virrey entrara en razón y ordenara la capitulación del fuerte.

Todavía quedaban varias horas de luz y los ingleses no las despreciaron. Ni una sola. Una y otra vez, intentaban acercarse hasta las murallas del fuerte con la intención obvia de lanzar escalas para asaltarlo. A pesar de que el campo de batalla se iba sembrando de cuerpos de casacas rojas muertos o heridos, insistían tanto como fuera necesario. A fin de cuentas, el manglar parecía un vientre inagotable que escupía más y más hombres dispuestos a dar la vida por Inglaterra.

Tras los parapetos del fuerte, también caían soldados españoles. Al final, si se quiere disparar, hay que mostrarse a cuerpo descubierto. Es necesario ponerse en pie, echarse el mosquete al hombro y disparar. En total, no se trataba sino de unos segundos, pero el tiempo suficiente para que la cada vez más nutrida dotación inglesa abriera fuego por doquier.

Lezo contó nueve cuerpos tendidos en el fuerte. Nueve hombres que, sin la menor duda, estaban muertos. A varios heridos, veinte o treinta, los habían llevado a la plaza de armas y allí trataban, como se podía, de curarles las heridas.

Eslava se dirigió hacia él y, con la mirada, solicitó su intervención. Para Lezo, resultó suficiente.

—Tenemos que capitular —dijo Eslava.

Eso significaba rendirse y asumir que todos los hombres de la dotación serían considerados prisioneros. Lezo no temía por él: su rango le protegía de cualquier exceso por parte de la tropa enemiga. Temía por Cartagena pues, lo sabía, sólo con él al frente cabría una posibilidad de enviar a los ingleses de regreso a Jamaica. Con las manos vacías y una expresión estúpida en el rostro.

—No —respondió Lezo.

Eslava no creía lo acababa de escuchar. ¿También en la rendición tenía Lezo que mostrar su discrepancia? ¿Es que este hombre no se cansaba jamás?

—¿Qué? —preguntó con una vocecilla gritona.

—Que no vamos a capitular —aclaró Lezo.

La voz de Lezo no ofrecía duda acerca de sus intenciones. El hombre que había insistido hasta el hastío en la necesidad de rendir el fuerte, que había defendido esta opción hasta hacía un momento, decía ahora que lo mejor era no hacerlo.

—¿Cómo que no vamos a capitular? ¿Qué pretende exactamente, almirante? ¿Que muramos todos entre estos muros?

—En absoluto, señor. Quiero salvar todas las vidas posibles. Pero también quiero salvar Cartagena. Y si capitulamos, será con la condición de que todos nosotros pasemos a ser sus prisioneros.

—¿Tiene miedo del trato que puedan darle los ingleses?

Eslava quería parecer irónico y mostrar, así, una superioridad sobre Lezo de la que él mismo sabía que carecía.

—No temo a los ingleses. Temo que sin mí al frente de la defensa de Cartagena, ésta caiga en dos días.

Lezo no titubeaba ni se andaba por las ramas, lo cual encolerizó al virrey. Al menos en su presencia, podría mostrar cierto decoro y conducirse de forma más humilde y comedida.

Pero Lezo hacía tiempo que había olvidado cómo mostrar dos caras distintas dependiendo de quién estuviera frente a él. Por ello, continuó:

—Tenemos que aguantar hasta la noche y abandonar el fuerte protegiéndonos en la oscuridad. Sacaremos todos los soldados que podamos y todos los oficiales. Voy a necesitar a cada uno de ellos. ¿Qué me dice?

Eslava no supo que responder. Tenía que pensárselo. Sí, lo cierto es que la idea de Lezo no sonaba mal. No carecía de lógica la suposición de que toda posibilidad, remota a estas alturas, de salvar Cartagena, pasaba por mantener a salvo a quienes la mandaban. Él incluido, por supuesto.

—Me retiro a descansar —anunció—. Le comunicaré mi decisión cuando la haya tomado, almirante.

Acto seguido, una bala de cañón proveniente de un navío de línea inglés cayó en mitad de la plaza de armas del San Luis y casi aplasta a Eslava. El virrey, que de tan ensimismado en sus pensamientos que se hallaba no la percibió, comenzó a caminar hacia la capilla del fuerte con la intención de descansar allí. Ni uno solo de los soldados que observaron la sangre fría con la que el virrey se comportó, pudo evitar un escalofrío de incondicional admiración.

* * *

No fue necesario que Eslava tomara ninguna decisión. Los ingleses no sólo no se retiraron cuando el sol se ocultó, sino que aumentaron, todavía más, la intensidad de sus ataques. En una ocasión, cuatro casacas rojas lograron amarrar una escala a una de las almenas cercanas a la puerta principal y, para cuando los soldados del San Luis se dieron cuenta, ya se habían encaramado hasta la mitad del muro.

—¡Iluminad aquí! —gritó un hombre—. ¡Que alguien traiga una tea!

Un soldado llegó corriendo con una antorcha en la mano y la inclinó sobre la muralla. Varios disparos provenientes desde la oscuridad silbaron muy cerca pero, por suerte, ninguno impactó en los hombres.

—¡Hay dos hijos de puta subiendo por la escala! ¡Y dos más aguardando abajo!

—Dejádmelos a mí.

Quien dijo esto era un soldado corpulento y sucio al que se le iluminaban dos grandes ojos azules en medio de la noche cuando su compañero le acercaba la antorcha. Estaba desarmado porque varias horas antes su mosquete se había atascado y no había logrado que volviera a funcionar. En cualquier caso, le daba igual, pues él era artillero y no acababa sentirse cómodo con un arma de fuego apoyada en el hombro.

El intenso cañoneo al que había sido sometido el San Luis durante días y días había logrado, literalmente, resquebrajarlo en miles de pedazos. Miles de piedras y cascotes se desperdigaban por todas partes y, en este momento, se convertían a ojos del soldado en munición dispuesta a ser usada contra el enemigo.

Dicho y hecho. Tomó con ambas manos un gran trozo de piedra y lo levantó hasta su pecho. Con gran esfuerzo, lo acercó a la almena, lo empujó fuera y, tras asegurarse de que los casacas rojas estaban exactamente donde quería, soltó la piedra. El grito del pobre diablo al que aplastó la cabeza se debió de escuchar hasta en el último rincón de Tierra Bomba.

—Un bastardo menos —dijo el soldado mientras iba en búsqueda de una nueva piedra para arrojársela al otro casaca roja encaramado a la escala.

El resto de hombres hizo lo propio y poco después todos ellos estaban tirando piedras a los ingleses. Durante un instante, cierta euforia prendió en aquellos soldados agotados y sin esperanza. Durante un instante, porque los casacas rojas, al darse cuenta de lo que sucedía, formaron varias filas de tiradores y batieron la zona desde la que caían las piedras. Mataron a dos hombres y dejaron a tres más heridos.

La noche transcurrió sin novedades. A fin de cuentas, no hacían nada que no hubieran hecho durante el día: vigilar el perímetro del fuerte y abrir fuego en todas direcciones sin apuntar demasiado.

Cuando amaneció, los ingleses dejaron de disparar. No era necesario: cientos y cientos de hombres con el uniforme reluciente y las armas a la espalda rodeaban el San Luis. Los navíos de línea habían dejado de cañonear una hora antes, en lo que, obviamente, suponía una acción coordinada.

Les estaban dando la última oportunidad de rendirse. Y eso mismo era lo que Eslava, recién levantado después de haber dormido toda la noche en la capilla de la fortificación, se disponía a realizar cuando Lezo le detuvo:

—No —dijo el almirante cruzando su único brazo en el camino del virrey.

—¿Cómo que no? —replicó, en un respingo, Eslava—. Voy a capitular, por el amor de Dios.

—No, ya no —repitió Lezo.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer, almirante? Quiero que recuerde que no he ignorado su criterio. Hemos aguardado toda la noche, pero no se ha presentado la posibilidad de abandonar el fuerte. ¿Es así?

Era así, pero no porque Eslava lo hubiera sabido de primera mano. A buen seguro, los soldados de su escolta personal se habían encargado de recabar noticias para él. Sin duda, el virrey era el único hombre que aquella noche había dormido a pierna suelta. O, más claramente: el único hombre que había dormido de cualquiera que fuera la manera.

—¡Lezo, apártese! —exclamó Eslava haciendo uso de un inusual tono desafiante—. ¡Apártese! Voy a rendir el fuerte y a pedir que se nos dé un trato justo como prisioneros de guerra. Lo siento, es mi deber y no puedo hacer otra cosa.

¿No podía? No, al parecer, no podía. La decisión de Eslava parecía firme y definitiva. Aquella mañana, en mitad del desastre, habría logrado afeitarse y asearse. Su aspecto, a diferencia del aspecto del resto de hombres bajo su mando, era espléndido. Parecía que, en lugar de entregarse al enemigo, se dirigía a una fiesta en el palacio del rey. Toda la corte estaría allí y alabaría su sentido de la responsabilidad, su alta capacidad estratégica y, por supuesto, la gallardía con la que había defendido, hasta el último instante, la integridad de Cartagena.

—No —dijo Lezo.

* * *

Alderete tenía un tanto borrosas las cuarenta horas que transcurrieron entre el momento en el que Lezo impidió a Eslava que rindiera el San Luis y aquel en el que él mismo ordenaba, desde la cubierta del Galicia, cañonear con saña los cascos de los navíos españoles. Para que no cayeran en manos enemigas. Para que, varados en mitad del canal, retrasaran en lo posible el avance de los invasores.

En esas cuarenta horas, Alderete no había dormido ni un solo minuto y únicamente se había llevado a la boca un par de bocados y algún sorbo de agua. El resto del tiempo lo había pasado en una nebulosa de combates, discusiones, sangre, lamentos y derrota. Y ahora estaba disparando contra sus propios barcos con absoluta conciencia de que sólo podrían detenerle tomándole preso o reventándole los sesos de un balazo. Lo que primero sucediera.

Lezo estaba obsesionado con sacar tantos hombres como pudiese del San Luis. En botes, en lanchas, a pie si hubiera sido posible. Rescatar soldados del San Luis y enviarlos al castillo de San Felipe. Allí estarían seguros y podrían ser de extrema utilidad en la defensa de la plaza. Porque perder Bocachica, en sí mismo, no suponía perder nada importante. Los ingleses, estratégicamente, daban un gran paso hacia delante pues cortaban cualquier ruta de abastecimiento a los cartageneros y rodeaban la ciudad, la sitiaban, la ahogaban. Conquistaban, en suma, la posibilidad de conquistar Cartagena. Más, obviamente, de lo que tenían hasta ahora, pero nada en sí mismo.

—¡Apártese de mi camino, Lezo! —bramó el virrey.

—No le permitiré que se rinda —replicó Lezo aplastando a Eslava con su mirada de un solo ojo.

—Estamos rodeados de ingleses por todas partes. Nos han vencido, Lezo, y hay que admitirlo.

—¿Por qué?

—Porque no queda otro remedio. Nos tienen a su merced y podrán acabar con nosotros en cuanto quieran.

—Podemos apostar soldados en las almenas y hacer que disparen contra todo inglés que pretenda aproximarse.

—¿Para qué Lezo?

—Para que el resto pueda huir.

Lezo no cedía en su empeño y, si era necesario, se impondría a la autoridad de Eslava. Aunque ello le costara la cárcel, el destierro o algo peor. Y Eslava, que conocía muy bien al almirante, lo sabía.

¿Qué podía hacer el virrey en aquellas circunstancias? ¿Sostenerle la mirada a Lezo y enrocarse en su decisión de capitular cuanto antes? Verdaderamente, él estaba seguro de que esa y no otra era la manera de ahorrar vidas en estos momentos, pero carecía de valor suficiente para enfrentarse a la furia del almirante. Y, en su descargo, habría que añadir que nadie allí lo tenía.

—¿Cómo lo haremos? —dijo al final, asumiendo que Lezo, una vez más, se saldría con la suya.

—Necesito a los mejores hombres. Cincuenta o sesenta. Quiero que salgan a descubierto y que se enfrenten a los casacas rojas.

—¡Pero van a morir!

—Algunos sí. No cabe duda de eso y no lo oculto. Pero salvarán a la mayoría.

A Lezo no le temblaba la voz cuando hablaba de hombres muertos. Ni siquiera aunque esos hombres fueran los suyos.

—Desnaux —gritó Lezo para llamar la atención del coronel—. Elija medio centenar de los suyos. Sesenta si es posible. Y ponga al frente de estos hombres bravos al mejor de sus capitanes.

Desnaux, que no había estado al corriente de la conversación entre Lezo y Eslava, preguntó:

—Sí, señor. ¿Cuál es la misión?

—Salir ahí fuera y matar ingleses mientras nosotros nos retiramos al castillo de San Felipe.

—Entendido, señor. Proteger la retirada.

—Dejándose la vida, si es preciso.

—Por supuesto, señor.

Desnaux comenzó a pronunciar en voz alta los nombres de varios de los soldados bajo su mando. Los hombres, según escuchaban que el coronel les llamaba, se acercaban hacia él y le rodeaban. Nadie decía nada. Nadie protestaba ni trataba de evitar que se le enviara al matadero. Desnaux, por su parte, actuaba como guiado por el resorte invisible que mantiene los cuerpos y las almas en pie cuando se ha sobrepasado con creces todo límite humano. De la boca salen las palabras precisas, las manos ejecutan los gestos adecuados y las piernas te llevan adonde has de ir y no a otro lugar. Pero la mirada se halla hueca, deshabitada, carente de todo lo que convierte en hombre a un hombre.

Después, cuando el grupo estuvo reunido, Desnaux llamó a Pedrol. Él era el capitán que guiaría a los soldados elegidos. Pedrol no titubeó. Posiblemente porque, a fin de cuentas, morir en el campo de batalla suponía una forma bastante rápida de terminar con todo aquel sufrimiento. Podría descansar y lo haría de la forma más placentera si, en el camino, se llevaba a unos cuantos casacas rojas por delante.

—Sólo cincuenta —dijo Eslava a Desnaux.

Cincuenta cadáveres detendrían de igual forma a los ingleses que sesenta cadáveres. Y sesenta cadáveres suponían diez soldados menos para defender el castillo de San Felipe. Lo cierto era que Eslava había comenzado a comprender la siniestra lógica de Lezo. Y a aplicarla sin escrúpulos.

—Bien, Lezo —continuó el virrey dirigiéndose al almirante—, ¿cómo lo vamos a hacer?

No hay plan más sencillo que enviar hombres a la muerte.

—Esta noche volveremos a intentarlo —respondió Lezo—. En cuanto haya anochecido, los soldados bajo el mando de Pedrol saldrán ahí fuera, caminarán hacia el manglar y dispararán contra los ingleses.

Desde luego, se trataba de un plan simple. Matar y dejarse matar para que, mientras tanto, el resto se ponga a salvo. Había que tener algo especial dentro para prestarse a aquella misión sin protestar.

—Dejaremos un par de canoas amarradas en el embarcadero —añadió Lezo.

Sabía de sobra que jamás serían utilizadas.

* * *

Nuevamente, los cálculos resultaron errados. Cuando anocheció, los hombres de Pedrol se aprovisionaron de toda la pólvora que pudieron conseguir y de más munición de la que podrían disparar, y salieron del fuerte. Sin embargo, los ingleses no se habían retirado ni pensaban hacerlo. Cuando Pedrol y los suyos comenzaron a disparar sobre todo lo que se movía en las sombras, muchos casacas rojas cayeron muertos. Pero muchos más surgieron de la nada para hacerles frente de inmediato. Y lo que era peor: sin por ello descuidar el asedio al San Luis.

Alderete se encontraba entre los que se hallaban dispuestos para salir en el primero de los grupos. El fuerte iba a evacuarse por etapas, y a él se le había encargado ir con Eslava y unos cuarenta soldados que se dirigirían directamente al castillo de San Felipe. Tras ellos, saldría Lezo junto a otros cuarenta hombres rumbo al Galicia y, finalmente, Desnaux con el resto. La orden para estos era la de remontar la bahía interior y alcanzar el San Felipe pero, si no lo lograban, se refugiarían en el África y aguantarían allí como pudieran.

Sin embargo, cuando llegó el momento de bajar el puente levadizo, se dieron cuenta de lo que Pedrol y los suyos ya habían descubierto hacía un rato: que había soldados ingleses por todas partes. Demasiados para intentar una huida. Era tal la tranquilidad y la libertad de acción de la que disfrutaban los casacas rojas, que se hallaban montando, iluminados por antorchas, dos cañones junto a la puerta principal del fuerte. Sin duda, sus intenciones pasaban por echarla abajo y tomar la edificación por las armas.

—No podemos salir —dijo Eslava—. Es imposible. Los ingleses nos han rodeado.

—Hay miles —susurró Desnaux—. Miles...

—¿Qué podemos hacer, Dios mío? ¿Qué podemos hacer?

—Intentarlo —intervino Lezo.

—¿Intentarlo? —preguntó Eslava a punto de sufrir un ataque de nervios—. Lezo, es imposible que salgamos de aquí. No, no vamos a intentarlo. Bastantes soldados he perdido ya. Teníamos que habernos rendido cuando aún estábamos a tiempo...

—No, eso nunca. No vamos a rendirnos.

—Capitulemos, Lezo. Probablemente, nos ofrezcan un buen trato.

—Nadie nos va a ofrecer un buen trato porque no tenemos nada que dar a cambio.

—Pero las leyes de la guerra les obligan. Tienen que aceptar la capitulación de una fortificación cuando esta lo solicite.

Lezo no se molestó en responder. Los ingleses no respetarían ninguna ley. Vernon quería una victoria aplastante para resarcirse de todos los problemas que los españoles le habían causado. Y eso se disponía a hacer: aplastar Cartagena como a una mosca molesta.

—Apoyemos a Pedrol —dijo, al cabo de un rato, Lezo.

Eslava se arrepintió pronto de haber respondido con lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Pero si ya están todos muertos...

Los soldados que todavía quedaban en el San Luis se volvieron hacia el virrey. Eslava notó que decenas de miradas se clavaban en él. Miradas que ni siquiera eran de animadversión: los hombres, simplemente, no comprendían cómo alguien podía haber pronunciado unas palabras semejantes. Después, además, de todo lo que llevaban soportado en aquellos días interminables.

—Hagámoslo —intervino, de pronto, el coronel Desnaux—. Apoyemos a los nuestros.

Parecía surgido de un largo sueño. La visión de su figura a la luz de las antorchas sobrecogió a Alderete. Y no lo dudó. Apartándose de la compañía de Eslava, dio un paso al frente y gritó con voz ronca:

—¡A las murallas! ¡Defendamos a nuestros soldados! ¡Si hay que morir, muramos con honor!

Todos los hombres corrieron en búsqueda de los mosquetes y se apostaron en las almenas. No existía ningún tipo de organización y cada soldado comenzó a disparar sin importarle demasiado hacia dónde. El objetivo no se extendía más allá de hacer algo mientras los acontecimientos se precipitaban. Porque hacer algo siempre es mejor que no hacer nada. Y si te van a matar, te matarán igual, pero el abrazo de la muerte te llega con la cabeza bien alta.

—¿Está sonriendo, Lezo? —preguntó Eslava.

Los dos hombres se habían quedado solos y observaban las evoluciones de una tropa ya derrotada. El último estertor antes de que los ingleses derribaran a cañonazos la puerta principal y pasaran a todos a cuchillo.

—Yo no sonrío —respondió Lezo—. Jamás.

Y dicho esto, puso rumbo hacia el parapeto norte. Allí, unos veinte hombres cargaban mosquetes y se los entregaban a los tiradores. Durante un par de minutos, en medio de la noche, Lezo, apoyándose en su pierna de madera, sintió volar las balas a su alrededor.

* * *

Cuando amaneció, los ingleses habían dejado de disparar y se habían replegado hasta su campamento en el manglar. Por supuesto, no se trataba de una retirada, sino de una simple medida de protección ante el ataque de los españoles. ¿Qué motivo existe para dejarse la vida en mitad de la noche cuando una vez amanecido tus tropas son poco menos que invulnerables? ¿Querían disparar los españoles? ¿Enviar tropas y sacrificar inútilmente hombres? Adelante, que lo hicieran. Que se agotaran, si todavía no lo estaban, y, con la luz del día, ellos reorganizarían su infantería. Transcurridos tantos días desde la arribada a la ciudad, poco importaban unas horas más.

Tras salir el sol, un grupo de ocho o diez soldados españoles apareció junto al puente levadizo. Se trataba de Pedrol y de los hombres de su grupo que habían logrado sobrevivir a la noche. Contrariamente a lo que Eslava creyó el día anterior, no todos habían muerto.

Lezo, incapaz de aguardar a que Pedrol se presentara ante él para informarle, acudió a recibirle. Estaba deseoso de recabar noticias, de saber cómo estaban las cosas fuera para, así, calcular cuáles eran las posibilidades dentro.

—¿Se ha replegado la infantería inglesa? —preguntó directamente el almirante.

—Yo no diría tanto, señor —respondió un Pedrol muy fatigado. Le habían herido en un costado, pero se negaba a recibir atención hasta dar cuenta de su misión—. Se han replegado a una segunda línea, pero están cerca. Muy cerca.

—¿Cuánto?

—No sabría decirle con exactitud, señor, pero nos tienen siempre a tiro. De eso estoy seguro. Han montado artillería frente a la puerta principal y de un momento a otro tratarán de echarla abajo y entrar en el fuerte.

Lezo miró a Pedrol y, luego, a Alderete.

—En ese caso —dijo—, no nos queda mucho tiempo. Salgamos de aquí.

* * *

El almirante ocupó el resto del día en vigilar, desde las almenas, a la infantería inglesa. Atacaban de nuevo la fortificación, de manera que se hacía necesario volver a defenderla. Tenía un par de decenas de hombres apostados en los baluartes que disparaban sin apenas descanso. Disparaban, incluso, si no había casacas rojas a la vista. Los planes de Lezo pasaban por mantener al enemigo a distancia durante unas horas y aprovechar cualquier oportunidad propicia para abandonar el fuerte.

Para ello, había dispuesto que toda la dotación que no se hallara combatiendo, estuviera preparada en la plaza de armas del San Luis. En cuanto el riesgo de ser abatidos en campo abierto fuera lo suficientemente bajo, ordenaría la evacuación del fuerte.

Pero tenía que ganar tiempo. Era imprescindible que los ingleses relajaran su ataque y les dejaran huir. Nada probable, desde luego. Y los cañones montados a unos treinta pasos de la puerta principal así lo demostraban. ¿A qué esperaban los ingleses? Sólo Dios lo sabía, pero Lezo quiso pensar que se limitaban a aprovechar el fuego de mosquete proveniente del San Luis para reorganizar y abastecer sus filas de cara al ataque definitivo. Un ataque en el que, sin duda, ya no se limitarían a continuar disparando contra la fortificación: había llegado el momento de la lucha cuerpo a cuerpo, de penetrar en el fuerte y tomarlo al asalto.

¿Y cómo ganar tiempo en semejantes circunstancias? Lezo tuvo una idea. Decidió enviar a un par de oficiales basta el campamento inglés. Se presentarían con bandera blanca y solicitarían una capitulación. Más que probablemente, la respuesta sería negativa. A estas alturas, con la victoria al alcance de la mano, el mando inglés no ofrecería nada que no fuera la derrota total. Si lo deseaban, podían rendirse sin condiciones. Nadie aceptaba una capitulación si dispone de artillería montada a treinta pasos del objetivo. Y varios cientos de hombres disponibles para morir en un asalto.

Sin embargo, ello les daría tiempo para que la dotación del San Luis lo abandonara con discreción. O eso, al menos, esperaba Lezo.

—¿Capitular? ¿Ahora vamos a capitular? ¿Se ha vuelto loco por completo, Lezo?

El almirante estaba bastante acostumbrado a escuchar estas palabras en boca de Eslava, de manera que cuando las pronunció apenas se dio por aludido.

—Sí, capitulemos —dijo mirando distraídamente—. Capitulemos ahora.

—¡Lezo! —exclamó un Eslava cuya capacidad de asombro parecía sólo igualable a su candidez para la estrategia—. ¡No aceptarán ninguna condición!

El almirante habría seguido con aquel juego durante horas, pero tiempo era, precisamente, lo que no le sobraba:

—Sé que no aceptarán una capitulación. Pero, de todos modos, enviemos a un par de oficiales. Agresot conoce el idioma, así que él puede ser uno de ellos. Que busquen algo que les sirva de bandera blanca y que partan hacia el campamento inglés. Con suerte, algo así mantendrá ocupado al enemigo durante varias horas.

Eslava rumió en silencio lo que Lezo acababa de decir. Capitular para ganar tiempo... Bien, de acuerdo. En cualquier caso, carecían de cualquier otra opción y la ingenuidad de Eslava no llegaba tan lejos como para no comprenderlo.

—Que vayan —dijo, resignado.

Agresot tardó todavía un buen rato en hallar algo con lo que fabricar una bandera blanca. Allí llevaban dos semanas quemando pólvora y tragando el polvo del escombros levantado por los impactos enemigos, dos semanas sin nada con lo que asearse y, por supuesto, sin mudar la vestimenta una sola vez. Pero, tras mucho rebuscar, el capitán encontró un paño razonablemente blanco en la capilla. Lo habían usado para proteger un Cristo de madera que se usaba para las misas y al que, desde que comenzara el ataque inglés, nadie rezaba: los curas no suelen acercarse a las fortificaciones en primera línea de batalla y les gusta recordar que quien quiera rezar, será escuchado. Dios estaba en todas partes, y también tras los parapetos en los que sudaban, sangraban y morían los hombres del San Luis.

—Esto es lo que he podido encontrar —explicó Agresot mientras levantaba sobre su cabeza un mástil improvisado a partir del largo mango de un cepillo de limpiar cañones. Había unido el paño blanco a él y lo había sujetado con varios cordeles.

—¿Aguantará? —preguntó Lezo preocupado por la seguridad de sus hombres.

—Aguantará, señor —respondió Agresot.

—De acuerdo, esto es lo que van a hacer —comenzó a explicar el almirante—: Quiero que caminen despacio y con la bandera blanca bien visible en todo momento. No descarto que esos perros les descerrajen cuatro tiros por la espalda aprovechando que van desarmados, pero supongamos que respetan las leyes de la guerra y no lo hacen.

Agresot ni se inmutó. Un hombre que ha llegado hasta donde él lo había hecho, difícilmente se molestaría ante las palabras de Lezo. Este, al ver que el capitán no formulaba objeción alguna, continuó:

—Cuando los ingleses se les acerquen, pidan que les lleven ante el oficial al mando. Insistan en que quieren ver a alguien de la máxima graduación. Niéguese a hablar ante cualquiera que no sea un general, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—Hablar con un general es mucho más difícil que hablar con un teniente. Eso nos hará ganar tiempo, que es lo que necesitamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor.

—Bien... Pues cuando les digan que no aceptan la capitulación, regresan a toda velocidad. Si todo va bien, les estará aguardando una canoa para que remonten la bahía hasta el castillo de San Felipe.

—¿Y si aceptan la capitulación, señor?

—No lo harán. No son tan estúpidos. Ya no hay nada que podamos ofrecerles y ellos lo saben. Estamos atrapados, medio muertos y sin artillería. De manera que nos tienen en sus manos. Y nadie que tiene al enemigo en sus manos, negocia. Debería usted saber algo así, capitán.

Agresot, esta vez sí, acusó las palabras de Lezo. Y las acusó porque el almirante tenía razón. Debía haberlo sabido. Pero cuando se está al límite del agotamiento, no se piensa siempre con claridad.

—Desde luego, señor —concluyó—. Lo tendré en cuenta para la próxima ocasión.

Lezo no añadió nada. Pidió a Agresot y al oficial que se disponía a acompañarle que entregaran sus armas.

—Suerte —añadió a modo de despedida—. Les aguardo esta noche en el San Felipe. Esto todavía no ha terminado.

* * *

El plan de Lezo salió según lo previsto. A última hora de la tarde, la dotación abandonó el fuerte separada en dos grupos y se dirigió hacia el embarcadero. Por suerte, los ingleses no habían destruido sus botes y lanchas. Quizás porque no se les pasara por la cabeza que los españoles pudieran finalmente huir.

Uno y otro bando habían intercambiado disparos de mosquete durante todo el día, pero sin demasiada violencia. Por momentos, pareciera que a ninguna de las dos partes les interesara demasiado aquella batalla. Como si estuvieran allí porque no tuvieran nada mejor que hacer. Como si se disparasen para matar el tiempo hasta que

llegara la época de las lluvias. Algo moderadamente divertido y sin demasiadas consecuencias.

Agresot y su acompañante hacía horas que se habían internado en el manglar y nada sucedía: ni los ingleses parecían dispuestos a hacer uso de la artillería que habían situado en las inmediaciones de la puerta principal del fuerte, ni los enviados con la bandera blanca regresaban, ni nadie disparaba un solo tiro con verdadera capacidad de hacer daño al otro.

Así que Lezo decidió actuar. Apenas quedaba un rato de luz y no parecía que los ingleses se hallaran en las inmediaciones, así que, con voz enérgica, ordenó:

—¡Desnaux! ¡Comience a evacuar el fuerte! ¡Nos vamos de aquí!

El coronel no lo dudó y solicitó que bajaran el puente levadizo. Diez soldados armados con mosquetes avanzaron por él y abrieron el camino del grupo hasta el embarcadero. Cada hombre en disposición de hacerlo cargaba con las armas que quedaban en la fortificación, con algunos fardos de pólvora y con la munición sobrante. No suponían gran cosa, pero les sería de utilidad en la defensa del San Felipe. Y, además, así evitaban que cayera en manos enemigas.

Morir en la batalla nunca es un buen asunto, pero es algo con lo que un soldado debe siempre contar. Pero que te mate una de tus propias balas tras ser disparada por el enemigo, es algo que supera cualquier humillación imaginable. Ignominia pura.

Mientras bajaban al embarcadero y los hombres se acomodaban en los botes, Lezo buscó a Alderete y lo apartó del grupo:

—Tengo una misión especial para usted, capitán.

Alderete se sintió sorprendido y, al tiempo, halagado. Había servido durante mucho tiempo bajo el mando de Lezo pero esta era la primera vez que el almirante se dirigía a él y le daba una orden directa:

—A sus órdenes, almirante —respondió Alderete como si intuyera la trascendencia de lo que Lezo iba a solicitar.

—No podemos permitir que el enemigo se apodere de nuestros navíos. Son nuestros o no son de nadie. Quiero que ponga rumbo a ellos y que ordene abandonar el África, el San Carlos y el Neptuno. Que todos los hombres a bordo inicien la retirada hacia el castillo de San Felipe. Su tarea en los navíos ha terminado y los necesitaremos en el castillo para continuar defendiendo Cartagena. Después, tome una docena de artilleros y diríjase al Galicia. Desde allí, abra fuego contra nuestras naves. Envíelas a pique, redúzcalo todo a cenizas, ¿comprendido? Que esos bastardos no se apoderen de nada. Cuando haya terminado, barre el Galicia. Quiero que, especialmente esta

nave, quede reducida a astillas, ¿de acuerdo? Nada que ha sido mío caerá jamás en manos inglesas. Nada.

Alderete sintió un estremecimiento al escuchar las palabras de Lezo. ¡Por supuesto que estaba de acuerdo!

¿Cómo no iba a estarlo? No sólo el almirante había tomado la valiente determinación de no entregar nada al enemigo, sino que, además, ¡depositaba en él la confianza de llevar a cabo su propósito! Iría y, sin dudar, cañonearía los navíos hasta enviarlos al fondo del canal. Barrenaría el Galicia y haría que todo saltara por los aires. Si el único consuelo que les quedaba era convertir en un infierno la entrada de los ingleses en la bahía, lo haría sin dudar.

Aunque tuviera que dar la vida para lograrlo. Cosa de la que Lezo, además, le informó convenientemente:

—Esta misión resulta peligrosa en extremo, Alderete. Quiero que tome todas las precauciones para que ningún hombre salga herido. Ya hemos sufrido demasiadas bajas.

—Haré lo que esté en mi mano para responder a su confianza, señor.

Varias canoas, entre ellas la que transportaba a Eslava, habían partido ya en dirección hacia la bahía interior y otras más se disponían a iniciar un viaje que, en el peor de los casos, no se extendía más allá de una hora de duración. Entonces, llegaron Agresot y el oficial que junto a él se había dirigido al campamento inglés. Venían casi a la carrera, con la bandera blanca todavía ondeando sobre sus cabezas.

—¡Almirante! ¡Almirante! —gritó Agresot mientras escudriñaba el grupo de hombres que se acomodaba en las lanchas.

—¡Agresot! —gritó Lezo.

—¡Almirante...! —continuó Agresot tras reconocer a Lezo—. ¡Ha funcionado! ¡Su plan ha funcionado!

—¿Rechazaron la capitulación?

—Sí, claro que sí... Pero tuvieron que debatirlo y, para ello, debieron convocar un improvisado consejo militar entre los oficiales de mayor rango. ¡Nos tuvieron retenidos durante horas mientras deliberaban!

—¡Magnífico, capitán, magnífico!

—Después, decidieron que no aceptaban la capitulación y nos echaron de allí a toda prisa.

—¡Por fin un maldito golpe de suerte! ¡Cuanto menos, en la retirada!

Agresot volvió la vista atrás. Parecía preocupado por algo.

—Hay algo más, almirante.

—De acuerdo, Agresot. Suba a esta lancha y cuéntemelo mientras remamos en dirección a la bahía interior.

—Pero es que es muy importante, señor...

—¡Suba al maldito bote! ¡Tenemos que salir de aquí antes de que esos bastardos se den cuenta de que hemos levantado el vuelo!

—A eso me refería, señor. Cuando abandonamos el campamento, los ingleses nos siguieron a una distancia prudencial. Sabíamos que no nos tocarían un pelo mientras estuviéramos desarmados y portáramos la bandera blanca, pero ello no evitaba que nos vigilaran muy de cerca. ¡Mucho, señor!

Lezo se acomodaba en la popa de la lancha para, desde allí, tener visibilidad sobre el terreno del que se estaban retirando.

—¡Quiero decir que los ingleses tienen que estar al caer! ¡Muy cerca!

Podían estarlo tanto como quisieran. Tras la de Lezo, la última embarcación con los últimos hombres del San Luis a bordo, soltó amarras y puso lento rumbo hacia la bahía interior. Allí ya no restaba nada por hacer.

Alderete estaba solo en el embarcadero. Miró hacia atrás y no acertó a distinguir movimientos en la maleza. Sin pensárselo más, saltó a un bote y comenzó a remar con energía hacia el Galicia.

CAPÍTULO 11. 6 de abril de 1741

A mediodía, el Princess Carolina entró lentamente en la bahía de Cartagena bajo un cielo plomizo y una lluvia intensa. El almirante Vernon, sobre la cubierta, observaba condescendentemente aquello que ya era suyo. Ciudad, gloria y riquezas inigualables. Todo eso le pertenecía por derecho a quien había logrado para el rey de Inglaterra la más ansiada de entre todas las conquistas. Porque, ya podía decirlo sin temor, Cartagena les pertenecía. Lo había logrado. Le había costado más tiempo y más esfuerzo del inicialmente previsto, pero ahora nadie podría arrebatárselo lo que en justicia era suyo.

Los españoles habían recibido una buena lección en Bocachica. Una merecida lección, habida cuenta de la arrogancia con la que persistían en comportarse. Orgullo-

sos, tan orgullosos como estúpidos. ¿Era una derrota completa lo que pretendían? Pues era lo que iban a lograr. Porque no otra cosa obtendrían de alguien que ya ha introducido en la bahía más de cien naves. Y que dispone de aún más aguardando al otro lado del canal.

Vernon ordenó a Griffith, el capitán de Princess Carolina, que se acercara a la costa con la intención de buscar un buen lugar en el que echar el ancla.

—Señor, creo que no deberíamos alejarnos de Tierra Bomba —apuntó Griffith—. Ya que las tropas del general Wentworth controlan toda la isla, supone la opción más segura para el Princess Carolina.

—De acuerdo, capitán —dijo Vernon mientras señalaba con la mano derecha un pequeño brazo de tierra que se abría hacia la bahía y que podía servir de refugio natural para su navío—. ¿Qué le parece este lugar?

—Excelente elección señor —respondió Griffith—. Se llama, según nuestras cartas, Punta Perico.

—En ese caso, ponga proa a Punta Perico, busque un buen lugar para fondear y eche el ancla.

El Princess Carolina viró con suavidad hacia babor y, bajo una lluvia que no amainaba ni daba tregua, enfiló la bahía en la dirección señalada. Según se aproximaba, tanto Vernon como el capitán Griffith y el resto de oficiales a bordo del buque insignia inglés se dieron cuenta de que, aunque hubiera sido su deseo ir más allá de Punta Perico, no habrían podido lograrlo, pues la bahía entera se hallaba repleta de escollos que los españoles habían dejado allí con la intención de entorpecer su avance: Lezo no parecía haber titubeado a la hora de dar fuego a toda nave que se hallara anclada en la bahía.

—Creo que nos estaban esperando... —sonrió un exultante Vernon.

—Deben estar temblando encerrados en sus cubículos —fantaseó, junto a Vernon, el siempre servil Washington. Por alguna razón, el joven parecía no tener en la campaña otra misión que respaldar cada afirmación del almirante.

—Será sencillo tomar la plaza. No suponen ya un peligro para nosotros.

—No le quepa la menor duda de ello, señor. ¿Y cree que podrá permitirme que desembarque al mando de una compañía, señor?

—Ya veremos, muchacho, ya veremos...

De Vernon podía decirse que estaba cegado por las luces del éxito en ciernes, pero no tanto como para acceder a cualquier petición de un oficial con nula experiencia

en el campo de batalla. Aquella conquista era cosa hecha y nada ni nadie podría evitarlo, pero, por si acaso, Wentworth seguiría al mando de las tropas terrestres.

Al menos, de momento. Sí, porque si algo le inquietaba a Vernon era la poca eficacia revelada por el general a la hora de tomar el canal de Bocachica. Se había mostrado ansioso como un niño hasta que le permitió desembarcar y, cuando lo hizo, ¿cuál fue su reacción? Pues en lugar de tomar mil hombres, echar abajo la puerta del San Luis y rajar el cuello de todo aquel español que no se rindiera inmediata e incondicionalmente, se había dedicado a perder el tiempo en el manglar. Yendo, viniendo, ordenando, contraordenando. Una pérdida absurda de unos días preciosos que ahora echarían en falta. Esperaba no tener que lamentarse por ello. Esperaba no tener que lamentar el hecho de verse obligado a lanzar el ataque definitivo sobre la plaza bajo aquella lluvia infernal.

Pero no merecía la pena perderse en pensamientos funestos. No, ahora había llegado la hora de celebrar la victoria, de alegrarse ya de que, por fin, Cartagena iba a ser suya. Tanto esfuerzo se vería recompensado. De regreso a Londres, todo serían celebraciones en su honor y agasajos bien merecidos. Premios que en justicia merecía pues él y nadie más era el responsable de la mayor gesta protagonizada por Inglaterra en los últimos cien años: la conquista de la puerta de América del Sur y el acceso a la inmensa riqueza que el Imperio español había guardado codiciosamente para sí durante siglos.

Llegaba el momento en el que la historia daba un vuelco. Y él, el almirante Vernon, se convertiría en el máximo artífice de todo ello. Él, que con tanto valor, coraje e inteligencia había dirigido a sus generales a través del infortunio para abrir una herida sangrante en el siempre despreciable orgullo español.

Ya sólo quedaba culminar la conquista, apresar al tozudo de Lezo y regresar con él a casa. Cuestión de un par de días. Quizás algo más debido a las lluvias. Pero nada que fuera, en cualquier caso, a prolongarse demasiado. A no ser que Lezo pretendiera morir allí mismo con todos sus hombres. En ese caso, con mucho gusto le correspondería: su fuerza de miles de hombres desembarcados, de cientos de cañones y morteros haciendo fuego desde los cuatro puntos cardinales, le enviaría al infierno. A Lezo, a su medio centenar de soldados y a todo aquel infeliz que se interpusiera entre él y la conquista total de Cartagena.

Que lo tuviera bien claro, porque así iba a ser. En cuando logran apartar los barcos medio hundidos con los que Lezo pretendía contener su avance. ¿Era eso todo lo que estaba en su mano hacer? ¿Hundir los barcos que habían quedado atrapados en la bahía? ¿Y qué sería lo próximo? ¿Enviar a las mujeres de Cartagena para que les arrojaran piedras desde la orilla?

Vernon sonrió mientras Washington trataba de escudriñar el horizonte entre la lluvia cerrada.

—Parece que la ciudad no está lejos de aquí, señor — dijo.

Yno lo estaba. Nada que un hombre a bordo de un pequeño bote a remos no pudiera cubrir en poco menos de media hora.

De modo que Vernon decidió que ese y no otro tenía que ser el plan a seguir. Arrasar Cartagena con la ayuda de Dios y acabar con todo a su paso. Estaba decidido. Carecía de sentido emprender cualquier otra opción. Si los españoles querían la rendición, tiempo habían tenido para agachar la cabeza y ofrecerla con humildad. ¿Qué habían hecho en su lugar? ¡Plantarle cara! ¡A él! Al almirante Vernon. Hacerle perder el tiempo, perder hombres, perder la posibilidad de una victoria rápida y limpia. Bien, pues ya no habría piedad para nadie. Para nadie.

Yla culpa de todo la tenía ese maldito Lezo. De acuerdo, pues se la haría pagar. Muy caro.

* * *

Algo más de una hora después, Vernon se hallaba sentado a la mesa junto a Washington, Griffith y el comodoro Lestock, que había realizado la entrada triunfal en la bahía de Cartagena a bordo del Princess Carolina. Daban cuenta de un menú especial a base de carne guisada y algo de verdura fresca recién traída de tierra firme, cuando se presentó el general Wentworth. Traía un aspecto cansado y mostraba una barba de varios días, pero dadas las circunstancias en las que se había visto inmerso durante las dos últimas semanas, poco podía reprochársele. Además, si de reproches se trataba, Vernon guardaba otros mucho más hirientes.

—¡Wentworth! —exclamó taimadamente el almirante al verle entrar en el camarote—. Dios santo, qué alegría siento al verle.

El general se acercó a la mesa y aguardó a que un sirviente pusiera un cubierto para él en ella.

—Muchas gracias, señor —dijo Wentworth tomando asiento—. Es un honor volver a estar en su presencia y en la de los honorables caballeros que se sientan a esta mesa.

—El honor es nuestro, Wentworth —repuso Lestock.

—Pido disculpas por mi aspecto —continuó hablando Wentworth mientras le llenaban el plato de un guiso humeante—, pero no he tenido demasiado tiempo para la higiene durante los últimos días.

—Nos hacemos cargo, general, nos hacemos cargo —intervino Vernon dispuesto a demostrarle que la alegría que sentía por su presencia tampoco era tanta—. Sé, pues me ha mantenido al tanto de ello a través de los informes y las notas que tan

puntualmente se ha tomado la molestia de hacernos llegar, que los avances en Tierra Bomba no han sido fáciles.

Wentworth, que había comenzado a dar cuenta de su plato con evidente apetito, no reconoció las auténticas intenciones de Vernon y contestó con sinceridad:

—No, señor, en absoluto. Nada fáciles. Ese terreno es endiabladamente complicado para avanzar sobre él. Demasiada maleza y demasiada humedad requieren de todos los hombres un esfuerzo sobrehumano para realizar hasta la tarea más sencilla. Y luego están los mosquitos y la enfermedad. Hemos sufrido bajas continuas y, por si esto fuera poco, los españoles nos han atacado por la noche y a traición.

—Sí, esos bastardos españoles no nos lo han puesto fácil. ¿Y cuántos hombres cree que formaban las patrullas que les atacaban cuando anochecía? ¿Doscientos? ¿Quizás cien?

—Oh, no, muchos menos, señor...

Entonces, Wentworth cayó en la cuenta de que Vernon no estaba siendo todo lo amable que simulaba ser. El general, durante un instante, dejó de masticar y se quedó pensativo. Es decir, que regresaba del manglar donde durante más de dos semanas había puesto, día y noche, su vida en peligro al servicio de esta campaña y lo que obtenía a cambio era un puñado de velados reproches... No, eso era algo que, si respetaba suficientemente su propio honor de caballero, no podía tolerar. De manera que, tras volver a masticar y sin perder la compostura, añadió:

—Los grupos eran de unos veinticinco o treinta soldados al mando de un solo oficial. Pero esos malditos hijos de perra son realmente bravos luchando a cielo abierto. Juro que nos hicieron pasar malos ratos y que la moral de la tropa se vio seriamente afectada, pero gracias a la colaboración del ingeniero Johnson pudimos recomponer nuestra estrategia y tomarles la delantera. Era una cuestión de tiempo que asumiéramos el control de la situación. Sólo cuestión de tiempo.

—¡Pero tiempo es, precisamente, de lo que no hemos dispuesto en ningún momento de esta campaña!

Vernon había decidido dejarse de zarandajas y fue directamente al grano. El hecho de que Wentworth elogiara la bravura del enemigo era más de lo que podía soportar sin que su orgullo resultase herido. Así que habló directamente y sin atajos. A fin de cuentas, nadie podría decir de él que se trataba de un hombre sutil.

—¡Casi estamos a punto de perderlo todo! —añadió—. ¡Todo, maldita sea!

—No dudo de que así fue, almirante, pero le aseguro que los pasos dados en tierra firme han sido los adecuados. Hemos asentado posiciones y, desde ellas, hemos

atacado sin descanso el fuerte de San Luis. Y los resultados estoy seguro de que no se le ocultan a nadie.

—Los resultados han sido satisfactorios, de esto no hay duda... Pero mire ahí fuera. ¿Qué ve? Lluvia y más lluvia. Está cayendo sobre nosotros el diluvio universal. ¿Y sabe qué? Que esto nos perjudica. Nos perjudica mucho.

Sin darse cuenta de ello, Vernon se había puesto en pie y recriminaba a Wentworth su actitud blandiendo el tenedor en la mano.

—Ahora todo será más complicado —concluyó el almirante.

Lestock, que junto a Wentworth era el único hombre presente en la mesa que había entrado en batalla a lo largo de la campaña, quiso abogar en favor del general:

—Pero acabaremos con ellos igualmente, señor. Cartagena ya es nuestra, llueva o luzca el sol. Y a que este hecho sea así han contribuido valerosamente Wentworth y cada uno de los hombres bajo su mando. Estamos orgullosos de ellos y levanto mi copa solicitando un brindis en su honor.

El comodoro se puso en pie y alzó su copa frente a sí. El resto de hombres hizo lo propio, incluido Vernon.

—¡Por la victoria final! —exclamó Lestock.

A lo que los demás respondieron al unísono:

—¡Por la victoria final!

Una vez tras las murallas de Cartagena, Lezo permitió que un cirujano le curara varias heridas sin demasiada importancia, y, después, trató de dormir durante un rato. Sin embargo, las preocupaciones no le permitían conciliar el sueño y decidió ir al encuentro de Eslava para, así, preparar juntos la defensa de la ciudad.

La llegada al recinto amurallado había tenido lugar doce horas antes y, desde entonces y a pesar de llegar exhaustos, casi nadie pudo descansar. La preocupación por la pérdida de Bocachica y el consiguiente avance inglés dentro de la bahía de Cartagena no constituían asunto del que cualquiera pudiera olvidarse fácilmente. Ganaran o perdieran la batalla contra los invasores, los próximos días no iban a ser precisamente fáciles.

Lezo caminó bajo la lluvia cubriéndose la cabeza con un saco abierto. Cuando llegó a las estancias desde las que el virrey gobernaba la ciudad, pidió ser recibido de inmediato.

Eslava había mandado llamar a Desnaux y a Agresot para darles las primeras órdenes en relación a la defensa de la plaza. Los tres hombres se inclinaban sobre un mapa bastante detallado de la ciudad. Eslava, además, sostenía una copa en la mano y, de cuando en cuando, bebía sorbos cortos de ella.

— ¡Almirante! —exclamó levantando la cabeza del mapa cuando Lezo entró en la sala—. Adelante, por favor...

— Buenas tardes —saludó Lezo—. Lamento la ausencia, pero insistieron en que debía curar mis heridas.

— No se preocupe, Lezo. Es lo habitual en estos casos.

— ¿Hay noticias de mis hombres?

Lezo se refería a Alderete y a los soldados que habían quedado atrás con la orden de hundir los navíos españoles.

— Lo siento, almirante —explicó el virrey—, pero la información de la que dispongo no es todo lo buena que deseáramos. El capitán Alderete logró cañonear y hundir tres de nuestros cuatro navíos, pero los ingleses lograron hacerle preso antes de que barrenara el Galicia. Lamentablemente, tanto su buque insignia como Alderete y sus hombres están ahora en manos enemigas.

— Eso quiere decir que han logrado penetrar en la bahía...

— Hace unas cuatro horas, aproximadamente.

— ¿Naves de exploración?

— La flota casi al completo. Más de cien barcos.

— Dios santo...

— Los ingleses parecen dispuestos a desembarcar en la ciudad.

— Necesitan agua y víveres, no hay duda.

— Y nosotros no estamos en disposición de impedirselo. Precisamente ahora estaba tratando con el coronel Desnaux y con el capitán Agresot cuáles deberían ser nuestras prioridades en este momento.

— ¿Y bien, señor?

—Con su permiso, he ordenado que el Dragón y el Conquistador se sitúen en el canal de acceso a la dársena interior. Entre el castillo grande de Santa Cruz y la batería de San Juan de Manzanillo. En otro lugar, no nos son útiles.

—Es decir, pretende reproducir la estrategia defensiva de Bocachica...

Lezo se había aproximado a la mesa y movía nerviosamente un dedo por el mapa. Tras unos titubeos iniciales muy poco propios de él, había recobrado rápidamente la concentración y ya no pensaba en nada que no fuera la defensa de la ciudad.

—No estoy de acuerdo —dijo—. Sólo disponemos de dos navíos de línea y por ello considero que dedicarlos únicamente a estorbar al enemigo no es un buen fin para ellos.

Eslava miró a Lezo con severidad y bebió un trago de su copa antes de replicarle:

—Hay que evitar por todos los medios que los ingleses lleguen a la ciudad.

—¿Cree que no lo harán de todas maneras? —alzó la voz un cada vez más irritado Lezo—. ¿Acaso piensa que dos navíos defendiendo el canal serán suficientes para rechazar a la flota inglesa? ¡No! Claro que no. En cuando puedan, desembarcarán y avanzarán por tierra. Carecemos de tropas en los parajes del este, de manera que eso es lo que harán. Desembarcar, rodear nuestras baterías y acercarse sin mayor dificultad hasta las murallas de la plaza.

—En ese caso, ¿cómo podrían el Dragón y el Conquistador evitar que algo así suceda?

—Artillándolos poderosamente y embarcando en ellos a los artilleros sobrevivientes de los navíos perdidos en Bocachica. Son mis mejores hombres y saben disparar a corta y larga distancia. Si el Dragón y el Conquistador se mueven rápido, pondrán en dificultades a los casacas rojas cuando intenten desembarcar. Podemos y debemos hacer daño a sus naves allá donde se encuentren.

—Por el amor de Dios, Lezo... ¿Cuánto tiempo cree que durarán los navíos si los pone a navegar libremente?

—El suficiente para hacer todo el daño posible al enemigo. Eso espero.

—Y, mientras tanto, el canal que lleva directamente a la dársena interior quedará indefenso.

—No quedará indefenso. Será defendido cuando en realidad sea atacado. El Dragón y el Conquistador acudirán, por supuesto. Pero siempre y cuando sea preciso. Lo demás, es desperdiciar nuestros recursos.

—¿Considera que defender la ciudad con lo único de lo que disponemos es un desperdicio de recursos?

—Desde luego que lo considero. Precisamente porque esos dos navíos son lo único de lo que disponemos, tenemos que utilizarlos siempre que podamos. Hay que atacar a los ingleses allá donde haya ingleses. Siempre.

—¿Y cuando no podamos?

—Cuando ese momento llegue, estaremos en un aprieto, señor.

—En resumen, que no es partidario de situar al Dragón y al Conquistador frente a las costas de Manzanillo.

—No soy partidario de abandonarlos allí a su suerte. Pienso que nos serán más útiles si, convenientemente artillados, se mueven libremente por la bahía y atacan a los ingleses cuando y donde sea necesario.

—¿Acaso no cree que si ordenamos una estrategia de ese tipo, los navíos no pueden ser rodeados, acorralados y cañoneados sin piedad?

Lezo se sintió ofendido por el hecho de que un militar de tierra, por muy virrey que fuera, tuviera la osadía de explicarle lo que, sin atisbo de duda, para él podría suceder en el mar. En el mar y a bordo de dos navíos pertenecientes a su flota. A la flota de Lezo. Y, a pesar de la ofensa, calló. No era buen momento para enemistarse con Eslava. Si así lo hacía, podía apartarlo definitivamente de la defensa de Cartagena y eso era algo que Lezo no quería que, por nada del mundo, sucediera. Y no porque tuviera especial ansia de gloria y honores, sino porque estaba completamente seguro de que si alguna posibilidad tenía la ciudad de salvarse, era con él al frente de la defensa. Y no con el hatajo de inútiles que Eslava, tan inútil como los demás, pretendía comandar.

El almirante tragó saliva y contestó a la pregunta de Eslava:

—Mis navíos pueden ser acorralados y hundidos, pero para cuando semejante cosa suceda, mis hombres habrán enviado a diez de ellos al fondo de la bahía. Habrán impedido que desembarquen a placer y que los casacas rojas avancen por tierra aterrorizando a las gentes de Cartagena. Puedo hacer todo eso si usted me lo permite.

Eslava dio un trago final a su copa y la dejó sobre la mesa, junto al mapa.

—Voy a enviar al coronel Desnaux a defender el castillo de San Felipe —explicó—. Pienso que es el mejor hombre para ostentar allí el mando.

—Estoy de acuerdo.

Lezo no lo estaba por completo, pero no dudaba de que Desnaux fuera un soldado fiel y entregado a la defensa de la ciudad. Posiblemente no fuera tan buen estratega como él habría deseado, pero, dadas las circunstancias, tenía que conformarse. Y lo haría.

—Enviaré con él al capitán Agresot. El capitán ha dado muestras de un valor incuestionable y será muy valioso bajo el mando de Desnaux.

Lezo asintió. Agresot era uno de sus mejores hombres.

—Y situaré al Dragón y al Conquistador, junto a sus correspondientes tripulaciones, en el acceso a la dársena interior. Entiéndalo, Lezo: no me queda otra opción.

El almirante se hallaba cansado, pero una estupidez como la esgrimida por Eslava suponía algo que no podía pasar por alto. Lo podían pagar demasiado caro.

—Permítame, al menos, establecer una posición más adelantada que nos ofrezca cierta movilidad. Me gustaría tener a tiro de cañón al enemigo en cuanto este leve anclas y comience a avanzar hacia nosotros.

—No, Lezo, no puedo hacer algo así. Quiero que el Dragón y el Conquistador bloqueen el paso a los navíos ingleses antes de que caiga el sol. Dispóngalo todo para que las cosas se hagan como lo he ordenado.

Lezo no quiso contrariar más a Eslava, de manera que evitó referirse más a la posición final de sus dos navíos de línea y continuó interesándose por otros aspectos de la defensa de la plaza.

—¿Y dónde piensa establecer baterías? —preguntó el almirante—. En este momento, sólo se encuentran operativos el fuerte de San Juan de Manzanillo y el baluarte de San Sebastián del Pastelillo. Son los únicos lugares desde los que se puede disparar al enemigo antes de que este llegue al castillo de San Felipe.

—Quiero enviar una dotación al castillo grande de Santa Cruz. Sé que lleva abandonado mucho tiempo, pero podemos establecer artillería en él mañana mismo. Desde el Santa Cruz disponemos de una capacidad inmejorable para atacar al enemigo.

Y para darle ideas que no debería tener. Inútil, todo lo que Eslava había urdido no suponía sino el plan más inútil que Lezo jamás conociera. Como si lo sufrido hasta ahora en el canal de Bocachica no le hubiera servido de enseñanza, el virrey pretendía repetir, al pie de la letra, la misma estrategia defensiva que allí se había puesto en práctica. ¡Y no! No era una buena idea. En primer lugar porque ya no estaban en Bocachica. Aquello se hallaba muy alejado de cualquier territorio habitado y podían permitir que miles de balas de cañón volaran por los aires, pero ¿en Cartagena? ¿Se había

vuelto loco el virrey? ¿Cuántos civiles quería que murieran bajo el fuego enemigo? Porque si de algo no le cabía duda, era de que a los ingleses nada les detendría a la hora de disparar. Nada. Y en segundo lugar, porque dispersar las pocas fuerzas de las que todavía disponían en empresas perdidas de antemano no se revelaba como la más sensata de las opciones.

Lo que allí había que hacer, al margen de permitir libertad de movimientos a los navíos de línea para que dañaran en lo posible las filas enemigas, era concentrar todos los efectivos allá donde realmente fueran útiles: en el castillo de San Felipe. Y creía firmemente que eso era lo que había que hacer porque sólo desde el San Felipe se podía proteger la ciudad. Sólo desde allí se podía abrir fuego contra los invasores con la intención de hacerlos retroceder. Sólo desde allí. Y nunca desde el castillo de Santa Cruz. Con toda la bahía plagada de naves inglesas, caería en cuestión de horas. Así lo dijo Lezo.

—Perderemos en el Santa Cruz un buen puñado de hombres necesarios en el San Felipe. No tiene sentido enviar artilleros a esa posición. No tiene sentido desperdiciar nuestras tropas. Debemos concentrarlas. Concentrarlas, ¿entiende, señor?

Pero Eslava no estaba dispuesto a entender nada de lo que brotara de la boca de Lezo. Al contrario: consideraba que aquel hombre no escupía más que incoherencias, y si no fuera por la difícil situación en la que se hallaban comprometidos, le habría relevado inmediatamente del cargo. No necesitaba a un loco al frente de la defensa de la ciudad. No, porque eso le obligaba a él a tomar todas y cada una de las decisiones importantes relativas a la batalla que allí se iba a librar.

Lezo golpeó con furia el mapa extendido sobre la mesa.

—Tenemos poco más de dos mil hombres para hacer frente a la flota más grande que jamás he podido contemplar. Y bien sé yo que he tenido ante mí muchas y muy poderosas escuadras. Pero nunca una como esta. ¡Y le vamos a hacer frente! ¡Vamos a luchar contra ella como hemos venido haciendo desde hace más de dos semanas! Pero, por Dios, Eslava, déjeme luchar con todos los hombres disponibles. Todos y reunidos, recuerde. Esa es nuestra única posibilidad de salir con vida de aquí. ¡De evitar que Cartagena sea inglesa durante los próximos cien siglos! No envíe hombres al Santa Cruz y pida que los que ya están en el Manzanillo regresen al castillo de San Felipe. Allí nos uniremos todos y, bien pertrechados y bien abastecidos, les haremos frente como nunca hubieran imaginado.

Eslava se tomó su tiempo para responder a las palabras de Lezo. Y, cuando lo hizo, fue escueto y no dejó lugar para la réplica:

—Acate mis órdenes, almirante.

CAPÍTULO 12. 11 de abril de 1741

Tras varios días de tranquilidad en los que Lezo no dejó de lamentarse por no disponer del Dragón y del Conquistador para hostigar al enemigo, los ingleses lanzaron el ataque final contra Cartagena. O, más exactamente, contra el castillo grande de Santa Cruz, en el extremo occidental del canal de acceso a la dársena interior. Tal y como el almirante había predicho cinco días atrás. Tal y como dijo a Eslava que ocurriría.

Ahora, por culpa de las órdenes del virrey, un buen puñado de soldados moriría intentando defender lo que en sí era indefendible. Es lo que sucede cuando hay un idiota tomando decisiones que, sin lugar a duda, le superan como hombre, como militar y como estratega.

Lezo no había perdido ni un solo minuto a lo largo de los últimos cinco días. Patrulló a caballo todo el territorio de Cartagena interesándose por el estado de la poca población cartagenera que aún no había acudido a refugiarse tras las murallas de la plaza y no dudó en, a bordo de un minúsculo bote, dirigirse a todos y cada uno de los emplazamientos en los que había apostados soldados españoles. Dio órdenes, ofreció recomendaciones, se preocupó de que cada hombre estuviera recibiendo los víveres necesarios para no desfallecer y exigió que cada cañón disponible para la defensa de la plaza, cada cañón, estuviera limpio y preparado para hacer fuego en cualquier momento.

Porque la batalla comenzaría pronto, de eso estaba seguro. Aunque, ciertamente, los ingleses se lo estaban tomando con calma. Quizás porque en esos días que transcurrieron entre la entrada en la bahía de Cartagena y el inicio del ataque a la ciudad no cesó de llover en un solo momento. Una lluvia copiosa y cerrada que calaba hasta los huesos a todo aquel hombre que se expusiera a ella durante más de un minuto. Una lluvia que, además, traía consigo la enfermedad.

El almirante no dudó de que el retraso en el ataque de los ingleses tenía mucho que ver con eso: ellos no estaban acostumbrados al clima de Cartagena y, a buen seguro, lo estaban sufriendo con intensidad. Ese había sido el error más grande cometido por Vernon: atacar Cartagena en plena época de lluvias. Ningún militar medianamente inteligente y con ciertas nociones de estrategia ofensiva habría lanzado a casi doscientas naves a través del mar Caribe hacia un objetivo incierto y casi desconocido en el que, más pronto que tarde, iba a comenzar a llover con furia.

Sin embargo, Vernon había actuado de tal manera. ¿No habría previsto la posibilidad de que los españoles resistieran en Bocachica? ¿De que, a pesar de su notoria inferioridad, no se limitaran a aceptar como irremisible la conquista inglesa de Cartagena? La respuesta, aunque costaba llegar hasta ella, no podía ser más simple y sencilla: no, Vernon, un hombre cuya altivez apenas le permitía inclinarse para tomar asiento, había ignorado el precepto más elemental que todo militar debe tener presente en toda batalla: que el enemigo existe y, por modesto que sea, no debe ser menospreciado jamás.

Vernon había decidido que el asalto a Cartagena sería para él un paseo triunfal. Que llegaría, conquistaría la plaza sin abrir fuego una sola vez y que le serían entregadas, de inmediato y con absoluta sumisión, las llaves de la ciudad. Y ese, precisamente, constituía su punto flaco. Lezo lo había sabido desde el principio, pues conocía sobradamente el carácter del almirante inglés, y pretendía aprovecharse de ello. Si Vernon se dejaba cegar por sus delirios de grandeza, él no haría lo propio. Por eso estaba, antes de que hubiera amanecido, a bordo de un botecito junto a dos hombres que remaban en dirección al castillo grande de Santa Cruz. Porque si lo que obtenía a cambio era la victoria sobre el enemigo, habría sido capaz de ir hasta allí incluso echándose al agua y nadando con su única pierna y su único brazo.

El castillo grande de Santa Cruz estaba defendido por el capitán de milicias Baltasar de Ortega, el cual mandaba una dotación de unos cien hombres. Ortega era un oficial que no había participado en la defensa de Bocachica y que, por lo tanto, se hallaba fresco y deseoso de entrar en combate. Tenía poco más de treinta años, el porte flaco y la tez tan blanquecina que casi parecía hallarse enfermo.

Cuando el bote de Lezo llegó hasta el fuerte, todavía no había amanecido. Los dos hombres de Lezo llamaron al castillo y advirtieron de que el almirante iba con ellos. Cuando les dejaron entrar, Ortega se hallaba frente a la puerta aguardándoles. Era la primera vez que iba a tratar dilectamente con Lezo y se hallaba algo nervioso.

—A sus órdenes, señor —dijo—. Sin novedad en la defensa.

Lezo no respondió y caminó hacia la plaza de armas. El sonido de su pata de palo golpeando contra la piedra era devuelto por el eco en el silencio de la noche. Nadie se atrevía a pronunciar una sola palabra. No, al menos, hasta que almirante hablara primero.

—¿Ha observado movimientos en las filas enemigas, capitán? —preguntó, por fin, Lezo. No se había detenido en la plaza y continuaba su camino rumbo a los baluartes.

—Nada especial, señor —respondió Ortega quien, en realidad, ni siquiera había recibido el parte oportuno de los vigías que hacían guardia en las garitas—. Pero puedo volver a comprobarlo, si me lo permite...

—Hágalo, por favor —repuso Lezo deteniéndose junto a un parapeto y contemplando desde allí la bahía.

Hacía varias horas que no llovía y las nubes se habían apartado permitiendo que la luna iluminara los navíos enemigos en la lejanía. Lezo sabía que, tras cinco días de completa inactividad, los ingleses no dejarían pasar la oportunidad ahora que las lluvias habían cesado. Si no aprovechaban sus oportunidades, nunca conseguirían Cartagena. Vernon podía ser un orgulloso caballero inglés incapaz de reconocer la valía de los españoles, pero no era idiota. No, al menos, en la forma en la que lo eran Es-

lava y el propio Desnaux. No, el almirante inglés sabía qué se traía entre manos y habría sido una estupidez por parte de Lezo no reconocérselo en todo momento.

Por todo ello, supo que el ataque era inminente. Porque, entre otras cosas, no les quedaba más remedio que atacar. Si Vernon quería ganar esta batalla, estaba obligado a lanzar, cuanto antes, el ataque definitivo contra la ciudad.

Ortega regresó al poco tiempo. Tras dirigirse casi a la carrera hasta la garita desde la que un vigía observaba día y noche la bahía, había sido informado de que, efectivamente, desde hacía algunas horas podían advertirse movimientos en la zona tomada por los ingleses. Cuando preguntó por qué no había sido avisado de inmediato de esta situación, el vigía le explicó que bajo la luz de la luna y a aquella distancia, nada era seguro y todo podía ser malinterpretado. Era cierto que los ingleses se movían más que cualquier otra noche, pero no era menos cierto que esta era la primera noche sin lluvia desde que penetraron en la bahía. Podía ser todo una casualidad o podía no serlo. Podía significar algo o carecer por completo de importancia. Dado lo cual, ¿por qué despertar al capitán en medio de la noche?

Ortega informó a Lezo de forma escueta y directa:

—Los navíos ingleses han efectuado movimientos esta noche, señor. Pero sin revestir importancia.

Lezo, dejando de mirar en dirección a la bahía, se giró lentamente hacia Ortega y espetó:

—¡Cómo diablos puede decir que los movimientos carecen de importancia!

Ortega casi da un paso hacia atrás, intimidado por la energía que el almirante había puesto en sus palabras.

—Señor, yo no... —balbuceó.

—¡Silencio! —cortó Lezo por lo sano—. Tenemos más de cien naves enemigas en la bahía aguardando el momento propicio para atacarnos. Tenemos tropas de infantería inglesas en Tierra Bomba. Y, a estas alturas, sólo Dios sabe dónde más... De manera que, capitán, cada vez que un grumete inglés orina por la borda a mí me preocupa. Es importante saber cuántas veces orinan al día los grumetes ingleses, ¿no cree? Si lo hacen sólo por la mañana, a mediodía y por la noche. O si, por el contrario, se la sacan a media tarde y, con la despreocupación de quien no tiene nada que temer, vierten en mis aguas su orín maloliente. ¿Está seguro de que no nos importa la frecuencia con la que mean los aprendices de casacas rojas, capitán? Porque si no lo está, ahora mismo le relevo del mando y me pongo yo al frente de este puñado de hombres. ¡Dígame, capitán! ¿Nos importa o no?

Ortega se había quedado mudo tras la perorata de Lezo. Realmente, no era capaz de que una sola palabra brotara de entre sus labios. Al final, como pudo, logró farfullar:

—Señor, yo creo que...

—¿Qué cree usted, capitán?

La voz de Lezo sonaba, de repente, más suave y razonable.

—Creo que nos importa mucho cuándo orinan los grumetes ingleses, señor.

—Eso está bien. Pues si nos importan las meadas de los grumetes ingleses, nos importa mucho más un navío de setenta cañones deslizándose silenciosamente en la oscuridad de la noche.

—Desde luego, señor.

Ortega había conseguido recobrar, al menos en parte, algo del aplomo perdido.

Lezo miraba, de nuevo, hacia la bahía. Durante un rato, tanto él como Ortega y el resto de hombres presentes, permaneció en absoluto silencio. Nadie se atrevía a incomodar al almirante y si él no tomaba la palabra primero, no merecía la pena que los demás lo hicieran.

—Verá, muchacho —continuó Lezo en su habitual tono suave—. Escuche atentamente lo que tengo que decirle porque esto es muy importante.

—Sí, señor.

—Hoy va a ser atacado. Los ingleses se acercarán al castillo y lanzarán fuego de cañón contra la posición.

—¡Les haremos frente con todo nuestro ímpetu, señor! ¡Enviaremos a esos hijos de puta al fondo del...!

—Cállese, capitán. Cállese y escuche. No quiero que haga tonterías. Los ingleses colocarán cinco o seis navíos de línea en posición de combate ahí abajo y reducirán este lugar a escombros antes de que pueda darse cuenta.

—Pero señor, nosotros les haremos frente con nuestros cañones. Mis hombres saben disparar, se lo aseguro.

—No lo dudo, capitán, pero ¿de cuántos cañones dispone? ¿Diez? ¿Veinte?

—Catorce, señor.

—Catorce... Con catorce cañones podrá aguantar durante seis horas. Algo más si consigue que sus hombres se comporten como verdaderos héroes. ¿Y cuál será el resultado final?

—No comprendo, señor...

—El resultado será el mismo. Van a ser derrotados. Siento decírselo de forma tan directa, pero no tienen nada que hacer. Eslava les ha enviado a morir en este agujero. Pero yo no quiero que algo así suceda. Y no, desde luego, porque sienta algún tipo de aprecio por la compañía de usted y de sus hombres. No... Lo que yo necesito es brazos capaces de empuñar un arma para defender el castillo de San Felipe. Por eso quiero que la mayor parte de esta dotación salga de aquí con vida: porque me harán falta dentro de no mucho tiempo.

Ortega jamás habría esperado que el almirante en persona se desplazara hasta su posición con la intención, precisamente, de decirle lo que le estaba diciendo.

—¿Me pide, señor, que perdamos? ¿Que no luchemos contra un enemigo...?

—No, no le estoy pidiendo eso. Le pido sólo que cuando vea que todo está perdido, no trate de ser un héroe. No quiero héroes en este castillo. Quiero hombres regresando sanos y salvos de una posición que, hagan lo que hagan, van a perder sin duda alguna.

—Me cuesta mucho acceder a lo que me pide, señor.

Lezo alargó su único brazo y lo puso sobre el hombro del capitán.

—Ortega, escúcheme. Si quiere ser un héroe, le aseguro que en unos días yo mismo le daré la posibilidad de serlo. Pero no aquí, ¿entiende? No en este matadero. Esto es lo que va a hacer: cuando los ingleses se acerquen, comience a disparar contra ellos; dé justa respuesta al avance enemigo. Pero en cuanto las cosas se pongan feas, tome hasta el último de sus hombres, baje el puente levadizo y salga corriendo hacia la ciudad. Como si hubieran visto al mismísimo demonio.

* * *

Los disparos contra el castillo grande de Santa Cruz comenzaron una hora después de haber amanecido. Se acercaron tres navíos de línea y, tras maniobrar para situarse en posición, abrieron fuego sobre el Santa Cruz. Fuego de cañón perfectamente coordinado para que el retroceso no sacara de la línea a ninguno de los navíos. Uno tras otro, los cañones barrieron las murallas del fuerte y pronto, tras un intenso batido, consiguieron abrir la primera de las grietas en ellas.

—¡Cargad de nuevo! —gritaba Ortega—. ¡Fuego! ¡Fuego!

Tras dos horas de encajar veinte veces más balas de las que ellos eran capaces de disparar, de lo que habrían sido capaces de disparar incluso si sus hombres no estuvieran medio paralizados por el horror, el estruendo y el polvo, Ortega comenzó a barajar seriamente la posibilidad de seguir al pie de la letra las indicaciones de Lezo. Cartagena se perdería o se conservaría, él no podía saberlo, pero de lo que sí estaba seguro era de que al Santa Cruz no lo salvaba nadie.

Jamás se había sentido tan encerrado e indefenso. Aquella fortificación, que todo el mundo llamaba castillo grande pero que era minúscula y poco defendible, jamás debería haberse construido pues, como estaba comprobando en sus propias carnes, se hallaba tan expuesta a todo fuego enemigo que rápidamente se convertía en una ratonera.

Ni una sola de sus balas había logrado hacer blanco en los navíos ingleses. No podía asegurarlo con certeza, pues desde que comenzaron los disparos hasta el momento presente, apenas había tenido tiempo para observar al adversario en el mar. Sin embargo, tenía la convicción de que así era. Y la tenía porque, de cuando en cuando, daba un fugaz vistazo hacia el agua y veía que los tres navíos de línea ingleses continuaban disparando sin inmutarse. Como si para ellos aquello fuera sólo un trámite más o menos molesto antes de entrar verdaderamente en batalla.

Ortega se vio a sí mismo llegando a Cartagena con los sobrevivientes del Santa Cruz tras haber abandonado la fortificación y reconociendo ante el virrey que ni una sola de sus balas había siquiera rozado al enemigo. Sacudió la cabeza para apartar de sí esa imagen. ¡No! No se iría con las manos vacías.

—¡Artilleros! —gritó mientras una bala de cañón inglesa caía en el mismo baluarte en el que él se encontraba—. ¡Apuntad bien! ¡Al navío del centro! ¡Vamos, un disparo alto, en la arboladura!

Los artilleros de Ortega hicieron lo que su capitán les ordenaba. Apuntaron con tres cañones distintos hacia el navío inglés que disparaba flanqueado por los otros dos e hicieron fuego. Los tres tiros se quedaron cortos y fueron a caer en el agua.

—¡Maldita sea! —exclamó Ortega—. ¿Dónde diablos habéis aprendido a disparar vosotros? ¡Vamos! ¡Vamos! Refrescad de inmediato esos cañones. Y volvedlos a cargar. ¡No hay tiempo que perder!

No había tiempo que perder, desde luego que no, pues su derrota avanzaba aún más deprisa de lo que Lezo había supuesto: podía contar cuatro hombres muertos y una decena de ellos heridos de diversa gravedad.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Ortega se desgañitaba y sus hombres trabajaban duro en el servicio de los cañones, pero no había forma de enfilar un buen disparo. Uno sólo, por Dios. A estas alturas, no pedía más. Sólo quería llegar a Cartagena y, con la cabeza bien alta, asumir la derrota pero informar de que uno de los navíos atacantes se hallaba tocado. Uno sólo. No era tanto pedir.

La moral de los hombres comenzaba a decaer. Lo cual no estaba nada mal teniendo en cuenta que únicamente llevaban un par de horas de enfrentamiento. Cuatro hombres muertos y la moral del resto por los suelos. No era un gran balance, desde luego. Si su ascenso dependía de la actuación que desarrollara en el Santa Cruz, iba a ser capitán durante muchos años más.

De pronto, tras hilar una nueva tanda de disparos al agua, Ortega sintió que Dios había escuchado sus plegarias: el Dragón, fondeado no muy lejos del Santa Cruz y a tiro de cañón de los navíos ingleses, viró levemente para situarse en posición de abrir fuego. Y, en cuanto lo estuvo, su capitán, fuera quien fuera, no lo dudó y disparó una andanada de advertencia.

Ortega jamás vio y jamás olvidaría algo tan bello pues nada más bello existe en el mundo que un navío de dos cubiertas y sesenta y cuatro cañones abriendo progresivamente fuego desde una misma banda. Tras cada disparo, el casco se balanceaba con suavidad y dulzura, como la cuna de un bebé.

—¡Nos apoyan desde el Dragón! —gritó un hombre.

—¡Sí! —respondieron varios casi al unísono.

—¡Vamos! ¡Vamos! —interrumpió Ortega—. ¡Seguid trabajando, gandules!

Ahora que les daban cobertura desde el mar, se hacía imposible detenerse. Tres soldados que no eran cabos de cañón pero que estaban actuando como si lo fueran, repitieron la orden del capitán.

—¡Adelante! ¡Tenemos que mandar a esos hijos de puta al fondo de la bahía!

Pero Ortega sabía que algo así ya no era posible. Esos hijos de puta quizás acabarían o no en el fondo de la bahía, lo desconocía, pero estaba seguro de que si así era no sería porque él y sus hombres lo habrían propiciado. Esta era la quinta vez en su carrera que entraba en batalla y por Dios que jamás tuvo tan mala suerte... Aunque, también era justo decirlo, tampoco nunca tuvo frente a sí, y a tan corta distancia, a tres navíos sin otro objetivo que acabar con él.

El Dragón volvió a disparar. Una andanada completa desde proa a popa. Ortega escuchó el sonido de las detonaciones y supo que estaban disparando con cañones de a dieciocho y a veinticuatro libras. Posiblemente, mitad y mitad. Treinta y dos cañones en total repartidos en dos cubiertas. Más de un minuto escupiendo fuego y hierro. Y,

esta vez, logrando un blanco claro. El navío de línea inglés más cercano al Dragón recibió tres impactos en el casco y cinco más en la arboladura. Los soldados del Santa Cruz, que vieron desde los parapetos cómo del navío enemigo saltaban cientos de pedazos de madera por los aires, prorrumpieron en gritos. No habían sido ellos, pero eran de los suyos quienes lo lograban.

El navío de línea inglés quedó descolocado por los disparos y los daños que, en el velamen, habían ocasionado. Ahí tenía Ortega su disparo. Ahora o nunca.

Mandó cargar de nuevo los cañones. Se notaba que los hombres apenas confiaban en sus posibilidades. Nadie se movía porque nadie se mueve de una batería hasta que el capitán lo ordena, pero en sus miradas no quedaba esperanza. De acuerdo, unos cuantos disparos más y seguirían las indicaciones de Lezo. Allí, en el Santa Cruz, se podía resistir todavía durante mucho tiempo, durante días y días si era preciso, pero, como bien había dicho el almirante, carecía de sentido. Los ingleses acabarían por demoler la fortificación a balazos. Lo harían incluso si, por algún remoto motivo que ahora a Ortega no se le ocurría, comenzaban a atinar los disparos y lograban hundir los tres navíos de línea que les atacaban. Jamás sucedería tal cosa, pero si la providencia se apiadaba de ellos y les concedía tan inmenso favor, llegarían desde la retaguardia tres nuevos navíos de línea y sustituirían a los vencidos. Y volverían a disparar sobre ellos con furia, con paciencia, con oficio.

—¡Cabo! —ordenó Ortega al hombre que tenía junto a sí—. ¡Dispóngalo todo y abra fuego! Y esta vez, por el amor de Dios, haga blanco en el objetivo.

La orden estaba dirigida tanto a él como al resto de cabos que servían en la batería. Una andanada más. Una y podrían marcharse. Ortega lo tenía decidido. Hicieran blanco o no, se marcharían de allí pues en el Santa Cruz sólo restaba muerte para ellos.

Los navíos de línea ingleses estaban batiendo la fábrica del castillo y esto dificultaba, si cabe, todavía más las labores en los cañones pues cada vez que una bala se estrellaba en la muralla, toda la edificación vibraba como si estuviera construida de pergamino. Ortega dejó de observar las labores de sus hombres y miró, a través del humo y del polvo, hacia el mar. Una pequeña balandra se acercaba por detrás a los navíos de línea enemigos. Quizás transportara munición, víveres, Dios sabe qué... Pero si les abastecían desde la retaguardia, significaba que no se hallaban simplemente tanteando las defensas cartageneras. No, aquello era un ataque definitivo.

Si Ortega había albergado alguna duda, la visión de aquella balandra aproximándose a los enormes navíos se la amputó de cuajo. Evacuaría la fortificación y sobre su honor como militar ya se hablaría cuando correspondiese. Y dada la inmensa diferencia de fuerzas en liza y la determinación por parte de Lezo en defender la plaza hasta las últimas consecuencias, quizás nunca.

Los cabos señalaron la dirección en la que los cañones debían disparar y varios artilleros empapados en sudor tiraron con fuerza de ellos para situarlos correctamente:

—¡Con más ímpetu! ¡Movedlo un poco más! ¡Así está bien! ¡Disparad!

Los cañones del Santa Cruz abrieron fuego por última vez. Al menos, desde manos españolas.

* * *

Cuando Ortega y sus hombres comenzaron a caminar a paso apresurando en dirección a las murallas de Cartagena, comenzó a llover de nuevo. Una lluvia intensa y vertical que les calaba hasta los huesos y que hacía que la suciedad de sus rostros y brazos resbalara hacia abajo dibujando gruesos surcos en la piel. Nadie decía nada. Nadie habla en medio de una retirada.

Habían dejado atrás dieciocho hombres muertos. De una dotación de cien y tras sólo cinco horas de batalla, suponía una más que lamentable pérdida. Sobre todo y teniendo en cuenta que el enemigo no había sido tocado una sola vez por ellos. No lo había logrado. Por mucho que lo buscó, el disparo que le devolvería cierta honra al menos ante sí mismo, no tuvo lugar nunca. Ni siquiera en esa última andanada tan meticulosamente preparada. Agua para todas las balas del Santa Cruz.

La ciudad no estaba demasiado lejos. Si caminaban a buen paso, llegarían a las puertas de la muralla en poco más de una hora. Allí podrían guarecerse y descansar. Sin duda, Eslava pediría al capitán que rindiera cuentas del abandono del castillo grande de Santa Cruz. En cuanto tuviera noticias de su llegada. Le mandaría llamar y le preguntaría por qué ya no estaban disparando, como era su deber, a los navíos ingleses. Ortega trataría de explicarle lo inútil de la resistencia. En el Santa Cruz y con sólo cien hombres a su cargo no se podía plantar cara a tres navíos de línea perfectamente abastecidos. Eslava le respondería que no estaban solos en la contienda, que él en persona había ordenado al Dragón que abriera fuego contra los invasores. ¿Acaso no lo había hecho? Sí, por supuesto que lo había hecho. Y con gran fortuna, pues desde el principio hizo blanco en el enemigo. ¿Entonces? Entonces nada. Simplemente, que la suerte no les había acompañado. Suerte que, sentía decirlo pero creía que era su deber hacerlo, también daría la espalda al Dragón. Se les acabarían las balas o llegarían más navíos de línea ingleses al canal de acceso a la dársena interior. Algo sucedería y no sería bueno para los navíos españoles. Estaban perdidos.

El virrey sufriría un ataque de ira. Si para entonces aún no lo había sufrido. Maldeciría a Ortega y a cada uno de sus hombres. Les llamaría cobardes y opinaría que todos ellos eran indignos de vestir el uniforme que llevaban puesto. También negaría que el Dragón y el Conquistador fueran a ser derrotados tan deprisa. Él había decidido situarlos donde estaban y él sabía bien lo que hacía. ¿Se creía un simple capitán que estaba en disposición de darle lecciones de estrategia militar?

Y entonces, tras hundir la cabeza en el pecho para, después, volverla a levantar y así buscar el camino de salida de la estancia, su mirada se cruzaría con la de otro hombre allí presente. Un hombre oculto casi en la penumbra. Un hombre de perfil inconfundible. Y sabría que había hecho lo correcto.

CAPÍTULO 13. 12 de abril de 1741

Las tropas de Wentworth iniciaron el desembarco sin demasiadas dificultades y, antes del mediodía, el general había logrado situar diez mil soldados en posiciones adelantadas de las islas de la Manga y el Manzanillo. Tras la caída de la fortificación de Santa Cruz la tarde anterior y la posterior voladura que, esa misma noche, los españoles habían realizados de los dos navíos de línea que ellos mismos situaron en el canal de acceso a la dársena interior de Cartagena, el camino hacia la ciudad se hallaba completamente allanado. Por fin Wentworth sentía que la suerte se aliaba con él. Durante las últimas semanas, todos sus intentos por avanzar se habían visto envueltos en dificultades, pero ya nada le detendría.

Realmente, hasta el propio general experimentó cierta sorpresa al contemplar la facilidad con la que todo se había sucedido una vez que la mayor parte de la flota inglesa accedió a la bahía interior. A partir de ese momento, los españoles no habían hecho otra cosa que replegarse cada día más y más hasta la actual situación de estrangulamiento a la que los tenían sometidos. Vernon aplicó un castigo ejemplar en todas las fortificaciones avanzadas y no resultó complicado tomarlas, pues cuando sus granaderos llegaban a ellas, nadie había defendiéndolas. Al parecer, los españoles se hallaban mucho más agotados y desmoralizados de lo que ellos creían y preferían replegarse en lugar de luchar como valientes. Sin duda, el intenso castigo al que se les había sometido en el canal de Bocachica no había sido en vano.

De hecho, el barrenamiento, esa misma noche, de los dos navíos de línea suponía una clara muestra del estado de debilidad que los españoles exhibían cada vez con mayor nitidez. Podían haber resistido en ellos durante todavía algunos días más, pero, a la vista de que sus posibilidades de éxito eran indudablemente nulas, prefirieron hacerlos saltar por los aires. No les eran de utilidad, de manera que su voladura no se convertía en una opción estratégicamente criticable: si Wentworth hubiera sido Lezo, probablemente habría hecho lo mismo, pues mejor es destruir lo tuyo antes de que lo tuyo caiga en manos de quien a ti se te enfrenta. Una decisión sencilla que, sin embargo, suele ser difícil de tomar. A fin de cuentas, supone certificar con pólvora que has fracasado y que las opciones que dispones de vencer menguan cada vez más.

E iban a seguir menguando, claro estaba. Eso era algo en torno a lo que Wentworth no tenía dudas. Los movimientos envolventes de su infantería por fin se estaban desarrollando con limpieza sobre el terreno. Todavía los españoles ofrecían alguna resistencia esporádica en algunas playas, pero era más que obvio que cada vez se hallaban más cerca de sus murallas. No les quedaba otro remedio.

El general había decidido no atacar el castillo de San Felipe ni la ciudad amurallada de forma directa. No, pues hacerlo, si bien probablemente les habría reportado una victoria tan gloriosa como la que se encontraban a punto de conseguir, habría supuesto, también, un mayor número de bajas entre sus filas. Y eso era algo que Wentworth no deseaba de ninguna manera. Ya había perdido demasiados hombres en los penosos avances de Tierra Bomba como para seguir haciéndolo ahora en las inmediaciones de la ciudad. No, no existía razón para ello. A los españoles se les podía estrangular de forma gradual y sistemática envolviendo su posición con miles y miles de hombres y una artillería bien distribuida. De manera que, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué ponerse, de manera inútil, en peligro? ¿Por qué atacar sin todas las opciones de victoria en la mano?

Desde las posiciones completamente asentadas en las que ahora se hallaba, con tropas de vanguardia acantonadas ya a tiro de cañón tanto del castillo de San Felipe como de los arrabales de la ciudad, la victoria final podría llegar en menos de una semana. Todo dependería, por supuesto, de que la maldita lluvia que no dejaba de caer les diera una pequeña tregua pero, según sus cálculos, no necesitaba más de seis o siete días, ocho a lo sumo, para conseguir un ataque limpio y sin apenas bajas entre sus filas. Sólo rezaba a Dios para que la lluvia amainara durante unas cuantas horas y así, una vez situados todos sus hombres en las posiciones adecuadas, lograr que el abrazo de las tropas inglesas sobre Cartagena cortara definitivamente la respiración de la ciudad.

Cuando gran parte del gran ejército bajo su mando se hallaba ya desembarcado, Wentworth tomó una canoa y se dirigió hacia el Princess Carolina con la intención de discutir con Vernon y el resto de miembros del consejo los pormenores del ataque. Sabía de la impaciencia en la que el almirante se veía sumido día tras día y pretendía convencerle de que su plan de combate, más lento pero mucho más eficaz que cualquier ataque directo, podría llevarles a una victoria segura en unos días.

Sin embargo, Wentworth no había contando con el hecho de que Vernon ya no estaba dispuesto a aguardar más. Ni un día más. Quería vencer, y quería hacerlo cuando antes. ¿Por qué esperar más, Dios santo?

—General, quiero que lance su infantería contra las murallas enemigas —dijo Vernon visiblemente alterado—. ¿O acaso hoy no le parece un buen día para la gloria?

Wentworth se dio cuenta de que convencer al almirante iba a ser una tarea más complicada de lo que había pensado. Sobre todo y teniendo en cuenta que aquellas miradas condescendientes que el resto de miembros del consejo le dirigían, no parecían estar de su parte. Le habría gustado verlos a todos ellos avanzando entre el fango y los mosquitos. Entre la maleza y los españoles que surgían de ella como alimañas y les atacaban sin apenas otorgarles una oportunidad para defenderse. No, ninguno de los miembros de consejo que ahora le examinaba con la mirada se había manchado las manos desde que la campaña comenzara un mes atrás y todos habían permanecido

durante un tiempo disfrutando de las comodidades y de la tranquilidad de la vida abor-
do.

Vernon, Ogle, Gooch, Washington y Lestock aguardaban a que Wentworth dijera algo pero el general pretendía medir bien cada una de sus palabras. Por ello, no se apresuró y, cuando habló, lo hizo con parsimonia, sin dejarse llevar por los impulsos:

—Me gustaría exponer ante los miembros del consejo la necesidad de emprender un avance cuidadoso hacia las posiciones españolas. Todavía, mientras estamos aquí reunidos, existen tropas enemigas luchando en las playas de la bahía y, si bien es cierto que no suponen un problema serio para nuestro avance, debemos mantener la cautela y...

—¿Qué cautela? —preguntó Vernon, que no hacía ningún esfuerzo por ocultar a los miembros del consejo su ansiedad—. ¿De qué habla, general? Llevamos un mes de cautelas. Un mes en el que sus hombres han avanzado a una velocidad ridícula, lo cual nos ha supuesto no pocos problemas.

De acuerdo, el almirante no iba a mantener una actitud razonable. Eso estaba claro. Había alcanzado la determinación de que Wentworth era el culpable de los lentos progresos de la campaña y nada ni nadie le quitaría una idea semejante de la cabeza. El general tomó aire antes de continuar:

—Hemos de ser cautelosos porque ni el clima ni las condiciones parecen estar de nuestra parte —expuso—. Estoy hablando de hechos objetivos que todos los presentes pueden comprobar por sí mismos. Desde hace varios días no cesa de llover y muchos de nuestros hombres están enfermos. Hechos, estoy exponiendo hechos.

—Bien, bien, general, todo es cierto... —Vernon era el único hombre que, además de Wentworth, se hallaba en pie pero, a diferencia de este, el almirante no lograba permanecer quieto en un lugar y se movía constantemente—. Precisamente por ello debemos actuar cuanto antes. ¡Hay que atacar Cartagena y conquistarla de una vez!

—Si me lo permite, señor, yo no lo creo así —replicó un Wentworth que medía cada una de sus palabras—. Atacar antes de tiempo sólo contribuiría a aumentar nuestros problemas.

Vernon se frotaba continuamente las manos, una contra la otra y ambas al unísono contra el pecho.

—¿Cómo dice, general? ¿Aumentar nuestros problemas...? Por Dios, Wentworth, tiene más de diez mil hombres en tierra aguardando a que ordene el ataque definitivo contra las murallas de Cartagena. Y dispone de todo el apoyo que, por mar, nuestros navíos puedan prestarle. ¿No es cierto, Lestock?

El comodoro asintió levemente, pero no dijo nada.

—Sí, sí, todo ello es cierto, almirante —repuso Wentworth, que había comenzado a balbucear más de lo que él hubiera querido—, pero aún no estamos preparados para lanzar ese ataque y... Bueno, quiero decir que podríamos atacar ahora mismo sin mayor problema, pero lo juicioso en estos casos es emplear una táctica que asegure, sin ningún tipo de duda, que vamos a alcanzar la victoria.

—¿Y qué tipo de táctica es esa, si puede saberse? —intervino Washington.

Wentworth experimentó un deseo irrefrenable de acercarse hacia aquel joven que tan impertinentemente había abierto la boca y abofetearle sin aviso previo. ¿Quién diablos se creía aquel muchacho? De acuerdo en que pertenecía a una de las mejores familias de Virginia y que se hallaba en la expedición y en aquel mismo consejo militar bajo la directa protección de Vernon, pero algo así no le daba derecho a interpelar en tal forma a un general de la experiencia y méritos de Wentworth. No, no podía hacer algo así. Era, simplemente, indigno de un caballero.

Sin embargo, Wentworth, tras observar el rostro expectante del almirante, prefirió tragar saliva y contestar la pregunta pasando por alto todo lo demás:

—Debemos rodear la ciudad y el castillo de San Felipe que la protege logrando que, así, nuestras tropas asfixien sus posiciones. Se trata de situarlos en la palma de nuestra mano y apretar, ¿comprenden? Algo tan sencillo como eso nos garantizará una victoria rápida y limpia, sin apenas pérdida de tropas.

—¿Rápida? —preguntó Vernon—. ¿A qué se refiere cuando habla de rapidez?

—A una semana, almirante. Deme una semana de plazo y conquistaré Cartagena sin la menor duda.

El rostro del almirante se crispó bruscamente y Wentworth supo de inmediato que no estaba de acuerdo con su petición.

—¿Y por qué no podemos atacar hoy mismo, general? —preguntó sin andarse con rodeos—. Ahora mismo. Lance sus hombres contra el castillo de San Felipe. Nuestros navíos estarán listos en una hora para darle toda la cobertura que precise. Incluso podemos enviar barcos de pequeño calado a las zonas menos profundas de la dársena interior para que, desde allí, abran fuego contra las fortificaciones. Podemos darle todo el apoyo que precise. Pero, ¡haga algo, por Dios!

Vernon había ido incrementando el volumen de su voz hasta que terminó la última de sus frases a gritos. No cabía la menor duda de que la espera le estaba consumiendo por dentro y que ello le conducía a tomar decisiones que, a juicio de Wentworth, no eran lo suficientemente prudentes, dadas las circunstancias.

El general, llegado ese momento, decidió que si aquellos marinos querían dirigir el avance terrestre de la tropa inglesa, podían hacerlo sin dudar. El almirante sólo debía darle una orden directamente y la cumpliría. ¿Deseaba que el ataque se lanzara esa misma jornada? De acuerdo, pues que lo ordenara.

—Señor, hoy no es un día adecuado para atacar la plaza. No lo es, lo siento. Necesito seguir avanzando con mis hombres. Ya estamos cerca, muy cerca. A una milla escasa del castillo de San Felipe. Los tenemos casi en la palma de nuestra mano y, cuando los tengamos, podremos cerrarla y aplastarlos sin contemplaciones. Pero una fortificación de la naturaleza del San Felipe no se asalta con corazón y bravura, sino con ingenio y preparación. Hay que estudiar concienzudamente el asalto para que todo transcurra como deseamos. Debemos cortar los suministros del castillo y aislarlo de la plaza. Y tenemos que batirlo con nuestra artillería durante al menos dos días completos. Sólo así tendremos garantías de que, cuando lancemos nuestra infantería contra él, pueda ser tomado sin excesivas dificultades.

Vernon caminó en silencio mientras se retorció los dedos de las manos. Parecía deseoso de ordenar a Wentworth que atacase de inmediato. Ahora mismo y sin contemplaciones. Podría regresar a su canoa, pedir a sus hombres que remaran en dirección a su campamento en la isla del Manzanillo y, desde, allí avanzar al frente de sus diez mil hombres. ¿Para qué diablos los quería, si no era para atacar? Dios todopoderoso, nada deseaba más Vernon que dar esa orden. Para él, habría supuesto un alivio indudable. Hoy se avanzaba sobre Cartagena y mañana a estas horas la ciudad le pertenecería.

Pero, ¿y si Wentworth tenía razón?

CAPÍTULO 14. 13 de abril de 1741

Hacía dos noches, Lezo, intuyendo que nada se podría salvar en el canal de acceso a la dársena interior, mandó barrenar el Dragón y el Conquistador. Al menos, que sirvieran para obstaculizar el paso a los navíos invasores. Una estrategia semejante no había servido de gran cosa en Bocachica, pero tampoco podía trazar otro plan: si no los hundía, los ingleses podían abordarlos, tomar prisioneras a sus tripulaciones y utilizarlos, después, para atacar la plaza. Como, por cierto, ya estaban haciendo con el castillo grande de Santa Cruz y la batería de San Juan de Manzanillo, donde las tropas inglesas campaban a sus anchas.

Y si algo no concibe un almirante es que sus propios navíos se revuelvan contra él. De manera que si el Dragón y el Conquistador no suponían una ayuda sino un estorbo, que fueran estorbo también para el enemigo. Hechos añicos y embarrancados en mitad del canal, no permitirían que nadie saliera de la dársena, pero tampoco que entrara. Y las tripulaciones, con sus magníficos artilleros al frente, pasarían a formar parte de las dotaciones del castillo de San Felipe. Que era, además, la principal obsesión de Lezo.

Así que eso hizo. Mandó evacuar los navíos al tiempo que enviaba un mensajero para informar de ello a Eslava.

El Dragón y el Conquistador se iban al fondo de la bahía, lo cual comunicaba al virrey para su entero conocimiento. Las tripulaciones ya estarían, a esas horas, regresando hacia tierra firme. No se podía hacer otra cosa. La defensa estática propuesta por Eslava no arrojaba resultado alguno y los dos navíos de línea no hacían otra cosa que encajar los esporádicos disparos que desde los navíos enemigos les lanzaban casi por puro divertimento.

Las diez o doce explosiones se escucharon, entre la lluvia, desde casi cualquier rincón de Cartagena. El Dragón se hundió muy deprisa, sin apenas dejar tiempo para abandonarlo a los propios hombres que acababan de hacerlo volar por los aires, pero el Conquistador se escoró de tal manera que una gran bolsa de aire quedó encerrada en sus bodegas. Los hombres de Lezo, al advertirlo, trataron de preparar una nueva y definitiva carga, pero no les dio tiempo. Dos corbetas inglesas tuvieron tiempo de acercarse lo suficiente como para abrir fuego de fusilería desde las cubiertas. Fuego de nula efectividad dada la escasez de luz, pero suficiente para ahuyentar a todos los españoles a bordo de Conquistador.

Una de las fragatas se acercó con cautela al dañado navío y varios hombres saltaron a su cubierta. Al ver que no quedaba nadie a bordo, decidieron hacer dos cosas: primero, con la ayuda de la otra fragata, trataron de mover al Conquistador para, así, impedir que varara en mitad del canal; y, segundo, avisaron al navío de línea más cercano, el Oxford, para que enfilara hacia la dársena interior.

Por una vez, los planes de los ingleses salieron mejor de lo que habían pensado. El Conquistador fue rápidamente empujado hacia la costa y pudo abrirse en el canal una brecha suficiente como para que el Oxford pasara sin dificultad. Arrojado por la oscuridad, el navío avanzó despacio pero sin titubeos hasta una distancia de poco más de media milla del castillo de San Felipe y, desde allí, comenzó a disparar contra el mismo.

El navío disparó unas trescientas balas a corta distancia y volvió a remontar la dársena antes de que desde el castillo pudiera organizarse el contraataque. En cualquier caso, el objetivo se había logrado: la brecha estaba abierta en el canal y los navíos podrían ir y venir cuando quisieran hasta las mismas murallas de la fortificación. Último paso antes de la conquista completa de la ciudad.

Lezo sabía que los ingleses intentarían envolverlos y, aunque Eslava montó, una vez más, en cólera cuando supo que el Dragón y el Conquistador no sólo habían sido mandados barrenar, sino que ya no bloqueaban el paso a la dársena interior, el almirante ni se inmutó. No tenía tiempo y, además, sabía que era inútil hacerlo. Él estaba seguro, lo había estado desde el principio, de que si alguna posibilidad de victoria tenían, por remota que esta fuera, se hallaba defendiéndose en el castillo de San Felipe. Por remota que esta fuera. O no tan remota, no.

El almirante se encerró en la fortificación junto a los quinientos soldados que pudo reunir. El resto se hallaban destinados a la defensa de la muralla de la plaza y algunos pocos cientos todavía se ocupaban de tareas de contención tanto en las playas de La Boquilla como en diferentes rincones desprotegidos de la dársena interior. Por desgracia para Lezo, cuando estos hombres se replegaran hacia la ciudad, la orden del virrey era que pasaran a engrosar las filas de las tropas que defendían la plaza, no el castillo de San Felipe. Una vez más, el virrey prefería dividir los pocos efectivos disponibles en lugar de concentrarlos en el punto donde serían más útiles para castigar al enemigo.

Sin embargo, Lezo ya no discutiría más con Eslava. Si así estaban las cosas, adelante. Se las apañaría con sus quinientos hombres. No le importaba. Si lo pensaba despacio, aquellos quinientos soldados constituían lo mejor del pequeño ejército cartagenero: un par de centenares eran hombres de Desnaux provenientes de la dotación que había defendido el San Luis, ciento cincuenta más pertenecían al contingente habitual del San Felipe y el resto estaba constituido por artilleros provenientes de los navíos de línea de Lezo, ahora todo ellos hundidos o en manos del enemigo. Los mejores artilleros a este lado del Atlántico, qué diablos. Con esos quinientos hombres, Lezo se habría lanzado a conquistar Jamaica si se lo hubieran ordenado, de manera que, ¿por qué no defender Cartagena desde el grandioso y perfectamente dotado castillo de San Felipe? Arrojarían a esos hijos de puta al mar para que los peces dieran buena cuenta de ellos. Por supuesto que sí.

Empezando por ese maldito navío que dos noches atrás había logrado entrar en la dársena interior y situarse tan cerca del San Felipe que incluso a la luz de la luna pudieron distinguirse las caras los unos de los otros. En aquella ocasión no se logró repeler la agresión, pero si volvía a intentarlo no le resultaría tan sencillo.

Lezo ordenó que hasta el último hombre del San Felipe se dispusiera a dar la vida en la batalla final. Lo cual era bastante probable que ocurriera, pero, desde luego, no completamente seguro. Eso sí, de lo que no debía caberle duda alguna a nadie era de que allí y desde ahora hasta el desenlace de la contienda, todos trabajarían día y noche, sin descanso, hasta que reventaran o les reventasen. La victoria está siempre más lejos de los ociosos.

Al frente del castillo situó al coronel Desnaux. Al mismo Desnaux que había perdido el San Luis, sí. El mismo Desnaux de las estrategias erróneas que les condujeron a una pérdida inútil de hombres y municiones. Pero, a diferencia que en el canal de Bocachica, en el San Felipe no existían opciones: se trataba de repeler el ataque enemigo cuando este llegara desde los cuatro puntos cardinales. Y algo así era lo que Desnaux sabía hacer mejor que nadie. Ordenar la defensa en los baluartes y tras los parapetos, repartir órdenes, ocuparse de que todos los cañones estuvieran bien servidos, de que no les faltara pólvora a los fusileros ni víveres a los que se retiraban a descansar. Para el trabajo ordinario en la batalla, Desnaux era perfecto.

Con los ingleses en la dársena interior y en la isla de la Manga, el asalto al castillo era cuestión de poco tiempo. El que tardaran en organizar un ataque cabal y seguro. Porque Lezo sabía que ese sería el proceder del enemigo: asegurar las inmediaciones de la fortificación, establecer campamentos y desembarcar artillería para batir las murallas desde todos los ángulos posibles. Podrían haberlo hecho de otra forma y atacar rápidamente y por sorpresa, pero algo así no resultaría propio de un general inglés. Lezo los conocía demasiado bien y sabía que nada sucedería hasta que quien estuviera al mando se hallara completamente seguro de que estaba atacando con todas las posibilidades de victoria en su mano.

Lo cual le daba un margen de tiempo maravilloso para urdir un plan defensivo a la altura de las circunstancias.

En primer lugar, tenía que poner a sus hombres a cavar en torno al castillo. Zanjas, trincheras, fosos, trampas y todo lo que les diera tiempo a realizar. Que no fuera para ellos sencillo el acercamiento. Que tuvieran que apostar sus cañones lo más lejos posible de las murallas del San Felipe. Eso aumentaría sus posibilidades de resistir. Y, en segundo lugar, algo, desde luego, mucho más audaz: ¿y si lograban engañar a los ingleses? No sería fácil, pero había que intentarlo.

Aquella misma tarde, Lezo ordenó a Desnaux que cualquier hombre que no estuviera destinado en tareas de vigilancia, debía tomar palas, rastrillos, azadas y todo lo que allí hubiera y sirviese para remover la tierra, y salir a campo abierto. Los ingleses iban a avanzar por tierra hacia el lugar en el que se encontraban ellos, de manera que harían todo lo posible por entorpecer dicho avance. ¿Y qué otra mejor forma de hacerlo que cavando fosos?

Desnaux no tardó en organizar los grupos de trabajo y pronto más de cuatrocientos hombres se hallaron en el exterior de la fortificación cavando bajo una incesante lluvia: la mitad de ellos ocupados en la tarea de volver más profundo el foso existente y la otra mitad excavando uno nuevo a cien pasos del primero.

Tres horas después de comenzar las labores, Lezo cruzó la puerta del castillo y caminó entre los hombres. Observaba el trabajo que estaban desarrollando, pero también otra cosa: necesitaba dos hombres para una misión especial y tenía que escogerlos entre toda aquella chusma.

—¡Vosotros! —dijo dirigiéndose a dos soldados que cavaban en el foso exterior—. ¡Dejad lo que estáis haciendo y conmigo!

Lezo daba las órdenes directamente a pesar de que lo adecuado habría sido hacerlo a través del capitán al mando de la compañía a la que pertenecían los soldados. Pero no había tiempo que perder.

—¡No tengo todo el día! —exclamó sin darse la vuelta mientras regresaba de camino a la fortificación.

Lezo tenía dificultades para caminar en el barro con su pierna de madera. Aun así, se las arreglaba para moverse más rápido que el resto de hombres. Llegó el primero a la puerta del castillo, la cruzó y aguardó a que Desnaux, los soldados elegidos y su capitán se presentaran ante él.

—¡Nombres! —exigió cuando los tuvo cerca.

—¡Olaciregui!

—¡Echevarría!

Los dos hombres tenían alrededor de unos treinta y cinco años y no parecían demasiado listos. De hecho, su capitán se había sorprendido de que el almirante en persona los hubiera elegido para cualquier cosa. Podían cavar zanjas, disparar mosquetes y colaborar en las tareas menos importantes del servicio de un cañón, pero poco más. Soldados de poca monta que jamás llegarían a nada.

—Tengo una misión para vosotros dos y quiero que la cumpláis al pie de la letra.

Lezo nunca solicitaba voluntarios por muy peligrosa o audaz que resultara la tarea. Él elegía a los hombres que necesitaba y a los hombres sólo les restaba aceptar. O asentir con la cabeza, que era todo lo que aquellos dos soldados parecían capaces de hacer a pesar de que su capitán, situado detrás de Lezo, se desgañitaba para que respondieran como todo un almirante merece.

—Así me gusta... —continuó Lezo—. Bien, el plan es sencillo y estoy seguro de que sabréis seguirlo al pie de la letra. Quiero que os dirijáis al campamento inglés y que os hagáis pasar por desertores. Tenéis información y queréis ayudar con ella al avance inglés. Es importante que desde el principio solicitéis una recompensa a cambio. Hacedlo o levantaréis sospechas. Las levantaréis de todas formas, pero sabréis que os han creído si una hora después de realizar vuestra propuesta, seguís con vida. ¿Comprendido?

Los soldados no parecían demasiado listos, no, pero hasta un tonto de remate habría entendido lo que el almirante acababa de exponerles. Tenían que hacerse pasar por desertores. ¿Con qué fin? Con el fin de facilitar información errónea al enemigo, por supuesto.

—El siguiente paso para los ingleses es tomar el convento de Nuestra Señora de la Popa, en lo alto del cerro — expuso Lezo—. Si lo consiguen, podrán batir nuestra posición desde allí sin peligro alguno para ellos. Así que vosotros dos vais a conducirles hasta lo alto cerro, vais a ganaros su confianza y vais a engañarles.

—Nada nos garantiza que quieran tomar el convento de Nuestra Señora de la Popa —intervino Desnaux.

—Nadie nos garantiza nada, pero si yo fuera el general inglés al mando, es lo que haría tras haber desembarcado en la isla de la Manga y haber abierto el canal de acceso a la dársena interior. Es lo único que les falta: una posición desde la que dañarnos sin ser dañados. Cuatro o cinco cañones allí arriba pueden disparar más allá de las murallas del San Felipe. Directamente al corazón del castillo.

—Almirante, no estoy cuestionando sus decisión, pero, ¿realmente está seguro de que estos dos tarados conseguirán engañar a los ingleses? En el pasado hemos mantenido diferencias en cuanto a la estrategia a seguir, pero ahora mismo yo digo que conozco bien a mis hombres. Y porque los conozco, no estoy seguro de que esté tomando la decisión correcta.

—¿Estos dos hombres son idiotas?

—De remate, señor. No sé ni cómo diablos consiguen recordar sus nombres.

—Pues los recuerdan. Y eso es todo lo que necesito.

Lezo se acercó al primero de los soldados. Se situó cerca de su rostro sucio de barro y le habló a menos de un palmo de distancia.

—¡Nombre!

—Olaciregui.

—¡No oigo nada!

—¡Olaciregui, señor!

—¿Y qué eres tú, Olaciregui?

—¡Un desertor, señor!

Lezo se volvió hacia Desnaux y asintió endureciendo la barbilla y estirando el labio inferior.

—Servirán —concluyó—. Este par de tarados son mi par de tarados. Lograrán que los ingleses no hallen la senda correcta hacia la victoria.

CAPÍTULO 15. 14 de abril de 1741

Durante la última semana, Washington había insistido tanto y con tanta persistencia para que Vernon le permitiera desembarcar al frente de una compañía que, fi-

nalmente, el almirante no tuvo más remedio que acceder. Sabía que el muchacho no estaba preparado para dirigir nada, pero supuso que a nadie haría daño desembarcando en el campamento de la isla de la Manga y poniéndose a las órdenes del general Wentworth. Ganar su primera batalla supondría en el joven capitán, sin duda, una experiencia que jamás olvidaría.

Sin embargo, Washington no se conformó con el rol que Vernon habría deseado para él y asumió, desde el mismo momento de desembarcar, un protagonismo del que pronto acabaron hartándose el resto de oficiales. A oídos del propio Wentworth llegaron algunas quejas, incluidas las del propio Washington, que el general atajó de raíz: suficientes dolores de cabeza le estaba ocasionando la disparidad de criterios que Vernon y él mantenían acerca del modo de encauzar el ataque final a la plaza, como para que ahora el protegido del almirante fuera a quejarse de que el trato que se le daba en tierra no era el adecuado. Carecía de tiempo y de energía suficientes para dedicárselas a aquel asunto. Si Washington deseaba tomar iniciativas, adelante. Nada podría ir peor de lo que iba.

Porque, a estas alturas, las cosas se habían torcido bastante para Wentworth. Demasiados hombres se encontraban enfermos, la moral de la tropa era cada día más baja y los suministros de alimentos y agua potable no terminaban de llegar con fluidez. Y, por si esto fuera poco, aquella maldita lluvia no les daba un respiro de día ni de noche. Tan siquiera podía ya recordar cuándo había sido la última vez que vistió ropa seca...

Washington era incapaz de ver lo que tenía frente a los ojos. Los hombres no enfermaban, los hombres no morían y ni siquiera la lluvia caía en torno a él. Lo cual a Wentworth no le parecía ni mal ni bien si no fuera porque el muchacho tomó pronto la costumbre de seguirle allá donde tuviera que ir: si Wentworth salía del campamento de la isla de la Manga para dirigirse al del Manzanillo, Washington le acompañaba; si Wentworth retrocedía hasta la retaguardia para interesarse personalmente por las rutas de abastecimiento de víveres, Washington le seguía de cerca; y si Wentworth se reunía con sus ingenieros para estudiar cuáles eran los puntos más débiles del castillo de San Felipe, Washington se unía desenfadadamente al debate.

Lo cual era más que suficiente para el general. De acuerdo, tenía que soportarlo porque era el protegido de Vernon, pero no necesariamente debía admitir que le siguiera a todas partes y participara en las deliberaciones que mantenía con sus oficiales. De manera que cuando alguien se presentó a él y le contó algo acerca de unos desertores españoles, no se lo pensó dos veces y aprovechó la ocasión para quitarse de encima al muchacho.

—Washington, tenga la bondad de comprobar de qué se trata —dijo. Y se dio media vuelta para ocuparse de asuntos verdaderamente importantes.

Washington vio en aquella orden del general la oportunidad de demostrar por sí mismo lo que valía. A Vernon, por supuesto. Mientras Wentworth se interesaba por los

hombres que, al parecer, estaban enfermado, él se encargaría de un asunto de la mayor relevancia. Desertores, nada menos. Con un poco de suerte, podrían facilitarle información muy importante. Wentworth había hecho bien en confiarle un asunto tan delicado.

—Tráiganmelos —ordenó.

Se hallaban en el campamento de la Manga, a una milla del flanco sur del castillo de San Felipe, de donde los desertores, según la información que le habían facilitado, provenían. Washington se había acomodado en una amplia tienda de campaña destinada al uso de los oficiales y se hacía acompañar en todo momento por un capitán y un teniente elegidos para la ocasión por el propio Vernon.

Cuando los dos desertores fueron presentados ante Washington, este no pudo evitar un gesto de reprobación.

—Dios mío, los españoles huelen a estiércol... —dijo cubriéndose la boca con el antebrazo.

Como ninguno de los oficiales presentes respondió nada, el joven decidió que lo mejor era sobreponerse y comenzar el interrogatorio. Interrogatorio que él mismo conduciría en persona, por supuesto. Así podría poner en práctica los conocimientos de español que, no mucho tiempo atrás, adquiriera en Cuba.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó tratando de vocalizar correctamente.

—Mi nombre es Echevarría —contestó uno de los desertores—. Y este es Olaciregui.

¡Funcionaba! Lo cierto era que había temido que su español fuera demasiado pobre para hacerse comprender por aquellos hombres, pero parecía que la comunicación fluiría sin problemas.

—Echevarría y Olaciregui. De acuerdo. ¿Cuál es vuestra ocupación?

—Somos soldados del regimiento de Aragón.

—¿Dónde servís?

Los soldados se miraron entre sí. Parecían asombrados de que alguien les hiciera semejante pregunta en aquellas circunstancias. Pero Washington sabía que debía hacerla. Era lo correcto y lo que le habían enseñado en la academia militar. Dicho de otro modo: se limitaba a seguir el procedimiento, pues quien sigue el procedimiento jamás yerra.

—Repito la pregunta: ¿dónde servís?

El que se decía llamar Olaciregui se apresuró a responder:

—Oh, en el castillo de San Felipe, señor. A un tiro de cañón de aquí, según se va hacia el norte.

—¿Y por qué no estáis atendiendo las órdenes de vuestro capitán?

—Porque hemos desertado, señor.

—¿Desertado? ¿Por qué habéis desertado?

Que en todo momento parezca que la información que se ha de obtener no es relevante para el que la recibe. Que el interrogado tenga la impresión de que la información la facilita él voluntariamente y que en ningún momento se le está sonsacando. Eso también era parte del procedimiento.

—Porque queremos salvar la vida, señor. Sabemos de la indudable superioridad de las tropas inglesas y no queremos perecer en el ataque al San Felipe.

—De acuerdo... —Washington se volvió y paseó en silencio por el interior de la tienda con las manos en la espalda. Cuando lo consideró oportuno, se giró hacia los desertores y preguntó a bocajarro—: ¿Y qué podéis darme a cambio de salvar la vida?

* * *

Hacía dos días que Vernon no tenía noticias de Wentworth. El general, al parecer, evitaba ponerse en contacto con él para así no escuchar la orden que tanto empeño había puesto en retrasar. La misma orden que Vernon accedió a no dar en atención y respeto su criterio. Pero tampoco iban a dilatar indefinidamente el ataque al castillo de San Felipe. Los hombres que, entre las filas inglesas, morían de vómito negro eran cada día más numerosos, de manera que el tiempo se acababa: o conquistaban la ciudad o perecían todos en la espera.

Porque a estas alturas, Vernon ya no sabía si Wentworth desconocía realmente la magnitud de los estragos que la enfermedad estaba causando en la tropa o si bien la conocía pero pretendía ocultársela al almirante en la creencia de que así ganaría tiempo. ¿Tiempo para qué? Allí, dijera lo que dijera el general, ya no había mucho más que hacer. La bahía estaba tomada por sus navíos, las fortificaciones que rodeaban Cartagena se hallaban en manos inglesas y sólo el San Felipe se oponía entre ellos y la tan ansiada victoria.

¡Pues que fuera de una maldita vez y conquistara el castillo! Con cincuenta cañones sería suficiente. ¿No? Los informes que a él llegaban constantemente desde los navíos que accedían a la dársena interior y, desde allí, disparaban al San Felipe, así lo

atestiguaban. ¡Uno tras otro, todos los capitanes opinaban lo mismo! El San Felipe no era una fortaleza tan temible como Wentworth quería hacerle ver. Ni los pocos españoles que quedaban con vida, una fuerza de contención suficiente para hacer frente al omnipotente ejército que él, por méritos propios, había logrado desembarcar en aquellas tierras olvidadas de la mano de Dios.

Hastiado por tanta quietud, Vernon mandó llamar a Wentworth y le pidió que tuviera a bien presentarse a bordo del Princess Carolina. Desde luego, el almirante se daba cuenta de lo ocupado que estaría, pero, no obstante, le rogaba que hiciera acto de presencia a la mayor brevedad posible. Cosa que, obviamente, Wentworth hizo sin dudar. Aunque hubiera preferido atarse un ancla al cuello y lanzarse al fondo de la bahía.

La conversación entre el almirante y el general fue corta. Muy corta. Se hallaban sobre la cubierta del navío y sólo Ogle les acompañaba.

—General, necesito que la conquista de la ciudad se produzca cuanto antes — dijo, seco, Vernon.

—Señor, para conquistar la ciudad es necesario, antes, conquistar el castillo de San Felipe —replicó Wentworth.

—En ese caso, hágalo. Hoy mismo, si le parece. ¿No cree que la lluvia de hoy será la misma de mañana? ¿O acaso aguarda a que escampe?

—No, señor, no aguardo a que escampe. Únicamente deseo controlar el cerro de la Popa, al noreste, para desde allí batir convenientemente el castillo.

—¿No juzga que no es necesario tanto miramiento? ¿Por qué diablos no toma cinco mil hombres y unos cuantos cañones y conquista, de una vez por todas, ese maldito castillo?

—Me temo que no es tan fácil, señor.

—Y yo me temo que sí lo es, general.

—Le ruego que me conceda un par de días más, señor. Sólo un par de días. Tomaremos el cerro de la Popa y, después, el castillo de San Felipe.

—¿Dos días más? Dios, Wentworth, no tengo dos días más. ¿No sabe que nuestros hombres mueren cada día de vómito negro?

—Lo sé mejor que nadie, si me permite decirlo. Son mis propios hombres los que mueren.

—Entonces, Wentworth, no comprendo por qué no ataja de una vez y soluciona dos problemas al mismo tiempo. Ataque, logre que la ciudad sea nuestra y conseguiremos los cuidados necesarios para los enfermos.

—Dos días más, señor. Dos días más.

—¡No tengo dos días más!

Wentworth, lejos de amilanarse, se mantuvo firme frente a los exabruptos de Vernon. Y se arriesgó más allá de lo que jamás habría creído:

—Si no me concede los dos días que le pido, no puedo garantizarle la conquista de Cartagena.

En caso de que Vernon no accediera a su petición, sólo podía relegarle de su cometido. Debería buscar a otro general y ordenarle que tomara a los hombres para, sin dilación, asaltar el castillo. Eso era lo que tendría que hacer pues, llegado este punto, el almirante no estaba completamente seguro de que Wentworth acatará una orden directa si así se la daba.

Vernon no quiso correr riesgos. Podría llevar a Wentworth ante un consejo de guerra y juzgar allí sus actos pero, ¿ganaría algo haciéndolo? ¿Conseguiría que, de esta forma, Cartagena pasara a estar bajo mando inglés hoy mismo? No, desde luego que no.

—¿Qué tal se comporta Washington? —preguntó Vernon retorciéndose, nervioso, los dedos de ambas manos.

—Es un gran muchacho, señor —contestó Wentworth a punto de estallar de alegría tras haber ganado esos dos días preciosos—. Será un magnífico general el día de mañana.

CAPÍTULO 16. 16 de abril de 1741

Lezo no hacía nada que no fuera comprobar obsesivamente el avance de la excavación de fosos, zanjas y trincheras en torno al San Felipe. Los ingleses llevaban varios días sin dispararles, lo cual era bueno y, al mismo tiempo, malo: por un lado, la ausencia de cañoneo permitía a los hombres trabajar más confiados y sin temer que, de pronto, una bala les separara la cabeza del cuerpo pero, por otro, tanta inactividad en el bando enemigo sólo podía significar que se hallaban tramando algo. Algo que no distaría demasiado de un ataque final, y con todas las fuerzas disponibles, sobre el castillo. Habría que estar ciego para no verlo.

La parte más importante de las excavaciones, y a la que Lezo había ordenado asignar el mayor número de hombres, suponía convertir el actual foso del castillo en

otro aún más profundo. Por extraño que pareciera al almirante, Desnaux se había mostrado, desde el principio, de acuerdo con él.

—Hay que ganar hondura en el foso —decía Lezo.

—Sin duda, almirante —asentía, a su lado, Desnaux—. Que los casacas rojas lo tengan difícil a la hora de lanzar escalas sobre las almenas.

—Ganemos por lo menos la altura de un hombre.

—Algo más si es posible, señor.

Cavar era una buena idea, pero mejor lo era si cavaban sin que los ingleses se enterasen de que lo estaban haciendo. O, al menos, sin que tuvieran conocimiento real de las dimensiones de las zanjas, de la situación de las trincheras, de dónde se podía pisar con tranquilidad y dónde convenía moverse con cautela para no caer en una trampa.

—Coronel, ocúpese de que los hombres cubran el foso con hojas y ramas una vez lo hayan excavado. Que no sea sencillo para el enemigo averiguar su profundidad real.

Lezo no estaba seguro de que una estrategia así fuera a funcionar, pero al menos de esta forma conseguía que la tropa estuviera ocupada. Cualquier cosa antes de verlos ociosos aguardando a que los ingleses se dignaran atacarles. No, el trabajo les mantenía ocupados y ayudaba a que la moral no decayera. Suficiente, dadas las circunstancias.

Poco antes del mediodía, Eslava hizo acto de presencia en el castillo. Al parecer, se había hartado de esperar tras las murallas de la plaza y deseaba ser informado de primera mano acerca de las evoluciones de la defensa.

—No hay novedades, señor —explicó Desnaux—. Todo sigue más o menos igual que hace dos o tres días. Los ingleses parecen prepararse para lanzar un ataque sobre el San Felipe, pero ese ataque no llega. Al menos, sus navíos ya no disparan, lo cual en sí mismo supone un alivio.

El virrey escuchó sin demasiado interés las palabras de Desnaux y, en cuanto pudo, se volvió hacia Lezo:

—¿Qué ha hecho para reforzar la defensa, almirante?

—Cavamos todo lo que podemos —respondió Lezo con desgana. Desde hacía un tiempo, parecía que todo lo referente a Eslava le agotaba hasta dejarlo exhausto.

—¿Cavan? ¿Eso es todo?

Eslava había llegado calmado al San Felipe, pero, tras diez minutos de conversación con los dos oficiales, comenzaba a exaltarse más de la cuenta.

Desnaux, de cuando en cuando, lanzaba miradas furtivas a un Lezo que no se daba, en ningún momento, por aludido. Eslava, experto en todo tipo de conspiraciones, se dio cuenta de inmediato. Quizás el coronel tramara algo. Lezo, sin duda alguna, lo hacía. De manera que requirió explicaciones:

—¿Qué demonios sucede aquí? ¡Exijo una explicación ahora mismo!

—No sucede absolutamente nada, señor —atajó Lezo. El virrey sabría lo que había que saber a su debido momento. Y no antes—. Nada.

* * *

Eslava obtuvo su ansiada respuesta unas pocas horas después. Se había retirado a descansar tras el almuerzo y dormitaba arrullado por el sonido de la lluvia cuando uno de sus asistentes entró en el aposento y le avisó de que el almirante rogaba que se personase cuanto antes en la batería del este.

Cuando llegó, Lezo y Desnaux miraban tan ensimismados a través de sus catalejos en dirección a la ladera del cerro de la Popa que ni le sintieron acercarse. Eslava, incómodo, carraspeó antes de preguntar:

—¿Qué sucede, almirante?

Lezo no se dio por aludido y continuó observando atentamente lo que fuera que veía a través del catalejo. Eslava, algo irritado por la nula atención que se le prestaba, volvió a preguntar:

—Creo que, si no me equivoco, ha requerido mi presencia aquí, Lezo.

En ese momento, el almirante volvió el rostro hacia donde se encontraba el virrey y fingió sorpresa. Porque a Eslava no le cupo la menor duda de que fingía.

—¡Eslava! Dios santo, me alegro mucho de verle.

Por extraño que pareciera, daba la sensación de que Lezo estaba contento. Como si mostrara satisfacción al conocer que todo transcurría según lo previsto. Lo cual, se mirara como se mirara, no era, de ninguna manera, cierto. O esa impresión tenía, al menos, Eslava.

—¿Quiere hacer el favor de decirme de una vez qué demonios se le ofrece? —preguntó Eslava cada vez más exasperado.

—¿Ha traído su catalejo? —dijo por toda respuesta Lezo.

—No, me temo que no voy a todas partes con mi catalejo.

—¡Qué alguien traiga un catalejo para el virrey! ¡Inmediatamente!

Un teniente que hacía las veces de asistente de Lezo corrió en busca de uno, momento que Desnaux aprovechó para facilitar las oportunas explicaciones.

—Los ingleses han comenzado a ascender hacia el cerro de la Popa, señor. Estamos seguros de que lo habrán conquistado antes de que se oculte el sol.

Por alguna extraña razón que Eslava no comprendía y que alguien debería explicarle, Desnaux también parecía feliz con la evolución de los acontecimientos.

—¿Cuántos hombres tenemos destacados en el convento? —preguntó Eslava.

—Una docena, señor —informó el coronel—, pero tienen orden de abandonar la posición y regresar al San Felipe en cuanto se aperciban de movimientos de casacas rojas en la ladera del cerro.

—Es una posición perdida —aclaró Lezo, que había vuelto a mirar por su catalejo en dirección a la loma.

—¿Perdida? ¿Por qué estamos dando por perdida una posición sin luchar?

Eslava no acababa de comprender qué tipo de estrategia estaba tramando Lezo. De hecho, no sabía si realmente tenía alguna.

—Sí, yo mismo les ordené que mantuvieran siempre una posición visible en el convento, pero que en cuanto los ingleses se encaminaran hacia él, corrieran a refugiarse en el castillo.

—¡Fantástico, Lezo, fantástico...! Me parece que la idea de retirarse sin ofrecer batalla es la mejor de las actitudes que podemos adoptar —ironizó Eslava—. Así aprenderán esos ingleses quiénes somos nosotros...

—Oh, señor, no se lo tome así —intervino Desnaux utilizando, sin ser consciente de ello, un lenguaje excesivamente coloquial para dirigirse a todo un virrey—. En realidad, esto es parte de un plan mucho más ambicioso...

—Un plan. Bien, al menos me consuelo sabiendo que no actuamos a la ligera. ¿Y cuál es, si se puede saber, este plan en el que tantas esperanzas parecen ustedes depositar?

En ese momento, el teniente que había ido en busca de un catalejo para Eslava, regresó con él en la mano y se lo ofreció. Eslava lo tomó, lo sostuvo junto al pecho pero no se lo llevó al ojo.

—Pero mire, mire, señor —dijo Desnaux—. Hacia allí. Hacia la ladera por la que el camino serpentea en dirección al convento.

Eslava dudó un instante. No estaba seguro de que allí se le estuviera prestando el debido respeto y ello le irritaba cada vez más. Ya no sólo tenía que aguantar las impertinencias de Lezo: ahora, además, un coronel, ¡un coronel!, se dirigía a él como si fueran camaradas. Sin embargo, decidió, una vez más, que no era momento para hacerse valer. Habría tiempo, sí, lo habría... Sólo tenían que salir con vida de aquella y ya se vería las caras con aquellos dos idiotas.

El convento de Nuestra Señora de la Popa se hallaba a una media legua de distancia del castillo de San Felipe. Quizás algo más, pero no mucho. Eslava se llevó el catalejo al ojo y lo dirigió al lugar que Desnaux le indicaba. Tardó un poco en enfocar la imagen, pero cuando lo logró, pudo observar con toda claridad que una columna de cascadas rojas ascendía hacia el cerro a través de un camino directo.

—¡Dios mío...! —exclamó para sí.

—Los ve, ¿no es así, señor? —preguntó Desnaux.

—Con toda claridad, coronel. Son cientos, quizás miles. Y se dirigen directamente al convento.

—Eso no es todo, señor. Si se fija, podrá ver que transportan tres cañones. No son de gran calibre, pero dada la poca distancia entre el convento y el castillo, podrán dispararnos con ellos sin ningún problema.

A Eslava continuaba molestandole el tono despreocupado de Desnaux. Si no fuera porque lo estaba viendo con sus propios ojos, diríase que lo que el coronel narraba no era sino una inofensiva excursión de frailes en búsqueda de plantas medicinales.

—Ahora, si tiene la bondad, vuelva a mirar en dirección a la cabeza de la columna —continuó Desnaux.

El virrey hizo lo que se le sugería y creyó distinguir dos figuras que no vestían el uniforme militar inglés. Dos hombres que avanzaban a paso vivo, como si conocieran perfectamente el terreno.

—No comprendo... —dijo Eslava sin dejar de mirar por el catalejo. Aquello le había interesado.

—Son dos desertores, señor.

— ¡Desertores!

— Sí, desertores. Abandonaron el castillo hace tres días y se dirigieron al campamento inglés con la intención de obtener una recompensa a cambio de información.

— ¿De información?

— Sí. En torno a nuestras posiciones, de los caminos y senderos que rodean el castillo, del modo más seguro de moverse en terreno donde la vegetación es espesa... Ya sabe, información útil para cualquiera que pretenda conquistar la ciudad.

— ¡Maldición! ¡Sólo nos faltaba que nuestros hombres comenzaran a desertar!

Desnaux no parecía al tanto de que Eslava desconocía los planes de Lezo para que sus hombres se infiltraran en el bando enemigo. Por ello, replicó con absoluta naturalidad las palabras del virrey:

— De momento nadie ha desertado, señor. La moral entre la tropa es alta y ningún capitán me ha transmitido ninguna preocupación al respecto.

— ¿Pero qué dice, Desnaux? ¿Cómo que nadie ha desertado? ¿Y esos dos hombres que estoy viendo en el cerro de la Popa? ¿Acaso no son de los nuestros?

Lezo miraba por el catalejo sin volver en ningún momento la cara hacia Eslava.

— ¡Claro que son de los nuestros, señor! —exclamó Desnaux. Parecía un poco harto de que el virrey formulara un montón de preguntas estúpidas—. Pero no son desertores.

— ¡Si me acaba de decir que sí lo son...! Hace un minuto ha dicho que esos dos hombres que guían la columna de ingleses hacia el convento de la Popa son dos soldados del San Felipe. ¡Dos de los nuestros!

— Ah, es cierto... Bueno, me temo que no he sabido explicarme correctamente, señor. Lo que quería decir es que, efectivamente, se trata de dos desertores, pero sólo para los ingleses. Son falsos desertores, por decirlo de alguna manera...

— ¿Falsos desertores?

Era la primera vez en su vida que Eslava escuchaba algo semejante.

— Sí, falsos desertores. Hombres que Lezo ha enviado al campamento enemigo para que se hagan pasar por desertores del castillo. Sin serlo de verdad, quiero decir... El almirante pretende que los falsos desertores ofrezcan información errónea y equivocada a los casacas rojas.

—Comprendo...

Eslava escudriñaba la loma del cerro a través de su catalejo. Desnaux podía decir lo que le pareciera, pero, tras observar detenidamente las evoluciones de los ingleses en la colina, no le quedaba duda alguna de que aquellos soldados se dirigían al convento por el camino más rápido.

—Pues si de confundir al enemigo se trata —concluyó Eslava—, no parece que lo estén logrando. Al contrario, más bien diría que lo están guiando directamente hasta el convento.

Lezo continuaba observando a través de su catalejo y en absoluto silencio. Sólo de cuando en cuando cambiaba ligeramente de posición y, al hacerlo, su pierna de madera chasqueaba al chocar contra el empedrado.

—Es para lograr que los ingleses confíen en ellos. Sólo para eso —explicó Desnaux.

Fantástico. Por si las dificultades no fueran bastantes, ahora les entregaban a cambio de nada una posición estratégica desde la que podrían cañonearles a placer. Bueno, no a cambio de nada. A cambio de un poco de confianza. Confianza en dos falsos desertores que a partir de ese preciso instante dejaban de ser útiles para los ingleses. Un plan maestro, sin duda.

* * *

Washington caminaba al frente de la columna de hombres con los que tomaría el cerro de la Popa y el convento que se levantaba en su cima. Se sentía contento pues cualquiera, al poco de haber desembarcado al frente de su compañía, no se habría topado con aquel golpe de suerte: dos desertores que, a cambio de salvar la vida y de alguna que otra vaga promesa de compartir con ellos las riquezas de la ciudad, le estaban conduciendo sin titubeos hasta el objetivo más ansiado del general Wentworth. Hasta el convento de la Popa. Con él en manos inglesas, ya no existía motivo para demorar más el ataque al castillo de San Felipe.

El joven había comunicado a Wentworth sus intenciones a primera hora de la mañana, por supuesto. Ni siquiera alguien como él sería capaz de dirigirse hasta lo alto del cerro sin disponer, primero, del permiso del general al mando.

—¿Tomar el cerro? ¿Usted solo? —preguntó Wentworth algo confuso. Nunca pensó que aquel muchacho pudiera, sin ayuda de nadie, tomar nada, y mucho menos aún un punto estratégico en la defensa de la ciudad.

—Sí, señor. Estoy seguro de poder hacerlo. Proporcionéme los hombres necesarios y yo haré el resto.

Wentworth vacilaba. Sabía que el plazo dado por Vernon expiraba ese día y ello le obligaba a tomar decisiones. Porque, y en esto, mal que le pesara, tenía que dar la razón al almirante, la estrategia que había trazado para conquistar el San Felipe se demoraba cada día más y más. Por algún motivo que hasta a él mismo se le escapaba, no lograba disponerlo todo para, al fin, lanzar el ataque definitivo contra la fortificación.

—¿Será capaz de tomar el cerro bajo esta lluvia? —dudó el general—. Temo que se extravíen en la vegetación, Washington. Y no deseo perder aún más tiempo enviando una compañía a buscarles.

—No nos extraviaremos, señor —contestó Washington que, llegado ese momento, creyó oportuno desvelar al completo sus planes—. Verá, general, cuento con información de primera mano.

—¿Información de primera mano?

—Dos desertores, señor.

—¿Dos españoles? ¿Los españoles que llegaron al campamento hace un par de días?

—Provenientes ni más ni menos que del castillo de San Felipe. Conocen cada rincón de estos parajes y se han ofrecido a guiarnos a cambio de unas monedas.

Wentworth no era tan ingenuo como Washington:

—¿Confía en ellos, muchacho?

—Desde luego, señor. A fin de cuentas, están en nuestras manos. Son, por decirlo de alguna manera, nuestros prisioneros. Si nos envían hacia una trampa, los primeros en perder la vida serán ellos. Crea usted que me he asegurado de que comprendan perfectamente ese extremo. Llevarán siempre a su lado a cuatro de mis mejores hombres. Si nos engañan, nosotros caeremos en manos españolas, pero ellos no tendrán tiempo para verlo con sus propios ojos porque alguien les habrá abierto el cuello en canal.

Wentworth meditó un rato en silencio. ¿Estaría la solución a todos sus problemas en aquel joven tan arrogante como inexperto en las lides de la guerra? Se resistía a pensar que sí, pero la realidad era la que era: podía enviar a Washington hasta la Popa guiado por los dos desertores en su poder y, a cambio, él se congraciaba a ojos de Vernon pues nada de lo que haría el muchacho sería motivo de queja para el almirante. Al menos, no perdía nada intentándolo.

—De acuerdo, tendrá sus hombres, Washington. Prepárelo todo. Parten en una hora. Y, por Dios, tenga cuidado. No quisiera tener que vérmelas con el almirante si a usted le sucede algo malo.

—Descuide, señor. Todo irá bien. Esta tarde tendremos el cerro en nuestro poder. Cuente con ello.

Lo que no se le podía negar a Washington era un arrojo más que indiscutible. Quizás producto de su juventud e inexperiencia, pero posiblemente resolutorios en una situación como aquella. ¡Qué diablos, necesitaban a alguien que los sacara de aquella exasperante inoperatividad! Y si ese alguien tenía que ser el oficial menos experimentado de todos, pues adelante. Cualquier cosa con tal de salir de allí.

Washington se situó a la cabeza de la columna de hombres que Wentworth había ordenado reunir para él y se encaminó hacia el cerro de la Popa. Caminaban despacio, precavidamente, asegurando cada movimiento para no caer en una emboscada urdida por los españoles. Los dos desertores indicaban en cada momento cuál era la mejor ruta, pero Washington, sin desoirles, prefirió no confiarse demasiado. Sobre todo, al menos, hasta que hubieran demostrado su fidelidad al bando inglés.

Por desgracia, la ruta serpenteaba una y mil veces y no resultó sencillo hallar un lugar por el que cruzar al otro lado de la isla. Tuvieron que caminar más de dos horas hasta dar con él, pues los capitanes no acababan de considerar adecuado ninguno de los que los desertores les mostraban. Ellos, a diferencia de Washington, sí desconfiaban abiertamente de los españoles.

Finalmente, se toparon con un sitio en el que la lengua de agua se estrechaba notablemente y donde la profundidad era escasa. Los capitanes apostaron hombres en tareas de vigilancia y el grueso de la columna comenzó a pasar. El agua no les llegaba a la cintura, pero aún así resultó complicado cargar con los tres cañones de a doce libras que transportaban y su correspondiente munición. Una hora después de haber dado comienzo la maniobra, todavía no habían concluido.

Para cuando llegaron a la base del cerro de la Popa, se había superado con creces el mediodía. La lluvia no les daba tregua y caía impenitentemente sobre sus cabezas.

Para bien o para mal, el momento de ponerse en manos de los desertores había llegado. A partir de ese punto, la vegetación se volvía tan espesa que se hacía imposible adivinar una ruta aceptable: o se conocía el camino hasta la cumbre, o no se conocía. Y los desertores lo conocían.

Los capitanes estaban muy nerviosos y no se lo ocultaban a Washington. Temían caer en una emboscada y morir todos antes de haber dispuesto de una sola oportunidad para defenderse. Conocían de sobra la afición de los españoles por las tram-

pas mortales, no en vano todos ellos habían participado, semanas atrás, en las operaciones de Tierra Bomba.

Sin embargo, Washington caminaba resuelto. Por algún motivo que ni él mismo sabía explicarse, estaba seguro de que los españoles no mentían. Les guiarían hasta la cima del cerro sin causarles problemas. Su instinto de militar se lo decía, y esa sensación le parecía maravillosa. Saber porque se sabe, porque se intuye más allá de toda lógica y de todo razonamiento. El material del que se erigen los grandes estrategas. Vernon estaría orgulloso de él.

Washington no se equivocó. El ascenso por las escarpadas laderas del cerro fue aún más lento y fatigoso de lo que había sido el acercamiento desde el campamento hasta su base, pero una vez en la cima los capitanes tuvieron que admitir que sus sospechas eran infundadas. Los desertores señalaron un camino entre la vegetación y el camino les llevó directamente hasta el convento. Sin trampas, sin artimañas ni subterfugios.

En cualquier caso, una cosa era fiarse de su instinto y otra bien distinta comportarse como un completo inconsciente. Por ello, cuando avistaron el convento, y a pesar de que no se apreciaba movimiento alguno en su interior, Washington ordenó tomarlo con infinitas precauciones. Se aguardó a que todos los hombres accedieran a sus inmediaciones, se acordó un despliegue meticuloso en torno a la edificación y sólo un grupo de granaderos avanzó hasta la puerta principal.

Para sorpresa de todos, cuando la empujaron se hallaba abierta. Podía tratarse, claro, de una emboscada, pero únicamente lo averiguarían tras cruzar el umbral. Empuñando los mosquetes cargados, cuatro hombres accedieron al interior del convento. Durante unos minutos que a Washington le parecieron eternos, nada se escuchó dentro: ni gritos, ni disparos, ni lamentos. Poco a poco, aquello, que bien podría ser una mala señal, fue convirtiéndose para Washington en la mejor de las noticias: si nada oía era porque nada había de oírse. Simple y obvio, al mismo tiempo.

Una vez más, la intuición no le falló al joven. Poco después, dos de los cuatro hombres que habían penetrado en el convento, salieron para advertir a los demás de que allí no quedaba nadie. Los españoles les habrían visto llegar y abandonaron la edificación sin presentar batalla. Lo cual no estaba nada mal, o así lo creyó Washington. Una posición estratégica conquistada sin realizar un solo disparo y sin perder ningún hombre. A veces, la inteligencia y la intuición pesaban más que la pura fuerza militar. Tendría que discutir sobre ello con Vernon.

Las pocas horas de luz que restaban al día las ocuparon en tomar posesión del convento. Subieron los tres cañones y la munición a uno de los puntos más altos del mismo y los montaron para, desde allí, proceder a disparar contra el castillo de San Felipe.

Había cesado de llover y Washington observó la magnífica vista que, desde allí, se extendía sobre la ciudad. Tenía a sus pies el castillo y, un poco más allá, la plaza fortificada. Y en torno a todo ello, las tropas inglesas prestas a conquistar lo que, por derecho, ya les pertenecía. ¡Qué gran momento de gloria! ¡Cuánta belleza frente a sí! ¡Y qué perspectivas para un futuro que sólo grandes dichas les depararía!

Varios hombres se acercaron al lugar en el que se encontraba y aseguraron una verga de considerables dimensiones. Prendida en ella, la bandera de Inglaterra comenzó a ondear a la brisa de poniente. Era la señal para Wentworth. El convento de la Popa había sido conquistado. Los cañones estaban prestos y al amanecer del próximo día comenzarían a batir el castillo. Lo batirían hasta ablandar las defensas enemigas y, después, lanzarían la infantería contra él. Conquistarlo supondría solamente un paseo triunfal hasta la victoria.

Washington tomó su catalejo y enfocó el castillo. Había mucha actividad en sus alrededores. Cientos de hombres se afanaban en cavar zanjas y trincheras. Que lo hicieran, pues no supondrían un problema para ellos. Tenían a los dos desertores españoles dispuestos a guiarles sin error hasta la mismísima puerta de la fortificación. Lanzarían las escalas, treparían por ellas y estarían dentro.

El joven se sintió feliz. La tarde caía y el espectáculo se aparecía maravilloso. ¿Existe algo más perfecto que la satisfacción frente a la victoria? No, por supuesto que no.

Desde el campamento de la isla de la Manga realizaron tres disparos. La bandera inglesa ondeando en lo alto del cerro de la Popa había sido avistada. Y lo celebraban.

CAPÍTULO 17. 20 de abril de 1741

A medianoche, todos los hombres que Wentworth había reunido en el convento de Nuestra Señora de la Popa comenzaron a descender hacia el castillo de San Felipe al mando de Washington. El general había dado la orden de atacar la fortificación con todas las tropas disponibles, que eran muchas, bien ordenadas y dispuestas a luchar hasta la extenuación. Sin excepciones. Por fin, Cartagena caería.

Washington pasó los dos últimos días cañoneando sin descanso el San Felipe. Desde su posición privilegiada en el cerro, podía disparar más allá de las murallas sin, por ello, correr ningún tipo de riesgo. Para ello, necesitó mucha más munición de la que en principio había llevado consigo y tuvo que enviar a un teniente para que cursara la solicitud ante Wentworth. Cuando el general escuchó al teniente, le costó no sorprenderse: nunca había confiado demasiado en Washington y, aunque esperaba que fuera capaz de tomar el cerro, no imaginaba ni por lo más remoto que lo haría sin disparar un solo tiro.

En fin, las buenas noticias son buenas noticias, provengan de donde provengan. ¿Quería más munición para dispararla contra el San Felipe? Por supuesto que sí. Tendría todo lo que necesitase. Por eso, envió de regreso al teniente con el aviso de que en breve recibiría no sólo lo que solicitaba, sino mucho más aún. Claro que sí. ¿No había aguardado Wentworth que algo sucediera y desatascase la situación en la que se hallaba inmerso? Pues ahí, frente a él, estaba ese algo. Se llamaba Washington, tenía poco más de veinte años y jamás se había puesto, personalmente, al mando siquiera de una compañía. Y, de repente, se convertía en la pieza clave en torno a la que todo giraba para situarse de cara hacia la victoria. Wentworth se pasó la mano por la nuca, se rascó durante un rato y terminó por asumir que las cosas son como son.

Al día siguiente a la toma del cerro, Wentworth trasladó más de mil hombres hasta el convento. Llevaron consigo tanta munición como pudieron transportar y cuatro cañones de medio calibre más. Cuando los montaron en lo alto del cerro, comenzaron a disparar hacia el San Felipe, lo cual hizo que todos los españoles que se afanaban día y noche en la excavación de fosos y zanjas, corrieran a refugiarse en la fortificación. Wentworth, por primera vez en muchos días, sonrió. Aquello, en sí mismo, significaba que la campaña comenzaba a ir mejor para él y, en consecuencia, para Vernon. Lo cual proporcionaba una plácida calma que hasta él mismo se extrañó de experimentar.

Para apoyar la labor de los hombres que disparaban desde la Popa, Vernon ordenó que dos navíos de línea penetraran en la dársena interior a través del hueco que días atrás habían logrado abrir apartando al Conquistador y los puso a disparar día y noche. ¿No deseaba Wentworth ablandar las defensas del San Felipe? Pues las ablandarían, por Dios que sí... Ya estaban disparando con intensidad desde dos flancos opuestos. Ya tenían a todos los españoles encerrados tras sus murallas. Ya no restaba mucho más trabajo por hacer, ¿no? No, claro que no. Había que atacar. Y eso hicieron.

El consejo militar se reunió, una vez más, a bordo del Princess Carolina. Se hallaban presentes todos sus miembros, excepto Washington, que fue excusado de asistir por hallarse ocupado en las tareas que se desarrollaban en el cerro. El resto allí estaba: Lestock, Ogle, Gooch, Wentworth y el propio Vernon. Los rostros de todos oscilaban entre la gravedad de algunos y la alegría contenida de otros. Menos el almirante, que mezclaba ambas expresiones de forma tan imprevisible como incontrolada.

—¡Por fin! ¡Por fin! —gritaba exultante—. ¡Vamos a darles a esos bastardos lo que se merecen!

Vernon gesticulaba ostensiblemente y más de un miembro del consejo pensó para sí que, a ratos, el almirante parecía una mujerzuela en lugar de un hombre de su posición y categoría.

—Ya sabía yo que Washington no me defraudaría... —continuaba a voz en grito—. ¿Ve, Wentworth? Al final he tenido que enviar a un muchacho para que realice la

tarea de un hombre. ¡Y por Dios todopoderoso que lo ha hecho magníficamente bien!
¿Se da cuenta, general?

Wentworth callaba y apretaba las uñas dentro de sus puños cerrados. Después de todo lo que había sufrido en aquella campaña, ahora tenía que soportar al cretino de Vernon convirtiendo medias verdades en verdades solemnes y absolutas. De acuerdo, nadie dudaba de que Washington hubiera desarrollado un papel importante, pero ¿hasta qué punto ello no había sido producto de la fortuna? Estaba en el lugar adecuado cuando, provenientes del San Felipe, llegaron dos desertores deseosos de hablar. Después, tuvo la suerte de no encontrar resistencia en la toma del convento de la Popa. Y ya está. Luego disparó desde allí sin peligro alguno para él y para sus hombres. Nada más. Bien, no existe victoria militar que no mezcle su pizca de osadía en la estrategia, pero de ahí a considerar que la meticulosa labor que él había desarrollado durante semanas carecía de toda importancia... Resultaba humillante. Y, además, tenía que soportar la humillación en silencio.

El resto de miembros del consejo decidió ponerse del lado de Vernon. Aquellos gusanos no deseaban que su posición se viera comprometida, de manera que no dudaron en secundar a quien daba las órdenes y ostentaba el mando. Con perspectivas, tras la conquista de Cartagena, de alcanzar cotas de gloria y poder inimaginables para todos ellos. Ni más, ni menos.

Bien, Wentworth se limitaría a soportar todo aquello y a recoger los honores que, tras la contienda, le corresponderían. Que serían muy inferiores a los realmente merecidos, pero que debería considerar como suficientes. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Rebelarse a estas alturas? No, imposible.

—Washington es un gran muchacho —respondió el general— y un gran estratega. Luchar a su lado no puede sino ser motivo de alegría, señor. Mantendré estos días de gloria en mi corazón hasta el día que muera. No hay duda.

Wentworth había optado por la solemnidad vacía de todo contenido. Qué diablos, si Vernon salía triunfante de aquella campaña, todos sus oficiales lo saldrían con él. ¿Que tendría que tragar un poco de saliva cuando Washington surgiera en la conversación? Dios bendito, en muchas peores se había visto a lo largo de su ya larga carrera. Que así fuera. Que el muchacho sacara todo el provecho posible de aquella circunstancia. Para ser justos, él habría hecho lo mismo en su lugar. El y todos y cada uno de los miembros del consejo. ¿Se convertía, así, en un gusano adulador más? No le cabía la menor duda.

—¿Y cuándo cree que podemos lanzar el ataque contra el San Felipe, general?
—preguntó un cada vez más excitado Vernon.

—Creo que en la noche del diecinueve al veinte es la fecha adecuada —contestó Wentworth—. Para entonces, habremos disparado suficientes balas contra la fortifi-

cación como para que los que ahora se ocultan en sus entrañas no tengan demasiadas ganas de plantarnos cara.

—¡Fantástico! En ese caso, ¡adelante! ¡Conquisten Cartagena!

El resto de miembros del consejo asintió y todos comenzaron a hablar sin aguardar turno ni mantener la compostura. Pero, llegado ese momento, ¿qué más daba? El propio Vernon corría de un lado a otro preso de una excitación que se aproximaba peligrosamente a la plena locura. Cartagena bien debía merecerlo.

Wentworth aprovechó la algarabía para excusarse ante el almirante y regresar al campamento de la Manga. Mientras los demás lo celebraban, él tenía que disponerlo todo para el ataque. Ahí residía la diferencia esencial entre los oficiales de mar y los de tierra: que mientras unos beben hasta caer redondos, otros tienen que llevar a buen término las acciones por las que merece la pena emborracharse.

Las columnas de Washington y de Wentworth iban a encontrarse frente al flanco oeste del castillo de San Felipe. Así lo habían convenido pues los desertores españoles les habían asegurado una y mil veces que se trataba del punto más adecuado para atacar la fortificación con tropas de infantería.

—Existe una gran rampa de no excesiva inclinación a través de la que podrán subir miles de hombres en cuestión de minutos —había explicado el que decía llamarse Olaciregui.

—Miles de hombres en minutos —rubricó el otro—. Y al final hay una puerta secundaria que no dispone de gran protección. Será sencillo echarla abajo.

Pues exactamente eso era lo que necesitaba Washington: un punto por el que entrar con los granaderos para abrir una brecha que, luego, resultaría fatal para los españoles. Algo limpio y rápido. Llegar y tomarlo al asalto en menos de una hora. Con mayor complicación que el convento de la Popa, desde luego, pero no mucha más. Tenía la fuerza, disponía de la potencia y conocía la estrategia. ¿Podía salir algo mal?

Desde luego, Washington no sospechó en ningún momento que los desertores españoles no lo eran tanto. El muchacho estaba cegado por las ansias de victoria y por que al frente de la victoria se situara él en persona. Y es que durante los dos últimos días encerrado en la Popa, había fermentado en él un ansia tan cercana a la enajenación como la que Vernon, allá en Punta Perico, experimentaba en ese preciso instante: la gloria estaba ahí mismo, aguardándoles, y no existía nada ni nadie en el mundo que les impediría ir ahora y tomarla para sí.

Excepto Lezo. Lezo, ajeno a cualquier locura, había trazado un meticuloso plan del que Eslava no sabría decir si era genial o los condenaba a todos a la más flagrante de las derrotas. Sin embargo, como a un paso de la más flagrante de las derrotas ya se hallaban en ese preciso momento, le dejó hacer. Tampoco podía enfrentarse radical-

mente a alguien que estaba tratando de salvarles la vida. Y, aunque lo hubiera hecho: ¿tenía alguna propuesta alternativa para salvar primero el castillo, y luego la plaza? No, no la tenía. Así que se calló y observó.

El plan de Lezo se basaba en que los desertores convencerían a los casacas rojas de que debían tomar el castillo por el oeste. Para lograrlo, no había dudado en sacrificar el convento de la Popa y encajar los varios cientos de disparos que durante dos días desde allí les habían lanzado. Además, mantuvo a todos sus hombres cavando trincheras muy al este para que así los oficiales ingleses les vieran y desestimaran esa ruta para acercarse al castillo.

De manera que el enemigo debía intentar el asalto por la rampa del oeste. Si así lo hacían, sabrían cómo rechazarles allí. Si optaban por otra estrategia para el asalto, aún disponía de cuatro o cinco planes adicionales. Lezo no había perdido el tiempo y, desde luego, no pensaba entregar el castillo y, posteriormente, la propia Cartagena, sin morir en el intento.

Puede que la suerte no sonría a los vencedores, pero sí lo hace con quienes con tanta fe y perseverancia la han invocado: los ingleses, en medio de la noche, avanzaban hacia la rampa oeste del San Felipe. Lezo, Eslava y una docena de oficiales más los observaban en silencio desde arriba. Se ocultaban tras las almenas y procuraban no realizar ningún ruido que pusiera en aviso al enemigo. Por eso, ni siquiera hablaron. Cuando Lezo creyó que todo lo que debía ver ya lo había visto, hizo una señal a Eslava y se encaminó hacia la planta inferior del castillo.

Allá, trescientos hombres aguardaban, bajo la supervisión de dos capitanes, a que alguien dijera algo. Estaban vestidos sólo con camisas blancas y unos calzones cortados a la altura de la rodilla. Todos ellos habían sido obligados a descalzarse y se les había hecho entrega de cuchillos y hachas: cada hombre portaría uno en cada mano, y nada más.

Fuera llovía copiosamente y la rampa se hallaba resbaladiza. Lezo lo sabía y por eso les ordenó desprenderse de cualquier calzado: pisando con el pie desnudo sobre el empedrado tenían muchas menos posibilidades de resbalar que haciéndolo calzados. Eso les daría una ventaja inigualable. Eso y el hecho de que ellos descendían al encuentro del enemigo, el cual ascendía con pertrechos, ropajes empapados y un miedo en el cuerpo que a más de uno paralizaría.

También se había insistido en que vistieran de blanco. La noche era cerrada y la visibilidad muy escasa, así que tenían que hacerse ver los unos a los otros: un hombre que vistiera de claro pertenecía a su bando; cualquier otro, era un casaca roja y merecía la muerte inmediata.

Y el plan terminaba ahí. Sin armas de fuego, sin inútiles mosquetes que en medio de la estrechez de la rampa nadie podría cargar tras el disparo inicial, sin, tampoco,

demasiadas esperanzas de regresar con vida. Lezo así lo había explicado. Irían trescientos y se toparía con dos mil o tres mil. Quizás más. Y la mayoría nunca regresaría.

Quedaría muerto o herido en la rampa y nadie se ocuparía de él jamás.

—¿Algún problema sobre lo que les acabo de explicar? —preguntó.

Se hallaban todos reunidos en una estancia que no podría haber admitido un solo cuerpo más. Lezo estaba tan cerca de los soldados que Desnaux se vio en la obligación de apartar a uno de ellos con el brazo para que no ahogara al almirante.

—¿Alguien desea plantear algún tipo de objeción? —repitió.

Nadie contestó. Se escuchaba el sonido de los machetes cuando golpeaban contra el filo de los cuchillos. Uno cada hombre en cada mano. Trescientos hombres, trescientos machetes y trescientos cuchillos. Y, al otro lado de la puerta aún cerrada, miles de casacas rojas comenzando a ascender por rampa del castillo.

* * *

Un hombre al que se le ha abierto el pecho en canal con un machete puede luchar contra el enemigo durante al menos medio minuto más antes de caer muerto. Medio minuto en el que sólo de su furia depende que consigo se lleve al mayor número posible de adversarios. De su furia, de su brazo armado, de la consciencia que de su último momento posee.

Y suele ser letal. Suele, el hombre muerto, desplegar en ese instante una violencia que jamás habría soñado poseer. Por eso, sólo por eso, quienes de la batalla saben, advierten de su peligro.

Lezo lo sabía y así lo hizo:

—Una cosa más —dijo antes de que sus hombres cruzaran la puerta—. Cubríos las espaldas y no descuidéis a los que ya habéis acuchillado: prestad atención a lo que están casi muertos pues ya no tienen nada que perder.

Los capitanes al mando de los trescientos hombres de Lezo eran Agresot y Pedrol. Al almirante no le agradaba enviar a sus dos mejores oficiales a la batalla más cruel, pero no le quedaba otro remedio: allí, en la rampa del San Felipe, se jugaba gran parte de la contienda. Si conseguían una victoria, puede que Cartagena se perdiera de todas formas. Pero si eran derrotados, la ciudad sería, de inmediato, inglesa. Y eso no podía permitirlo. No por Eslava ni por el rey, sino por él mismo. En su larga vida nunca había perdido una batalla y, quizás por ello, guardaba la íntima convicción de que la primera sería, también, la última. ¿Por qué, a estas alturas de su existencia, iba a ser de otro modo?

Por eso, cuando dio la orden, la daba el que comandaba la defensa de la plaza, pero también algo vagamente parecido a un padre dirigiéndose a los hijos enviados a morir:

—Id y haced lo que debéis. Sólo que debéis. Y que quien vuelva, me traiga lo que más deseo.

En la quietud de aquella estancia apenas iluminada, los hombres descalzos hicieron sonar, por última vez, los filos de sus armas. Dos soldados abrieron la puerta, salieron a la rampa y observaron las inmediaciones. Lo que vieron, no pudieron transmitirlo. Pero tampoco hacía falta pues allí todos sabían que el monstruo de cien bocas y cien tentáculos había llegado a su destino. Y miles y miles de casacas rojas surgiendo de las tinieblas.

Lezo dio la señal y lo hizo en tal modo que nadie habría podido ignorarla. Se abrió paso hasta la puerta, se situó en medio de ella y ofreció la espalda al monstruo. Él sólo tenía mirada para los suyos. Para los que enviaba a luchar y a morir.

—¡Matadlos! —gritó.

Los hombres salieron del castillo a la carrera. Fuera, llovía torrencialmente y apenas se distinguía al enemigo. Pero daba igual, pues todo aquel que en ese momento estuviera en aquella rampa, era enemigo. De manera que lo matarían sin dudar. Eso hicieron.

Agresot corría en vanguardia. Tardó menos de un minuto en llegar a la mitad de la rampa. Allí, se topó con los primeros ingleses. Subían despacio y, sin duda, se hallaban desprevenidos. Nadie les había informado de lo que iba a suceder. Nadie les había dicho que iban a morir. Porque de eso Agresot no tenía la menor duda: quizás dentro de media hora él mismo estaría tendido y muerto sobre el empedrado de la rampa, pero antes se llevaría a unos cuantos casacas rojas por delante. No estaba allí para otra cosa.

El capitán percibió una sombra delante de él y alargó la mano que empuñaba el cuchillo. Estaba tan lleno de ira que apenas notó nada. De hecho, al principio pensó que había errado el golpe. A fin de cuentas, lo que estaba frente a él seguía estándolo. No se movía: no atacaba ni se defendía. Luego, acto seguido, sintió que algo denso y muy caliente se pegaba a su cabello, resbalaba por la mejilla y se le introducía en la boca. Tenía un sabor familiar que no le desagradó. La sangre del primer inglés que aquella noche moriría, le pertenecía.

El resto de hombres pronto llegó a su altura. Venían a la carrera y, al reconocer la camisa todavía blanca de Agresot, lo rodearon y continuaron descendiendo. Abrían las tripas de todos los enemigos a su paso. Sin prisa, con la violencia que proporciona una orden entregada sin titubeos: ¡Matadlos!

Y regresad para hablarme de ello.

En los primeros diez minutos de enfrentamiento lograron matar a casi todos los casacas rojas que ya habían iniciado el ascenso hacia el acceso del castillo. Granaderos, en su mayoría, que estaban siendo enviados en vanguardia hacia una batalla que, desde luego, nadie esperaba. Cayeron varios españoles, pero no demasiados: quizás ocho, diez a lo sumo. Con la sangre de los ingleses muertos, sin embargo, se podría haber llenado las bodegas del Princess Carolina: doscientos, doscientos cincuenta; puede que incluso más. Costaba hacerse una idea en medio de aquella oscuridad.

Olaciregui y Echevarría habían hecho su trabajo tal y como les fue encomendado. Condujeron a la tropa enemiga hasta el único acceso al castillo donde la ventaja estaba del lado de los defensores. Sólo Dios sabía cómo habían logrado engañar a los oficiales ingleses, pero el caso era que lo consiguieron. Tan bien y con tanta exactitud que hasta diríase que se trataba de dos brillantes oficiales en lugar de la pareja de patanes desarrapados que se había enrolado rumbo a ultramar como única alternativa al hambre, la miseria y, seguramente, la cárcel. Si salían de aquella, a ellos dos se les deberían, antes que a nadie, honores y recompensa.

Pedrol había clavado ya dos veces su machete en pecho enemigo cuando se dio cuenta de que caminaba por el borde de rampa. No estaba seguro, y menos aún podía averiguarlo en medio de aquella oscuridad, pero creía que la caída hasta el suelo era más que considerable. Y decidió comprobarlo. Al primer casaca roja que trató de abalanzarse sobre él lo esquivó agachándose. Oyó que el soldado ahogaba un grito de rabia y se puso en pie. Lo hizo y, mientras lo hacía, clavó su cuchillo en el vientre de bastardo inglés, tiró con fuerza hacia arriba y no aflojó hasta comprender que más de la mitad de su mano se había hundido en las vísceras del pobre diablo. Entonces, de un solo tirón, extrajo el cuchillo, lo asió horizontalmente y, con el puño cerrado sobre el mango, golpeó en la cabeza del inglés, que se precipitó al vacío sin fuerza ya ni para lamentarse.

Moviéndose por el borde de la rampa, Pedrol adquirió una ventaja extraña que rápidamente supo aprovechar: ponía un pie delante del otro, avanzaba con presteza, salvaba la montaña de cadáveres que al resto impedía el paso y se internaba en el bando enemigo. Allá lanzaba los brazos varias veces, hería y mataba y, por el mismo camino, pie sobre pie, regresaba con los suyos. Repitió la operación varias veces, siempre con igual resultado: al parecer, matar cuando se llegaba con sigilo y por el lugar más inesperado, se volvía sencillo.

Tan sencillo que pronto él recibió el primer mordisco. Se hallaba acuchillando a un perro inglés cuando, sin saber de dónde o cómo, algo duro y frío le golpeó en el hombro derecho. Desde el principio, supo de qué se trataba. Algo de filo largo y metálico acababa de atravesarle de parte a parte y dolía. Sí, dolía tanto que no pudo evitar que un alarido escapara de su garganta. Pedrol retrocedió como pudo y trató de encaminarse hacia la puerta del castillo. Si no le cortaban la hemorragia, moriría pronto. Mientras enfilaba la rampa, se dio cuenta de que los sonidos que componen la batalla

son tres y sólo tres: los gritos de dolor, el ruido de los filos metálicos entrechocando entre sí y el sordo aunque inconfundible rumor de las armas rasgando la carne. Nada más. La lluvia, si acaso. Pero ahí termina todo pues los hombres que luchan no hablan, ni se entretienen en explicaciones, ni deliberan o comunican mensaje alguno. Sólo matan o mueren, sin decir una sola palabra. No hace falta.

Agresot, por su parte, hacía un buen rato que no sentía el empedrado bajo sus pies descalzos ya que en el lugar donde él batallaba era imposible no hacerlo sobre los cuerpos inertes de los que habían caído. Los casacas rojas morían pero más y más casacas rojas llegaban, se encaramaban a los muertos y seguían presentado batalla a los defensores del castillo. Tantos que la única vez que Agresot levantó la mirada con la intención de escudriñar las inmediaciones para, así, hacerse una idea de lo que aún les restaba por batallar, un escalofrío paralizante le atravesó de parte a parte: desde atrás, desde muy atrás y envolviendo las murallas del castillo, una enorme lengua humana se les acercaba con la intención de engullirles. El capitán agachó la cabeza, se aferró a su machete y a su cuchillo y ya no la levantó más. Mataría tantos ingleses como pudiera, eso era todo.

Porque cuando se lucha cuerpo a cuerpo, cualquier pretensión que no sea la inmediata, desaparece. Cualquier hombre que no sea ese que se alza frente a ti y al que has de matar si no quieres que te mate, no existe. Cualquier estrategia que no pase por el filo de tu cuchillo, carece de importancia. Ahí, en la rampa repleta de hombres muertos y de hombres que siguen matando y siguen muriendo, sólo existe el presente. Un presente que no sabe de rémoras y que no admite perspectiva alguna: se mata para volver a matar y porque si no se mata, se muere.

Un grupo muy nutrido de españoles fue obligado a retroceder casi hasta la puerta del castillo. Los ingleses, tras el desconcierto inicial, habían logrado recomponer sus filas y atacaban ordenadamente a los hombres de Lezo. Poco a poco, iban ganando terreno aunque eso supusiera, para ellos, perder decenas de hombres a cada minuto que pasaba. Poco parecía importarles si, como recompensa, conseguían conquistar el castillo.

Pedrol se dio cuenta de que su retroceso podía dañarles y, junto a cuatro hombres más, trató de romper la columna inglesa: sabía que deshacer su orden constituía la única oportunidad de resistir en la rampa. Así, rodearon el grueso del avance inglés y se abrieron paso a machetazos entre varios soldados que, a su vez, pretendían barrer de españoles los laterales de la columna. Tres hombres más, que luchaban más adelante y que habían quedado aislados del resto, se les unieron al verles llegar. Pedrol fijó un punto y se arrojó contra él. Seccionó el cuello a dos casacas rojas y partió el cráneo de un tercero utilizando su machete. El resto de los hombres atacó a los ingleses que se hallaban al lado de los que el capitán había abatido. Un español fue atravesado por una bayoneta enemiga, pero el resto se sumergió en la columna inglesa con tanto ímpetu que pronto su letal orden fue disuelto.

Desde bastante más atrás, Agresot se dio cuenta de la hazaña conseguida por Pedrol y ordenó lanzarse contra las bayonetas inglesas. Fue ese el momento en el que más españoles murieron en menos tiempo. Dieciséis hombres quedaron ensartados en las bayonetas enemigas pero con tal fuerza que ningún casaca roja fue capaz de recuperar su arma. Un instante de indefensión que no se prolongó demasiado, pero que fue suficiente para que el resto de soldados españoles, utilizando los cuerpos de los muertos como escudo, se abalanzara sobre la columna inglesa y rompiera, definitivamente su construcción.

Un inglés en formación resulta un arma devastadora. Un inglés suelto es presa de cualquier cuchillo que se ponga a su alcance. Eso mismo sucedió durante las dos horas siguientes. Los casacas rojas continuaron avanzando por la rampa del San Felipe, pero en ningún momento nadie, ni uno solo de sus oficiales, fue capaz de reorganizar la columna. De esta forma, los hombres de Lezo volvieron a ganar terreno sobre el empedrado. Siempre cuesta abajo, los cuchillos seguían haciendo brotar ese espeso rumor de la carne al ser rasgada, de las venas borboteando sangre, de los huesos quebrados, de las vísceras cuando abandonan para siempre su lugar en el vientre de un hombre.

En dos horas o poco más, construyeron el principio de una victoria en la que nadie habría creído al caer el sol. Todavía llovía cuando el último de los ingleses puso sus pies fuera de la rampa del castillo. Continuaba siendo de noche, pero no hacía falta demasiada luz para intuir el vasto rastro de la muerte tras la lucha: más de un millar y medio de casacas rojas se amontonaban, muertos, en aquel espectral campo de batalla. Mil quinientos soldados pasados a cuchillo bajo la lluvia, en la oscuridad y por sorpresa.

Si no tenían un plan, este era un plan. Si no confiaban en la victoria final, ahora confiaban.

* * *

Cuando Agresot cruzó la puerta del castillo tras de sí, echó la vista atrás y comprobó que nadie más de entre los suyos quedara vivo en la rampa. Sí, él era el último. El último de un exiguo grupo de no más de treinta supervivientes, casi todos heridos de gravedad. Pero lo habían logrado. Habían detenido al invasor y le habían causado un daño tan profundo y humillante que ya nada volvería ser igual. Por primera vez desde que aquella contienda diera comienzo, Agresot creyó que podrían ganar.

—¡Hemos acabado con ellos! —gritó Desnaux exultante—. ¡Esos hijos de puta retroceden!

El coronel se movía entre los hombres para hacerse una idea de su estado. Como oficial al mando del San Felipe, constituía su deber hacerlo. Y, además, lo deseaba. Deseaba abrazar a cada uno de aquellos soldados, explicarles lo que en verdad el resto les debía, contarles que si el Imperio todavía se mantenía en pie, no existía

otro motivo para ello que su bravura y su arrojo en la rampa. Trescientos hombres habían salvado mucho más de lo que cualquiera imaginaría jamás.

Cualquiera excepto Lezo. Él sí sabía exactamente qué había sucedido. Y, más aún, sabía qué sucedería. Porque los ingleses habían recibido un golpe mortal, pero no definitivo. Volverían, desde luego que lo harían. Ahora, si cabe, con mayor ímpetu que nunca. No se humilla a Vernon, se pasa a cuchillo a muchos de sus mejores hombres y se aguarda que todo quede ahí. No, volvería. Lezo no tenía duda alguna al respecto. Volvería y sin tardar demasiado.

Con las primeras luces, el almirante subió, acompañado de Desnaux, de Agresot y de Pedrol, a las almenas. Deseaba atisbar cuáles eran los movimientos del enemigo pues estaba seguro de que un nuevo ataque no se demoraría demasiado. Tenían toda la infantería frente al castillo y retirarse en ese momento habría supuesto para la tropa un golpe a su moral del que quizás ya no podría recuperarse. Por eso Lezo sabía que atacarían cuanto antes. Porque, de alguna manera, estaban condenados a ello.

Los casacas rojas se habían retirado un poco para quedar fuera del alcance de los fusileros del castillo. No obstante, ya no se tomaban la molestia ni siquiera de ocultarse entre la vegetación. Simplemente estaban ahí, bajo una lluvia que llevaba varios días sin amainar, quietos, agazapados, silenciosos.

—¿Cree que se marcharán, señor? —preguntó Desnaux entornado los ojos para, así, tratar de ver mejor en la tenue luz de la mañana.

Lezo tenía la respuesta. Una respuesta que ya todos sabían, pero que el coronel había querido escuchar de labios del propio almirante.

—No —respondió Lezo—. No se van a marchar. Se quedarán ahí, donde están, y volverán al ataque una vez que se hayan recompuesto del duro golpe que les hemos asestado.

—Entonces, ¿continuamos con nuestro plan?

—Al pie de la letra, coronel. Al pie de la letra.

Desnaux no dijo nada más y se retiró. Debía revistar el estado de los fosos y averiguar si en la noche los casacas rojas habían llegado hasta ellos aprovechando la batalla de la rampa.

De pronto, Pedrol observó que algo se movía en la ciudad.

—¡Allí, almirante! —exclamó señalando con el dedo hacia el oeste—. Hay hombres moviéndose en las murallas de la plaza.

En efecto. Pronto un jinete cubrió al galope la distancia entre la muralla de la ciudad y el San Felipe. Inspeccionó las inmediaciones, observó durante un instante la inmensa alfombra de cadáveres que había quedado tras la batalla, se adelantó para comprobar la posición exacta del enemigo y volvió a espolear su montura en dirección, de nuevo, a la ciudad. Obviamente, su misión era la de explorar el terreno para que alguien mucho más importante que él pudiera trasladarse sin peligro hasta la fortificación.

Así era. Unos minutos después, tres jinetes más alcanzaron la puerta del San Felipe. Lezo vio que se trataba de Eslava en persona y de dos de los miembros de su escolta privada. El virrey, al parecer, se había hartado de permanecer tras las murallas de la plaza y retornaba a la primera línea de la defensa. El almirante no se sintió demasiado agrado por la idea. No, al menos, si no fuera porque el virrey traía consigo cien hombres que salvaban a la carrera la distancia entre la plaza y el San Felipe y que portaban sus mosquetes al hombro. ¡Tiradores! No le vendrían nada mal. Nada mal. Se aproximaba el día más largo de todos.

Vernon fue informado de inmediato y, al principio, no dio crédito a la dimensión del desastre. ¿Mil quinientos hombres muertos? ¿A mano de un puñado de españoles medio desnudos? ¿Y ni siquiera empuñaban armas de fuego? No podía ser. De ninguna manera. Que se presentara Wentworth en persona. Quería escuchar las explicaciones de sus propios labios. Sin intermediarios. Sin mensajeros.

O no. Mejor aún: desembarcaría él. Sí, qué demonios. Había llegado el momento de ponerse al frente de aquel hatajo de inútiles. Al parecer, si él no lo supervisaba todo personalmente, allí nadie era capaz de tomar aquella ciudad. Dios santo, si sólo bastaba con apretar su puño sobre ellos... Sencillo, directo, brutal. Miles y miles de soldados perfectamente entrenados y armados contra unos cuantos harapientos. ¿Por qué no ganaban la maldita batalla?

Cuando Vernon llegó a la posición más adelantada del campo de batalla, halló parte de la respuesta a la pregunta que se había hecho. Su puño, el puño mortal que él pretendía cerrar sobre los españoles, ya no existía. Quizás hubiera existido en algún momento, pero ya no. Ahora, en su lugar, sólo había miles y miles de hombres con el rostro marcado por el desánimo, el abatimiento y cansancio. Supo, entonces, que con aquella tropa jamás lograría conquistar la ciudad. Ni siquiera aunque esta estuviera defendida sólo por mujeres y ancianos.

—¡Wentworth! —bramó entrando en la tienda donde el general había situado su cuartel.

—¡Señor...! —el general se volvió hacia él ligeramente sorprendido.

La noche había sido demasiado dura y estaba demasiado cansado como para que sus reflejos respondieran con prontitud. Tenía muchos problemas sin resolver y ahora, además, el almirante se hallaba en tierra. En el interior de su propia tienda de campaña. Las cosas no podían ir a peor.

—¡Wentworth! ¡Quiero saber de inmediato qué sucede aquí!

Vernon estaba fuera de sí. Tanto que ni se había molestado en hacerse acompañar por el resto de miembros de su consejo. Aquella situación debía resolverla personalmente. Wentworth y él.

—Creo que hemos sido víctimas de un engaño, almirante —repuso con voz calmada el general.

—¡Un engaño! ¿Qué quiere decir con eso? ¿Cómo demonios podemos haber sido engañados?

—Me temo que así es, señor. Lezo nos han hecho caer en su trampa. Con gran ayuda por nuestra parte, todo hay que decirlo.

—¿Cómo?

—Que el enemigo nos ha tendido una trampa y nosotros hemos caído en ella. Y ni siquiera se trataba de una gran trampa. El artificio era de poca monta y nuestros oficiales deberían haberlo descubierto de inmediato. Pero, lamentablemente, no ha sido así.

Vernon, que hasta entonces había estado escuchado a su general dándole la espalda, se volvió hacia él y, abriendo los brazos tanto como pudo, preguntó con voz enérgica:

—¿Y puedo saber qué clase de idiota ha caído en la trampa de los españoles? ¿Puede explicarme, general, quién es el tarado que se deja engañar por esa caterva de retrasados mentales? ¿Quién diablos es el causante de que ahora mismo no ondee la bandera inglesa en el castillo de San Felipe?

Wentworth no miró a los ojos al almirante. Tenía la vista perdida en los dedos de sus propias manos. El general fantaseaba con la posibilidad de encontrarse a miles de millas de allí. Quizás en su casa de Inglaterra. Cazando zorros o simplemente dando un paseo a caballo por el bosque. Pero no, no estaba en casa sino en aquella apestosa tienda de campaña. Llevaba semanas sin lavarse y sin cambiarse de ropa y, por si esto fuera poco, esa misma noche había perdido un millar y medio de sus mejores hombres. Y ahora tenía que explicarle la verdad al hombre más iracundo del mundo. La auténtica y desoladora verdad: Washington.

* * *

Eslava descendió de su caballo y corrió a entrevistarse con Lezo y con Desnaux. Quería ser informado de primera mano, aunque la visión de los cuerpos de los

hombres muertos en la rampa no le había sido indiferente: ¡Aquel obstinado de Lezo, después de todo, podía tener razón! ¡La victoria era posible!

—¡Lezo! ¡Lezo! —exclamó con una sonrisa mientras se acercaba al almirante.

Lezo no evitó estrechar la mano del virrey, pero tentado estuvo de hacerlo. ¿A qué venía toda esa cordialidad? ¿Acaso sólo se le apreciaba como soldado cuando la estrategia puesta en marcha discurría como estaba prevista? ¿Y antes? ¿Por qué diablos no le había hecho caso antes?

—¡Permítame que le felicite por los resultados obtenidos! —añadió un cada vez más eufórico Eslava.

—Todavía no hemos ganado la batalla definitiva, señor —quiso templar los ánimos Lezo.

—¡Pero este es un gran inicio, Lezo! ¡Es un gran inicio!

—En eso estoy de acuerdo con usted. Hemos causado unas bajas significativas y, lo que es más importante, hemos minado la confianza en sus propias posibilidades. La moral del enemigo ha sido dañada y algo así nos otorga la ventaja que estábamos buscando.

Eslava sonreía y respiraba ruidosamente, como un niño excitado ante un nuevo juego.

—Desde luego, almirante. Sepa usted que cuenta con todo mi apoyo. Hay que continuar defendiendo la ciudad hasta que el enemigo comprenda que sólo le queda la opción de retirarse.

La respuesta de Lezo fue mucho más áspera de lo ya habitual en él:

—Nunca ha sido otra mi aspiración, señor.

El virrey pareció no darse por aludido y continuó:

—¿Cuál cree que será su próximo paso, almirante? ¿Qué cree que van a hacer los ingleses después de la masacre de esta noche?

—¿Qué van a hacer?

—Sí. Eso mismo pregunto. ¿Qué pretenden?

—Exactamente lo mismo que ayer. Y que anteayer. Que hace una semana o un mes. Desean conquistar el castillo y la plaza. Quieren que Cartagena sea suya. Y seguirán intentándolo hasta que lo logren o acabemos con todos ellos.

—Hay que volver a intentarlo —dijo Vernon—. ¡De inmediato!

El almirante inglés había escuchado las explicaciones que Wentworth le había proporcionado pero prefirió minimizarlas. Un solo hombre no podía ser engañado por el enemigo. Washington podría tener parte de responsabilidad en lo sucedido pero, a fin de cuentas, él no era el general al mando de las fuerzas terrestres del almirante Vernon. El general al mando se llamaba Wentworth y, como tal, respondía de todas y cada una de las operaciones llevadas a cabo bajo su autoridad. ¿Quedaba alguna duda al respecto? ¿No? Pues adelante, sigamos trabajando para que al final del día Cartagena sea inglesa.

—La moral de los soldados es muy débil —explicó Wentworth—. La enfermedad se está cebando con la tropa y muchos hombres no comen adecuadamente desde hace días. Por si esto no fuera suficiente, debemos añadir el duro golpe que para nuestras filas ha supuesto la pérdida de esta noche... Muchos hombres ya hablan de la inexpugnabilidad del castillo... No creo que estemos en condiciones de volver a lanzar un ataque con garantías de éxito.

—¿Inexpugnabilidad? ¡No, Dios, no! El San Felipe puede caer. ¡Tiene que caer!

Vernon agitaba continuamente sus brazos en el aire. Como si así pudiera exorcizar los malos augurios con los que Wentworth impregnaba la atmósfera.

—Hemos cometido un error —continuó el almirante— y hemos pagado caro por él. Pero nuestro avance no ha finalizado. ¡General!

Wentworth movió la mirada hacia Vernon.

—¿Señor?

—¡Ataque el castillo! ¡De nuevo! ¡Cuantas veces sea preciso!

* * *

No iba a resultar sencillo, desde luego. Pero si Vernon lo deseaba, así se haría. ¿Deberían morir todos los hombres bajo su mando? De acuerdo, pero que la conciencia del almirante los amparara. Él, Wentworth, se limitaba a cumplir las órdenes. Fueran estas cuales fueran. Nada más.

El amanecer suponía un momento tan bueno como cualquier otro para lanzar un nuevo ataque. Y, al menos, Vernon había regresado al Princess Carolina con Washington a su lado. Lo mandó llamar, omitió cualquier comentario al respecto de la campaña y le ordenó que le acompañara.

—Muchacho, es hora de regresar a nuestro navío.

Washington intentó protestar, pero el almirante, que no estaba de humor para argumentar su decisión, levantó una mano frente al rostro del joven y agachó la mirada en señal de rechazo. Aquella indicación no se discutiría. Washington podía dar por terminada su aventura en tierra firme. Al menos, una vez embarcado se limitaría sólo a recordar los buenos momentos vividos en la toma del convento de la Popa. Sin emprender más aventuras desquiciadas.

—Es un honor para mí que usted se sienta orgulloso de mi conquista del cerro y...

Vernon miró a Wentworth y Wentworth le devolvió la mirada. No se dijeron nada más. No hacía falta.

—Vamos, Washington —cortó, al joven, Vernon, pero sin alzar la voz—. Este no es lugar seguro para nosotros. Regresemos de inmediato al Princess Carolina.

Con el almirante de nuevo embarcado, Wentworth volvía a hallarse solo al frente de la desdicha. Sus hombres no soportarían un nuevo ataque y, sin embargo, no le quedaba más remedio que ordenarlo. La tropa estaba enferma, herida, tocada de muerte en lo que a su moral se refería. No lo soportarían, no.

Wentworth organizó dos columnas compuestas por mil hombres cada una de ellas y situó a dos de sus mejores oficiales al frente de las mismas: el coronel Richard Wolfe atacaría por el sur y el coronel John Lowther lo haría por este. Mil hombres desanimados para cada uno y un ruego a Dios elevado desde la desesperación.

—Intentemos un ataque coordinado —solicitó Wentworth.

—Señor, los hombres se encuentran agotados —objetó Wolfe.

—Me importa bien poco el estado de la tropa. Todo el que ha venido hasta aquí lo ha hecho para luchar. Y eso, precisamente, es lo que nos pide nuestro almirante. De manera que lucharemos.

Wentworth no estaba dispuesto a permitir que se cuestionaran las órdenes. Una cosa era que él no estuviera de acuerdo con ellas y otra bien distinta que cualquier coronel se tomara la libertad de ofrecer su opinión al respecto. Aquello era el ejército inglés y quien no estuviera de acuerdo sería fusilado de inmediato.

—Con el debido respeto a nuestro almirante —intervino Lowther—, avanzar ahora es un error. Nuestros soldados no están en disposición de...

—¡Basta! —bramó el general—. He dicho que vamos a atacar y atacaremos. ¿Entendido?

Los dos coroneles lo entendían. Claro, cómo no hacerlo... Pero aquello suponía un error que pagarían caro. Estaban derrotados y atacar en ese instante lo único que haría sería convertir la derrota en aniquilación.

—Sí, señor. A sus órdenes —respondió Wolfe mientras Lowther asentía.

Qué otra cosa se podía hacer... Adelante, darían lo mejor de sí mismos. Por ello, cuando abandonaron la compañía de Wentworth se dirigieron hacia el lugar donde los hombres descansaban y repartieron las oportunas órdenes entre los capitanes y tenientes bajo cuyo mando la tropa se lanzaría contra el San Felipe.

Mil hombres por el sur y mil por el este.

* * *

Lezo observó con su catalejo que en la línea enemiga se efectuaban movimientos. Aquello no podía significar nada distinto a que volvían a la carga. Por eso, ordenó que los fusileros se apostaran tras los parapetos y que estuvieran preparados para abrir fuego continuo dando el relevo a la artillería. Abajo, en las trincheras excavadas los días anteriores, dispuso cincuenta hombres repartidos a discreción. La orden, dadas las circunstancias, no era demasiado precisa:

—Salid ahí fuera y disparad contra todo lo que se mueva.

Pedrol solicitó ser enviado al exterior. Muchos de los hombres que iban a combatir a cuerpo descubierto habían servido directamente bajo su mando, de manera que, a pesar de haber sido herido de importancia en la lucha de la rampa, consideró una cobardía permanecer bajo la seguridad de las murallas cuando allá fuera la infantería realizaba la parte más sucia de todo el trabajo. No, él quería estar allí, ordenando las cargas, animando a sus hombres, respirando el mismo hedor a muerte y manchándose con idéntico barro al que impregnaría los cuerpos de los suyos.

—Adelante, capitán —concedió Lezo—. Siembre de orden el caos y acabe con esos malnacidos.

Pedrol le miraba de reojo porque se hallaba comprobando que la bayoneta de su propio mosquete estuviera bien sujeta. Su calma en medio del nerviosismo general no era contagiosa. Por desgracia.

—De acuerdo, almirante —repuso—. Sólo espero no quedarnos sin munición en medio de las trincheras.

Y dicho eso, saludó a Lezo y corrió a unirse a sus hombres. Todos corrieron a unirse a alguien, todos buscaron, y hallaron, su lugar en la batalla. Todos, y también el virrey, que, de pronto, había sacado genio suficiente para contemplar la contienda desde donde la contienda tenía lugar.

Durante casi media hora, nada sucedió. Permanecían en sus puestos aguardando el ataque enemigo, pero el ataque enemigo no acababa de lanzarse. Podían observar que no mucho más allá, en las posiciones inglesas, cientos y cientos de hombres se movían nerviosos de un lado hacia otro. Como si precisaran realinearse antes de avanzar hacia el San Felipe. Como si tras una realineación, alguien considerara que no todo estaba en su lugar adecuado y ordenara volver a comenzar de nuevo.

Pedrol se dio la vuelta en su trinchera y miró hacia las troneras del castillo. Pudo adivinar los cañones de los mosquetes apuntando por encima de ellos. Observó los fosos cubiertos de vegetación y maleza para que ningún oficial enemigo pudiera conocer de antemano su profundidad. Y observó, finalmente, a los nueve hombres agazapados en el agujero que ellos mismos habían excavados días atrás. Se encontraban tendidos en el barro, bajo aquella lluvia inclemente que les resbalaba por la cara. Al menos en tres de ellos podía distinguirse un rastro de sangre en sus camisas. Aquellos soldados habían estado en la rampa del San Felipe y hoy entraban en combate por segunda vez. Todo ello antes del desayuno. Se sintió orgulloso de estar en aquel agujero infecto con aquella gente. No deseaba morir, pero si tenía que hacerlo, no se le ocurría una compañía mejor.

* * *

El general Wentworth dio la orden final y de la garganta de los coroneles Wolfe y Lowther surgió la voz que ninguno de ellos habría querido proferir: — ¡Adelante!

Ni siquiera sonó demasiado convincente. Pero bastaba para poner en marcha las columnas de hombres, que corrieron hacia sus posiciones en el asalto. El silencio en torno al San Felipe comenzaba a desparecerse.

Y se despertó cuando Lezo, harto de aguardar bajo la lluvia, dio la orden de abrir fuego con los cañones. La artillería sólo sería efectiva a media distancia y si ahora no disparaban, más tarde ya no podrían hacerlo.

Cinco disparos de cañón bastaron para sembrar el terror entre los casacas rojas. Cuatro de ellos hicieron blanco y desmembraron a doce soldados. Sin aún haber entrado en combate. A algo así había que ponerle remedio y Lowther lo hizo:

— ¡Avanzad! — gritó.

La columna comenzó a caminar despacio hacia el castillo. Trataban de no perder la formación en fila de a ocho, de permanecer hombro con hombro como si de un único mecanismo de guerra se tratase.

— ¡Fuego! — ordenó Lowther.

La columna se detuvo y la primera fila de ocho soldados abrió fuego. Las balas impactaron cerca de la trinchera de Pedrol y los suyos, pero nadie resultó herido.

Los ocho casacas rojas que habían abierto fuego se quedaron atrás cargando muy despacio bajo la lluvia y poniendo extremo cuidado en que la pólvora no se mojará. Ocho hombres con sus mosquetes cargados les tomaron el relevo.

—¡Fuego! —volvió a ordenar Lowther.

Esta vez los ingleses tuvieron algo más de suerte y se escuchó un lamento proveniente de la trinchera situada a la derecha de la de Pedrol.

—¡Joder, abrid fuego! ¡Por Satanás, abrid fuego de una maldita vez! —gritó Pedrol.

Se dirigía a los artilleros del San Felipe, que por quién sabía qué motivo, habían callado de repente. Que dispararan de inmediato pues aquellos bastardos avanzaban y pronto se hallarían a su altura.

Como si alguien le hubiera escuchado, los cañones del castillo atronaron de nuevo. Las balas impactaron muy cerca de las trincheras, tanto que algunos hombres agazapados en ellas sintieron en sus rostros el cosquilleo de pequeños trocitos de tierra arrancada al suelo.

Mientras tanto, Wentworth no había dejado de observar las murallas del San Felipe con su catalejo. Trataba de calcular la altura exacta de las mismas para así preparar escalas que pudieran ser suspendidas de los parapetos. Estaba seguro de que no lograrían echar abajo la puerta de acceso al castillo, de manera que, si querían tomarlo, sus hombres tendrían que trepar por los muros. Y para hacerlo, necesitaban escalas con las que ayudarse. Por suerte, el San Felipe presentaba todas las murallas exteriores ligeramente inclinadas, lo cual les daba cierta ventaja a la hora de ascender por ellas.

Pero, ¿cuánto medían los muros? ¿Treinta pies? ¿Treinta y cinco? ¿Quizás cuarenta? Dios todopoderoso, ¿cómo saberlo con certeza a tanta distancia y bajo una lluvia que no dejaba de empañar la lente de su catalejo?

Wolfe alcanzó el flanco sur del San Felipe con bastantes más problemas que Lowther. Desde el principio, sus hombres se habían mostrado mucho más abatidos que el resto, y algunos de ellos, incluso, habían amagado con sublevarse. El coronel en persona parlamentó durante unos minutos con los soldados y logró calmar los ánimos. Menos mal, porque si algo no deseaba en aquel preciso momento era ponerse a fusilar gente. En aquellas circunstancias, habría resultado poco menos que suicida.

A unas cincuenta yardas de las murallas, la columna de Wolfe se rompió por completo. El fuego de artillería les hizo bastante daño y muchos soldados murieron an-

tes siquiera de poder empuñar sus mosquetes. Por si esto fuera poco, los españoles ocultos en las trincheras disparaban sin descanso y con bastante acierto. Casi se enfrentaban ya cuerpo a cuerpo y eso era algo que, al parecer, aterraba a los casacas rojas. Algunos decidieron que aquella batalla ya no iba con ellos y se dispusieron a dar media vuelta para regresar al campamento. Un capitán bajo el mando de Wolfe no lo dudó y, tomando un mosquete del primer soldado que halló en su camino, disparó por la espalda contra los hombres que se retiraban sin nadie haberlo ordenado. Allí se permanecía hasta que el coronel lo decidiera. Mientras, desde luego, que una bala no le levantara a uno la tapa de los sesos.

Lo cual era bastante probable que sucediera, pues los españoles disparaban mucho y con gran puntería. Pronto, en poco más de media hora después de haberse iniciado el ataque, muchos cuerpos de soldados ingleses yacían tendidos en las cercanías del castillo.

Algunos, pese a todo, consiguieron alcanzar las murallas y consolidar una posición en ellas. No constituían un grupo de más de cincuenta hombres, pero parecían suficientes para cubrir todo el ancho del muro desde el que se les podía hacer daño. Estaban bien pertrechados y ello les permitió resistir durante un buen rato en aquella posición tan comprometida. Para nada, pues por mucho que dispararan hacia arriba y cubrieran, así, su lugar al pie de las murallas, nadie acudía para ayudarles. ¿De qué servía haber alcanzado el castillo si estaban solos? Cincuentas casacas rojas a los que pronto los de arriba comenzarían a arrojar todo lo que hallaran a su paso. ¿Quién lo dudaba? Seguro que en ese preciso momento, mientras ellos trataban de advertir a los suyos acerca de su posición, los españoles estaban buscando el modo de arrancar trozos de piedra de su propio castillo para empujarlos al vacío.

Wentworth supo que no disponía de más tiempo. Las escalas serían de cuarenta pies. No les sobraban cabos para fabricarlas, pero no quería que, una vez sus hombres en la muralla, se les quedaran cortas.

Dio la orden de elaborarlas y en unos minutos los cabos fueron cortados y anudados. Le había costado más tomar la decisión de fabricarlas que la fabricación en sí misma. Pero ahí estaban, listas para ser usadas: diez magníficas escalas unidas, cada una de ellas, a su correspondiente garfio.

Dos soldados se las cargaron a los hombros y salieron corriendo en dirección al San Felipe. El primero de ellos recibió un balazo en la pierna, pero pudo alcanzar la muralla apoyándose en su compañero. El resto de casacas rojas, al observar el heroico comportamiento de los dos hombres, experimentó cierto orgullo de hallarse luchando en el mismo bando que ellos. De poco les sirvió, pues las ráfagas pegadas al suelo que brotaban como fuego desde las trincheras les obligaban a agachar la cabeza una y otra vez.

Cuando los soldados de Wolfe recibieron las escalas, una lluvia de escombros les cayó encima desde los parapetos. Como habían adivinado, los españoles no tarda-

ron demasiado en quebrar un trozo de muro, obtener de él grandes sillares que sólo cinco hombres al unísono podían arrastrar y lanzarlos a los ingleses. Tres casacas rojas murieron en el acto y uno más quedó con el cráneo fracturado de tal forma que por la abertura brotaba un líquido espeso y sanguinolento. Se les quedó mirando al resto como si no les reconociera. Como si no se reconociera a sí mismo ni supiera qué demonios hacía allí en aquel momento. Se puso a llorar y los demás le dejaron atrás. Debían buscar un sitio más protegido desde el que, sin peligro, lanzar las escalas.

Mientras rodeaban la base de la muralla, más ingleses llegaron a su lado. La mayoría pertenecía a la columna de Wolfe, pero también había hombres pertenecientes a la de Lowther. Al final, aquello no se parecía en nada a una batalla ordenada y todos atacaban por donde podían y de la forma que Dios les daba a entender. Nadie hablaba con un capitán desde hacía mucho rato.

En total, se reunieron al abrigo de la muralla unos cuatrocientos hombres. Quizás más, pero decreciendo a buen ritmo pues los españoles ya les habían localizado y les disparaban sin misericordia. Caían como moscas: tan rápido que los cadáveres de sus propios compañeros de armas se tornaban, en minutos, en el peor obstáculo para avanzar. Si el infierno existía, debía ser exactamente igual a una mañana en las murallas del San Felipe.

Pese a todo, un grupo muy numeroso de soldados alcanzó el foso del castillo. Allí, los españoles habían depositado una cantidad inusitada de maleza que ya empezaba a perder su verdor. Ramas, hojas, tallos, cualquier cosa que sirviera para ocultar a los ingleses la verdadera profundidad del foso.

Al menos, les sirvió de escondite. Y les sirvió como tal porque aquel lugar era mucho más profundo de lo que habrían imaginado de antemano. Tanto que Wentworth, cuando a través de su catalejo les vio caer dentro, dio por muerta la última de sus esperanzas: la maleza cubría a los hombres por completo, lo cual quería decir que al menos tenía cinco o seis pies de profundidad adicional. Posiblemente más. Y aquello era lo peor que podía pasarles. ¡Maldición!

Efectivamente: las escalas que Wentworth había considerado largas, fueron lanzadas hacia los parapetos y todas y cada una de las que consiguieron aferrarse a ellos se quedaron cortas. Los hombres intentaron asirlas subiéndose unos sobre los hombros de los otros pero fue inútil. Ni aún así las alcanzaban. El cálculo había resultado erróneo. El de Wentworth, por supuesto, ya que el de Lezo era exacto, perfecto, magistral. Los ingleses caían en la trampa y para ellos tenían preparada la sorpresa que se merecían.

Los fusileros hicieron el resto del trabajo. Con comodidad y con una precisión fuera de toda duda, comenzaron a disparar sobre el foso. Los ingleses estaban atrapados en aquel agujero y morían entre la maleza. Como ratas en una ratonera. A oscuras, sin que la dicha de ver la luz por última vez les fuera dada.

Si alguno tuvo la suerte de poder escapar, Pedrol y sus hombres hicieron el resto: provenientes de las trincheras, retornaban hacia el castillo disparando contra todo elemento disperso del ejército enemigo que hallaban en su camino. Al final, cuando se adquiere suficiente práctica, la muerte sistemática se convierte en el oficio más sencillo de ejecutar.

Lowther avanzó desde la retaguardia con unos cuarenta granaderos que había podido reunir provenientes de varias compañías rotas en la batalla. Avanzaron fieramente por campo abierto y llegaron a unas treinta y cinco yardas de las murallas, donde, de improviso, una trampa que no habían vislumbrado se abrió en la tierra y se tragó a más de quince hombres. En el interior del agujero se agazapaban tres españoles que, a cuchillo, dieron buena cuenta de todos los casacas rojas. La suerte siempre interviene del lado del que actúa por sorpresa.

Cuando no quedaba un solo inglés con vida en la trampa, tomaron sus mosquetes y salieron, de un salto, al exterior. Disponían de un disparo por hombre y casi veinticinco enemigos a los que hacer frente. No lo dudaron: los tres españoles apuntaron hacia los galones e hicieron fuego. Lowther cayó muerto de inmediato. El resto, al ver a su coronel abatido junto a ellos, comenzó a retroceder paso a paso, despacio, como si temieran tropezar y caerse de espaldas. Pasarlos a bayoneta fue realmente extraño: como si no hubiera mérito alguno en ensartar hombres que han renunciado a defenderse.

Porque algo así sucedía. Los ingleses que no morían en el campo de batalla comenzaban a retroceder hacia su campamento. Todo ello a pesar de que tanto Wolfe como el resto de oficiales se desgañitaba en recordarles que el avance no había concluido. Pero parecía que los soldados tomaban decisiones por sí mismos. O, dicho de otro modo, la realidad se imponía: los españoles controlaban el ataque enemigo y buena prueba de ello eran los cientos y cientos de muertos esparcidos a lo largo y ancho del campo de batalla. Se pierde cuando el último de los supervivientes así lo reconoce.

* * *

Wentworth dio la orden más dolorosa. La que jamás habría querido dar y esa que, ante Vernon, le costaría muy caro: retirada. Todos los hombres debían volver al campamento pues la conquista del San Felipe se había tornado imposible.

—¿Cuántas bajas calcula, coronel? —le preguntó a un Wolfe que había regresado a su lado para informarle personalmente de la derrota.

—Al menos la mitad de nuestras tropas, señor —respondió Wolfe—. Unos mil hombres. Con un poco de suerte, no pasarán de ochocientos pero, en cualquier caso, ni uno por debajo de esa cantidad.

El general encajó la información en silencio y se llevó su catalejo al ojo para contemplar con más detalle el campo de la derrota. Allí, cientos de hombres se amon-

tonaban bajo la lluvia, muchos de ellos inertes, algunos todavía moviéndose o arrastrándose hacia la retaguardia.

—Hay movimiento en el San Felipe —dijo, de pronto, Wentworth.

El general le entregó el catalejo a Wolfe y este miró a través de él en la dirección señalada por el primero.

—¿Los ve? Son oficiales, sin duda. De alto rango, estoy seguro de ello. Lo sé por la forma que tienen de moverse. No echan a correr de pronto porque nadie les da órdenes. Son ellos los que las dan. Por eso se mueven despacio.

Wolfe no distinguía bien pues la lluvia mojaba continuamente la lente, pero no le cupo la menor duda de que el general tenía razón. Y, de pronto, se le ocurrió una idea.

—Puedo acercarme a distancia de tiro del San Felipe e intentar un disparo.

Wentworth no ocultó su asombro:

—¿Cómo dice, coronel?

—Un solo disparo de mosquete. Desde larga distancia. Sé que es muy difícil hacer blanco, pero mírelos: están quietos en un punto fijo y se exponen más de lo necesario.

Sin duda, consideran que la batalla está ganada y que, por lo tanto, ya no hay peligro.

—Pero un disparo de mosquete no acertará a...

—Puedo intentarlo, señor. El grupo está formado por, al menos, diez hombres. Apuntaré al bulto y apretaré el disparador. Con un poco de suerte, uno de ellos caerá.

¿Se perdía algo por intentarlo? No, absolutamente nada. Sólo que a Wolfe le descerrajaran un tiro, pero con la mayor parte de la oficialidad muerta en el campo de batalla, aquello no parecía una perspectiva especialmente horrible.

Wentworth asintió y Wolfe, sin despedirse, dio media vuelta y fue en búsqueda de un mosquete, una bala y un poco de pólvora.

Cuando el coronel comenzó a caminar en dirección a las murallas, lo hizo sin agazaparse ni protegerse en absoluto. Simplemente caminaba hacia el frente asiendo su arma con ambas manos. Caminaba y miraba hacia los hombres en lo alto del San Felipe. Poco a poco, según se iba acercando a ellos, podía ir distinguiendo con mayor facilidad las siluetas. Sí, no le cabía la menor duda: aquel grupo prácticamente inmóvil de hombres era el que comandaba la defensa de la ciudad. Aquellos españoles habían

arruinado lo que ya estaba escrito que debía suceder. Cartagena para Inglaterra y gloria y honor infinitos para los protagonistas de tan maravillosa gesta.

Pero no, ya no habría gloria ni honor para ellos. Nadie les recibiría con júbilo en Londres ni se les reconocería su valor en el campo de batalla. Los que pierden no celebran la pérdida. Incluso cuando en la derrota, a veces, exista mucho más honor que en una victoria alcanzada ante un enemigo indigno de así ser llamado.

A unas treinta yardas de la muralla, Wolfe se detuvo. Escudriñó el objetivo y llevó su mosquete al hombro. Nadie se dio cuenta de que iba a disparar. Estaba ahí, detenido en medio del caos más desolador y el caos lo tornaba invisible. Algo semejante sólo sucede cuando has hecho de la muerte tu más íntima aliada. Cuando ya no respiras si no es a través de ella, cuando ya no miras si no son sus ojos los que miran, cuando ya no sientes porque en la muerte nada se siente.

Wolfe apretó el disparador y la bala salió en dirección al castillo. Después, bajó el mosquete, lo apoyó en el barro y esperó a que la humareda se disipara. Nada más. Simplemente, aguardó.

* * *

Lezo acostumbraba a dejar algo de sí en cada batalla. Parecía una especie de tributo que se veía obligado a pagar a cambio de la victoria. Un tributo que al resto de oficiales no se le requería, pero que a él sí. Siempre había sido así y siempre lo sería. Era algo con lo que se había acostumbrado a vivir. Y que, lo sabía, debería tener muy presente pues de esta y no de otra forma moriría.

La bala proveniente del mosquete del coronel Wolfe penetró en su pecho, fracturó dos costillas para abrirse paso y agujereó su pulmón izquierdo. Lezo no dijo nada. Supo que estaba herido y que la bala no se hallaba en buen lugar. Trató de respirar y, aunque con mucho dolor, lo consiguió. No moriría de inmediato.

Eslava había sentido que la bala silbaba junto a él y vio con sus propios ojos cómo impactaba sobre el pecho del almirante. Entonces, no pudo impedir un corto respingo hacia atrás y un grito bastante más agudo de lo que se esperaría en un hombre de su posición: —¡Lezo!

Lezo estaba herido. En el pecho. Era grave. Sangraba abundantemente. Se llevó su única mano al agujero y lo taponó con ella.

—Coronel —dijo el almirante.

Desnaux, a su lado, balbuceó un poco antes de contestar:

—Señor... Oh, Virgen santísima... Está usted herido. ¡Aquí! ¡Ayuda! ¡Un médico!
—¡Coronel!

—Señor, ahora mismo...

—Olvídese de esto. No es nada. Lo cierto es que ya creía que de esta batalla salía tal y como había entrado, pero ya veo que no. Es mi destino.

Por primera vez en muchísimo tiempo, Lezo amagó una sonrisa. Apenas perceptible, pero intensa en lo hondo de su único ojo.

—Coronel —continuó—. Aún no hemos terminado nuestro trabajo.

—Pero señor, está usted herido y...

—Envíe a la infantería. El enemigo todavía no ha abandonado el campo de batalla. Envíe a la infantería y que haga prisionero a todo aquel que pueda sobrevivir durante un par de semanas.

—No piense ahora en eso, señor. Tenemos que sacarle de aquí cuanto antes. ¡Médico! ¿Cuándo va a venir este maldito médico?

—Necesitamos el mayor número de prisioneros para negociar con ellos. Es la única forma de asegurarnos una retirada efectiva del enemigo.

—De acuerdo, enviaré de inmediato a la infantería. No se preocupe. Pero, por Dios, descanse...

Lezo sintió que la pierna le flaqueaba. Dio un pequeño traspié y su pata de palo repiqueteó en el empedrado.

—De peores he salido —dijo.

FIN

© Alber Vázquez, 2009

Diseño de cubierta: © Opalworks

1a edición: noviembre, 2009

Derechos exclusivos de edición reservados para todo el mundo:

© 2009 Inédita Editores, S.L.

Folgueroles 18 - 08022 Barcelona

info@inedita-editores.com

ISBN: 978-84-92400-56-0

Depósito Legal: B-44889-2009

Producción editorial: Fotoletra, S.A. Impreso en S.A. de Litografía